



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

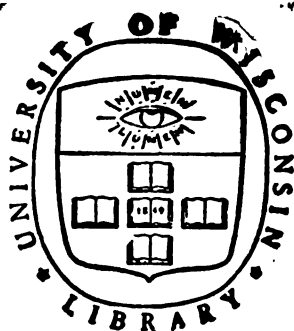
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



JUL 31 1963

M34-P-3



GARIBALDI EN EL URUGUAY

SETEMBRINO E. PEREDA

GARIBALDI EN EL URUGUAY

TOMO I

MONTEVIDEO

Imprenta «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Marañón

338 — CALLE SAN JOSÉ — 338

1914

DG

1349453

552.8

.G2

P4-

1

DEDICATORIA

A la memoria del legionario don Pedro Viglione, a cuyos felices recuerdos y clarovidente inteligencia debemos muchas de las importantes informaciones que nos han servido para escribir esta obra.

El Autor.

PROEMIO

La publicación de este libro, responde a tres propósitos fundamentales: dar a conocer al Héroe de Ambos Mundos tal cual lo fué en la República Oriental del Uruguay; rendir a su memoria un homenaje de justicia, a la vez que de gratitud, por los importantes y desinteresados servicios prestados por él a la causa de la libertad de los pueblos del Plata, y corregir los garrafales errores en que han incurrido sus panegiristas europeos al ocuparse de su actuación en esta parte de América.

Casi todos los escritores que han realzado su personalidad han convertido en una leyenda sus portentosas hazañas en nuestro país, equivocando fechas, nombres y parajes, las raras veces que los indican, pues ni siguen un orden cronológico en sus narraciones, ni se preocupan de mencionar detalles interesantes e imprescindibles en cuestiones históricas.

Nos explicamos, sin embargo, esas omisiones e incoherencias, teniendo presente su desconocimiento de los lugares en que se desarrollaron los hechos relacionados, y de los hombres que en ellos tomaron parte, lo mismo que la carencia de los documentos oficiales pertinentes.

El propio Garibaldi, en sus "Memorias", no señala con precisión estas cosas, como que ellas han sido escritas, indudablemente, después de largos años de transcurridos los sucesos, apelando a sus recuerdos, muchas veces vagos, a pesar de su admirable retentiva.

Alejandro Dumas, más novelista que historiador, en su obra "Memorias de José Garibaldi", no ha seguido al pie de la letra, como se dice vulgarmente, las inspiraciones del héroe, y se ha concretado a tomar ligeros apuntes, dándoles forma cuando ya

tenía casi agotada la memoria sobre esos mismos acontecimientos. Esto nos autoriza a suponer, además de las notables lagunas que existen en ese trabajo, los errores de fecha y las inexactitudes que contiene.

Léanse, si no, los capítulos XXX y XXXI de las "Memorias Autobiográficas" de Garibaldi, tomo I, y el capítulo I, tomo II, de la obra del escritor francés a que nos referimos, y el lector confirmará nuestras palabras.

Esa misma narración la ha tomado como modelo Justo Pastor de Pellico en su obra "Garibaldi—Historia Liberal del Siglo XIX".

Este historiógrafo, en la página 886 del primer tomo, llama Corsé al comodoro Coe; Negro, en la 891, al coronel Neira, y en la 895, Parsodi; al coronel Possolo. (1)

Giuseppe Guerzoni, apellida Panza al general Bauzá, en el capítulo II, página 166, tomo I, de su libro "Garibaldi", al referirse al primer combate del Cerro, en que tomaron parte los legionarios italianos, y Vajes al coronel Francisco Tajés, en la página 190. En la 162, dice Arojo Grande por Arroyo Grande, y afirma que la batalla librada por Rivera y Oribe en ese paraje, tuvo lugar el 6 de noviembre de 1842, no obstante haberse combatido el 6 de diciembre de dicho año. Indudablemente, habrá caído en ese error, tomando en cuenta lo que dicen sobre el particular los señores doctor Alejandro Magariños Cervantes y Florencio Escardó, que incurren en el mismo renuncio, el primero de ellos en la página 244, tomo I, de "Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata", y el segundo, en "Reseña histórica de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay", página 343.

El doctor Magariños Cervantes editó esa obra en París en 1854, pero el estudio relativo a los sucesos de la época apareció por primera vez en la "Ilustración de Madrid" el 26 de julio de 1851.

En cuanto al libro del señor Escardó, vió la luz en Montevideo en 1876, siendo él adoptado en las escuelas públicas de nuestro país como texto de lecciones orales.

Guerzoni tuvo a la vista ambos trabajos, según consta de

(1) Dumas le apellida Parroti en la página 29, tomo II.

la nómina de los autores y estudios que manifiesta haber consultado, por cuya causa no nos extraña su equivocación a este respecto. Pero es conveniente poner los puntos sobre las íes, para que otros escritores que no conozcan bien la historia nacional, no sigan sus huellas y adulteren, aunque sin mala fe, la realidad de los sucesos en su orden cronológico, máxime cuando en este caso podría invocarse la autoridad del doctor Magariños Cervantes, que, además de poeta de alto vuelo, era un publicista distinguido y erudito.

Guerzoni da también como cierto, en la citada página 166, que la Legión Italiana se batió en el Cerro el 28 de marzo de 1843. La acción a que se alude, corresponde, sin embargo, a 1844, y fué en ella donde resultó mortalmente herido el general enemigo, Angel María Núñez.

Pellico reproduce ese error en la página 891 de su expresada obra, y Dumas traslada el mismo combate al año 1845, como consta en la página 33, tomo II, de su referido libro "Memorias de José Garibaldi", editado en París en 1860, y manifiesta que realizóse el 28 de mayo.

En uno de los últimos párrafos del capítulo II, aludiendo a otro combate, dice que él "tuvo lugar el 28 de marzo de 1843".

Sin embargo, esa memorable acción se desarrolló el 10 de junio, mereciendo los legionarios italianos una entusiasta arenga del ministro Pacheco y Obes por su lucido comportamiento.

A pesar de indicarse equivocadamente la misma fecha por los citados historiógrafos, dicho combate, también realizado en el Cerro, fué el bautismo de sangre de aquellos bravos garibaldinos.

En una nueva edición aparccida en Montevideo el año 1882, se salvan errores de nombres, pero se mantienen los de las fechas contenidas en la primitiva publicación.

Por otra parte, mal podían figurar Garibaldi y los suyos en una acción ejecutada en la fecha que indican los primeros de esos publicistas, cuando es sabido que la Legión Italiana se organizó recién en abril de 1843, o sea, con posterioridad al día y mes erróneamente por ellos mencionados.

En la página 169, asevera el propio Guerzoni que Francisco Anzani llegó a Montevideo en julio de 1842, y que pronto asumió el mando de segundo jefe de la Legión.

Pues bien; en esa época estaba muy lejos Anzani de pensar siquiera en tomar las armas contra Rosas y Oribe, pues se hallaba tranquilamente entregado a sus tareas comerciales, en la entonces villa del Salto, en calidad de dependiente del brcsciano Bini, como lo consigna Garibaldi en el capítulo XXXII de sus "Memorias", tomo I, y el sitio de Montevideo empezó recién el 16 de febrero de 1843, pues Oribe no invadió el país sino después de la batalla del Arroyo Grande.

Por último: da como muerto al coronel Neira, en la página 170, el 28 de noviembre de 1842, es decir, un año antes de ocurrido su fallecimiento, desde que la acción de las Tres Cruces, en que sucumbió, corresponde al 17 de noviembre de 1843.

Jessie W. Mario, en la pág. 115 de su libro "Garibaldi e i suoi tempi", llama Bojada a la Bajada, ciudad del Paraná, y Nueva Cava a Costa Brava, además de incurrir en otras impropiedades que sería largo enumerar.

Dumas, continuando en sus despropósitos, apellida Belears al general Balcarce, Riveyra al general Rivera, Flanos al general Flores, Nung al general Núñez, Valleja y Lavalleia indistintamente, al coronel Manuel Lavalleja, que gradúa de general, confundiénolo, sin duda, con el Jefe de los Treinta y Tres Orientales.

Escribe, además, Cerito por Cerrito, Auzani, por Anzani. Bayada, en lugar de Boyada, y denomina isla de los Ratos a la actual isla de la Libertad, Arrojo Grande al Arroyo Grande, Paysanda a Paysandú, y Zapeoi al arroyo Ytapeby, barbarismos éstos, como otros muchos de que están plagadas las obras que nos ocupan, que si no se salvan, pueden contribuir a extraviar no sólo a los extranjeros, que no tienen mayores motivos para conocer nuestra geografía e historia, sino aún mismo a los oriundos del país que no se hallen al tanto de estas cosas.

Da también rienda suelta a la fantasía, como si Garibaldi necesitase para acrecentar su fama que se bordaran hechos imaginarios alrededor de su glorioso nombre.

Pero, resultaría aburridora y engorrosa tarea analizar uno por uno los errores cometidos por esos y otros historiógrafos, y como no entra en nuestro objeto abundar en tales porme-

nores, sino apenas enunciar algunos de bulto, como los que quedan anotados, creemos que éstos bastarán para que el lector se dé cuenta exacta del valor histórico que tienen esas obras en lo que se relacionan con la República Oriental.

La nuestra, en cambio, que es fruto de un maduro estudio, se basa en los documentos de la época, en las publicaciones de la prensa periódica de ese entonces, en referencias de sobrevivientes, que hemos tenido ocasión de consultar, en la vida y actuación de los principales actores de los sucesos que narramos, en el conocimiento que tenemos del país, del cual somos nativos, y en un análisis minucioso y discreto de los hechos.

Hemos leído las mejores obras consagradas a enaltecer la figura relevante del hombre singular que nos ocupa, y las narrativas de los sucesos del Plata en que intervino, y hemos confrontado las unas con las otras, escudriñándolas hasta en sus más mínimos detalles, con el escalpelo de una crítica severa, para disipar prevenciones preconcebidas, salvar vacíos y extirpar errores.

Creemos, pues, poder ofrecer un trabajo menos imperfecto que los publicados hasta la fecha, el único en su género en lo que respecta a la actuación de Garibaldi en los acontecimientos de nuestro país, relacionados con la República Argentina y el asedio de Montevideo.

Nuestro relato de sus proezas, tanto en agua como en tierra, se ajusta a la más rigurosa verdad histórica; pero estamos seguros que el conocimiento de ellas ha de sorprender aún mismo a sus más entusiastas admiradores, pues contiene preciosos datos no vulgarizados, que demuestran desconocer en absoluto los escritores ultramarinos, y que ignora la generalidad de los pueblos latinos de nuestro continente.

Constará esta obra de varios tomos, ilustrados con vistas, planos y retratos, y comprenderá la vida del héroe desde 1842. en que se hizo cargo de la desmantelada Escuadrilla Nacional. hasta su regreso a Italia en 1848, rasgos biográficos de algunos de sus compañeros de armas, nacionales y extranjeros, y un capítulo especial, destinado a comprobar la existencia, en el combate de San Antonio, de la bandera simbólica, confeccionada por el teniente Suci, a bordo del bergantín "Caganeha", en la excursión realizada por Garibaldi el año 1845.

Como en 1849 se pensó en su regreso a Montevideo, nos ocuparemos también de aquella época y de las causas que ocasionaron el fracaso de la expedición de mil hombres que debió encabezar en defensa de esta República, a la que tanto amaba y que jamás olvidó.

Pero, como no es posible tratar únicamente de Garibaldi y de sus compañeros de armas, entregando al silencio sucesos trascendentales concomitantes, haremos igualmente una relación sucinta de las principales ocurrencias, en que fueron actoras o partícipes las fuerzas del Estado Oriental y de las provincias argentinas coligadas, lo mismo que de los hechos de diversa naturaleza que se desarrollaron durante la llamada Guerra Grande, tan fecunda en episodios heroicos por parte del ilustre nizano y de los sostenedores de la causa de Montevideo.

Pondremos, a la vez, de manifiesto las ideas e iniciativas más salientes, desarrolladas durante ese lapso de tiempo por los poderes del Estado, como exponente de su civismo, de su ilustración y sanidad de miras, para que sirvan de contraste con la conducta y propósitos revelados y puestos en práctica por Rosas y los hombres de su funesta escuela.

Conviene que tales cosas se conozcan para honor del propio Garibaldi, pues su divulgación justificará una vez más la intervención activa que tomó en favor del país y de las libertades argentinas.

Describiremos, pues, a grandes rasgos el origen y los acontecimientos más importantes de esa memorable y gloriosa epopeya troyana, en que el estoicismo inquebrantable y el valor caballeresco de los enemigos del tirano, dieron la nota más alta de la cultura, del honor, de la abnegación y el patriotismo, para prestigio de la raza y honra y prez de la causa sin mácula que se sustentaba.

Guiando nuestra pluma el sentimiento impersonal de la verdad y la justicia, nos sentiremos satisfechos si los datos y opiniones que aportamos pueden ser útiles a los hombres estudiosos y principalmente a la juventud, ávida siempre de nutrir su espíritu con la savia fecundante de la luz del saber.

SETEMBRINO E. PEREDA.

ANTECEDENTES DEL HÉROE

SUMARIO:—Su vocación por la marina.—Estudios que cursó.—Sus primeros viajes.—Su venida a América.—La República de Río Grande.—Importantes servicios por él prestados a la causa de la Libertad.—Anita y Menotti.—Su preocupación por el porvenir de ambos.—Una tregua a su acción guerrera.—Alberdi y la revolución republicana.—El 15 de noviembre de 1889.

Este hombre singularísimo,—que llegó a conmover al mundo con sus portentosas proezas,—había nacido, sin duda, predeterminado a convertirse en el cruzado de la Libertad, doquiera fuese ésta desconocida o puesta en inminente peligro.

Italia, reina del Arte y cuna de tan esclarecidos publicistas e ínclitos guerreros; madre fecunda, que diera poetas como Dante, como Manzoni y como Petrarca; tribunos como Cicerón, como Cayo Graco y como Masaniello; políticos como Maquiavelo, como Azeglio y como Gioberti; literatos como Hugo Fóscolo, como Alberti y como Bonarelli della Rovere; pintores como Rafael, como Miguel Angel y como Pablo el Veronés; músicos como Donizetti, como Cimarosa y como Rossini; héroes como Mucio Scévola, como Pompeyo y como Arnaldo de Brescia, y que, a pesar de hallarse regida por el sistema monárquico, es una de las naciones más republicanas y democráticas del mundo, estaba también llamada a dar a la historia un JOSÉ GARIBALDI, el más popular, el más abnegado, el más patriota, el más modesto y el más querido de todos sus hijos; porque él supo encarnar en su persona y en sus actos todas las ideas y todos los sentimientos altruistas que se anidan en el cerebro y en el corazón de la Humanidad.

Alma caballeresca a la vez que romántica, soñaba con el triunfo del Ideal; amaba la felicidad de los pueblos más que

la suya propia; quería el perfeccionamiento de las instituciones, el imperio de la democracia y el reinado del derecho: sólo execraba al cesarismo y a la teocracia por lo que ellos tienen de brutales y de obscurantistas.

Espíritu batallador y aventurero, aunque de un corazón sensibilísimo, en el cual tenían cabida las más nobles pasiones; descendiente de marinos, pues lo había sido su abuelo paterno y lo era entonces su progenitor; hijo del Océano, puede decirse, desde que nació y se crió “en Niza Marítima, hacia el fondo del puerto Olímpio, en una casa situada en la orilla del mar” (según sus propias palabras), sentía honda inclinación a las más arriesgadas empresas, sin temor a las vicisitudes de la vida, a la inconstancia de los hombres, ni a la maldad del género humano. Las olas tumultuosas y el horizonte gris se habían familiarizado con él, y le atraían con una influencia magnética irresistible. Por eso huyó un buen día del hogar paterno, en unión de varios rapazuelos de su edad, dirigiéndose a Génova, en busca de impresiones fuertes, en un barco tomado a su capricho, pues deseaba probar fortuna—haciéndose hombre antes de tiempo—y abrirse camino por sus solos esfuerzos. Pero su voluntad fué truncada bien presto, cerca de Mónaco, por un corsario enviado para darle caza, y no tuvo otro remedio que cambiar de ruta y tornar taciturno al lar de los suyos.

No fué posible, sin embargo, torcer sus ingénitas tendencias, y poco después lo dedicó su padre a la carrera de la marina, habiéndose entregado especialmente al estudio de las matemáticas, enseñando las cuales vivió en distintas épocas de su azarosa existencia.

No aprendió en la escuela lo que habría deseado atesorar para ser mayormente útil a la Patria, pues educado por sacerdotes, le fueron inculcados principalmente el griego y el latín, y recién a última hora tocóle un instructor laico, que le enseñó el italiano con la perfección con que él sabía hablarlo y escribirlo, debiendo también a éste sus conocimientos en la historia romana, en la caligrafía y en las matemáticas.

Joven aún, cruzó el Mediterráneo, el Archipiélago y el Mar Negro. En una de esas excursiones, llegó a Roma, donde por primera vez se embebió en las nociones de patriotismo, em-



JOSÉ GARIBALDI

Tomado del natural en Montevideo, por G. Gallino, y reproducido en Torino
por la Litografía Doyen y Comp. en 1848

*Galería del Archivo y Museo
Histórico Nacional*

pezando a latir su corazón con aquellos recuerdos de un antiguo esplendor.

La contemplación de la Ciudad Eterna, le hizo exclamar, entristecido: "La Roma que yo veía en mi juvenil entendimiento era la Roma del porvenir".

Tras una larga serie de accidentados viajes, arribó a la capital del imperio otomano, y en la antigua Bizancio vióse obligado a permanecer durante algún tiempo para atender su salud quebrantada. Allí, aunque en un radio limitadísimo, se inició en la carrera del magisterio, más que impulsado por su inclinación a la enseñanza, compelido por la suprema necesidad del momento.

A los veintisiete años de edad se entregó a la política revolucionaria, siendo condenado a la pena de muerte, de la que pudo librarse, lo mismo que de la prisión decretada por sus adversarios, debido a uno de sus tantos arlides, pues burló su vigilancia, huyendo disfrazado de aldeano.

En Constantinopla había recibido de los sansimonistas la idea cosmopolita que puso en práctica durante toda su vida.

De regreso a Marsella conoció a Mazzini, y entró a formar parte de la asociación *Joven Italia*, que el ilustre tribuno y propagandista fundara en 1832 con el propósito de difundir los principios republicanos en su Patria.

La conspiración que motivó su condena, había sido promovida por dicha sociedad.

No obstante, aquel ambiente no se adaptaba por entero a su temperamento andariego y observador. Su imaginación fosforescente le había hecho entrever un mundo propicio para la realización de sus proyectos, apenas esbozados en la retina de su cerebro. El nombre de América le subyugaba, no sólo por los encantos de su naturaleza, sino, sobre todo, por las hazañas guerreras llevadas a cabo en su seno desde tiempos inmemoriales, y en el primer tercio del siglo a que él pertenecía.

Anhelando, pues, respirar las auras de una libertad más amplia y más pura, se ausentó de Italia en 1836, con rumbo al nuevo continente, pluguiéndole al destino que desembarcase en Río de Janeiro. Allí, meses después, se dedicó al comercio, tal vez por no vivir en la ociosidad, y hasta tanto no se orien-

tase de las cosas de aquel país, pues el comercio no lo atraía, según lo manifiesta en sus "Memorias".

Como en esa época luchaba la provincia de Río Grande por su emancipación política, con el ánimo de convertirse en república, no pudo resistir a la tentación de enrolarse en sus filas, y era natural que así sucediese, so pena de hacerse reo de su conciencia y de sus ideas, desde que siendo apóstol de tan avanzados principios, la indiferencia de su parte se habría prestado a desfavorables comentarios.

"Soy republicano, — dice en sus "Memorias, — porque este es el sistema de gobierno de las gentes justas, sistema modelo cuando se adquiere". Pensando así, estaba, pues, obligado a prestar el concurso de su brazo y de su inteligencia a toda causa noble y generosa, máxime si ella encarnaba una tendencia emancipadora, como lo era la que en esos instantes perseguían los espíritus avanzados de aquel patriota pedazo de tierra americana.

Había hecho confidente de sus ideas a un distinguido compatriota suyo, radicado en Montevideo: a Juan Bautista Cúneo, como consta de sus cartas dirigidas a éste, datadas en Cabo Frío el 27 de diciembre de 1836, y en Campos el 18 de febrero y el 22 de abril de 1837. En las dos primeras, le hablaba de sus viajes, de que vendía maíz y harina, y adquiría con su producto azúcar y aguardiente. "El comercio me envuelve el cerebro", le decía en la segunda de ellas, y en la última, contestando a la invitación de ir a visitarlo, en medio de la nebulosidad del lenguaje empleado, dejaba ya entrever su determinación de plegarse a la causa republicana riograndense. He aquí sus palabras:

"Hubiera partido, abandonando todo, y en el duro caso mismo de estar a vuestras expensas, pero me hallo más que nunca imposibilitado... el motivo prepotente... no os lo puedo explicar sin peligro... *os diré solamente que me dispongo a nueva existencia, tendiendo a nuestros principios siempre*, con aquella meta que vos me prefijasteis en vuestra primera carta. Os encargo poner de relieve en esa nuestra obra; me conocéis y podéis responder como de vos mismo".

El espíritu inquieto de Garibaldi, nacido para sacrificarse por la libertad, enamorado como estaba de la idea republica-

na, no le permitía resistir a los impulsos de su corazón, ni a las palpitaciones de su cerebro ardiente. Se lanzó, pues, a la lucha, con todos los entusiasmos de su viril juventud y la profunda fe que le infundían sus ideales.

Con el pequeño barco *Mazzini*, que armó en Río de Janeiro, atacó y tomó la goleta brasileña *Scoropilla*, con la cual pirateó en el Río de la Plata, con sucesos varios, como lo relacionaremos en otra parte.

Vuelto a Río Grande, obtuvo el mando naval del lago de los *Patos*, donde puso en derrota al enemigo, valiéndose de una habilísima maniobra, y haciendo tremolar, con legítimo júbilo, la bandera republicana, bajo cuyos pliegues se sentía feliz y enardecido para el combate. Al mando tan solo de dos lanchones, — el *Río Pardo*, que tomó a su cargo, y el *Republicano*, que confió a John Grigg, joven norteamericano, experto y valiente, — realizó su audaz cometido, si bien con menos peligros a su bordo que en tierra, pues en ésta casi vendió cara su vida en el *Galpón da Charqueada*, establecimiento de campo que pertenecía a doña Antonia Bentos Gonçalves, hermana del Presidente de la flamante República, situado en la desembocadura del *Camacúá*. Allí se vió compelido a mantener, con sólo trece compañeros, una lucha tenaz y desesperante contra ciento cincuenta imperialistas, ochenta de ellos de infantería, austriacos de nacionalidad, hechos para la brega y adiestrados en el manejo de esa arma.

Pero aquella travesía marítima, a pesar de ello bonancible, se vió erizada de peligros aún mayores que los aludidos, cuando le tocó encaminarse a la provincia de *Santa Catalina*, siempre en unión del valeroso Grigg, expedición ésta que puso una vez más a prueba el temple varonil de su alma y la serenidad indispensable para afrontar con el éxito deseado los vaivenes de la suerte.

Sus endebles naves, debían cooperar al sitio de *Porto Alegre* en combinación con el ejército republicano; pero como no fué posible obtener las ventajas apetecidas, se resolvió abandonar el asedio y operar sobre la mencionada provincia, conjuntamente con el general Canabarro, este último por tierra.

La expedición que nos ocupa, fué una de las más tocantes, ya por la forma en que se realizó, transportando los barcos:

a tierra sobre ocho ruedas, arrastrados por doscientos bueyes desde la orilla del *Capibara* hasta la del lago *Taramanday*, ya por haber tenido que combatir con un enemigo aún más temible que los imperialistas: las olas desencadenadas del Océano, que hicieron numerosas víctimas y hundieron en su seno al *Río Pardo* que mandaba Garibaldi, quien pudo salvarse debido a su serenidad de ánimo y a su gran destreza en la natación.

En el ataque y toma de la laguna de *Santa Catalina*, en el combate de *Santos* con una corbeta imperial que poseía veinte grandes piezas en batería cubierta, y que era una verdadera nave de guerra, mientras que Garibaldi sólo tenía tres piezas pequeñas, una por embarcación, dos del calibre 9 y una del 12, (1) combate que poco después asumió proporciones menos tranquilizadoras, pero que se mantuvo con ánimo imperturbable y con honrosos resultados, lo mismo que en el incendio de sus barcos, por orden del general Canabarro, se reveló como un hombre de condiciones extraordinarias, propulsoras de grandes empresas.

También demostró una pasmosa sangre fría, además de la altura de su alma, tanto en el resto de la campaña que tuvo que emprender por tierra con el coronel Teixeira, batiéndose en desigual contienda, unas veces victorioso y otras en derrota, como cuando nació su hijo Menotti, (2) que lo fué en uno de los instantes más apurados de su vida, pues carecía hasta de lo indispensable para atender los primeros cuidados de la madre y del hijo. Amante y padre, unidos así los vínculos del afecto y de la sangre, se propuso remediar aquel vacío, y sin reparar en sacrificios de especie alguna, atravesó solo, con el agua de su cabalgadura hasta los encuentros, durante varios días, por accidentados terrenos, desde *San Simón* hasta *Settembrina*, pequeña villa de *Porto Alegre*, y allí adquirió lo más indispensable para esos seres tan caros a su corazón. Pero habiendo pagado ya tributo a sus convicciones y a su carácter belicoso y aventurero por espacio de seis años, después de la indecisión del general Bentos Gonçalves da

(1) Garibaldi, «Memorias autobiográficas».

(2) 16 de septiembre de 1840.

Silva, en *Pinheiro*, frente al ejército del general Netto, de la acción librada en *Taquary*, entre las mismas fuerzas, de la desgraciada expedición del Norte, debido a la indisciplina de las tropas; y, sobre todo, de lo que el héroe llama "retirada desastrosa por la sierra", en la que hombres, mujeres y niños, pasaron toda clase de penurias y las torturas del hambre — pensó consagrarse al trabajo, para asegurar el sostén y la tranquilidad de los suyos: el de su Anita, que desde el día mismo de la unión de sus almas compartió con él todos los azares de su campaña militar por mar y tierra, auxiliándole hasta con las armas en la mano, con admirable coraje, y el de su primogénito, cuya venida al mundo acrecentó aún más el intenso amor que sentía por su inseparable y buena compañera.

No entraba en su propósito, sin embargo, abandonar por completo a sus correligionarios riograndenses, pues dejó a Anzani a cargo de las fuerzas que mandaba, y al separarse de las filas republicanas, lo hizo con el consentimiento de Bentos Gonçalves da Silva.

Garibaldi no era de aquellos hombres que abrazaban una causa por especulación o irreflexivamente, pues nunca tuvo otra pasión que la libertad y la justicia, y, por lo tanto, anhelaba fervientemente el triunfo de las ideas, encarnadas en ese movimiento.

El doctor Juan Bautista Alberdi, si bien argentino, sentía igualmente hondas simpatías por las tendencias sustentadas contra el Imperio, y hallándose en Montevideo publicó un entusiasta artículo, en agosto de 1839, exhortando a las repúblicas de Sud América a no mirar indiferentes aquel esfuerzo en favor de una idea que se había hecho verbo en la conciencia de todos los hombres enemigos de las testas coronadas, y cuyo primer albor reverberó, aunque con pálidos destellos, en el cielo de Mayo.

He aquí algunos de los más vibrantes párrafos de esa publicación:

"Cuando he oído hablar, por la primera vez, de una población que en una extremidad del Brasil había levantado el grito de República, yo que conozco todo el poderío de esta palabra, y que creo en los grandes destinos que la esperan

en el porvenir de América, he comprendido de un golpe todo lo que debía seguirse a este preámbulo imponente, que para muchos sólo era un grito sin ecos, pero que para mí fué la señal irrevocable de la disolución del Imperio.

“Muchas veces he oído después anunciar la pérdida de la revolución del Río Grande, porque no tenía cabezas fuertes que la presidieran (eran las razones), porque no conocía sistema en su desarrollo, porque no poseía una fórmula clara de sus miras y principios, porque los hombres eran ignorantes y el pueblo no estaba preparado, ¡singular observación! ¡Como si veinte Repúblicas y treinta años de revolución adelantados fuesen todavía poca preparación! He visto menospreciarla también, y llegar hasta calificarla de delirio, remitirla a un porvenir cercano de defección y de derrota, arrojarla con desdén para vergüenza suya, a la faz de las otras Repúblicas americanas que la veían marchar con un silencio indiferente y desdeñoso.

“Todo lo he oído y visto sin sorpresa y sin abatimiento. He conocido solamente en todo ello, el murmullo envidioso y estrecho por medio del cual todas las Repúblicas y todos los grandes movimientos de libertad han tenido que levantar su cabeza victoriosa, para ver después en su derredor inclinadas con reverencia a todas esas cabezas orgullosas, de una luz menguada y falaz.

“Todavía no se quiere creer que la República está destinada a triunfar con los ojos vendados; que ella no necesita de los ojos, porque es conducida de la mano por el cielo; que el entusiasmo puede dar lecciones al arte; que la pasión es más luminosa que la ciencia; que la libertad ciega ve más claro que los tiranos con mil ojos; que la justicia sola es la victoria; que la igualdad y la libertad están destinadas a vencer sin hombres, sin ideas y sin dinero! Todavía hemos de ver más veces que lo llevamos visto, a todos esos sistemas de ciencia profunda y erudición consumada, deshacerse como el humo, ante los golpes ciegos y bruscos de la República, a los *brutos* vitoriarse sobre los *sabios*, a los *locos* y utopistas, entronizarse sobre los despojos de un doctrinarismo que no enseña nada, de unos doctores que yerran en todo.

“He podido distinguir dos clases de opositores a la República

naciente — los hombres de la monarquía, y los renegados o desesperados del sistema de la igualdad de clases. No me han pasmado los primeros: ellos llenaban su deber, o se mostraban lógicos a lo menos combatiendo el principio contrario al profesado por ellos. ¿Qué deben importar, por otra parte, los tiros de los vencidos que van en disparada? Habiendo caído bajo los golpes de la República, ellos pueden continuar ensalzando su sistema. —

“He conocido en los otros debilidad en el carácter y cortedad en la vista. Han observado que en treinta años, la República no había dado entre nosotros los frutos prometidos, y la han declarado estéril para siempre, de tal modo, que hoy sólo parece que encontrasen remedio a los desastres inevitables de la revolución, en la conversión hacia la monarquía. Pensamiento debilísimo que desgraciadamente ha pasado por más de una de las cabezas en que ha sido tallada nuestra democracia. La desaparición de la monarquía en América, es irrevocable y definitiva, y su restauración inconcebible. Rechazada por la naturaleza de nuestras cosas, más que por nuestras voluntades, la idea de su restablecimiento es más quimérica y más paradójal que la de la república más absoluta y más ilimitada. Fué de necesidad que en Europa, veinte tronos hicieran desaparecer una sola república, como será de necesidad que en América, veinte repúblicas hagan desaparecer un solo trono. Y hemos de ver primero que una república sola se derrote a todas las monarquías de la Europa, antes que una corona haga sentir su peso a la más débil de las repúblicas de América.

“No está en la monarquía el remedio, sino el mal. Ni está en la república el escollo, sino en la mala organización de la república. Para salvarla, no es menester matarla, sino darle la forma adecuada en que su vida quiere desarrollarse. La cuestión no es de monarquía y de república: en América no cabe cuestión sobre este punto. La cuestión es de centralización o de descentralización, de unidad indivisible o de unidad múltiple; la cuestión es de forma, en una palabra, no de fondo; constitucional y no social; de organización, no de derecho. Hallar la fórmula constitucional de las nuevas repúblicas de América: he aquí el problema político del nuevo mundo. Será

encontrada esa fórmula y desenvuelto ese problema como lo ha sido en los pueblos de la América del Norte, cuando, como allá, se habrá trabajado, con obstinación invencible y sin contar los años, en su investigación, pues que una fórmula existe necesariamente escondida en la naturaleza de las cosas para los gobiernos americanos, que la inteligencia y la observación de nuestros legisladores deben explotar sin cesar.

“Nada, entretanto, de menos grande y menos varonil, que el reprobar las tendencias republicanas del Río Grande. Porque, a más de ser legítimas, son irrevocables: subordinan ya las voluntades de los nuevos republicanos, los arrastran a su pesar, circulan en su sangre, y no les permitirían retroceder a ellos mismos aún cuando llegasen a intentarlo. La obra es ya más fuerte que los autores: ellos han abierto un torrente que los llevaría por delante si se detuviesen a contenerlo. Es menester concebir de este modo la revolución riograndense, porque no es ni más ni menos. Considerarla de otro modo, es desconocer absolutamente su carácter. Está lejísimo de ser, como se ha creído, un pensamiento intempestivo y caprichoso, un impulso casual que ha podido suceder o no suceder. Es de advertir que la República, como el gallo que una vez la ha simbolizado, se levanta siempre antes del día. Se suele decir que su nacimiento es casual: el hecho es que ella siempre sobrevive a sus autores. Creía Moreno que con su muerte sucedería la de la Revolución de Mayo. Olvidó, sin duda, que no había sido preciso que expirase la navegación por vapor, porque su inventor Fulton pereció a manos de su descubrimiento. Iguales ilusiones se hizo Mirabeau. No es menester que los hijos vivan de la vida de sus padres. Sólo la vida del Creador es solidaria de la vida de su obra.

“Aunque se quiera desconocerlo, la insurrección del Río Grande no es más que el desenvolvimiento más reciente del movimiento de Mayo, un resultado necesario de 1810, un paso más de la Revolución americana, la última conquista del principio regenerador del nuevo mundo, la consecuencia más moderna de los trabajos comenzados por Moreno y completados por Bolívar. Tiene sus premisas en Ituzaingó, Ayacucho y Maipú. Sería menester copar los treinta años de revolución que han precedido, para considerarla un resultado sin causa, y reputar su extinción, una operación posible.

“Es de necesidad concederla esta filiación, porque es la suya. Ultimo anillo de una cadena de acontecimientos todavía inacabada, que comienza en Filadelfia en 1776, continúa en Buenos Aires en 1810, sube al Ecuador en los años inmediatos, reaparece hoy en un confín del Brasil, para concluir mañana en el Río de Janeiro, la revolución que ha comenzado en Río Grande es el corolario inevitable de la revolución de un mundo. Ya es menester proclamarlo altamente a la faz de la América. Es menester prolongar la lista que comienzan Paso y Moreno, con los nombres ya no menos dignos de Bentos Gonçalves, Bentos Manuel y Netto; elevar al rango de las victorias de Ayacucho, Pichincha y Junín, las jornadas para siempre gloriosas de Río Pardo y Caçapava, nombres hermanos, glorias amigas que se dan la mano en el seno de una misma causa, que se confunden en los fastos de una misma historia.” (1)

La monarquía en América es una planta exótica. Por eso, si bien fué vencido el movimiento iniciado en 1835 por los briosos hijos de la provincia de Río Grande del Sud, el 15 de noviembre de 1889 la idea se hizo carne en todo el vasto Imperio.

En esa fecha, el ejército, confraternizando con el pueblo, proclamó su caída y la constitución de la República, asumiendo el mando supremo del Gobierno Provisorio el Mariscal Deodoro da Fonseca, y el Brasil figura desde entonces en el concierto de los pueblos más libres y republicanos de la tierra.

Esto demuestra también que Garibaldi no perseguía una utopía al plegarse a aquel estallido de los espíritus patrióticos que aspiraban a cambiar la forma de gobierno de su país, y que, como siempre, puso su espada y su inteligencia al servicio de un pensamiento avanzado y plausible.

(1) Tomo I de las «Obras Completas» del doctor Alberdi, artículo intitulado «A los republicanos del Río Grande».

EN LA METRÓPOLI URUGUAYA

SUMARIO:—Pasos preliminares de su actuación.—Su venida a Montevideo.—Estada en el puerto de Maldonado.—Peripecias que le ocurrieron.—Plática agradable con una poetisa criolla en una humilde vivienda próxima a la ribera.—Garibaldi poeta.—Una muestra de su afición a las musas.—Combate en el Océano con dos lanchas de Oribe.—Garibaldi resulta herido en el cuello.—Triunfo de la sumaca "Luisa".—El parte oficial.—Las bajas.—El héroe, casi moribundo, consultado por sus compañeros, fija su vista en la carta hidrográfica e indica la ruta a seguirse.—Narración del suceso por Joaquín Suárez.—Auxilios prestados por un buque fondeado en Martín García.—Arribo a Gualleguay.—Apoyo que le prestó el capitán Lucas Tartabull.—Casa en que se alojó Garibaldi.—Carta a Cúneo.—Extracción de la bala.—Fuga desastrosa.—Martirios inquisitoriales a que fué sometido Garibaldi por el comandante Millán.—Conducta nobilísima de la señora Alemán.—Su libertad.—Visita incógnita a nuestra metrópoli.—Regreso a Río Grande.—Convertido en tropero.—Nuevamente en la capital uruguaya, donde se domicilia.—Comisionista y profesor de matemáticas.—Algunos de sus discípulos.—El Gobierno se propone confiarle el mando de la escuadrilla nacional.—Correspondencia mantenida con Mazzini.—Sociedad patriótica secreta.—Promesa hecha a Garibaldi por su compatriota Esteban Antonini.

No es una biografía la que dejamos hecha de Garibaldi, sino apenas un pálido esbozo de lo que fué desde los albores de su juventud, hasta el momento en que abandonó la belicosa provincia brasileña.

Hemos creído necesaria su previa presentación, tanto para que el lector que no lo conozca pueda formarse una idea cabal de sus relevantes condiciones, y de lo que estaba llamado a ser en el porvenir, como para explicar su lógica conducta, dentro y fuera de los muros de Montevideo.

Sus antecedentes, por otra parte, antes de la hora psicológica en que vamos a exhibirlo, darían tema para escribir

gruesos volúmenes, pues todos ellos ofrecen vasto campo a la imaginación para dejar correr la pluma con la velocidad del relámpago, y describir cuadros de variados matices, ya pintorescos, como la Naturaleza al despertar, ya sombríos y conmovedores, envueltos entre las brumas del dolor y la desesperación, ora risueños como el rostro candoroso de un niño, arrullado por los ensueños del amor materno, o como el alma iluminada por la luz de la dicha, a impulsos de dos corazones que latén al unísono, el uno para el otro, entreviendo una eterna vida paradisíaca.

En los comienzos de 1842, fijó su residencia en Montevideo, en compañía de Anita y de su pequeño hijo Menotti, que apenas contaba dos años de edad.

No pisaba por vez primera el suelo oriental, ni era su persona la de un desconocido para los habitantes de la hermosa capital de la República, pues ya había estado en ella, aunque de incógnito, en 1837, en busca de su amigo Rossetti, cuyo recuerdo tanto le exalta y le conmueve, por la intensidad del cariño fraternal que le dispensaba, por lo mucho que él valía y por su triste y prematura muerte.

Embarcado en la sumaca *Luisa*, y haciendo tremolar la bandera republicana, arribó al puerto de Maldonado, a principios de junio de ese año, en cuyas playas le dispensaron la más favorable acogida los pobladores de la entonces villa fernandina, lo mismo que sus autoridades, manifestaciones éstas que hicieron renacer la confianza en su espíritu hasta ese momento lleno de desazón.

Creyó, pues, que no le sucedería el menor percance y que el Gobierno, lejos de obstaculizar sus libres operaciones en el estuario, cerraría los ojos y lo dejaría navegar, sin cortapisas, como si se tratara de un tripulante cualquiera. Pero el desencanto marchitó bien pronto sus doradas ilusiones, porque el Presidente Oribe,—a pesar de que nunca fué amigo sincero del Brasil,—tan luego tuvo conocimiento de ese hecho, decretó su persecución y apresamiento.

Garibaldi, reposando en aquella ingenua creencia, lo pasaba entretenido, con sus doce compañeros, entregado al corso, en unión de una nave francesa, cuya estadia allí respondía al propósito de pescar ballenas.

Su amigo Luis Rossetti, patriota genovés que había partido para Montevideo, guardaba sepulcral silencio, y esto no dejó de preocuparlo a pesar de todo.

¿Qué le habrá sucedido?, se preguntaba, sin hallar otra respuesta, hablando consigo mismo, que ésta: “Sin duda, no habrá podido conseguir nada en nuestro favor”. Y no se equivocaba.

Ocho días después, no le quedó otro remedio a Garibaldi que alejarse a toda prisa de aquel punto, para evitar ser víctima de una celada, pues se le hizo saber secretamente que su libertad se hallaba en inminente peligro y que le convenía ponerse a salvo.

Pero como en las proximidades de la *isla Grande* había hecho presa a una sumaca brasileña, cargada de café y vendido su producto a un comerciante de Maldonado,—antes de abandonar aquel puerto, resolvió bajar a tierra y cobrar su importe. El comprador, con el propósito de embrollarle, le recordó la crítica situación en que se encontraba Garibaldi, y extendiendo el brazo derecho, indicóle la conveniencia de que se alejase de inmediato, para evitar su aprehensión.

El futuro héroe italiano, se indignó ante semejante conducta, y sacando una de las pistolas que cargaba en la cintura, le dijo, en tono enérgico:

—*¡Il mio denaro!*

El negociante permaneció impávido y sin pronunciar una sola palabra. Esto hizo subir de punto la ira de su acreedor, quien después de repetir la intimación por tercera vez, le abocó el arma al pecho, logrando intimidarlo y que le pagara los dos mil patacones que importaba la mencionada mercadería. Acto continuo, se dirigió a bordo de la *Luisa*, llevando consigo el dinero.

Reinaba un temporal del Nordeste, endemoniado, de esos que con harta frecuencia constituyen la preocupación de los navegantes, y que en todos los tiempos han sido causa de naufragios y pérdida de numerosas vidas. Garibaldi, no obstante, acostumbrado a batirse con Eolo y con Neptuno, sin temores ni vacilaciones, no trepidó un solo instante y lanzóse en su débil barquichuelo a desafiar las furiosas olas del Océano, como lo había hecho ya tantas veces en su país y en el extranjero.

Nadie sabía en Montevideo quién comandaba aquella embarcación; pero en seguida de conocerse su arribo al mencionado sitio, se impartieron por el Poder Ejecutivo órdenes terminantes para su captura, y luego de fracasado ese intento, la instrucción de un sumario administrativo tendiente a esclarecer las causas de su fuga, pues se temía que ésta hubiese sido favorecida por la negligencia o complicidad de las autoridades marítimas.

"El Universal", del 12 del expresado mes, redactado por el general don Antonio Díaz, confirma lo que decimos, pues consigna esas medidas sin nombrar al jefe de la *Luisa*. El suelto a que nos referimos reza así:

"Un corsario con la bandera republicana del Río Grande, entró al puerto de Maldonado conduciendo una presa con cargamento de azúcar; pero inmediatamente que supo que las autoridades tomaban medidas para proceder al embargo, se hizo a la mar con la sumaca apresada, ignorándose el punto a que se dirige. El Gobierno ha comisionado a un empleado de la Hacienda para ir a formar el correspondiente sumario, luego que tuvo noticia del arribo de aquellos buques; pero cuando llegó a aquel punto, ya habían zarpado del puerto."

Garibaldi se proponía aproximarse a *Jesús María*, en la creencia de obtener allí sus tan deseadas noticias de Rossetti; y logró su objeto, arribando a dicho paraje, no sin estar a punto de zozobrar en *Piedras Negras*, pero desgraciadamente sin que su leal compañero pudiera comunicarse con él.

¿Qué causa motivaba aquel prolongado mutismo? ¿Había ocurrido, acaso, algo grave e irreparable? Descubierto también Rossetti de sus ideas revolucionarias, se vió precisado a ocultarse sigilosamente, y cualquier imprudencia de su parte podría comprometer a todos sin beneficio alguno para la causa común. Por eso no quiso aventurarse y librar al azar sus comunicaciones con Garibaldi. Creía más prudente trabajar a la sordina, valido de los partidarios con que se contaba en Montevideo, a quienes alentaba desde su escondite, y con los cuales mantenía frecuentes conferencias, aún cuando su silencio le atosigase el alma, temeroso de la suerte que pudiera correr su digno camarada y de las preocupaciones que le asaltasen ante él.

Mientras tanto, los tripulantes de la *Luisa* atravesaban por una situación difícilísima. Después de luchar con la tempestad, viendo a cada paso abrirse pavorosas las entrañas del mar para sepultarles en su hórrido seno, salvos ya, el hambre empezó a roerles cruelmente. Carecían de víveres, y no atinaban cómo proveerse de ellos, cuando la buena estrella, que no les abandonaba en medio del peligro, les presentó de repente, ante su vista, a unos siete u ocho kilómetros de la ribera, una modesta vivienda rural, que parecía haberse levantado sobre aquella colina como la tabla de salvación de los desesperados.

Colón y sus valerosos acompañantes, no habrán gozado tanto, ciertamente, al divisar la primera tierra del continente americano, como gozaron Garibaldi y los suyos en tan supremo instante.

Todo podrá combatirse con éxito y soportarse con la resignación del Job bíblico, pero jamás el hambre y la sed, que devoran sin piedad ni defensa posible a la deleznable naturaleza humana.

Garibaldi,—que siempre aparecía en primera línea, ya confundido entre sus soldados, o adelante de ellos, como vivo ejemplo de un valor imperturbable,—ordenó encaminarse hacia la costa, lo más cercano que fuese dable, sin que le inspiraran temor el sacudir violento de las olas y el rugir ensordecedor del viento pampero que soplaba.

Quería bajar a tierra, aunque tuviera que sacrificar su vida en holocausto de sus esforzados marineros, para conseguir, costase lo que costare, un pedazo de carne; y así lo hizo en compañía de Mauricio Garibaldi, que era uno de sus más arriesgados subalternos, valiéndose, para descender de la *Luisa*, de unas tablas colocadas sobre dos barriles en forma de puente. (1)

No sin pasar grandes trabajos pudieron vencer los escollos, hasta trepar las rocas y desasirse de ellas; pero únicamente Garibaldi continuó su camino, con rumbos a la casa que había divisado, pues Mauricio quedó encargado de componer la desmantelada nave. Nunca se imaginó tener un encuentro tan

(1) Las ropas fueron por ellos colocadas en un palo que amarraron en tan *sui géneris* nave.

feliz. Eran habitantes de aquella solitaria estancia, una hermosa mujer, que a su belleza física reunía los atractivos del talento, y su esposo, un hombre sencillo, sin instrucción alguna, pero atento y servicial como la generalidad de los que habitan la campaña del territorio oriental.

Ella mataba sus ocios y enriquecía su intelecto con la lectura de obras literarias, y dueña de una imaginación lozana y creadora, arrancaba a la lira melódicos acordes, sugeridos por la Naturaleza y el amor.

La diosa de la fortuna lo había conducido, pues, hasta allí, y sin necesidad de agotar la verba de su oratoria, obtuvo mucho más de lo que apetecía. Aquella cultora de la gaya ciencia lo recibió con grandes muestras de complacencia, cual si Garibaldi fuese el mensajero alado del Helicón, con cuyas moradoras ella compartía las delicias de la música rimada, y presintiendo quizá que en aquel cerebro, cubierto por rubicunda cabellera, palpitase también la inspiración de un poeta ignoto, le habló con entusiasmo del autor de *La Divina Comedia*, como asimismo del que inmortalizara a Laura con sus celebrados sonetos, y de otros eximios vates de su patria lejana.

Después de haberle recitado algunas de las composiciones hijas de su ingenio, le obsequió con un libro de poesías de José Manuel Quintana, escritas, como todo lo suyo, en lengua española.

Dice Garibaldi que los versos de la graciosa criolla le causaron admiración, no obstante ser muy poco conocedor del castellano y de la poesía, pero que las bellezas poéticas son capaces de conmover a los sordos.

Es verdad que entonces no dominaba el idioma de Cervantes y que nunca se le tuvo por familiar del monte de la Fócide, y si hemos dicho que la incógnita poetisa pudo presentir en él un poeta ignoto, es porque no hace mucho que la prensa italiana anunció con gran alborozo haberse encontrado entre los manuscritos de Garibaldi un poema épico, que no carece de mérito.

Pero ya en la época a que nos referimos, pulsaba la lira, pues algún tiempo después de su agradable plática con la silvestre poetisa uruguaya, le recordaba a su amigo Cúneo algunos estrofas de un canto patriótico, escrito, según C'aval-

lotti, mientras reposaba en una floresta y apacentaba su caballo.

Esa composición, que nos complacemos en transcribir, recién fué conocida por el público algunos años antes de fallecer el héroe.

Non fra pomposi ed aurei
Vaghi giardin ridenti,
Non sotto immensi aerei
Archi e dell'uom portenti,
Ma ne l'ombrese selve
Piacesi il mio pensier.

Non quando il ciel sereno
E de' zeffiri l'alito
All'ente fausto in seno
Diffonde un dolce palpito,
Ma quando muggia il nembo
E scuote l'orbe inter.

Non se Teti da spume
Tranquille erge la fronte:
Non se queto il bitume
Bolle nell'igneo monte,
Ma quando i flutti infuriano,
Quando rugge il crater.

E che m'importa il bene
Di servi e abbietta pace?
Che importan le catene
Di società mendace?
E di vil plebe immemore
Il codardo giacer?

E che m'importa, Italia,
Se a liberi- contenti
Di Allemaña e di Gallia
I bellici stromenti
Nel ciel di questa imbello
Fan gli echi ridestar?

Io la vorrei deserta,
I suoi palagi infranti
Ed io de l'Alpi a l'erta,
Le sue città fumanti
Scorgere e con sardonico
Sorriso contemplar,

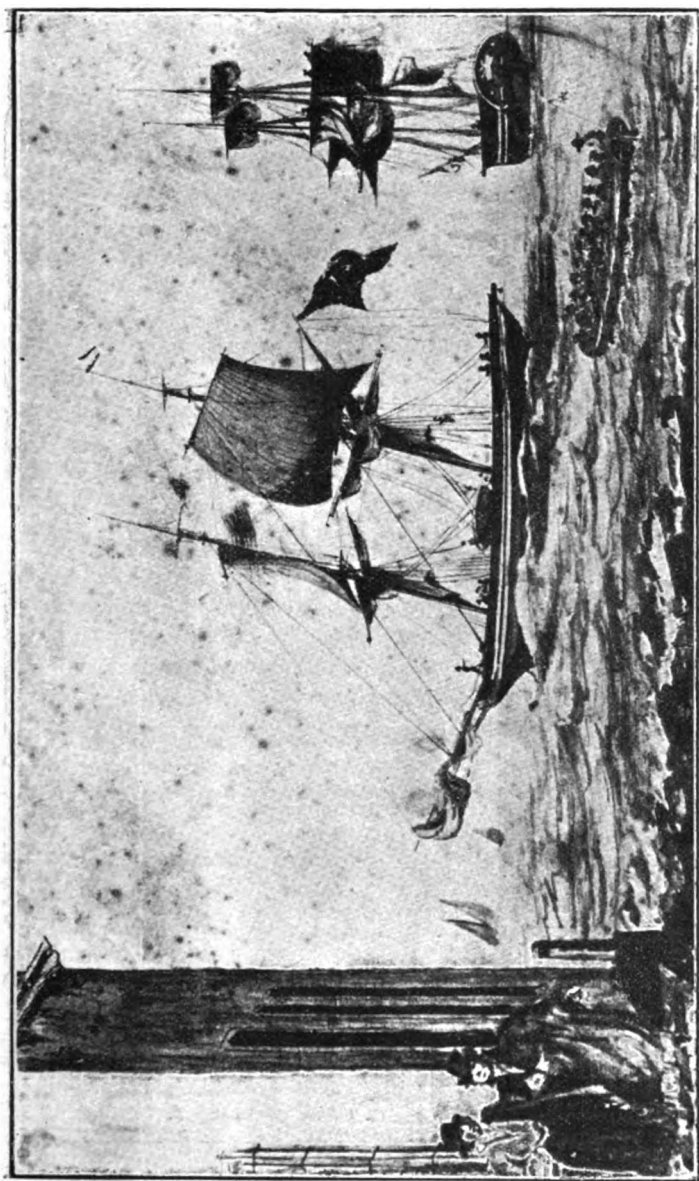
Pria che vederla trepida
Sotto il baston d'un vandalo
Disonorata e fetida
De le nazioni scandalo,
Il suo destin superbo
Stolida rinnegar!

Son estrofas sencillas, sin altos vuelos literarios, pero rebo-santes de patriotismo, sentidas y levantadas, como que eran hijas de un alma ardiente, apasionada de la libertad, y que abrigaba profunda fe en el porvenir de su país.

De modo, pues, que aunque no pueda comparársele ni con Leopardi, ni con Ariosto, ni con el Tasso, entre los antiguos, ni con Carducci, ni con Páscoli, ni con D'Annunzio, entre los contemporáneos, no era por eso un desconocido de las musas. Apolo había ungido su mente con el óleo sagrado de la inspiración.

Garibaldi, llenado su cometido, regresó al siguiente día, a las primeras horas de la mañana, porque no le fué posible hacerlo antes, siendo portador de lo que todos anhelaban y hasta satisfecho con creces. Se le había regalado una res, que fué carneada y descuartizada por el capataz de la estancia, pero conducida viva por éste hasta la orilla del mar, donde el pobre Mauricio esperaba a su jefe con una ansiedad febril, receloso de que hubiera sido víctima de alguna de las fieras que por entonces pululaban, como los animales vacunos salvajes y los perros cimarrones, por aquella dilatada campiña.

Si la gratitud rebosó en el corazón de Garibaldi, no menos grande lo fué la de sus afligidos camaradas, que al verlos aparecer, rompieron en frenéticas aclamaciones, celebrando su feliz arribo y el suculento manjar que les llevaban para entonar sus ya débiles fuerzas.



BERGANTÍN ORIENTAL «MONTEVIDEANO». — Su salida el 19 de agosto de 1840

Atención del Archivo y Museo Histórico Nacional.

Había que hacer, sin embargo, un nuevo y supremo esfuerzo para transportar a bordo de la *Luisa* aquella pesada y apetitosa carga, y Garibaldi y Mauricio, — abnegados como siempre, — no desmayaron por eso. El primero y más difícil de los pasos, estaba dado. ¿Por qué acobardarse, por consiguiente, del último que debían realizar?

Manos a la obra, se dijeron, y el improvisado barco, con sus tripulantes y aquella preciosa carga, se arrojaron al mar, teniendo por remo, cada uno de ellos, una vara tomada en la ribera, pero contentos por el bien que iban a dispensar a sus buenos amigos.

Las olas se habían conjurado una vez más para jugarles una broma pesada, y cuando creían estar fuera de todo peligro Garibaldi y Mauricio se vieron furiosamente azotados por las rompientes, que jugaban con la barquilla como con una cáscara de nuez, impeliéndola hacia la costa contra la voluntad de sus guías, expuesta a hundirse y desaparecer envuelta en el torbellino.

La *Luisa*, para peor de los males, se alejaba de su vista, no porque se moviera espontáneamente del lugar en que permanecía, sino debido a que el viento y las olas la arrastraban hacia opuesto rumbo. No obstante, la sumaca, largando velas, acudió en su auxilio. Un interés recíproco así lo demandaba, y su oportuna intervención conjuró el desastre que se presentía.

Ya todos reunidos y menos preocupados, permanecieron a corta distancia de *Jesús María*, en la esperanza de que Rossetti les comunicase alguna noticia más halagüeña que la recibida oficiosamente en Maldonado, y para mejorar sus medios de locomoción en casos análogos al que dejamos relatado, resolvió Garibaldi adquirir un bote llevado en la cubierta por una balandra que acertó a pasar próximo a la sumaca, dando por él treinta escudos.

De nada les sirvió, empero, aquel nuevo elemento marítimo, pues al día siguiente, la *Luisa* tuvo que batirse con dos lanchas del Gobierno Oriental, siendo una de ellas la *María*, tripulada ésta por veinticuatro hombres bien armados y municionados. Ambas le salieron al encuentro, cuando menos lo esperaba, en la mañana del 15.

Al avistarse a lo lejos, pensó Garibaldi que se tratara de embarcaciones amigas que iban a unírsele; pero apercibido de que no ostentaban en sus mástiles la bandera roja conve-nida, se aprestó a la defensa, resolviendo *esperarles a la vela*, según el vocabulario de los hombres de mar.

“Zarpé, dice en sus *Memorias*, y me sostuve capeando, con las armas prevenidas.”

—“Ríndanse en nombre de las autoridades nacionales”, prorrumpieron en voces atronadoras los desconocidos; pero al oír la voz de mando de Garibaldi, hicieron una terrible descarga cerrada de fusilería.

No se intimidaron los republicanos, a pesar de aquel insólito y bárbaro saludo, y tras un fuego graneado, de parte a parte, que cada vez se hacía más vivo, los más audaces que ocupaban el lanchón, creyendo desconcertados a sus adversarios, intentaron trepar sobre la cubierta de la *Luisa*, que había sido atacada por estribor.

La lucha se trabó entonces con mayor ardimiento, lucha desigual en número y armas, pero igualada o superada en el entusiasmo y el valor. Cuando se combate por el triunfo de una causa santa, acrecen los bríos y hasta los más pusilánimes se convierten en héroes.

Con mucha más razón, por ende, tienen que duplicar sus fuerzas aquellos que al prestigio de los principios que sustentan atesoran el heroísmo innato en los de su raza.

Los asaltantes, si bien causaron algunas víctimas, pagaron bien cara su osadía, cayendo los unos, muertos o heridos, sobre las tablas del lanchón o sepultados en el fondo del mar em-bravecido, ya atravesados por las balas de los bravos gari-baldinos, o con el cráneo partido por los filosos sables de aquellos verdaderos titanes.

Después de una hora de incesante brega, los defensores de la *Luisa* quedaron victoriosos, no sin que tuvieran que lamentar varias bajas. Garibaldi, que fué también de los más atrevidos combatientes, resultó herido de gravedad, pues recibió un balazo en el cuello, que le derribó sobre el barco, sin conocimiento, con gran estupor de los suyos que se imaginaron haberlo perdido para siempre.

Aquel ínclito varón — al revés de otros guerreros de menos

talla que la suya, — hacía constantemente de superior y de soldado. No quería, tal vez, conquistar fama de vencedor y de valiente, como otros, a costa de sus inferiores en graduación y mando. De ahí que se le viera en todas partes, ordenando cubrir un puesto o avanzar sobre el enemigo; de ahí que se confundiera con sus subalternos, fusil en mano o dirigiendo la bala de un cañón; de ahí, en fin, que en el combate que nos ocupa, muerto de un balazo en la cabeza su arrojado compañero Fiorentino, que abandonando el timón, había acudido a prestar auxilio a los bisoños marineros, que maniobraban inútil y torpemente, él tomara la barra para evitar un percance mayor, siendo entonces que recibió la traicionera y maldita bala en el cuello.

Felizmente, no faltaron hombres decididos y experimentados que lo reemplazaran de la mejor manera en la refriega, y sostuvieran resueltamente aquella ruda y mortífera contienda, siendo alma de ella, en primer término, el contramaestre Luis Carniglia, el piloto Pascual Lodola y los marineros Juan Lambert y Mauricio Garibaldi, cuyos nombres evoca con cariño y justo encomio en sus *Memorias* el héroe de ambos mundos.

El encargado de las lanchas gubernistas, que tampoco se dió cuenta de que la *Luisa* era comandada por Garibaldi, pasó el siguiente parte a la Comandancia General del Puerto:

“El infrascripto participa al señor Comandante de Matricula y Capitán del Puerto, que habiendo salido, según se le previno, ayer a las 8 de la noche con la lancha *María*, con 24 hombres armados, a conducir a este puerto una sumaca pirata que estaba descargando en la costa por el Rosario, la avisté fondeada hoy y llegué a su inmediación como a las 8 de la mañana; hizo una señal que no siendo contestada por mí se puso a la vela; y habiendo conseguido llegar a la voz, por haberme esperado, le intimé la orden del Superior Gobierno, que iba a conducirla a Montevideo, afirmando mi bandera, y sin la suya rompió el fuego de fusilería, al que contesté, procurando atracarle, lo que evité huyendo con el mayor esfuerzo, durando este combate hasta las nueve, que concluídas las municiones siguió en su rumbo al S. y yo me dirigí a este puerto, al que llegamos al obscurecer de hoy.

Como a la 1 y media del día encontramos la goleta *Loba*, y le indicamos la dirección en que se hallaba la sumaca y el rumbo que llevaba; una hora después encontramos el bergantín de guerra brasileño imperial *Pedro*, y habiéndole dado el práctico Pedro Sánchez que yo tenía a bordo, continué para este fondeadero.

El resultado de esta refriega fué haber tenido un herido de gravedad y dos contusos levemente, entre éstos el que suscribe, siéndole muy satisfactorio encarecer a V. S. el valor y entusiasmo de estos soldados de la Matrícula que voluntariamente se prestaron a hacer este servicio y tan dignamente lo han desempeñado.—Montevideo, junio 15 de 1837.—*José María Errazquin*.

Al Comandante de Matrícula y Capitán del Puerto, teniente coronel don Francisco Lasala.”

Resulta de este parte, — aunque en él se termine encomiando el coraje y entusiasmo de los tripulantes del *María*, — que el triunfo les correspondió a los garibaldinos, quienes obligaron a los lanchones oribistas a retroceder y arribar al puerto de Montevideo.

Por otra parte, asegura el héroe en sus *Memorias* que eran dos las lanchas gubernistas que se avistaron, y que con la gente mandada por Errazquin, “se empenó un combate encarnizado”, agregando que se pretendió asaltar la *Luisa*, pero que “algunos disparos y golpes de sable precipitaron en el lanchón o en el mar” a los atrevidos subalternos de aquel jefe.

Sin embargo, afirma el comandante del *María* que sólo tuvo dos contusos y un herido de gravedad, figurando él entre los primeros. Esto no es verosímil, desde que el fuego de fusilería se sostuvo durante cerca de una hora, según ambos combatientes, casi cuerpo a cuerpo. Por eso nos inclinamos a creer que Errazquin no dice toda la verdad en su nota al teniente coronel Lasala.

Don Joaquín Suárez, por su parte, en carta familiar, dirigida a don José Luis Martínez, hablando de esto mismo, le decía lo siguiente, que ratifica los datos de Garibaldi y nuestras presunciones:

Montevideo, 19 de junio de 1837.

Querido José Luis:

... En Maldonado apareció un corsario de los republicanos del Continente, a fin de vender los efectos que tenía a su bordo un barco que habían apresado. El Gobierno tomó providencias al momento, y un bergantín de guerra brasileño salió en su persecución, lo que motivó que huyera, hasta sin víveres, que no tuvo tiempo para cargar en dicho puerto.

Sin embargo, apareció en seguida en San Gregorio, cerca del Colla; pero el Gobierno mandó en su procura dos lanchones armados, que se batieron con ellos, habiéndose retirado el corsario, resultando en la refriega cuatro heridos de nuestra parte, uno de los cuales gravemente.

No es extraño que anden por aquí, cuando a la vista del Janeiro se presentó otro, que fué perseguido por una corbeta y un bergantín de guerra, y se les fué sin ningún apuro.

El comercio padecerá si siguen los corsarios y no se les persigue en todas direcciones.

Te incluyo un manifiesto del Senado y te desea la mayor salud tu aftmo. padre.—*Joaquín Suárez.* (1)

Esa fué la única herida que recibió Garibaldi durante los once años de la existencia turbulenta que le tocara en lote en la América del Sur, no obstante haber estado expuesto, a cada instante, en innúmeros combates, a perecer o inutilizarse para siempre. Parece que el plomo y el acero se mostrasen respetuosos de los hombres superiores, de aquellos que desafían la muerte, hora tras hora, en defensa del derecho y la justicia, en aras del orden y la libertad.

El destino quiso que la primera sangre que vertiesen sus venas como apóstol de todas las causas sacrosantas que tuvieron en él un abnegado paladín, la derramase sobre las olas del Plata, en jurisdicción uruguaya, suelo para él amantísimo y bendito y que calificara desde la tierra nativa como su segunda patria.

(1) Esta carta la hacemos conocer nosotros por primera vez.

Es cierto que los combatientes contrarios eran los representantes de un gobierno legal, que tenía el deber de mostrarse neutral, aunque jamás lo fué; pero esto no autorizaba para que se procediese de una manera atentatoria y brutal, como resultó la arremetida de los que cumplían sus órdenes.

Garibaldi, lejos de ser un pirata o un facineroso, era un heraldo del progreso de las ideas, un apasionado del régimen republicano y un ariete formidable contra todas las tiranías y la estagnación de las iniciativas generosas.

Le habría bastado, pues, una cortés indicación para que se alejase inmediatamente de las aguas en que navegaba creyéndose seguro.

Su persona, no obstante, como lo demostraron elocuentemente los sucesos rioplatenses, empezaba a serle desafecta al general Oribe. Lo fué también desde los primeros momentos a su aliado don Juan Manuel de Rosas, desolación ya entonces de la República Argentina, que a semejanza de Atila, pudo muy bien ser llamado *el azote de los argentinos*, como lo fuera el rey de los hunos, *el azote de Dios*, pues si éste asoló al imperio romano, aquél ensangrentó la tierra del ilustre San Martín.

Dueños del mar los tripulantes de la sumaca, se apresuraron a retirarse de aquel lugar, pero desorientados por desconocimiento de la ruta que debían seguir y la carencia de un práctico. El único que podía señalársela, que era Garibaldi, yacía sobre la cubierta, aunque vuelto en sí, casi moribundo, pues apenas había recobrado los sentidos y abría los ojos apagadamente, sin el brillo relampagueante que brotaba de ellos en la hora del combate, movidos por los impulsos de un alma ardiente e inquieta, nacida para romper con el marasmo y la inacción. Pero no quedaba otro remedio a sus amigos que recurrir a él, y así lo hicieron. Garibaldi, sacando fuerzas de flaqueza, clavó la vista en la carta hidrográfica que se le puso de manifiesto, e indicó el rumbo que debía tomarse para arribar al río Paraná.

No le fué dable marcar ningún otro, porque casi no podía moverse ni fijar detenidamente la mirada, y señaló, por lo tanto, el primer nombre que pudo leer, por hallarse escrito con caracteres sobresalientes. Pero esa indicación suya fué lo

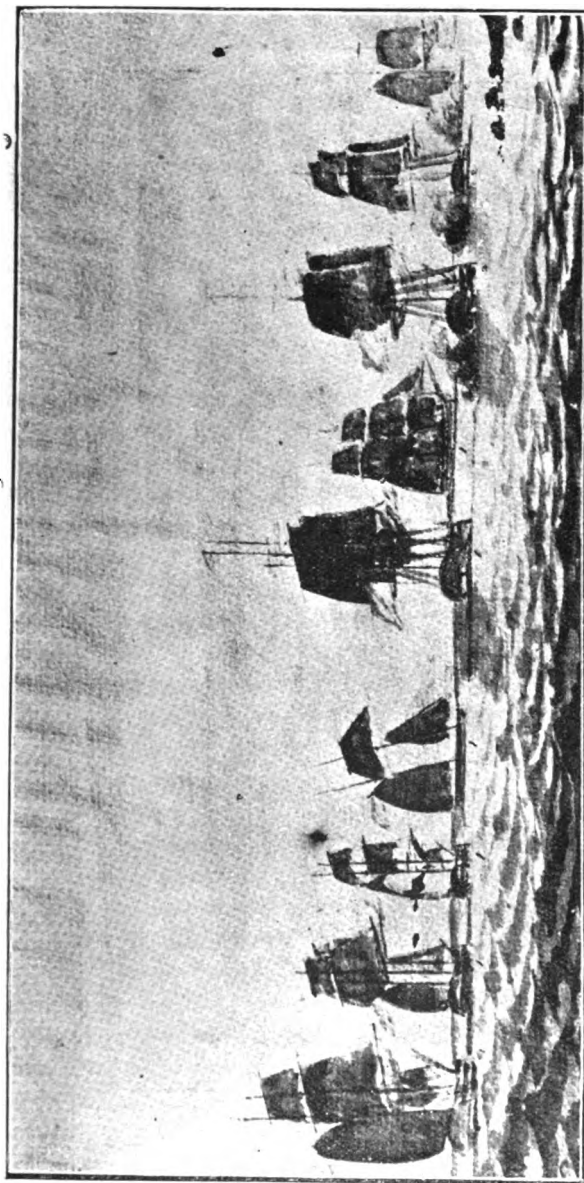
bastante ilustrativa para librarse de un nuevo encuentro con buques orientales o brasileños. El destino quería que no sucumbiesen estérilmente.

Al abandonar, pues, las aguas orientales, siguieron la ruta marcada por Garibaldi, y arribaron a Gualeguay, entonces pequeño pueblo de la provincia de Entre Ríos, situado sobre el río de su mismo nombre, a quince kilómetros de su confluencia con el Paranacito, no sin antes haber pasado crueles necesidades.

Tres días después del combate con la lancha *María*, hallándose cerca de Martín García, se vieron obligados a recurrir a los buenos oficios de un buque surto en aquel paraje, en demanda de víveres y de un práctico. El misterio sobre los tripulantes de la *Luisa*, y sobre todo de su comandante, continuaba reinando, pues no se supo allí que a su bordo iba Garibaldi, si bien más tarde se dejó entrever que se trataba de gente adicta a la República de Río Grande. El siguiente parte del Departamento de Policía de la Colonia da noticias de este hecho:

Colonia, junio 20 de 1837.

Son las once de la mañana de este día cuando recibo parte del señor Receptor General del Uruguay: Que por conducto de un tal Fontán, llegado a las Higueritas, le ha comunicado éste, que el 18 del corriente se hallaba fondeado el buque de su propiedad en Martín García, adonde vino a su bordo un bote con tres hombres, con procedencia de una sumaca que también se hallaba fondeada, pero distante del Puerto, cuyos individuos solicitaron de Fontán se les diese práctico para que les condujese aquel buque a Santa Fe, y les suministrase algunos víveres: a esto les observó, cómo no lo habían sacado de Montevideo, a lo que replicaron que el capitán tenía sus instrucciones, dándoles algo para que se alimentasen. Entonces solicitaron de él que les proporcionase algún marinero para que los condujese adentro de Guazú, ya que no les daba para Santa Fe, a lo que accedió ignorando quiénes eran (y en cuyo punto existen); que regresando el marinero a su buque, fué impuesto que el cargamento del buque se componía de café:



ESCUADRAS DE COE Y BROWN

Vista del combate del 24 de mayo de 1841, tomada desde la azotea del Hospital de Caridad (hoy Maciel), a las 3 y 30 de la mañana, con viento ONO.—1, 1. orientales contra 2, 2, argentinos

Galería del Archivo y Museo Histórico Nacional.

y caña; que era de presa de un buque Farrupilla; que su tripulación son 13 hombres, y que el que hace de capitán se halla herido.

Todo lo que me apresuro a poner en conocimiento de V. E. para los fines que son consiguientes, observando a V. E. que con esta misma fecha ordeno a los comandantes de Víboras y Carmelo pasen con sus partidas a vigilar la costa; y en caso que la tripulación desembarque sean prendidos, y si aún es posible el mismo buque, hasta tanto que V. E. no resuelva otra cosa.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*José María Palacios.*

Excmo. señor Ministro Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Estos auxilios, aunque importantes, no hubieran sido suficientes para combatir las exigencias ineludibles del estómago hasta llegar a la deseada meta, y sin el eficazísimo concurso que le prestara otro marino, habrían pasado mayores penurias ~~que las que dejamos~~ narradas. La veleidosa suerte, que parecía eclipsarse con las medidas mencionadas en el documento precedente, quiso, no obstante, depararles otro feliz encuentro en las proximidades del Ibicuy. El capitán Lucas Tartabull fué esta vez su providencia, como resulta de lo que vamos a relatar.

Dicho marino, salido hacía poco de la rada de Buenos Aires, se había detenido en ese punto con la goleta *Pintoresca* que piloteaba, y no sólo les proporcionó todas las provisiones que necesitaban, sino que a la vez, procediendo con gran nobleza de alma, se puso a su disposición, para conducirles al puerto de Gualaguay.

La bandera republicana que lucía en el mástil de la *Luisa*, hizo que simpatizasen con ellos los tripulantes y pasajeros del buque, contrastando tan generosos procederes con la conducta de los lanchoneros oribistas.

Pero la loable actitud de Tartabull y demás ocupantes de la *Pintoresca* no se detuvo allí: todos ellos, a una, les ofrecieron recomendaciones para el Gobernador de la Provincia, general don Pascual Echagüe que, aceptadas, merecieron la más favorable acogida de su parte.

Era preciso atender a Garibaldi, cuya gr̄ave herida en el cuello tenía con cuidado a sus amantísimos camaradas, y nada les faltó desde el primer instante. El joven médico argentino don Ramón del Arca, (1) cirujano del ejército, quedó a su cargo por orden de Echagüe, quien, teniendo necesidad de abandonar aquella plaza, no quiso hacerlo sin antes preocuparse de la salud del héroe naval de Río Grande, sin presumir, seguramente, que con el transcurso del tiempo habría de ser uno de los enemigos más formidables del Gobernador de Buenos Aires, cuya causa él sustentara.

Dicho facultativo le prestó la más solícita asistencia, resarcido así las deficientes curaciones que durante 19 días, aunque con toda buena voluntad, le había hecho su fiel marinero Luis Carniglia, *Luigi*, como le llama cariñosamente en sus *Memorias*.

A esas atenciones — que fueron para él imborrables, — se agregaron otras no menos dignas de su gratitud y del encomio público. Un hombre altruista, jefe de una familia de corazón levantado como el suyo, lo albergó en su casa con el afecto que sólo se siente por aquellos a quienes se conoce íntimamente y se estima en alto grado por sus hermosas prendas personales. Jacinto Andreus, — que es a quien aludimos — no tenía relación antigua con él. Le bastó la recomendación del capitán de la goleta a que nos hemos referido, y del vizcaíno Arraigada, que viajaba en ella, además de su lamentable situación, para que le abriese sus brazos y lo alojara en su domicilio durante los seis meses que permaneció en Guleguay.

Interrogado insistentemente Garibaldi por Cúneo sobre su salud, le decía lo siguiente, en carta fechada el 1.º de octubre de 1837: “Vengamos a las preguntas que tu noble corazón me dirigen. Mis heridas están casi olvidadas, como también la operación que me hicieron en el cuello; había entrado aquella maldita bala bajo el oído izquierdo, y después de haber atravesado diametralmente el pescuezo, se había colocado bajo el oído derecho, a media pulgada del cutis y me había regalado con una operación de casi media hora, que daba gusto, má-

(1) Este es el nombre que consigna Garibaldi en sus *Memorias*; pero Mario lo apellida Delarea en la página 79 de su obra *Garibaldi e i suoi tempi*. — Dumas escribe de Lurea.

xinamente cuando el doctor me separaba los tendones nerviosos entre los cuales se había enredado. La herida del brazo derecho fué levísima; sólo me lo había rozado la bala."

Esta carta aparece firmada por *Borel*, que era el nombre que tenía Garibaldi como miembro de la *Joven Italia*.

La bala le fué extraída por el citado médico, quien continuó atendiéndolo hasta darlo de alta.

La población en general, demostró también vivo interés por su pronto restablecimiento.

En reemplazo de Echagüe, quedó como Comandante de Gualeguay, don Leonardo Millán, hombre antipático y ajeno a todo sentimiento altruista. Empezó por apoderarse de la *Scoropilla*, y por más que le pasara, en cambio, un peso diario, no reveló mirarle bien. Tal vez, si no hubiese sido por su superior, lo habría arrojado de allí sin piedad, desde el instante de pisar a tierra, pero si respetó al herido, no por eso le mereció las consideraciones que saben guardar los funcionarios cultos a sus semejantes caídos en la desgracia.

Garibaldi, anhelaba su libertad para regresar a Río Grande, donde aún no había podido desarrollar su acción bélica. Se le permitía recorrer las calles a caballo, lo mismo que sus alrededores, pero le estaba vedado alejarse a mayor distancia. Era para él incómoda aquella situación, y cada vez que reclamaba el derecho de abandonar el país, se le respondía que estaba pendiente del dictador argentino el permiso solicitado. El general Echagüe reinaba pero no gobernaba.

Dependía, por lo tanto, de Rosas su salida de aquella localidad entrerriana. No faltaron espíritus suspicaces que en tan duro trance le aconsejasen la fuga, arguyendo que el Gobierno miraría con agrado su desaparición de Gualeguay. O fué aquello una treta infame, como se verá en seguida, o sus oficiosos mentores obraron de buena fe, engañados como él.

Halagado con la sola idea de poder marcharse de allí, aunque sin su barco y queridos compañeros, aprovechó una de sus habituales recorridas para comunicarle su pensamiento a un habitante de las afueras, a quien visitaba casi siempre que tenía la fortuna de andar a caballo. Era la tarde de un día borrascoso, y juzgó que ese estado del tiempo podría favorecer su intento.

Nadie sospechó de su salida, a pesar de que uno de los espías de la autoridad local estaba advertido de la probable fuga. Pudo, en consecuencia, realizar aquel acostumbrado paseo sin más acompañante que la preocupación de verse libre, que no le abandonaba ni un segundo.

—Necesito, le dijo, que me proporcione un baqueano para que me conduzca hacia el Ibicuy.

Abrigaba la esperanza de hallar en aquel paraje un buque que pudiera conducirlo sigilosamente a la capital uruguaya, o a la misma Buenos Aires, no obstante la animadversión que le inspiraba Rosas; y ese buen hombre no tardó en ponerse al habla con un individuo de las inmediaciones, quien se comprometió a acompañarlo y conducirlo en caballos de su propiedad. Anheloso de trasponer cuanto antes la distancia que mediaba entre aquel punto y Gualeguay, partió inmediatamente, a todo galope, habiendo hecho 75 kilómetros, sin otro descanso que el necesario para darles algún respiro a sus cabalgaduras. Al detenerse, — que fué al amanecer, — se hallaba a poco menos de un kilómetro del Ibicuy, en el establecimiento de campo que llevaba el nombre de dicho río.

Internado en el monte, determinó cometer a su guía la misión de inquirir noticias en la estancia, mientras él reposaba un instante de las fatigas de tan molesto viaje; y molesto decimos, porque hasta esa época no había hecho a caballo una jornada semejante; pero impaciente por la tardanza de aquél, y creyendo divisarlo, ya de vuelta, dejó el bosque con el propósito de tender la vista hacia el lugar donde se había encaminado su emisario. Entregado a esa tarea, fué sorprendido, primero por un disparo de arma de fuego, cuyo proyectil cayó cerca suyo, y luego, por una fuerza de caballería, que, sable en mano, avanzaba rápida hacia él: tan rápida que no le dió ni siquiera tiempo para huir.

Había sido objeto, pues, de una traición, y le esperaban días más amargos que los que pasó con motivo de la herida curada por el doctor del Arca. Atado codo con codo, y puesto sobre los lomos de un caballo, le ligaron los pies bajo la barriga del mismo, siendo acto continuo llevado nuevamente a Gualeguay, a disposición de Millán, que lo esperaba impaciente, dispuesto a infligirle torturas verdaderamente inquisitoriales.

Interrogado Garibaldi por él—y no satisfecho de su respuesta—sobre la persona que le había facilitado los medios para la fuga, lo azotó brutalmente con un látigo que tenía consigo; y como insistiese en negar la participación de persona alguna en ese hecho, ordenó que le colgasen, y añadiendo una nueva ligadura a la que tenía ya en las manos, le suspendieron de una de las vigas de la pieza destinada para su prisión, durando más de dos horas ese bárbaro martirio, sólo propio de los sicarios de un tirano.

Dice el héroe en sus *Memorias* que su cuerpo ardía como un horno, y su estómago consumía, como si fuera hierro candente, el agua que bebía sin interrupción, suministrada por un soldado, y que, cuando lo desataron, no lanzaba ya queja alguna, pues estaba sin sentido y parecía un cadáver. No obstante, extremándose aquel martirologio, fué colocado en el cepo, teniendo un asesino como compañero. Al dolor físico se agregaba la humillación moral.

En la carta dirigida a su amigo Cúneo, en febrero de 1838, firmando *G. Borel*, le decía a este respecto: “Y aquí debería terminar por no recordar lo que me hizo sufrir un monstruo aborto de Natura, bajo los auspicios del Infierno, pero os diré al menos su nombre, para que lo podáis consagrar a la execración de todo el Universo. “Sí, Leonardo Millán ha tenido a un hermano vuestro dos horas colgado por las manos!”

Su generoso protector Andreus, fué encarcelado por creérsele partícipe de la fuga. Este hecho indignó a todos los habitantes de Gualeguay, puesto que se trataba de un hombre de bien, sumamente estimado, y se condolían de que fuera a ocurrirle algo parecido. Felizmente, comprobada bien pronto su inocencia, recobró la libertad.

El terror había invadido todas las almas y nadie se animaba a implorar clemencia en favor de Garibaldi, cuando una mujer de gran corazón y de espíritu varonil, conocida por madama Alemán, despreciando el peligro y las vejaciones de que pudiera ser víctima, acudió en su ayuda. Desde entonces no careció aquél de recurso alguno en su prisión.

Garibaldi y los habitantes de Gualeguay respiraron al fin, pocos días después, al ser sabedores de que por resolución del general Echagüe el preso sería trasladado a Bajada, nom-

bre que tenía entonces la actual capital de la Provincia de Entre Ríos, hoy Paraná, edificada sobre la margen izquierda de ese río. Fué también capital de la Confederación Argentina desde 1853 hasta 1861.

Millán se había hecho odioso y la permanencia de su víctima bajo su custodia, podía resultar de fatales consecuencias para ésta.

—¡Por fin, por fin!—prorrampieron todos,—lo alejan de este monstruo.

Dicen Dumas y Mario, que Garibaldi lo escupió en el rostro cuando hallándose colgado pretendió una vez más que confesara quién lo había protegido en su huída.

En 1845, se trocaron los papeles, — como lo narraremos en el lugar correspondiente, — pero sin que a Millán se le aplicara la pena del Talión. Prisionero de Garibaldi, no sufrió vejación alguna y recobró de inmediato su libertad.

¡Distintos hombres y escuelas diferentes!

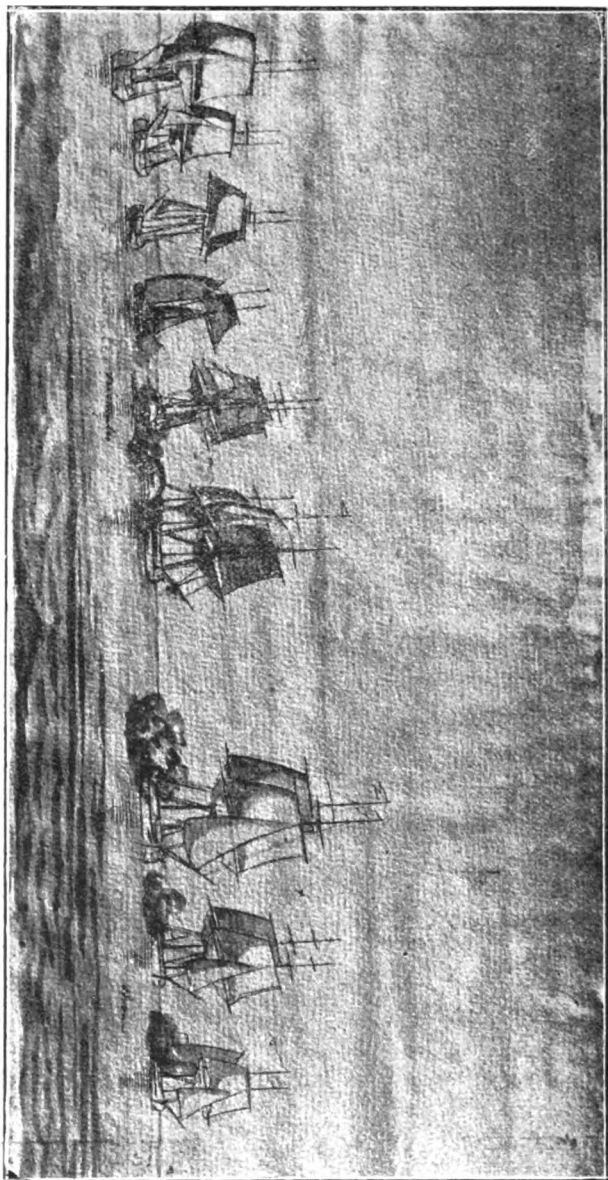
Bien pudo exclamar el noble nizano en presencia de su verdugo de otrora: “¡Atrás la barbarie! ¡Paso a la civilización!”.

Una vez en Bajada, aunque continuaba en calidad de detenido, ya no hubo quien temiese por su vida. Allí lo pasó dos meses, al cabo de los cuales decretó Echagüe su completa excarcelación. El trato que mereció durante ese nuevo cautiverio, fué, sin embargo, el reverso del que se le dispensara por los cancerberos de Gualeguay. Por eso el héroe manifiesta en sus *Memorias* que a pesar de haber militado en filas opuestas, defendiendo aquél la tiranía y él la causa de la libertad, le debía gratitud y hubiera celebrado la ocasión de poder darle pruebas de que realmente se la profesaba.

Decidido a partir con destino a Montevideo, aceleró su viaje, embarcándose en un bergantín genovés que había fondeado en aquel puerto. El capitán Ventura, que era su comandante, lo condujo hasta el Guazú, donde Garibaldi se trasbordó a una balandra mandada por Pascual Carbone, oriundo también de la histórica y floreciente ciudad fundada por los líguos. Ambos compatriotas suyos, contrastando con la generalidad de los navegantes extranjeros de la época, se multiplicaron en atenciones, las que en más de una ocasión habrá recordado

ESCUADRAS DE CO. Y BROWN

El combate del 24 de mayo de 1841, a la vista de Montevideo, tomado desde la azotea del Hospital de Caridad (hoy Nucei), a la 1 y 31 de la tar.
Cortesía del Archivo y Museo Histórico Nacional.



con orgullo ante el renombre adquirido por el ex prisionero y mártir de Leonardo Millán.

Carbone lo llevó a Montevideo; pero como a Rossetti, tampoco le fué dable respirar allí las auras puras de la libertad, porque aún se tenían presentes sus rebeldías para con los tripulantes de las barcas gubernistas. Entonces estrechó sus relaciones personales con Juan Bautista Cúneo y Napoleón Castellini, de quienes fué después grande y buen amigo. Ellos le impulsaron a retornar a Río Grande, en defensa de la idea republicana, ya que el recuerdo de ese suceso no le permitiría por mucho tiempo hacerse ver de las autoridades, y menos aún consagrarse al trabajo.

Apenas permaneció, pues, un mes en su seno, alojado subrepticamente en el domicilio de un paisano suyo, apellidado Pesente, en cuya amena compañía y la de numerosos italianos que frecuentaban la casa pasó agradabilísimos momentos.

Siguiendo sus inclinaciones y en cumplimiento de su palabra empeñada, dejó a Montevideo para irse nuevamente al Brasil, en unión de Rossetti, que de vuelta de aquella provincia acababa de llegar, siendo portador de halagüeñas noticias. Pero prescindiremos de su actuación allí, porque nos apartaríamos de nuestro objeto narrándola, aunque sólo fuese someramente.

Sus ojos, azules como el cielo uruguayo, se habían extasiado contemplando nuestra naturaleza exuberante de excelsas maravillas. La perla del Plata, — como llamara un poeta romántico a nuestra bella Capital, — ejercía en su ánimo un poder irresistible. Había visto a Montevideo, aunque furtivamente; pero su imaginación, creadora y vivaz, le hizo presentir en ella un paraíso encantado, más hermoso todavía y mucho más lleno de atractivos que el que nos pintara Milton en su obra inmortal.

Por eso eligióla en 1842 para formar allí un hogar honesto, que no pudo constituir en tierra brasileña, a pesar del entrañable amor que profesó a Anita desde la mañana aquella en que paseándose en Laguna sobre el castillo de la *Itaparica*, divisóla entre una de las solitarias viviendas que se ostentaban majestuosas en las prominencias de la *Barra*.

—Tú debes ser mía, la dijo entonces, cruzando tiernamente

sus miradas con la riógrandense, y desde aquel día le perteneció en cuerpo y alma, compartiendo junto con él todas las fatigas, todos los sobresaltos y todas las amarguras de una vida nómada, ora sobre las olas, en endebles barquichuelos, en medio del rugir de la metralla, o entre las escarpadas rocas, tiritando de frío, sometida a una pena más terrible que la de Tántalo, con su Menotti en los brazos, a caballo o a pie, secos los pechos y el estómago exhausto. (1)

Garibaldi, trocando su rol de marino y de infante, —al retirarse de las filas republicanas, —convirtiéndose, aunque accidentalmente, en tropero, pues con la autorización del Ministro de Hacienda de la embrionaria república de Río Grande, logró reunir, no sin gran trabajo, unos novecientos animales vacunos, destinados por él a la tablada de la capital uruguaya.

El largo camino a recorrer, su noviciado en aquella tarea campestre, la mala fe de algunos de sus acompañantes, y sobre todo, la creciente del río Negro, que había salido de su cauce, malograron todas sus ilusiones de lucro, porque apenas pudo salvar unos trescientos cueros de los quinientos bovinos que acababa de vadear.

Le faltaban aún por trasponer con sus bestias unos trescientos kilómetros, que es lo que dista de río Negro a Montevideo; pero la flacura y el cansancio de éstas, hicieron imposible continuar la marcha con ellas, siendo preferible venderlas en pequeños lotes, o una por una, durante su tránsito, a los vecinos más inmediatos, lo que realizó a vil precio.

Las pocas que le restaban, fueron cuereadas por su gente, a fin de no perderlo todo sin provecho personal.

Cerca de dos meses transcurrieron desde su salida de la citada provincia brasileña. Esto explicará las contrariedades y fatigas que le habrá demandado tan ruda faena, por más que para él no hubo jamás obstáculos insuperables. Su férrea voluntad y despejada inteligencia, lo allanaba todo. Pero fué inmensa su alegría al verse al fin en la futura Nueva Troya, al lado de los suyos, ya tranquilo, sin más preocupación que

(1) Doce días después de su alumbramiento, huyó de Simón, llevando delante de la silla de su cabalgadura a su pequeño vástago.

consagrarse al trabajo y ensanchar el círculo de sus antiguas y buenas relaciones.

Napoleón Castellini, le abrió de par en par, junto con su corazón de patriota italiano, las puertas de su casa, cuya circunstancia le permitía, desde luego, pensar con calma sobre el nuevo género de vida a que debía entregarse.

Tendió la vista hacia su pasado, y recordando que había sido maestro en Constantinopla y comerciante en Río de Janeiro, resolvió aprovechar sus conocimientos y la práctica adquirida en los negocios y abarcar a la vez ambas funciones. A ese efecto, dedicóse, durante los dos primeros meses, al corretaje de diversos artículos, principalmente de trigo y queso, y entró de profesor de Matemáticas en el colegio de don Pablo Félix Semidei, conocido por el abate Paul, que estaba instalado en una casa de la familia Durán, en la calle Rincón (antes San Gabriel) número 93.

Semidei, era nativo de Bastia (Córcega), y había abrazado la carrera del sacerdocio. Sin embargo, se vió obligado a expatriarse a causa de un libro que dió a luz en París, poniendo en transparencia irregularidades censurables del clero, y radicóse en Montevideo. Pero en vez de consagrarse a su misión apostólica, prefirió dedicar sus aptitudes a la enseñanza, lo que hizo en unión de su colega don Antonio Vargas, fundando al efecto un colegio con él. Más tarde se independizó, regentando uno de su propiedad, que es al que nos referimos.

Algunos de los discípulos de Garibaldi, figuraron más tarde en el comercio, el periodismo y las letras, pudiendo citarse, entre otros, a don José Antonio Tavolara, que colaboró en varios periódicos y revistas literarias, y tuvo a su cargo la dirección de la Biblioteca Nacional de Montevideo; a don Saturnino Ribes, fundador de los astilleros del Salto y propietario durante largos años de la compañía fluvial que hacía la carrera entre aquel puerto y los de los ríos Uruguay y Plata, y que contaba con los vapores *Júpiter*, *Saturno* y otros; a don Cayetano Alvarez, perteneciente a una familia patriarcal, ex Director de "El Siglo", cuyo diario, fundado en 1853, aún subsiste; a don Juan Tomás Gómez, persona honorable, que desempeñó el delicado cargo de Contador de la Aduana de la Capital; y al escribano público don José E. Lizarza, que desde 1866 a 1869 fué Actuuario del Juzgado Letrado de Comercio de

1.er turno, desde 1879 a 1895 del Nacional de Hacienda, y años antes, en 1875, del primero de dichos Juzgados.

Su amistad con Cúneo, con Juan Rizzo y con los hermanos Esteban y Santiago Antonini, le valió mucho, pero dichas tareas le producían poco, aunque lo bastante para el sostén de los suyos. No se desalentó por eso, pues prefería pasar estrecheces antes que ser pesado a los demás, y habría continuado en su doble carácter de profesor y agente de negocios, si los sucesos que se desarrollaban en la República Oriental del Uruguay no lo hubiesen sacado de aquella pasividad, compeliéndolo hacia ellos como las olas tumultuosas de un mar embravecido arrastran cuanto encuentran por delante.

Le fué ofrecido por el Gobierno el mando de los pequeños y escasos barcos que habían quedado de la escuadrilla nacional, informado, como lo estaba, de sus conocimientos náuticos y de la brillante figura que acababa de hacer en el vecino país del Norte.

La familia y su constante preocupación por la Italia, cuya suerte le interesó siempre, pues nunca la olvidó, ni en las horas más agitadas de su vida, lo hicieron vacilar, a tal punto, que pocas esperanzas se abrigaban de que tarde o temprano se resolviese afirmativamente.

Garibaldi mantenía correspondencia con José Mazzini, quien publicó siempre, con viva satisfacción, sus hazañas en algunos diarios de Londres y en el "Apostolato popolare".

Este ilustre político, alma máter del partido revolucionario italiano, trabajaba tesoneraamente desde el destierro, en pro de la unidad de su país, dirigiéndose a todos sus connacionales de ambos mundos, de algún relieve, a fin de que secundasen su patriótica causa.

Con ese motivo, además de escribirle a Garibaldi, se cartaba con Cúneo y otros distinguidos personajes domiciliados en Montevideo.

En el año que nos ocupa,—el 28 de marzo de 1842,—acababa recibo, desde Londres, de varias comunicaciones y periódicos que le habían sido enviados, contándose entre ellos "El Nacional" y "El Italiano", que entonces se publicaban en la Capital uruguaya.

Demostraba gran interés por nuestras cosas, e incitaba a

sus compatriotas radicados en la República Oriental a la creación de una sociedad secreta, que respondiese a la *Joven Italia*, a que pertenecía también Garibaldi.

Indicaba, a la vez, la conveniencia de que luego de constituidos, al transmitirle su composición, designasen como secretario un nombre supuesto (nombre de guerra), a fin de suscribir con él todas las comunicaciones oficiales y circulares que de ella emanasen, sin perjuicio de hacerle conocer los verdaderos nombres del mismo y de la Comisión.

Decía también que dicha asociación era el germen de la Italia futura, y que mientras ésta fuera esclava y no tuviera gobierno que la representase, ellos serían su representación y su gobierno legítimo, porque querían el bien de la Patria.

Estimulaba para que en Montevideo se difundiesen sus ideas y se estrechasen los vínculos de simpatía, ya latentes, en favor de la unidad italiana, y para que le enviasen siempre sus testimonios.

Dicha carta, mandada a Cúneo, terminaba con las siguientes palabras: "Un abrazo a nuestros hermanos, a Antonini, a Galino, a Cassarena, si les escribís. A Garibaldi le incluyo algunas líneas. Dentro de pocos días, por medio de Harro, si parte, volveré a escribir. Tal vez os lleve el 5.º número de "El Apostolato".

Con todo, la pertinaz insistencia de los amigos, las reiteradas invitaciones del Gobierno, las instancias que de todas partes le llegaban, acabaron por vencer su repugnancia. Sobre todo, el señor Esteban Antonini, armador italiano establecido en Montevideo, (1) le había hecho formal promesa de que al primer indicio de insurrección en Italia le proporcionaría un buque para trasladarse a ella; y este argumento valió por todos los otros. Además, él mismo se había venido persuadiendo poco a poco, que si había causa justa que defender era la de Montevideo; si una tiranía odiosa que abatir, la de Rosas; si empresa digna de la fe de un paladín y del brazo de un héroe, aquella en que el pueblo quería que fuera su campeón. Lo que los gabinetes diplomáticos en su

(1) Antonini, que era comerciante al por mayor, tuvo su casa de negocio en una de las esquinas que forman las calles Zabala y Sarandí.

voluntaria ceguera fingían no comprender, él lo había entendido claramente: en el Plata no se combatía tan sólo por la libertad de una pequeña república, sino por la causa de toda la humanidad; y ningún hombre de corazón tenía el derecho de decir: "esta guerra no me atañe". A su entender, la cuestión era sencillísima: se trataba de libertar de un monstruo la tierra, y quien tuviera corazón, debía intentarlo. Libre la grande Francia, la ilustre Inglaterra, la vieja Europa y la joven América, de tolerar en paz y de acariciar a la fiera con semblante humano que desde hacía doce años desolaba a ambas orillas del Plata, le era negada a Garibaldi esa libertad. Su nobleza lo obligaba, la sangre heroica que corría en sus venas lo forzaba a caminar directamente hacia el monstruo y a medirse con él. Hércules debía atacar de frente a la hidra, y Teseo no podía huir del dragón. (1)

Por eso ha dicho con propiedad el distinguido publicista argentino, doctor José Manuel Estrada, que contra los tiranos son hermanos todos los hombres libres, y que cualquiera sea el brazo que contra ellos se levante, es brazo bendito que venga la iniquidad y extirpa lo abominable.

El doctor Bartolomé Odicini, que tan señalados servicios prestó a los italianos y al país entre nosotros, refiriéndose al espíritu altruista de los uruguayos, se expresa así: "La justicia exige se diga que en aquella capital de la República Oriental, Garibaldi encontró, apenas desembarcado, cómo emplearse y ganar lo necesario para su familia, con la misma facilidad con que lo encuentra cualquier recién desembarcado que sea hombre de bien, activo y con ganas de trabajar. Montevideo es una ciudad cosmopolita, hospitalaria por excelencia, donde solamente pasan miserias los que por haraganería o una mal entendida vergüenza de trabajar, se entregan a los vicios o al *dolce far niente*. Allí todas las profesiones, todas las artes, todas las industrias son libres, y los extranjeros son bien recibidos y admitidos en el ejercicio de su oficio."

Pero antes de relatar su brillante actuación en la República Oriental del Uruguay, haremos un paréntesis, echando una

(1) Giuseppe Guerzoni: «Garibaldi».

mirada retrospectiva hacia sucesos que se relacionan con la política internacional de la época a que nos referimos.

De ese modo, nadie podrá criticar sensatamente su conducta, sino, por el contrario, justificarla y aplaudirla, como fué aplaudida y justificada. años más tarde, al luchar en Europa en pro de los derechos de otro pueblo extraño, pero también republicano.

LA ESCUADRILLA NACIONAL

SUMARIO:—Elementos con que se contaba.—Los coroneles Coe y Fourmantin contra el almirante Brown.—Rosas reduce a su servicio a varios oficiales retirados, mediante fuertes anticipos de sueldos devengados.—La goleta "Unión" hecha buena presa en la rada exterior de Buenos Aires.—Noticias biográficas de los citados jefes de los buques nacionales.—Combates finales de las escuadras oriental y argentina.—Acción heroica del comandante Bernardo Dupuy.—Venta de buques por el Ministro Vidal.—Garibaldi no se desalienta por eso.—Generoso desprendimiento del general Rivera en pro de la marina y del ejército.—Servicios prestados en todas las épocas por los buques nacionales.—Visita de Garibaldi a la capitana de Coe en compañía del ex oficial de la marina sarda don Salvador Rombys.—Impresiones de este último sobre su organización y disciplina.—Juicio que le merecía el héroe como organizador.—Una anécdota interesante.—Servicios prestados por Dupuy a la independencia y al país.—Su autobiografía.—Conclusión.

Si arriesgada fué la empresa acometida por Garibaldi en la Provincia de Río Grande, no menos lo era la que iba a realizar en la República Oriental del Uruguay, pues tenía que combatir contra fuerzas más agueridas, por mar y tierra, como bien pronto lo demostraron los sucesos.



Almirante Guillermo Brown

deando su nombre de fama universal.

Como Garibaldi, demostró vocación por la marina desde su más tierna edad. Oriundo de Foxford, donde vió la luz el

El almirante Guillermo Brown, irlandés de nacimiento, al servicio de Rosas, era un viejo marino, ya experimentado en el Río de la Plata, porque durante las luchas por la independencia prestó su valioso concurso a la idea de la emancipación, rodeando su nombre de fama universal.

22 de junio de 1777, sintió acariciar sus sienes, con las brisas húmedas del Moy, sobre cuyas costas se extendía pintoresco su pequeño terruño, y hallándose en los Estados Unidos,—adonde se trasladara con su padre siendo aún muy niño,—huérfano al poco tiempo, pensó en su porvenir e inclinaciones, resolviendo alistarse como grumete en una de las naves de guerra de ese país.

Favorecido por el destino y diestro ya en los achaques de a bordo, asumió el mando de un buque mercante; pero como lucía bandera inglesa, no tardó en caer en poder de la armada francesa, que combatía contra la Gran Bretaña. Este percance y su espíritu aventurero lo incitaron, una vez en libertad, a buscar nuevo campo para sus actividades en el Río de la Plata, donde la marina mercante venía siendo explotada con provecho por hombres menos duchos y diligentes que él. Buenos Aires le sirvió de generoso asilo en 1809. En 1811, al mando de la goleta *Industrial*, provisto de la patente respectiva, operó entre aquel puerto argentino y el de Montevideo.

Estos datos, que completaremos en su oportunidad, bastan para aquilatar el valimiento intrínseco del marino irlandés.

Debido a su pericia, se hacían mucho más difíciles los triunfos en los combates marítimos a librarse contra los buques de su escuadra, pero Garibaldi no era hombre a quien detuviese ningún género de obstáculos. Su férrea voluntad, unida a su coraje y a la experiencia que había adquirido en los recientes acontecimientos del Brasil, lo habilitaban para medirse con él, fueran cuales fueren los elementos que el Gobierno pusiera a su disposición, sobre todo cuando tenía conciencia de que abrazaba una causa justa, digna del apoyo de todos los amantes de la libertad.

Hasta la víspera, la Escuadrilla Nacional había estado a cargo de dos meritorios marinos: el coronel don Francisco Fourmantin, que el 13 de noviembre de 1838 fué nombrado jefe de la misma, en aguas del Uruguay, en sustitución de don Santiago Sciurano,—y el de igual clase, don Juan H. Coe, investido de esas funciones el 31 de diciembre de 1840 por un decreto del Gobierno de la Defensa y que también había combatido por la causa de la independencia.

“En aquellos momentos Rosas estaba comprometido en la guerra contra los unitarios, que habían sublevado algunas provincias, y contra la República Oriental, donde mandaba el general Rivera. Para la lucha con los primeros había despachado a Oribe y a Pacheco al interior; para contener a la provincia de Corrientes, tenía en armas al gobernador de Entre Ríos, no preocupándose del general Rivera por el desarme en que se encontraba. Lo que sí, exigían las circunstancias por las eventualidades que preveía en aquella lucha, era marina de guerra. Con el propósito de organizarla, llamó al almirante Brown y a varios oficiales retirados que no se prestaban a servir a su Gobierno, pero, mediante fuertes anticipos de sueldos devengados, cuya salida se consignó en el libro de acuerdos secretos, aceptaron el alta y dieron principio a la formación de la escuadrilla cuyo mando en jefe tenía el almirante”.

El publicista argentino don Mariano A. Pelliza, a quien pertenece el párrafo precedente, manifiesta en el tomo IV, pág. 243, de su obra “Historia Argentina”, haber tenido a la vista, en el mencionado libro de acuerdos, los nombres de los oficiales y las partidas recibidas.

Ya puede juzgarse por estos datos, cuál sería el entusiasmo patriótico con que servían a Rosas unos marinos que, para determinar su actitud, precisaron el acicate de un puñado de monedas. El vil metal tenía más influencia para ellos que el poder de las ideas. ¡Verdad que Judas vendió a su Maestro por treinta dineros!

Según el citado historiador, hasta entonces el gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires no daba mayor importancia a la marina de guerra; pero su impotencia para resistir eficazmente al bloqueo, arrancó la venda de sus ojos y le hizo ver la necesidad ineludible de organizar sin demora elementos marítimos, aunque éstos no tuviesen de inmediato otra tarea que la de impulsar al cabotaje nacional, evitando las trabazones que pudiera oponerle el enemigo en su libre tráfico.

El almirante Brown no hacía flamear al tope de sus naves la insignia de Mayo, bajo cuyos colores realizara las hazañas de la independencia y de la contienda heroica contra el ex Imperio del Brasil. Llevaba ahora una bandera desconocida

en las aguas; un gran paño azul, obscuro como el fondo del cielo en noche de borrasca, simbolizado con cuatro bonetes rojos en las esquinas y un sol también rojo en su centro. Para Rosas no existían tradiciones patrióticas; su capricho primaba sobre lo más sagrado o lo más digno. (1)

El almirante Brown recibió dicho encargo por decreto fecha 3 de febrero de 1841, y desde un mes antes,—desde el 22 de enero,—se hallaban clausurados los puertos de los ríos Paraná y Uruguay para el acceso de todo buque que no perteneciese a la matrícula argentina, además de ostentar el pabellón nacional. Los de procedencia oriental, fueron declarados buena presa.

Joaquín Hidalgo y Antonio Toll tenían hasta entonces el mando de los buques de Rosas, sin que su presencia en los ríos impusiese el menor temor a Coe y Bivoi, que operaban en el Plata, ni a Fourmantin en el Uruguay, con cuyos marinos orientales estaban muy lejos de competir en el concepto de un distinguido patriota argentino y escritor de fuste. Los nombres de aquéllos, según su expresión, no se podían escribir al lado de los de estos últimos; y a pesar de los aprestos navales, tan ponderados, del tirano, su fuerza era menor que la de la República Oriental, cuyo Gobierno hacía adquisiciones excelentes a este respecto, y poseía medios marítimos superiores tal vez a los de Buenos Aires.

En todo esto tenía razón el eximio publicista a que aludimos; pero se equivocó cuando supuso que el almirante Brown, que se encontraba delicado de salud, “en ningún caso querría tirar sobre sus camaradas de 1829”, puesto que sus escrúpulos no llegaron a tanto.

Sin embargo, la escuadrilla de Buenos Aires constaba ya de seis buques de guerra.

Brown, al mando de su numerosa escuadra—como lo dice con toda propiedad otro historiador argentino—era el agente de Rosas para mantener sus teorías: vigilaba los ríos y no permitía que ningún buque, si no llevaba al tope la bandera federal, lo cruzara en ninguna dirección. Los decretos del Restaurador, privándoles del agua a tales o cuales provincias

(1) Pelliza, obra citada, pág. 213.

rebeldes, el *viejo Bruno* los cumplía estrictamente, con aquella lealtad de "perro de carretas", guardián de huertas y parrales, que entonces constituía la raza predilecta entre los canes del suburbio. (1) Cerraba toda comunicación comercial, y de cualquier otro género, con Bolivia y el Perú, perjudicando al comercio de las provincias argentinas limítrofes, y haciendo materialmente imposible el acceso al Río de la Plata. (2) Como era *gringo*, y muy bruto para las cosas de la política, Rosas le mandó de regalo una bandera federal para que se fijara bien en la diferencia que había entre ella y la que había defendido con tan bello heroísmo en los Pozos y Guayaquil. (3) Era "un pabellón desconocido en las aguas": un gran paño azul muy obscuro con cuatro bonetes rojos en las esquinas y un sol también rojo en su centro. (4) Hasta 1842, por decreto de abril 11, dejó expeditas "las vías de tránsito para todas las provincias del interior", permitiendo, según él dice, "despachar licencias y pasaportes para tropas de carretas, y demás carruajes, arrias de mulas, etc., etc.", "quedando sólo excluidos de esta resolución las de los salvajes unitarios, a quienes no se les podía expedir ni conceder licencia de ninguna clase y para ninguna parte". (5)

Por otro decreto fecha 22 de enero de 1841, se prohibió también toda comunicación con los ríos Paraná y Uruguay, so pretexto "del derecho que le daba la injusta guerra que el usurpador del poder público del Estado Oriental del Uruguay declarara a la Confederación Argentina". (6) En este caso, la guerra servía de justificativo y pretexto para aumentar el celo del terrible porteño. (7)

Coe era nativo de Norte América y había servido con Brown en calidad de oficial, durante la guerra con el Brasil, teniendo el comando de uno de los buques de su escuadra; pero al revés de éste, no quiso entonces prestar sus servicios

(1) José María Ramos Mejía: «Rosas y su tiempo», tomo III, página 374.

(2) Pelliza: «La dictadura de Rosas», página 331.

(3) Ramos Mejía, obra citada, páginas 374 y 375.

(4) Pelliza, «Historia Argentina», página antes citada.

(5) *Registro Oficial*, año 1842, decreto 1539.

(6) Véase *Registro Oficial*, año 1841, número 1457.

(7) Ramos Mejía, obra citada, página 376.

a Rosas, que nunca fué partidario de la guerra de emancipación llevada al ex Imperio hasta su propio suelo.



Comodoro Coe

Residente en Buenos Aires desde hacía largos años, se vinculó con una de las familias patriarcales de aquella localidad, contrayendo matrimonio con una hija del general don Juan Ramón Balcarce, y como no fuese adicto a la situación, vivía completamente alejado de la política.

El Gobierno Oriental le había escrito, ofreciéndole la jefatura de la Escuadra Nacional, cuya comunicación le fué

entregada en la Provincia de Entre Ríos, en su estancia del Bopicuá. Vacilante al principio, se determinó al fin, no sin manifestar el riesgo que corrían sus intereses tan luego se supiera por Rosas la aceptación de ese puesto, pues siguiendo su costumbre, decretaría acto continuo la confiscación de sus bienes y todo linaje de atropellos en su establecimiento de campo. Contemplando esos reparos, el Gobierno prometió indemnizarle los daños y perjuicios que se le causasen por su actitud.

El comandante Coe,—poseedor de una inteligencia bien equilibrada,—era amante de la lectura, pues quería atesorar cada vez mayores conocimientos y le gustaba llevar una vida colmada de toda clase de comodidades. Por eso era dueño de una magnífica biblioteca, que constaba de más de cinco mil volúmenes, y habitaba uno de los mejores edificios rurales que se conocían entonces en aquella provincia.

Demostraba repugnancia por todas las tiranías, pues nacido en un país libre, ejemplo de instituciones democráticas, no era lícito que aceptara, ni en el silencio de su conciencia, ningún atentado a la soberanía nacional.

Además, su padre político había sido derrocado por Rosas,

valiéndose éste de las fuerzas que Balcarce acababa de poner en sus manos.

No es extraño, pues, que solicitados sus servicios por el Gobierno Oriental no se los escatimase, por más que su posterior conducta diera al traste con tan levantados propósitos. La flaqueza humana ahoga muchas veces los dictados de la conciencia moral.

El nombramiento de su antiguo jefe, no le arredró, a pesar de conocerlo íntimamente, y el 17 del mismo mes y año (febrero de 1841), arrojándole el guante, se hizo ver en el puerto de Buenos Aires, en cuya bahía exterior se apoderó de la goleta mercante británica *La Unión*, conduciéndola a Montevideo.

Coincidió este hecho con la renuncia simulada de Rosas a la Asamblea de sus dóciles representantes, elevada ese día, la cual, como es de suponerse, no le fué, sin embargo, aceptada, pues el servilismo y el terror impedían todo acto de civismo.

Fourmantin continuó al frente de la escuadrilla ligera que mandaba en el río Uruguay, compuesta de pequeños lanchones y paillebots, siendo el paquete *Luisa* el buque más importante de cuantos poseía.

El fué el primer marino que hizo tremolar el pabellón oriental en el buque de guerra *General Lavalleja*, como lo consigna el general Manuel Correa en una relación suscrita por él el año 1849, referente a los empleos y servicios prestados por el coronel Fourmantin a la República en defensa de su independencia y libertad, y obtuvo su despacho el 20 de junio de 1825, otorgado en la Florida por el Gobierno Provisorio que presidía el ciudadano don Manuel Calleros.

Al mando de dicho buque tomó cuarenta y tantas presas, algunas de subido valor, haciendo prisioneros los jefes, oficiales y tropa que conducía a su bordo una de ellas.

Su conducta y valor fueron premiados el 30 de octubre de 1838 con su ascenso a coronel y la jefatura de la escuadra nacional, habiendo desempeñado satisfactoriamente la misión que le confió el Gobierno de recorrer y guardar los ríos Uruguay y Paraná, principalmente el primero de éstos, en el cual permaneció hasta junio de 1841, fecha en que bajó a Montevideo para servir a las órdenes de Coe. El nombramiento de

éste, según el historiador Díaz, despertó los celos y la animadversión de ese bravo y estimable marino, quien ostentaba en el palo mayor de su goleta, como signo de superioridad, una corneta de almirante, que es un pabellón nacional con un triángulo entrante, que viene a formar dos puntas, mientras que su superior sólo izaba en su buque una corneta de jefe de escuadra, representando una flámula azul con una estrella blanca. (1)

Fourmantin era oriundo de Francia, pero se había encariñado con la República Oriental, de la que hizo su segunda patria.

Ya como jefe, o como segundo de Coe, combatió constantemente con valentía, conduciéndose con honor, como lo afirma el propio general Correa en los apuntes a que antes nos hemos referido. "Los defensores de esta plaza, dice, en general conocen el paso de Martín García por la goleta *Luisa* que mandaba Fourmantin, y los dos combates contra el general Brown, en que se distinguió mucho".

En su paso por la isla aludida, se vió obligado a librar combate con dos buques rosistas, logrando salir airoso y arribar al puerto de Montevideo sin novedad alguna.

El general Paz hace favorables referencias a su actuación en los puestos de peligro que le confió en los comienzos de la Guerra Grande, en su carácter de General de las Armas del departamento de Montevideo.

He aquí el certificado expedido por él a su respecto con fecha 20 de junio de 1844:

José M. Paz, brigadier de la República Argentina y General de las Armas de esta Capital y su Departamento:

Certifico: Que el señor coronel don Francisco Fourmantin entró a servir a mis órdenes en la Línea de Fortificación el 5 de febrero del año de 1843, y le conferí el mando de seis baterías del ala derecha, en el que se desempeñó a mi entera satisfacción. Cuando las operaciones de la Escuadra enemiga me hicieron mirar como una medida de importancia la fortificación de la *Isla de Ratón*, que se hallaba completamente indefensa, nombré a este jefe para comandarla y fortificarla,

(1) «Historia política y militar de las Repúblicas del Plata», tomo V, página 171.

induciéndome a este nombramiento la recomendable actividad, celo, probidad e inteligencia que había desplegado en el mando que obtenía, y pasó a la Isla el 5 de mayo del mismo año. El resultado correspondió a mis deseos: pocos días después, ella estaba en un excelente estado de defensa, y capaz de resistir cualquier ataque que le dirigiese la escuadra enemiga. Es recomendable esta operación del coronel Fourmantin, porque a más de la que ella demanda por sí misma, tuvo que vencer graves obstáculos que oponía nuestra situación, la que necesitaba, en primer lugar, de su acreditada probidad. Tres meses después, creyendo más importantes sus servicios en la Línea, le conferí el mando de todas las baterías de la Derecha, en el que su desempeño me fué igualmente satisfactorio, y me decidió a nombrarlo Jefe de toda la artillería de la Línea, a cuyo mando entró el 2 de septiembre del mismo año y permanece en él hasta la fecha, sin haber desmentido en lo más pequeño sus recomendables antecedentes. Debo declarar que el coronel Fourmantin, en el tiempo que sirve a mis órdenes, no se ha limitado a hacer lo que le exigían sus deberes demarcados, y que ha apurado su actividad para hacer y proponer oficiosamente cuanto ha creído útil a la defensa de la Capital, cooperando eficazmente a los trabajos que demandaba su fortificación, sin perjuicio de salir fuera de muros con la artillería volante, en muchos de los encuentros parciales que han tenido lugar, acreditando en ellos pericia y valentía; haciéndose por todo ello acreedor en primera línea a la gratitud pública y a la consideración del Gobierno.

Dado en la Línea de Fortificación, a 20 de junio de 1844.—
José M. Paz. Es copia, Correa. (1)

Posteriormente ejerció el cargo de segundo jefe del ejército de Montevideo, puesto que entró a desempeñar el 29 de octubre de 1846 y que ocupó hasta el 17 de julio del año siguiente, pues el Gobierno, premiando sus buenos servicios, lo nombró Comandante General de Artillería en ambas Líneas y Jefe de la interior. En funciones de ese empleo, fué reducido a prisión y enjuiciado militarmente, con motivo de un motín que debió estallar en la Capital la noche del 16 de julio de 1848,

(1) Este certificado figura en el folleto publicado en 1849 por el general Correa, defensor de Fourmantin, y de él poseemos un ejemplar.

para conseguir por ese medio la dimisión del entonces coronel Lorenzo Batlle, que ocupaba la cartera de Guerra y Marina.

El siguiente documento instruye de ese suceso y de las disposiciones que se tomaron a raíz de ser él conocido:

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, julio 17 de 1848.

Excmo. señor:

El teniente Ramírez, del primer batallón de línea, que en clase de sargento fué el principal actor del motín que tuvo lugar en esta plaza el 1.º de abril de 1846, anoche a las 12 realizó otro igual. Abusando de su posición, y con los más criminales engaños, logró formar parte de su compañía, y con algunos hombres más, en número como de 60 por todos, se transportó a la plaza de la Constitución, en donde se puso a las órdenes de algunos jefes y oficiales, que sin duda estaban de acuerdo con él para hacer un movimiento revolucionario contra el Gobierno.

Luego que este suceso desgraciado se me comunicó, dí inmediatamente mis órdenes a las legiones y me dirigí luego a la Comandancia General de Armas, a tomar desde allí otras medidas, que adopté con el objeto de sofocar aquel movimiento y castigar severamente a los que habían tenido tan criminal como escandaloso intento.

Afortunadamente, no hubo necesidad de ejecutarlas.

Así que los amotinados vieron que no eran secundados, y que, por el contrario, se hacían contra ellos preparativos de fuerzas, abandonaron la casa de Representantes, de que se habían apoderado, y dejaron solos a los soldados, que permanecieron en aquel local hasta las 6 de la mañana en que V. E. se les presentó.

Todas las declaraciones y conocimientos que he tomado hasta este momento, me convencen de que estos infelices y beneméritos servidores, cediendo a los deberes y a los hábitos de la disciplina más rigurosa, no hicieron más que obedecer a la

orden de su oficial, pues vinieron al punto en que se encontraban sin saber el objeto para que habían sido traídos.

El general don Enrique Martínez y los comandantes don Juan P. Rebollo y don José Mora, y otros oficiales que aparecen complicados en aquel suceso, se han aprehendido, y se les ha empezado ya a juzgar con arreglo al Código Militar: habiendo fugado el coronel don Bernardo Dupuy. El teniente Ramírez, fué muerto en el acto de aprehenderle, por haber intentado resistir con la fuerza las órdenes que se le intimaban.

Me es grato anunciar a V. E. que este hecho no tiene conexión ni ramificación de ninguna especie en ninguno de los cuerpos del virtuoso ejército que guarnece esta ciudad. Todo lo contrario. La justicia más rigurosa me impone el deber de decir a V. E. que no ha habido uno solo de entre ellos que no haya rivalizado en celo e indignación al saber el movimiento que se había intentado: todos han estado prontos y ansiosos para cumplir las órdenes que se impartían y dar una prueba más de su respeto y sumisión a la autoridad, y del empeño con que siempre han sostenido la conservación del orden y la tranquilidad pública, que es la base de la defensa y seguridad de esta plaza.

Dios guarde a V. E. muchos años.—LORENZO BATLLE.

Excmo. señor Presidente de la República.

El “Comercio del Plata”, refiere este hecho como se verá en seguida, abundando en detalles que no figuran en el parte del Ministro de la Guerra:

“El negro, teniente Ramírez, que siendo sargento encabezaba el motín del 1.º de abril de 1846, hizo formar parte del cuerpo en el cuartel, como a las 11 de la noche, suponiendo órdenes de sus jefes, lo sacó sigilosamente, y lo condujo a la plaza, sin revelar su designio, antes bien, haciendo entender que era un acto de servicio. Llegados a la plaza, se situaron en la Policía, donde se les reunió el general Martínez, el coronel Dupuy, el comandante Mora, el comandante Rebollo, y no sabemos si algún otro. El orden y silencio eran completos. Dejaban entrar a los comisarios y demás que iban

sin saber lo que pasaba, pero no salir. Esto sucedió también al Jefe Político y de Policía, a quien, sin embargo, parece que no conocieron, y el cual pudo escalar los fondos, y por una casa vecina, salir a la calle y proceder a tomar medidas.

“Ya había empezado a tomarlas el señor Ministro de Guerra, desde los primeros anuncios que tuvo de la novedad, como parece lo hicieron también aquellos jefes de las legiones que fueron avisados. El señor Ministro se dirigió a la línea, donde, además de otras varias disposiciones, en el acto puso en movimiento hacia la plaza fuerzas considerables, pues ignoraba el carácter y extensión o gravedad del movimiento observado en ella. Se presentó también en el cuartel del cuerpo, y halló al resto de él, a su jefe y oficialidad descansando sossegadamente; la admiración y el pesar de jefes y oficiales, al saber por el Ministro lo que ocurría, fueron completos.

“Entretanto, las cabezas de la empresa, viendo que nadie se movía en su apoyo, o que fallaban cosas con que quizá habían contado, probablemente se intimidaron y abandonaron el punto, sin prevenir nada a la tropa. Sólo quedó el general Martínez, que dormitaba en una de las piezas. Avisado por un sargento o soldado de que los demás se habían ido, y alarmado con esto, salió y se dirigió a casa del señor Presidente, a quien informó de la existencia de un movimiento anárquico, añadiendo haber sido sacado por fuerza de su casa para encabezarlo. El señor Presidente salió entonces, y se presentó, sólo, a los que creía amotinados, haciéndoles las reconvenções y preguntas competentes.

“Es indecible la sorpresa de aquellos buenos soldados al oír hablar de revolución, de insubordinación y de atentado contra el Gobierno; protestaron su inculpabilidad y su ignorancia en lo que se intentaba, pues no habían hecho sino obedecer a quien debían, y muy creídos de que era un acto de servicio.

“Así terminó esto, sin ser necesaria la intervención directa de la fuerza, sin ruido, sin una gota de sangre, ni un simple golpe siquiera.

“Tampoco se oyó voz ni aclamación de nadie ni de nada: de manera que se ignora el objeto o pretexto de tal movimiento.

“En esa noche fué preso el general Martínez y el comandante Rebollo. Los mismos soldados que habían sido engañados, se ofrecieron a buscar a los demás. En efecto, ayer buscaron, hallaron y prendieron al comandante Mora: también hallaron a Ramírez, y parece que éste se resistió, por lo cual le mataron.” (1)

En los apuntes a que antes nos hemos referido, se decía: “El coronel Fourmantin, no ha discrepado nada en su marcha honorable, ha sido siempre patriota, honrado, valiente, activo, subordinado y generoso, aún con sus enemigos políticos: apelo a ellos, empezando por el general don Melchor Pacheco y Obes. Los coroneles Fourmantin y Dupuy, fueron sus inmediatos protectores para su tranquilo embarco.”

Sometido a un consejo de guerra, asumió su defensa el general don Manuel Correa, presentando un ardoroso alegato en la audiencia pública celebrada el 10 de marzo de 1849, pues el proceso instaurado demoró cerca de un año para su sustanciación.

Comenzó sus descargos, diciendo: “El hombre cuya defensa traigo, no merece, por cierto, que se le juzgue criminoso. Se le incluye entre los acusados; pero es esta una de esas desgracias con que la Providencia pone a prueba la virtud de sus criaturas. Espero, pues, que su nombre será escuchado sin prevención en este recinto, y que no quedarán en desaire las razones que le dan el triunfo. En el templo de la Justicia, debe buscarse la verdad con ahinco y sin pasión. Encontrarla para absolver, es el placer inefable de los corazones bien puestos; y aunque se haga precisa una condena, es templada por la equidad que surge de las blandas habitudes que la civilización engendra. La dureza, la crueldad, son ahora el escarnio y la abominación de la época, y tratándose de un buen servidor de la República, esa conducta benévola, lenitiva, es sobremanera reclamada por consideraciones especiales. Sería impolítico herirlo con rudeza. Mi hombre—que ha largos años se sacrifica por la Patria—es el coronel don Francisco Fourmantin: ¡benemérito para cuantos han tenido la oportunidad de conocer su dedicación y sus conatos!”

(1) Diario citado, número 762, correspondiente al 18 de julio de 1848.

El general Correa, después de analizar prolijamente las resultancias de autos y la acusación fiscal, terminó con estas palabras: "Por todo lo dicho, encontrarán los señores del Consejo, que el teniente coronel don José M. Echandía, constituyéndose en preceptor a foja 195 vuelta, no ha sido feliz en las atrevidas acusaciones que ha hecho a algunos de los defensores. Las nulidades que ellos dijeron existían y faltas graves, están tan patentes como la luz del día. Los señores del Consejo sabrán valorarlas, y proceder en mérito de todo lo expuesto."

El 14 de marzo fué puesto en absoluta libertad el coronel Fourmantin, en virtud de la sentencia absolutoria dictada por sus jueces.

Pero volviendo a nuestro tema principal, debemos añadir que mientras éste continuaba con ojo avizor por el río Uruguay, Coe apresuraba la formación de su escuadrilla, que se redujo, desgraciadamente, a tres barquichuelos: la *Palmar*, que montaba dos piezas de costado y una colisa, cuyo mando le había sido confiado al comandante Maisson, que meses después defeccionó miserablemente, costándole bien cara su traición (1); la *Constitución*, que era un lugre casi inservible, y la *Sarandí*, antes conocida con el nombre de *Convenio de Bergara*, que había navegado con bandera española, de 18 piezas en cubierta, siendo dicha corbeta el mejor de los buques mencionados.

El Gobierno nombró una Comisión Marítima, formada por los distinguidos ciudadanos Manuel Basilio Bustamante, doctor José de Béjar, doctor Santiago Vázquez, coronel Juan Andrés Gelly y Obes, y Francisco J. Muñoz. Teniendo por cometido arbitrar recursos para el equipo y armamento de la escuadra, inició una subscripción entre las personas más pudientes, dando como resultado la cantidad de 90,616 patacones, éxito asombroso en una época afligente como aquella.

Contribuyeron con 5,000 patacones respectivamente los miem-

(1) Habiéndose pasado a Rosas, con la *Palmar*, a raíz del combate del 25 de mayo de 1841, el tirano argentino lo hizo reducir a prisión y maniatar.

bros de dicha Comisión doctores de Béjar y Vázquez, y los señores Francisco Antonino Vidal, José María Estévez, Diego Espinosa y Pedro Pablo Sierra. Otras personas se subscribieron con 3,000 patacones, y un buen número con 200.

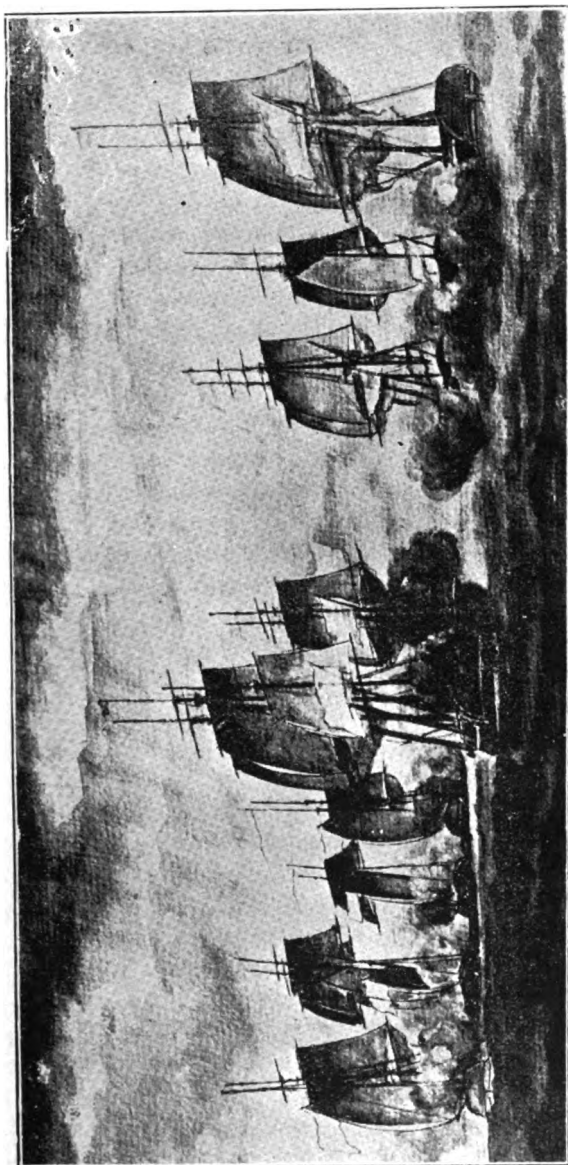
Esto demuestra el patriotismo de los defensores del Estado Oriental, el desinterés y la abnegación con que procedían y el odio que les inspiraban Rosas y Oribe. Tan edificante ejemplo debiera servir de emulación a los que medran a la sombra de las desgracias públicas, explotando el sentimiento de la nacionalidad e invocando aquellos días memorables y gloriosos para embaucar a las muchedumbres inconscientes en su exclusivo provecho.

Como consecuencia de todo esto, tuvieron lugar varios combates, sin que ambas escuadras demostrasen una superioridad notoria. Pero ello no obstó para que los buques orientales se hiciesen dueños absolutos del estuario del Plata por espacio de varios meses, con gran satisfacción de los enemigos de Rosas y Oribe, y el consiguiente desagrado por parte de estos últimos.

En honor a la causa de la libertad, vamos a dar una somera idea de los choques de mayor resonancia que tuvieron lugar ese mismo año, precursores de los que estaba llamado a sostener Garibaldi contra el propio almirante Brown.

El 21 de mayo, zarpó éste de la rada de Buenos Aires con su flotilla, que la constituían el bergantín *Belgrano*, de 18 cañones en cubierta y 6 en entrepuentes, la goleta *Chacabuco*, el bergantín *General Echagüe* y el *General San Martín*, de 12 piezas. Ese mismo día fondeó frente al Cuartel de Dragones, al sudoeste del puerto, lo que importaba un reto a su rival montevidéana, que se componía de la corbeta *Saramá*, del bergantín *Pereira*, con cuatro piezas, mandado por el comandante Visley, de la goleta *Palmar*, del bergantín goleta *Montevideano*, al mando del comandante Bernardo Dupuy, del *Yucutujá* y del lugre *Constitución*, anteriormente denominado *Larrobla*.

Los buques orientales no quisieron permanecer inactivos ni demostrar recelos ante tan poderoso adversario, ya que con su presencia desafiaba la bravura y el arrojo de quienes se sentían fuertes en defensa de la libertad y civilización rioplatenses, incitándoles a librar un combate, por más arriesgado que éste



ESCUADRAS DE COE Y BROWN

Vista del combate del día 24 de mayo de 1841, tomada desde el Hospital de Caridad (hoy Maciel), a la puesta del Sol

Favor del Archivo y Museo Histórico Nacional.

fuese para ambas partes,—y tres días después, al amanecer, se pusieron en movimiento, deteniéndose al sudcote de *Punta Brava*, en actitud de ataque. Brown no se hizo esperar, y se colocó a barlovento.

Según manifiesta en su parte al Ministro Arana, en esos momentos, sólo contaba con los bergantines *Belgrano* y *Echa-güe*, a causa de haber hecho retirar los demás buques de la escuadra de su mando. El *Vigilante* se le incorporó a las 10, y media hora después empezó la acción a sotavento, que fué suspendida a las 11 y 45, con objeto de cortar al enemigo de su puerto; pero a las 12 y 15 se trabó nuevamente el combate, siendo esta vez general.

Durante dos horas y 45 minutos se luchó encarnizadamente, suspendiéndose el fuego a las tres de la tarde, por haber calmado el viento, y porque el comodoro Coe derivó, para arrimarse a sus buques, un poco a sotavento; pero esa tregua, hija de fuerza mayor, en vez de aplacar el entusiasmo, hizo que éste se enardeciese más aún, y a las cuatro y media fué reanudada la acción con gran vigor, manteniéndose en esa forma hasta las seis y media, a cuya hora se retiró a su puerto la escuadrilla oriental.

A las siete y media de la noche, el almirante Brown dió fondo en tres y media brazas de agua, a la entrada de la bahía.

Resultaron muertos en dicho combate, el subteniente francés Pedro Renault de la escuadra de Brown (1), el teniente coronel Malcolm Shannon, que tenía a su mando la *Sarandí*, víctima de una bala de cañón que le dividió el cuerpo, y el teniente Andrés Lemoine. Encontrábase en ese momento a su lado, en la toldilla, el comodoro Coe, quien a su vez recibió un golpe por el pasamano de hierro de la misma.

Todos los buques de la escuadrilla oriental, menos el *Montevideano*, se replegaron sobre el puerto, pues éste quedó aislado, al sur de la bahía, sin que pudiera recibir auxilio alguno en caso necesario.

El comandante Dupuy, demostrando pasmosa serenidad, no desesperó por eso, y atacado por cuatro buques de Brown, que

(1) Parte del almirante Brown, fecha 26 de mayo de 1841, pasado desde a bordo del bergantín de guerra *General Belgrano*.

le hacían tiros de metralla, respondió valerosamente con descargas de mosquetería, único medio de defensa con que contaba.

Dice un cronista, que el caso de un abordaje parecía haber llegado, pero que no tuvo lugar, y que dicho bergantín goleta, con la brisa que reinaba, hacía supremos esfuerzos por alcanzar el puerto, ostentándose a todas las miradas, frente a la actual calle 25 de Mayo, tan próximo a la costa como su calado se lo permitía.

Brown consigna a este respecto lo siguiente en su citado parte: "A las 7 distinguí al bergantín *General San Martín*, dando caza a un bergantín-goleta enemigo, que había salido del puerto la noche anterior, el que no pudiendo ganar la bahía de Montevideo, fué a vararse al Este del pueblo, donde quedó por no haber agua bastante. A las 8 y 1/2 di fondo en 3 brazas menos cuarta para que nuestros buques menores, destruyeran o inutilizaran al buque enemigo, mas habiendo nuestros buques abierto un bien dirigido fuego sobre el enemigo varado, observé que las balas llegaban a tierra, donde una multitud de gente se había agolpado inconsideradamente por mera curiosidad; temiendo hacer daño al inocente pueblo oriental, mandé suspender el fuego a nuestros buques, que de otro modo hubieran destruído completamente al enemigo."

Ahora bien: el *Montevideano* logró salvarse el día 25 y penetrar al puerto, en medio de la admiración de los numerosos espectadores, que atraídos por lo tocante de la escena, habían acudido a aquel sitio para ser testigos de su desenlace; y a pesar de lo que dice Brown, afirma el mismo historiador que cuatro de sus buques "rodearon a aquel débil y porrón bajel, cruzándolo con tiros de metralla, que hacían levantar líneas de pequeños saltos de agua en todos sentidos".

Estos datos, generalizados por la tradición, son los que se ajustan a la verdad histórica, y por eso los consignamos.

El Gobierno Oriental, no obstante, pretextando su mal estado, hizo desarmar dicho bergantín goleta, como asimismo el *Yucutujá* y el lugre *Constitución*, no quedándole, para la defensa del puerto y la vigilancia costanera, sino la corbeta *Sarandí*, que era un buque velero, y el bergantín *Pereira*. Sin embargo, abrigaba el propósito de sustituir esos cascajos viejos por buques más adaptables al objeto a que se les destinaba.

A ese efecto, encargóse en Río de Janeiro la compra del bergantín portugués *Prontidao*, cuyo nombre fué sustituido por el de *Cagancha*, rememorando así el triunfo alcanzado por el general Rivera, contra las fuerzas de Echagüe y Urquiza, el 29 de diciembre de 1839, a inmediaciones de ese arroyo, afluente del río San José. Dicho bergantín llegó a Montevideo el 4 de junio, e inmediatamente fué armado en guerra.

También se adquirieron la *Consolation*, de bandera francesa, que denominóse *Constitución*, en reemplazo de su homónimo de la referencia, y la barca griega *Ulises*, que pasó a llamarse *25 de Mayo*.

Completaban la escuadrilla, además de la corbeta *Sarandí* y del bergantín *Pereira*, la goleta *General Rivera*.

La escuadra de Brown, a pesar de todo, se presentó nuevamente en aguas orientales, el 3 de agosto, a las 8 de la mañana, a barlovento. Se componía de ocho buques, y como tenía que suceder, la oriental se aprestó a la lucha, pues no era posible que el comodoro Coe dejara de cumplir con su deber y contemplase impávido su presencia a la vista de Montevideo. En consecuencia, ese mismo día, una hora después, se colocó a tiro de cañón de aquélla.

No lo hizo de inmediato, según su parte, porque el poco viento que soplaba, lo obligó a permanecer fondeado hasta las 9, en que dió vela, con el fin de ganar una mejor posición a barlovento; pero no habiendo sido esto posible hasta la 1 de la tarde, no le quedó otro remedio que dar principio al combate en la desventajosa situación que guardaba la escuadrilla a su mando.

Se peleó con tanto entusiasmo, que recién al obscurecer cesó el vivísimo cañoneo iniciado a la hora indicada, no habiendo continuado a causa de que el enemigo abandonó el campo de la lucha, virando en dirección a la punta del *Indio*, donde fué perseguido por los esforzados marinos uruguayos, pero la densidad de la niebla aumentó hasta ocultar enteramente su presencia.

Debido a ello, según el comodoro, no le fué a éste posible concluirle a Brown "algo de su flota, si no toda"; y en carta particular al general Enrique Martínez, le decía: "Saludo a usted con todo mi afecto por la vergonzosa fuga en que pusimos ayer al enemigo".

Sin embargo, se atribuye a Coe la manifestación privada de que no había tomado prisionero a su antiguo jefe porque no sabía qué hacer de él.

A pesar de los esfuerzos de la capitana contraria, el combate no fué muy sostenido por el resto de sus naves, una de las cuales arrió la bandera y dirigió botes con gente a bordo de aquélla. (1)

La corbeta *Sarandí*, que mandaba Coe, se batió bordo a bordo, con el bergantín *Belgrano*, mandado por Brown. El último de estos buques estuvo a punto de irse a pique, pues la *General Rivera*, que acudió en ayuda de la capitana oriental, le asestó una palanqueta por la popa, a flor de agua, abriéndole varios rumbos.

Este triunfo de la escuadra oriental, sirvió para que ella campease por sus respetos en los ríos de la Plata y Uruguay, pues su contrario, como en mayo último, optó por dirigirse a la rada de Buenos Aires, estacionándose allí, con una inmovilidad que desdecía de sus honrosos antecedentes.

Asimismo, el 9 de diciembre, tuvo lugar otro combate naval, esta vez al SO. del Banco Ortiz, entre ambas escuadras, tomando parte en él las corbetas nacionales *Sarandí* (insignia del comodoro Coe), *Constitución, 25 de Mayo*, y bergantín *Cagancha*, componiéndose la de Brown de siete buques.

Ese día a las 4 a. m. zarparon del puerto de Montevideo los cuatro buques mayores de la Escuadra Nacional en busca del enemigo, que en la tarde anterior se había alejado con rumbo al Este. A las 8, la corbeta *Sarandí*, que navegaba a la cabeza de la columna de fila, y en cuyo palo mayor arbolaba su insignia el comodoro Coe, avistó a la escuadra enemiga, compuesta de 7 buques y fondeada sobre el seno que forma la extremidad SO. del Banco Ortiz, en su parte oriental; la brisa favorable que hinchaba el velamen de las naves orientales, era débil y no les permitió arribar a tiro de cañón de la línea enemiga hasta las 10 de la mañana. A esta hora, Coe mandó izar la señal de romper el fuego, resuelto a buscar en este combate la supremacía en las aguas del Río de la Plata. La

(1) Parte del comodoro Coe, pasado desde a bordo de la corbeta de guerra *Sarandí*, frente al puerto de Montevideo, el 4 de agosto de 1841.

Sarandí rompió un fuego vivísimo, secundada únicamente por las corbetas *25 de Mayo* y *Constitución*, pues el bergantín *Cagancha* se había quedado muy a sotavento y no entró en línea.

El enemigo contestaba con actividad al fuego de la Escuadra Nacional; pero poco tiempo después empezó a destrozarse su línea, arriando bandera y poniéndose fuera de combate los bergantines goletas *Republicano* y *Vigilante*, y arribando al costado de la goleta capitana argentina, con el mastelero de trinquete roto, el bergantín *San Martín*, que montaba el almirante Brown pocas horas antes.

La fortuna parecía sonreír al Jefe de la Escuadra Oriental, y todo le anunciaba un triunfo de importancia, cuando cambió el viento en favor del enemigo, soplando entonces con fuerza del SO. y causando un gran temporal, que inutilizaba los disparos de artillería de nuestras corbetas. En esos momentos hizo señal de hallarse en peligro la corbeta nacional *25 de Mayo*, y se separó de la línea, quedando, por consiguiente, en ella sólo las corbetas *Sarandí* y *Constitución*, pues el bergantín *Cagancha* permanecía algo a sotavento, haciendo funcionar sus cañones sobre el enemigo. En tales circunstancias, alarmado el coronel Coe por la situación de la *25 de Mayo*, que le era imposible apreciar con exactitud, y viendo que el *Cagancha* había cruzado el Banco y salvado de los buques mayores que lo perseguían, creyó de su deber proteger a la corbeta en peligro, y dió la vela, al efecto, con la *Constitución*.

Después de haber navegado algunas millas en observación de la *25 de Mayo*, viró ésta y volvió a la línea, avisando, por medio de señales, su jefe el coronel Fourmantin, hallarse en salvo, aunque con alguna avería, por haber embarcado mucha agua durante el temporal por la batería del entrepuente y a causa de algunos balazos sufridos en su casco.

Era indispensable ya proveer a la completa reparación de dicha corbeta, y esperar viento favorable para volver sobre el enemigo. Habiendo navegado por el canal del Sur hasta la mañana del 10, sin avistar al *Cagancha*, llegó Coe a la vista de la Colonia, y reconociendo el puerto, viró de bordo, yendo a fondear en la rada de Buenos Aires.

Más tarde se supo que el *Cagancha* había caído en poder del enemigo. (1)

La *Palmar*, más afortunada, pero menos digna, si no cayó en poder del enemigo, cometió, en cambio, la vileza de traicionar la causa a cuyo servicio se hallaba, y en mayo último desapareció del puerto de Montevideo, en compañía de un patacho, para unirse a la escuadra contraria, aprovechando la inactividad de las demás naves nacionales, que se encontraban en la bahía, en descanso, después del combate del 24.

En la bahía de la capital uruguaya se encontraban fondeados dos buques argentinos, sin que nadie los molestase por ausencia de los nacionales; pero el 21, a las 9 de la mañana, notando el arribo de la Escuadra Nacional, se hicieron a la vela, navegando con proa al SO., siendo seguidos por Coe. Esto hizo presentir que se estaba en vísperas de un nuevo combate naval. A la 1 de la tarde, la población de Montevideo vió cumplido ese vaticinio, pues llegó hasta ella el eco lejano del cañón, que cada vez aumentaba su vivacidad. A las 2 y 1/2 cesó de oírse, sin que entre el principio y el fin de este combate se divisara buque alguno en el horizonte. Sin embargo, a las 3 reanudóse, aunque esta vez con menos intensidad, pero dejó de percibirse un cuarto de hora después, sin que se escuchase nuevamente y sin que se tuviesen noticias a su respecto. (2)

Recién el 23 arribó a Montevideo el comodoro Coe con los buques de su mando. Esta acción naval dió pábulo a diversos comentarios, ya por ignorarse con precisión su verdadero resultado, pues si bien con esa misma fecha comunicó al Ministerio de la Guerra los detalles del suceso, hasta el 28 no vió la luz su parte en la prensa de la Capital, ya por haberse escapado el enemigo, a pesar de creérsele presa segura.

(1) La descripción de este combate la hemos tomado de la «Revista Militar y Naval», correspondiente al 10 de diciembre de 1898, que se publicaba en Montevideo bajo la dirección del entonces teniente 1.º de marina, don Francisco P. Miranda, y teniente 2.º de infantería, don José R. Ussera, ilustrados militares uruguayos, en la actualidad teniente coronel este último y capitán de fragata el primero, y ella concuerda en un todo con el parte de Coe.

(2) Véase el número 161 de «El Compás», del 22 de diciembre de 1841, periódico político que se publicaba en Montevideo.

Decía el comodoro en su nota, que en la mañana del 19 dió vela con dirección al puerto, pero que los vientos contrarios no le permitieron arribar a la vista del Cerro hasta la noche del 20 y sin que pudiera tomar en la mañana siguiente una posición cualquiera para atacar al enemigo, pues el tiempo continuaba siéndole adverso; que obligado a bordejear, se hallaba a la vela cuando avistó saliendo del puerto, al bergantín *Belgrano* y la corbeta *25 de Mayo*, pertenecientes a la escuadra argentina, y se puso en facha a esperarlos; que Brown, que mandaba otra vez el *Belgrano*, engañado sin duda por las apariencias, y cifrando como siempre grandes ventajas del barlovento, vino a atacarlo; que a la 1 de la mañana (1) empezó un nuevo combate, que duró más de tres horas, habiéndolo sostenido la corbeta *Sarandí* por espacio de hora y media, pero sin que fuese posible a las barcas nacionales tomar la posición necesaria, a causa de la extraordinaria calma que sobrevino.

Agrega Coe que llegó por fin a tiro de la línea enemiga, la *25 de Mayo*, y continuó el fuego con la mayor actividad por ambas partes, siendo anonadado y puesto en fuga el general Brown, en igual período.

Manifiesta también haber perseguido al almirante hasta el canal del sur de Buenos Aires, sin poder darle caza, debido al superior andar de sus buques y a un fuerte temporal del SE., que lo favoreció en la noche del 21.

Según él, Brown tuvo la fortuna de salvar por segunda vez del poder de los valientes marinos de la República Oriental, y ningún triunfo habían sabido alcanzar hasta ese momento, en los combates, los marinos del dictador de Buenos Aires, quienes,—en su concepto,—si celebraban alguna ventaja, la

(1) Debe tratarse de un error de copia o de imprenta. Este parte de Coe aparece publicado en «El Nacional» de Montevideo, del 28 de diciembre, número 917, y en él se dice *una de la mañana*. Sin embargo, «El Compás» del 22, como queda consignado, manifiesta que los buques de Brown abandonaron su fondeadero a las 9 a. m.; que a las 11 se perdieron de vista, y que a la 1 de la tarde empezó a oírse algún cañoneo. Brown da otra hora en su parte, como se verá más adelante, pues asevera que el fuego principió a las 11 1/2 a. m. De cualquier manera, es indudable que el combate del 21 no tuvo su iniciación a la madrugada. Pero no nos explicamos la contradicción en que incurren ambos jefes, máxime cuando el citado periódico montevideano hace referencias precisas e invoca el testimonio de todos los habitantes de la Capital uruguaya.

debían a la traición o al acaso; pero creía que la ciega Fortuna abandonaría alguna vez a los enemigos de la libertad de las dos Repúblicas del Plata, y que los nobles afanes de sus dignos hijos serían al fin coronados por la victoria.

“Dígnese V. E.,—terminaba diciendo,—recomendar a la consideración del Excmo. Gobierno, los valientes y patrióticos esfuerzos de los señores jefes y oficiales de la marina nacional y el entusiasmo y bravura de las tripulaciones en los dos últimos combates, pues han sido dignos de la causa gloriosa de la libertad.”

Fué la corbeta *Sarandí* el buque nacional que sufrió pérdidas, cual si a él sólo se le hubieran dirigido los fuegos del enemigo en los combates del 9 y siguientes. Un conjunto de circunstancias reunidas para favorecer a Brown, privaron a los otros buques de hacerles sentir a los contrarios la superioridad, el entusiasmo y la bravura de los que peleaban por la más justa de las causas. (1)

“El Compás”, comentando en su edición del 29 los partes del comodoro, lo hace en términos encomiásticos, por la medida que éste emplea en la narración de los combates. “Toda nuestra vida,—dice,—fuimos incapaces para prodigar elogios, y fundar acusaciones; mas llegan casos en que es preciso pasar por sobre esas resistencias naturales; y este caso nos lo ofrece la moderación que advertimos en las notas del señor Coe: debemos recomendarla, aunque esta recomendación no pueda indemnizarle de los disgustos que hayan podido darle exigencias de los que sin ver, ni entender, piden imposibles, atendiendo las palabras de quienes hablan por espíritu de partido.”

En “El Constitucional” del 24, sección *Correspondencia*, se habían publicado las líneas siguientes, impregnadas de sangrienta ironía: “Ya respiro, señor Editor: gracias a Dios que después de tantas dudas, usted anuncia ayer la vuelta feliz de tres buques. Catorce días de separación, mientras el *cojo* aquí con *dos* nos estaba burlando, nos tenía desesperados.

“Gracias a Dios que el *cojo* ha desaparecido, y que el señor comodoro ha llegado salvo y bueno a este fondeadero.

(1) «El Compás», número 162.

¡Cuántas felicitaciones no merece! Hágalas usted por mí, y mande a su servidor.—*El desengañado.*”

El mismo día en que apareció el suelto precedente, se avisaron desde el Cerro al OSO. de la punta de *Yeguas* (1) el bergantín *Vigilante* y un transporte de la escuadra argentina, cuyos buques, en la creencia de que el almirante había arribado al puerto de Montevideo, conducían víveres para él.

El Ministro de Guerra y Marina ordenó a Coe que tomase las medidas pertinentes, a fin de batirlos y apresarlos, si esto último fuese posible. Las barcas nacionales *25 de Mayo* y *Constitución*, al mando de Fourmantin y de Dupuy, se encargaron de esa misión; pero a causa de lo adverso del viento, tuvieron que demorar su salida hasta las 6 de la tarde.

El enemigo, luego que las descubrió, se puso en fuga, siendo perseguido hasta los bancos y obligado a arrojar las lanchas y algunas piezas al agua, para aligerar sus buques y ponerse en salvo. El mucho calado de los de la Escuadra Nacional, impidió a éstos que continuaran más adelante, por lo que regresaron en la mañana del 26. (2)

Según lo informó Fourmantin a Coe, esa persecución se hizo hasta dos y media brazas sobre el banco de Ortiz. (3)

Como la conducta del jefe de las naves orientales fué objeto de diversas apreciaciones, llegándose a dudar de la lealtad del comodoro, pues se había generalizado la creencia de que los vínculos espirituales y el antiguo camaraderismo que lo ligaban a Brown, coartaban su libérrima acción e impedían que lo batiese en regla, *Un oriental, amigo de las virtudes del coronel Coe*, además de aplaudir la circunspección que se nota en los referidos partes de este jefe, dice que se esparcieron pasquines contra él y demás marinos de la Escuadra, y agrega: “No pueden ser patriotas ni amigos de nuestra sagrada causa los que se valen de estos miserables subterfugios para hacer oír su voz en público, hiriendo y menoscabando la

(1) Extremidad de la costa del Cerro de Montevideo que penetra en el Piata. En la ensenada que forma hay un importante saladero. Véase «Diccionario Geográfico del Uruguay», por Orestes Araujo.

(2) Véase el número 866 de «El Constitucional».

(3) Parte de Coe al Ministro de Guerra y Marina, fechado en la rada de Montevideo el 26 de diciembre.

reputación de un honrado y verdadero patriota como el que nos ocupa; pero los hombres de bien y el público sensato, que jamás se engañan en saber valorar las cosas en su verdadero punto de vista, han hecho justicia al coronel Coe, y han mirado con desprecio tan fatales maquinaciones.

“Según estamos informados,—añade,—se prepara el coronel Coe a responder a un consejo de guerra, solicitado con instancia por él; después de concluído, la verdad y la justicia aparecerán resplandecientes como la luz del día, y sus audaces adversarios quedarán confundidos al contemplar que no es traidor, como ellos tan llanamente lo suponen; que no es cobarde, como cobardemente le atribuyen; por el contrario: su voz ha sido siempre la de PATRIA y LIBERTAD. Estas sagradas voces, siempre impresas en su corazón, le han hecho arrostrar toda clase de privaciones y mirar con desprecio el peligro cuando le ha rodeado; esto sólo lo desconoce quien no tenga un alma bien formada o no haya sido un testigo ocular de sus virtudes, moderación y patriotismo.” (1)

Sin embargo de que se decía entonces, y lo repitieron muchos de los sobrevivientes de aquella época, que Coe dejó escapar a Brown, éste se adjudica la victoria en los dos últimos combates, hablando con arrogancia en sus partes a Rosas, que dicen así:

A bordo del bergantín *General Belgrano*, frente a las barracas de San Gregorio, 11 de diciembre de 1841.

Excmo. señor Gobernador y Capitán General Delegado.

Excmo. señor: El General que suscribe, tiene el honor de dar parte a V. E. de la acción del 9, en que fué vencido el enemigo y puesto en fuga. Este día, hallándome fondeado frente de las barrancas de Santa Lucía, teniendo el Cerro a la vista, a las 9 de la mañana se me presentó la escuadra enemiga, compuesta de cuatro buques, una corbeta, dos barcas y un bergantín, trayendo el barlovento; los esperé, a las 9 1/2 cambié mi corneta al *General Belgrano*, y a las 10 empezó la

(1) Véase «El Compás», número 163, sección *Correspondencia*, fecha 5 de enero de 1842.

acción, cambiando el viento al mismo tiempo en nuestro favor. A la media hora puse fuera de combate a la barca grande del enemigo.—A las doce y media vino un viento fuerte que les fué favorable, porque como buques mayores se conservaron a barlovento, mas no los dejé; y entonces empezaron a huir, forzando vela; pero en las bordadas que daban, conseguí cortarles el bergantín, y aunque el enemigo entonces se empeñó, unido otra vez con la barca grande, en un vivísimo fuego, lo sostuve, y no pudieron librar el bergantín, el que viéndose cortado, arribó en popa con dirección al Banco Ortiz. Viendo yo que los buques mayores de la Escuadra no me podían seguir de cerca, traté de asegurar el bergantín, el que sufriendo el fuego de los buques menores que cayeron a sotavento al pasar, corría en popa con toda vela haciendo una resistencia heroica, y aunque este buque iba con el botalón del foque chico algunas veces encima de su popa, haciendo fuego de toda arma, hasta las nueve y media de la noche no se pudo hacerle rendir, en cuya hora, habiendo alcanzado el Banco Ortiz, y tocado dos veces, tuve que orzar para librarme de él, buscando más agua: estando la mar muy picada, y siendo el buque enemigo de mucho menos calado, tenía que dejarlo, y poner la proa en dirección de nuestros buques que vinieron muy atrás fuera de la vista. No encontré más que la *25 de Mayo* y el *Vigilante*, aunque hice señales de noche para nuestra unión. A la una de la mañana dí fondo, y al amanecer suspendí el ancla e hice señales a la *25 de Mayo* y *Vigilante*, de seguir mis movimientos.

No encontrando más buques de nuestra Escuadra, fondeé a las ocho en frente de las barrancas de San Gregorio, a esperar viento para dirigirme a Montevideo con los dos buques y mandar el *Vigilante* por su mal estado, habiendo recibido un balazo a flor de agua, con mi parte a la Capital, con órdenes de avisar a los otros buques de nuestra Escuadra de ir a Buenos Aires en caso de encontrarlos, los que es muy probable encontrarían el bergantín enemigo por la mañana.

Nuestros muertos y heridos en este bergantín son muy pocos, aunque tuvo que sufrir todo el fuego del enemigo. El coronel Pinedo está autorizado para informar a V. E. circunstanciadamente del todo de esta acción, y victoria contra los salvajes unitarios. Son dignos del aprecio de S. E. nuestro

ilustre Restaurador, los jefes, oficiales y tripulación, que recomiendo a los ojos y consideración de S. E.

Dios guarde a V. E. muchos años. Excmo. señor: *Guillermo Brown*. (1)

Pozos, a bordo del bergantín *General Belgrano*, 22 de diciembre de 1841.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General Delegado:

Excmo. señor: En continuación a mi parte de la acción del 9 del presente, tengo el honor de informar a V. E. que a mi llegada en frente del puerto enemigo vi que los buques no habían entrado, y los aguardé. Al amanecer del 21 parecieron los tres buques enemigos, anclados como a la distancia de 13 millas al SO. del Cerro. A las 7 se pusieron a la vela. Como el viento era entonces fuerte, quedamos al ancla, hasta las 8, que las suspendimos, dirigiendo las proas con toda vela para alcanzarlos. A las 11 1/2, estando este buque a tiro de cañón del enemigo, se empezó el fuego por la corbeta, el que fué contestado por este bergantín con su acostumbrada bravura y actividad. La 25 de Mayo quedó algo atrás. La acción duró hasta las 4 de la tarde. A las 2 1/2 de la noche dimos fondo con muy mal tiempo a ESE. del Pailebot de los Prácticos. A las 5 de la mañana levantamos las anclas, como hizo también el enemigo, que estaba fondeado como a 10 millas. A las 6 el *General Belgrano* se puso en facha para continuar el combate; pero el enemigo, viendo esta determinación, orzó luego, fugando aguas abajo, huyendo de la pelea. El sostén, Excmo. Señor, de este combate por el bergantín *General Belgrano* contra los buques de los salvajes unitarios, hace honor a su oficialidad y tripulación, todos los que merecen la consideración y aprecio de S. E. por ser verdaderamente bravos, y los recomiendo mucho a nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*Guillermo Brown*. (2)

(1) «La Gaceta Mercantil», enero 29 de 1842, número 5525.

(2) *Ibidem*, número citado.

Siguiendo Rosas su costumbre, felicitó al almirante; pero esta vez lo hizo en su nombre el Ministro Arana, que tampoco se mostraba parco cuando le tocaba batir el parche del bombo mutuo, pues a la rudeza del ataque, aunque rayase en la injusticia y la maledicencia, unía la hipérbole del elogio a sus amigos políticos.

Su respuesta estaba concebida así:

Buenos Aires, diciembre 24 de 1841.

Señor Comandante en Jefe de la Escuadra de la Confederación Argentina, brigadier general don Guillermo Brown.

El infrascripto, por orden del Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, brigadier don Juan M. de Rosas, tiene la grata satisfacción de contestar las notas de 11 y 22 del corriente, en que V. S. participa los triunfos obtenidos sobre la escuadra de los salvajes unitarios. S. E., altamente complacido de ver correspondidas las esperanzas que siempre ha tenido en el acreditado saber y valor de V. S., ha ordenado al infrascripto lo felicite en su nombre del modo más expresivo, por la gloria que ha proporcionado a las armas de la Confederación Argentina, recomendándole al mismo tiempo, trasmita iguales felicitaciones a los jefes, oficiales y tropa que V. S. dignamente manda.

S. E. deseoso de corresponder la lealtad y distinguidos servicios que la escuadra ha rendido en esta y otras acciones de guerra, oportunamente corresponderá con honoríficos y valiosos premios a tan valerosos, esforzados y fieles federales; y en el entretanto ha dispuesto se proceda a la tasación del bergantín *Cagancha*, apresado en la gloriosa acción del 9, con todo lo que le pertenece, para repartir su importe entre ellos, ordenando al infrascripto que para verificarlo se ponga de acuerdo oportunamente con V. S. como tendrá satisfacción de hacerlo.

El infrascripto al cumplir las órdenes de S. E. el señor Gobernador, felicita a V. S. por su parte, haciendo los más fer-

vientes votos por que conserve inmarcesible la inmensa gloria que siempre ha sabido adquirir.

Dios guarde a V. S. muchos años.—FELIPE ARANA. (1)

En cambio, el Gobierno Oriental se concretó a un simple acuse de recibo de los partes de Coe, pues no tuvo ni siquiera una palabra de aplauso para el comodoro y sus subalternos. (2) Probablemente participaría de la creencia de que el jefe de la Escuadra Nacional no obraba con lealtad.

En cuanto a las ventajas alcanzadas sobre el enemigo, a pesar de las comunicaciones enfáticas de Brown, no dudamos de ellas, máxime cuando el comandante Dupuy,—uno de los marinos actores,— afirma categóricamente en sus apuntes biográficos que si el almirante no fué hecho prisionero se debe a la actitud de Coe, quien “*lo quiso proteger*”. Por otra parte, la moderación usada en sus notas al Gobierno,—aunque jamás imitó en su lenguaje la procacidad de los rosistas,—contrasta con su parte relativo al combate del 3 de agosto y con los términos de la carta que dirigió al general Martínez jactándose del triunfo ese día obtenido.

Refiriéndose a la acción del 9 dice el comodoro, en su comunicación al Ministro de Guerra y Marina, que dió la señal de atacar al enemigo “*resuelto a buscar la decisión de la guerra naval en un combate*”; pero a pesar del éxito obtenido en los primeros momentos, augurio de un final aún más halagüeño, culpa a Eolo de la parálisis que sufrió la escuadra de su mando, y apela a la situación peligrosa en que se hallaba la 25 de Mayo, para cohonestar su conducta ulterior.

En su aludido parte, datado tres días después, “frente al puerto de Buenos Aires”, hacía saber al Gobierno que dicha barca se hallaba “completamente reparada”, y añadía: “y es muy notable que habiendo sufrido ella y la *Sarandí* muchas balas en el casco, no hayamos tenido ni un herido en las horas del combate, ni tampoco la barca *Constitución* que me acompañó en todo él.”

El 19, desde la *Punta del Indio*, ampliando sus citados informes, decía: “Posteriormente el tiempo me ha sido muy contrario, pues he sufrido días de completa calma y tempo-

(1) Número 5,575 de «La Gaceta Mercantil».

(2) Véase el número 917 de «El Nacional» de Montevideo.

rales del NE. y del E., que me han obligado a cruzar a la vista de la Colonia y *Punta de Piedras*, impidiéndome absolutamente buscar al enemigo, mas visitando hoy dos buques mercantes, procedentes de Buenos Aires, acabo de ser instruido, aunque imperfectamente, de tan inesperado como funesto suceso, de la toma o apresamiento del *Cagancha* por el enemigo, en la mañana del 10. Confieso a V. E. que, sin temer que tan extraordinario acontecimiento pueda decidir la cuestión de libertad, en el Río de la Plata y sus afluentes, he sido, sin embargo, fuertemente sorprendido por él; así por sus verdaderas consecuencias, cuanto porque estaba fuera de todo cálculo.—Nada era más difícil e improbable, que tal captura, Excmo. señor: el último aspirante de la tripulación del *Cagancha*, estando en su juicio, lo habría puesto en salvo, a favor del buen viento que tuvo en la noche del 9, y por la imposibilidad de atacarlo formalmente en que el mismo viento retenía al enemigo”.

El coronel Coe, que había ido a parar al puerto de Buenos Aires, mientras Brown se dirigía al de Montevideo, en vez de perseguirlo y cumplir sus deseos de *decidir la guerra naval en un combate*, se ensaña con el comandante y la tripulación del *Cagancha*, poniendo en duda, más que sus aptitudes, la rectitud de su conducta.

¿Hubo traición, o se trata únicamente de un percance desgraciado de su parte? Esto último hemos creído siempre, y así lo entendió el coronel Díaz, quien dice a este respecto lo siguiente:

“Este desgraciado bergantín, como si se empeñase en desmentir la razón por que se le había nombrado en la lengua de Camoens, *Prontidao* (prontitud), siempre andaba despacio y atrasado; se encontró solo en medio del pequeño océano, que constituye el estuario del Plata, cuando rayó el día siguiente al del combate. Pronto empezó a descubrir velas en el horizonte, que reconoció ser de la escuadra enemiga que se retiraba en desbande, y para sustraerse a la acción de aquellos buques, resolvió el comandante picar la arboladura, pues así creía no sería visto. Probablemente ya lo había sido, porque en el día fué rodeado y ocupado.

“Esa presa llegó a Buenos Aires a remolque de los buques rezagados de Brown, después de haber arribado éste en lastimoso estado.

“La tripulación del *Cagancha* fué paseada por las calles de Buenos Aires en pos del pabellón oriental que la nave apresada ostentó, pabellón que se arrastraba e insultaba”, etc., etc. (1)

Coe termina con estas palabras la comunicación antes mencionada: “Yo me dispongo en estos momentos a dar a la vela, con dirección a ese puerto, porque en él espero encontrar la escuadra enemiga y reparar en lo posible la desgraciada pérdida del *Cagancha*, que sólo el tiempo podrá explicarnos bien”.

Ya hemos visto, sin embargo, lo que hizo el comodoro en el combate del 21, pues Brown no fué tomado ni apresada su escuadra, no obstante la ocasión propicia que se le ofreció por segunda o tercera vez.

“El Nacional” del 23, dando por seguro el triunfo de la escuadra nacional, se expresaba así: “Brown *ha corrido como ingenuo ante el coronel Coe*”.

El doctor Angel Justiniano Carranza, historiador argentino, en su narración de las campañas navales de su país, hablando de los combates que dejamos referenciados, avanza el siguiente juicio con respecto al comodoro: “El coronel Coe, no era ya el marino que fijara reputación de valiente y de estratégico durante la guerra con el Brasil. La protección decidida de un amigo influyente, los años y las vicisitudes de la carrera, habían despertado en él esa codicia desenfrenada, que, más tarde, manchando la divisa del honor, hundiría su nombre en los abismos del oprobio”, y si bien atribuye la victoria a Brown, no abrigamos la menor duda de que ese criterio erróneo lo debe únicamente a la lectura de los partes del almirante y al desconocimiento de los del jefe de la escuadra oriental, lo mismo que de otros datos concomitantes que nos han servido de base para abrir un juicio más exacto. Los historiadores, como los jueces, sólo pueden fallar conscientemente tomando en cuenta los alegatos de una y otra parte y los recaudos en que los apoyan.

Rosas no se dió por vencido, y desde el regreso de Brown con su maltrecha escuadra,—pues ésta estaba muy lejos de

(1) «Historia política y militar de las Repúblicas del Plata», tomo V, páginas 180 y 181.

contar con elementos suficientes para enseñorearse en los ríos en que debía disputar el triunfo al adversario,—se preocupó de reorganizarla e imprimirle mayor impulso, aumentándola en número y calidad de buques. Entre éstos figuraban, en lugar del llamado *General Belgrano*, que fué desarmado, un precioso bergantín, de construcción sueca, que recibió el nombre glorioso de *San Martín*, entonces disimuladamente desterrado, no del santo francés, patrono de Buenos Aires, que había sido destituido por el general Rosas de aquel cometido celestial, por *salvaje unitario*, para nombrar en su lugar a San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, a la que desterró después, por haberse resistido a poner su retrato en el altar de la iglesia del Colegio. Venían luego la fragata *25 de Mayo*, el bergantín *General Echagüe*, el bergantín *Cagancha*, presa oriental, con el nombre de *Restaurador*, nombre bien aplicado, porque lo habían restaurado, arbolándolo de nuevo; las goletas *Palmar* y *General Alvear*, adquiridas por el soborno y la plata, no a costa de sangre, y unos cuantos buques más de menor consideración. (1)

El Gobierno Oriental procedió a la inversa: dislocó su anémica escuadra, invocando razones económicas, y se deshizo de la corbeta *Sarandí* y de la barca griega *Ulysses*.

Garibaldi atribuye la venta de ambos buques a una mala inspiración de don Francisco Antonino Vidal, que entonces desempeñaba el cargo de Ministro general y que meses después ocupó las carteras de Gobierno y Relaciones Exteriores.

El general Rivera, en cambio, era partidario de aumentar la escuadra y el ejército, a toda costa, para evitar un desastre, por falta de precaución y de defensa.

Al ilustre patricio don Joaquín Suárez, que ejercía el Poder Ejecutivo en su carácter de Presidente del Senado, le había insinuado la idea de levantar un empréstito interno para costear esos gastos. Pero como no se le escuchara y apremiaban los sucesos, le decía, con fecha 5 de noviembre de 1841, desde su campamento del Yí: “Yo desearía dar en este negocio el primer ejemplo de patriotismo, y con este objeto, pon-

(1) Antonio Díaz, «Historia política y militar de las Repúblicas del Plata», tomo V, págs. 182 y 183.

go desde ahora a disposición del Gobierno todas mis propiedades en tierras de pastoreo y fincas, para que, hipotecándolas o vendiéndolas, aplique sus productos a los objetos indicados."

Sin embargo, el general José María Paz, en sus *Memorias póstumas*, critica severamente que se hubiese tenido la idea, (*la ocurrencia*, dice él) de formar una escuadra que disputase a la de Buenos Aires el dominio de las aguas, por no creer muy feliz dicho pensamiento en el estado presente de las cosas.

Por el contrario, en su concepto habría sido más acertado contraer esos caudales y la atención del Gobierno a poner un pie de ejército respetable, de donde debía indudablemente surgir la victoria, que en armar unos malos buques que no sabrían preparar ni conservar después.

"El Gobierno, agrega, o mejor diré, el país, gastó sumas crecidas, y aún puede decirse, inmensas comparativamente a la importancia de la Escuadrilla, para aprontar, armar y tripular cinco o seis buques, que se pusieron al mando del norteamericano Coe, antiguo oficial de la marina de Buenos Aires."

Su espíritu argentinista y su odio a los hombres más prominentes del Estado Oriental, hace que el general Paz cierre los ojos a la luz de la evidencia y la justicia, pues añade lo siguiente: "Sin embargo de que no era mayor la fuerza del general Brown, nada hizo aquélla de provecho, y después de unos cuantos encuentros incalificables, y por lo común desgraciados y sin gloria, en que sólo hizo Coe y sus compañeros aquello muy preciso para no dejar enteramente en descubierto sus compromisos, dejó a Rosas la superioridad marítima, y se encerró en el puerto de Montevideo."

Por otra parte, la incipiente Escuadrilla Nacional, prestó en todos los tiempos saludables servicios al país, como lo demuestran los numerosos hechos que podríamos invocar en apoyo de nuestra palabra y de los cuales prescindimos, puesto que no entra en nuestra mente hacer su historia.

Empero, además de los que figurarán más adelante, citaremos aquí algunos casos, por vía de ejemplo.

El 6 de diciembre de 1831, es decir, durante el primer gobierno constitucional, presidido por el general Rivera, se de-

cretó el establecimiento de una estación naval en el río Uruguay, formada del paillebot *Constitución* y de varias embarcaciones menores.

Respondió su creación al propósito de combatir el contrabando en los puertos y costas de dicho río, que privaba al Fisco de percibir, según cálculos hechos, las dos terceras partes de las rentas que sin él habrían entrado a las arcas nacionales.

Para desempeñar el cargo de comandante general de la Estación y Resguardo del Uruguay, fué designado don Cristóbal Echeverriarza.

Esta medida dió los resultados apetecidos, siendo, por ende, acertada y benéfica.

El 3 de noviembre de 1838, el jefe de la escuadra del Uruguay, que lo era el coronel don Francisco Fourmantin, dió cuenta al Ministerio de Guerra y Marina del estado en que se encontraba la isla de Martín García e indicó las disposiciones que deberían tomarse para mejorar su situación y defensa.

Decía en su oficio que, consecuente con las instrucciones recibidas, al fondear frente a dicha isla, desembarcó con el objeto de examinar el estado de las fortificaciones, y encontró cuatro piezas de artillería de bronce, dos de veinticuatro y dos de doce, en pésimo estado de funcionamiento.

Agregaba que con respecto a la batería que se estaba construyendo en el centro de la isla, no la estimaba suficiente para su defensa, pues la creía expuesta a cualquier desembarco, y era de opinión, por lo tanto, que se debían instalar cuatro baterías en diferentes puntos.

De acuerdo con sus vistas, indicaba los parajes más adecuados y adjuntaba una relación de los materiales necesarios para efectuar esas mejoras.

El 30 de noviembre de 1839, fuerzas del mismo marino, hicieron una heroica y brillante defensa de la ciudad del Salto, que fué atacada de súbito por Ruedas, secuaz de Oribe y Lavalleja.

La guarnición de aquella plaza la componía una parte de los tripulantes de su escuadra, y si bien los sediciosos obraban en combinación con la policía, que defeccionó, poniéndose de antemano al servicio de los elementos subversivos, los ata-

cantes fueron rechazados y sufrieron numerosas bajas, quedando todo el armamento en poder de los bravos marinos.

Fué tan eficaz aquella defensa, que los rebeldes necesitaron valerse de tres carretas para conducir sus heridos, entre los cuales figuraba el propio Ruedas, que resultó lesionado de un balazo en un muslo.

El teniente Domingo Merello, comandante de la goleta *General Lavalle*, y el teniente Francisco Salvo, fueron el alma de aquella resistencia y heroico triunfo.

El 1.º de diciembre del mismo año, la corbeta nacional *18 de Julio* apresó siete buques argentinos, que hacían tranquilamente sus incursiones, persuadidos de la impunidad de sus actos. El teniente coronel don Manuel Guerrero, jefe de la escuadrilla del Río de la Plata, se hallaba a su bordo, de crucero, en las costas del Sauce, departamento de la Colonia, cuando los diviso y resolvió apoderarse de ellos, lo que así sucedió.

Los apresadores recibieron del Gobierno como compensación la mitad del importe de esas presas, en mérito al celo por ellos desplegado en bien general.

El 19 de noviembre de 1840, fué tomada la goleta argentina *Anita* por el buque de guerra nacional de igual clase, *Bernardina*, que pertenecía a las fuerzas navales que operaban en el río Paraná. Su apresamiento tuvo lugar en momentos en que ella salía del arroyo *San Lorenzo*, que desagua en el Uruguay en la Provincia de Entre Ríos.

El general Paz, por último, afirma que Rivera nunca prestó atención a este importante objeto, a pesar de que, como queda constatado, ofreció al Gobierno todos sus bienes raíces en favor de la marina y del ejército, lo que hace suponer que aquel distinguido militar desconocía la realidad de los hechos, u obraba bajo la influencia de una ojeriza injustificable en hombres superiores por su inteligencia y patriotismo.

En cuanto a los marinos que prestaron sus servicios desde los comienzos de la nacionalidad oriental, ellos fueron elegidos entre los más hábiles de la época que no rehusaron ponerse a las órdenes del Gobierno. No era posible, sin embargo, exigir en sus componentes aptitudes extraordinarias, ni rigurosa disciplina, cuando hoy mismo, disponiéndose de otros medios y elementos, se tropieza con dificultades para seleccionar el personal de los buques de guerra en naciones más expertas que la nuestra.

El comodoro Coe, no obstante, pudo servir de ejemplo, como se verá por la anécdota que pasamos a narrar y que concuerda en lo que a él respecta con las impresiones por nosotros recogidas de fuentes insospechables.

Poco antes de abandonar el mando de la escuadra oriental, que debía pasar a manos de Garibaldi, quiso que éste visitase sus buques, para que apreciara de cerca la organización impuesta por él a bordo. Garibaldi no se hizo de rogar, pues tenía vivo interés en conocer el estado de ánimo de sus tripulantes, los elementos existentes y el empleo que podría hacerse de ellos. Pero pretextando el poco conocimiento que de fórmulas oficiales tenía, se hizo acompañar por el ex oficial de la marina sarda, don Salvador Rombys, a fin de que también se diese cuenta de sus condiciones y escuchar su parecer.

Ese acto se concretó a la nave capitana, pues ella, mejor que ninguna otra, podría servir de base para juzgar del resto de la escuadrilla. Coe les acompañó a recorrer minuciosamente el barco, y antes que éstos se retirasen, le preguntó a Rombys:

—¿Cómo encuentra usted mi buque?

—Bien, señor comodoro, contestó Rombys: observo disciplina y organización, cosas que le faltan a Garibaldi.

A pesar de la sorpresa que por lo insólitas le produjeron estas palabras, el héroe italiano guardó absoluto silencio, sin que se denotara en su semblante la más mínima contrariedad; pero al dirigirse a tierra, después de un corto intervalo, lo interpelló, diciendo:

—*Perqué guèi ditu a Coe que mi sun ma organishou?*

—Porque lo está, como se lo dije esta mañana, — repuso Rombys, — y eso en un buque de guerra es gravísimo.—Tome ejemplo de Coe.

Por toda réplica, Garibaldi arguyó con la siguiente típica frase genovesa:

—*Sci pin de musse*. (Esas son tonterías).

Rombys había tenido ocasión de visitar un buque de Garibaldi, y según lo decía, pudo constatar la desorganización y poca disciplina que existían a bordo.

Garibaldi, en su ingénita modestia, jamás se tuvo por un rígido instructor; porque para él la organización y la disciplina eran cosas secundarias. Sólo pedía a los suyos que lo si-

guiesen en sus temerarias empresas y desiguales combates, pues el valor y el arrojo eran lo fundamental. (1)

En sus *Memorias autobiográficas*, al ocuparse de la formación de la Legión Italiana que comandó en la República Oriental, refiriéndose a Francisco Anzani, dice que la adquisición de éste fué “buena para todos, *máxime para la instrucción y la disciplina*”, y agrega: “y yo, que era muy poco organizador, fuí muy afortunado con tener cerca de mí aquel incomparable amigo y hermano de armas”.

Coe se había dirigido a Rombys para interrogarle, en vez de interpelar a Garibaldi, porque este último se lo presentó en su carácter de ex oficial de una marina extranjera, y juzgó un rasgo de cortesía requerir su opinión al respecto.

Por lo demás, a Garibaldi se le consideraba ya como incorporado a la marina nacional, aún cuando todavía no estaba a cargo de sus buques.

Hecho este bosquejo de sucesos que hemos creído conveniente relacionar, a guisa de portada a las narraciones históricas que subsiguen, conceptuamos un acto de estricta justicia finalizarlo haciendo conocer a grandes rasgos los servicios prestados a la independencia y al país por el heroico comandante del bergantín-goleta *Montevideano*. Pero para que su vida militar pueda ser mejor apreciada, nada más oportuno que trasladar a las páginas de esta obra sus memorias auto-biográficas, quedadas inéditas en poder de su familia.

He aquí cómo él mismo narra su larga actuación en los acontecimientos del Río de la Plata:

“Entré al servicio de las armas en el mes de octubre de 1824, a solicitud del señor don Bernardino Rivadavia, dictador de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en clase de capitán de marina, que fué siempre mi carrera predilecta, y

(1) Aunque estas referencias se las oímos más de una vez al señor Rombys, que años después de lo que dejamos narrado se radicó en Paysandú,—en cuya localidad falleció a una edad avanzada, siendo Agente Consular de Italia,—a fin de no incurrir en algún error de interpretación, ocurrimos últimamente a su hijo Manuel, quien refrescó nuestra memoria al respecto, facilitándonos unos apuntes.

como la marina de guerra abraza la artillería, la estudié al mismo tiempo.

El año 1825, armé y aparejé en Barracas, cuatro cañoneras, y cuando se declaró la guerra al Brasil, el general Brown me ordenó sacarlas a balizas interiores y que me pusiese a sus órdenes en clase de ayudante.

En seguida se armó a toda prisa la *25 de Mayo* con 10 piezas de grueso calibre y 120 hombres, en su mayor parte paisa-



Coronel Mayor Bernardo Dupuy

nos, y con estos cinco buques, mal tripulados y armados, fuimos a atacar la Colonia, ocupada por los brasileños. Allí, en el ataque, en que fuimos rechazados y casi echados a pique y la mitad de la tripulación muerta, recibí dos heridas graves en el muslo y rodilla derecha, provenientes de un metrallazo; de cullas resultas se me quiso amputar por tres veces la pierna; pero habiéndome opuesto a la

opinión de los médicos, logré obtener la curación completa después de 15 meses de enfermedad, en que me fué preciso servirme de muletas.

El estado de nuestros buques era tal, después del expresado combate, que se nos habían llenado de agua, y si no nos fuimos a pique y caímos prisioneros, fué debido a los heroicos esfuerzos hechos por la tripulación, pues sabíamos que cayendo prisioneros seríamos tratados como *piratas*.

Después de haber sanado de mi pierna, pedí y obtuve licencia del general Brown para ir al *Curso* a la costa del Brasil, la que se me concedió por seis meses. Al efecto me embarqué de segundo comandante del bergantín *Congreso*, del cual era primer jefe don César Fournier.

Aquella expedición coronó nuestros deseos y las esperanzas de todos. Hicimos infinitas presas y arrasamos y quemamos todas las poblaciones de la costa del Brasil.

Las presas de valor eran conducidas a puertos amigos, y las demás, se echaban a pique o se quemaban. Las tripulaciones que no querían acompañarnos, eran desembarcadas en las costas o en las islas.

Teníamos a bordo alguna infantería para el caso de algún desembarque o abordaje; de la cual era sargento don Saturnino Villamayor.

El comercio brasileño había llegado a poseerse de un terror pánico, porque veía su ruina inminente, tanto que se dirigió al Emperador don Pedro I, pidiéndole que hiciese la paz a todo trance, bajo el fundamento de que los *piratas* eran su ruina y continuando así los reducirían a la mendicidad.

Una de las presas de más valor, tomadas, fué una barca hamburguesa cargada en Cádiz por un comerciante de Río de Janeiro. El comandante Fournier me ordenó que me hiciera cargo de la presa y la condujese a algún puerto donde pudiera vender libremente su cargamento.

El señor Onetti, más tarde comerciante del Salto, se hallaba a bordo de dicha presa, en calidad de pasajero, y pidió licencia al comandante Fournier para seguir en ella y acompañarnos, lo que le fué concedido.

Me hice, en efecto, cargo de la presa y me dirigí a Valparaíso. Allí vendí una parte para pagar la tripulación.

Al mes y días de hallarme en Valparaíso, recibí orden de don Francisco Trelles, consignatario de la presa en Buenos Aires, para entregarla con inventario a don José M. Ellordi, y de retirarme a Buenos Aires, porque el Gobierno necesitaba de mis servicios. Así lo hice, despidiéndome de aquellas buenas gentes y embarcándome en un bergantín cargado de trigo, pasando por el estrecho de Magallanes, donde hicimos y pasamos algunas averías a consecuencia de un fuerte temporal SE., obligándonos a entrar en Patagones de arribada, perseguidos al mismo tiempo por cuatro buques de guerra brasileños, que penetraron en el puerto y se propusieron efectuar un desembarco.

Copocida esta actitud por el coronel Oyuela, me llamó al momento y me dió el mando de la primera batería de tierra al Norte. Desde luego empecé el fuego sobre los buques brasileños, echando dos de ellos a pique, dejando en nuestro poder 12 oficiales y bastantes marineros.

Esto sucedía en el mes de octubre de 1827, y por segunda vez fuí herido, si bien que no de gravedad.

A los pocos días salí para Buenos Aires con el parte del coronel Oyuela al Gobernador don Manuel Dorrego, quien desde luego me agració con el empleo de sargento mayor y el mando de la goleta *Gobernador Dorrego*, para ir de nuevo a cruzar en la costa del Brasil.

En esta nueva expedición, tomé un bergantín en la barra de Río de Janeiro, bajo la batería de la fortaleza Santa Cruz; estaba cargado de negros bozales y vine a desembarcarlos de noche, en la playa de la Aguada de Maldonado, bajo el fuego de las baterías (7) de la isla Gorriti; mediante a que el Gobierno de don Manuel Dorrego me había ordenado entregarlos todos a la orden del general en jefe del ejército para hacerlos infantes.

Vendí cuatro negros para atender a los gastos más necesarios de la tripulación, y me dirigí luego a Buenos Aires, pasando a la vista de Montevideo, donde se hallaba anclada una escuadra brasileña al Sud del Cerro.

A la una y media de la mañana le hice doce disparos de cañón a una fragata de dicha escuadra, la cual hizo desde luego zafarrancho, y lo mismo que todos los demás buques, largando anclas y cadenas por mano y poniéndose en mi persecución.

Como mi buque era de poco calado, llamé a la escuadra enemiga sobre el Banco Ortiz, a ver si lograba hacerla varar; pero ella, conociendo ese peligro, cesó de perseguirme.

Llegué a Buenos Aires y me fué preciso detenerme para curarme de mis heridas que se habían reabierto; y cuando me disponía a emprender nuevas operaciones, se firmó la paz.

En este estado principiaron a faltar los fondos al Gobierno, y, por consiguiente, no pagaban los sueldos a los servidores del Estado; así es que traté nuevamente de trabajar en la marina mercante.

Solicité y obtuve permiso del Gobierno en el carácter de licencia temporal, tomando en seguida el mando de un bergantín-paquete, que hacía los viajes a Río de Janeiro, tocando en este puerto. Hice dos viajes, y como no me gustase esa carrera, pedí mi baja al Gobierno para retirarme de allí y del servicio de las armas.

El general Dorrego no me la quiso dar, y sólo después de su muerte fué que pude obtenerla, viniéndome en seguida a Montevideo a pedido del señor general don Fructuoso Rivera, el cual me hizo dar de alta en el ejército de la República.

No habiendo, por lo pronto, dónde utilizar mis servicios, me permitió trabajar como práctico del Río de la Plata, y más tarde fuí nombrado, en virtud de decreto, práctico mayor.

Después que el general Oribe tomó la Presidencia de la República, éste me dió de baja por no querer servirlo; pero cuando el general Rivera vino a sitiar la Capital en 1838, me llamó en seguida, ordenándome que me pusiera de acuerdo con los señores don Fabio Mainez, don Luis Lamas y don N. Guimaraes, para que le sacara a Oribe el único buque de guerra que tenía en este puerto, que era la goleta denominada *Loba*, fondeada frente al muelle y cargada de lanzas, sables, tercerolas, municiones, vestuarios, etc., etc., que debía conducir a Rocha para ser entregada al señor coronel Olivera, cuyo jefe tenía unos 300 hombres desnudos y mal armados.

El 28 de agosto de 1838, contraté cuatro marineros, antiguos servidores míos, y en la tarde de ese mismo día, a las dos y media, con un tiempo de mucha nieve, tomé mi capa y mis armas y me dirigí al muelle con mis cuatro compañeros: allí tomé una buceta y me fuí a bordo de la *Loba*. Puesto el pie sobre cubierta, dí el grito de: "*a la bodega todos, o muere el que no baje*". En presencia de mis armas, mi resolución y la de mis compañeros, todos bajaron a la bodega, menos el co-tramaestre, que era de mi devoción. Eché un ancla arriba, largué la otra y me hice a la vela en dirección a Maldonado. Allí el señor don Francisco Aguilar, hijo, me proveyó de lo que me faltaba, esto es, anclas, palos, cadenas y dos cañones de hierro de a 6, con alguna metralla; todo de orden del señor general Rivera, el cual ordenó al señor alcalde ordinario me entregara el despacho de teniente coronel de marina para poder navegar libremente en el río de la Plata. A los tres días, me hice a la vela de Maldonado para la Colonia, siendo jefe militar el señor coronel Baltar, que me esperaba con impaciencia con oficios del general Rivera.

El día 31 de agosto llegué a la Colonia, y allí el señor co-

ronel Soriano y yo recibimos orden del general en jefe para entendernos con el jefe del bloqueo francés, capitán de navío Lainée, que montaba el bergantín *Dasas*, de 24 piezas. El cumplimiento de esta orden, debía de ser después de haber armado y tripulado 5 goletas más allí, de la Colonia, circunstancia que no ignora el camarista don Juan Francisco Rodríguez.

Junto con la escuadra francesa, el 14 de octubre de 1838, atacamos, asaltamos y tomamos por primera vez la isla de Martín García, después de 3 1/2 horas de combate. Era el jefe de la isla el coronel don Gerónimo Costa, el cual, después de rendido, manifestó deseos de pasar a Buenos Aires, para dar cuenta a Rosas de lo sucedido, gracia que no tuvo reparo en concederle el jefe francés Mr. Lainée, mandando que lo desembarcaran en la Boca.

Para mantener la ocupación de la isla, desembarcamos un batallón de negros, al mando de don José Susviela, que el general Rivera nos había enviado del Miguelete para que nos ayudara en la toma de la referida isla.

El 20 de octubre de 1838, fui llamado por el general Rivera para marchar al sitio de Paysandú, bajo las órdenes del coronel don Francisco Fourmantin, si bien en calidad yo de segundo jefe. El 29 nos hicimos a la vela; pero a nuestra llegada estaba Paysandú ocupado ya por el general Aguiar y los coroneles Luna y Blanco. También estaba allí el sargento mayor don Antonio Reyes.

A mediados de noviembre del propio año 1838, fui nuevamente llamado a Montevideo por el Gobierno para tomar el mando del fuerte San José y formar allí una brigada de artillería volante.

En efecto, reemplacé en el mando del fuerte al coronel Velazco, que marchó con el general Rivera al Durazno, y cuando el Gobierno declaró la guerra a Rosas en 1840, tomé el mando del bergantín-goleta *Montevideo*, el 6 de mayo, y el 24 de mayo siguiente tuvimos un combate contra la escuadra de Rosas al mando del almirante Brown, cuyo combate tuvo lugar a cuatro millas del puerto de Montevideo.

Nuestra escuadra era mandada por don Enrique Coe, compadre de Brown. Nos batimos hasta después de entrada la noche, en que Coe, con los demás buques, se metió en el puerto, para reparar, según se dijo, sus averías, y me dejó a mí

abandonado con mi buque en medio de mi enemigo; y siendo de noche, tuve que anclar fuera del puerto, sin ningún auxilio. A la madrugada me hallé en medio de la escuadra enemiga.

Cuando la hube reconocido, levé el ancla y me hice a la vela con rumbo al NO. y viento NE., y cerca del Santa Lucía me encontré con otro buque enemigo, el bergantín *San Martín*, que principió a largarme balas de a 24, tres de las cuales dieron en el blanco. Viré de bordo, haciendo proa al ENE., pero la corriente me echaba más afuera; sin embargo, como yo era muy baqueano en toda la costa, derivé un poco y fui a dar al saladero de Ramírez, playa de la basura, cañoneado siempre y perseguido muy de cerca por el enemigo. Allí, pegado a las piedras, dí fondo y eché una espía en tierra, para mantener el costado del buque con el frente al enemigo.

La costa se llenó de pueblo, y una compañía de guardias nacionales, al mando de don Nicanor Costa, me fué enviada de auxilio para el caso de que el enemigo mandase abordarme.

Este había fondeado a $3\frac{1}{4}$ de tiro de cañón y desde allí seguía cañoneando al *Montevideano*, empavesados todos sus buques y guardándome de este modo.

Yo correspondí a su fuego, que ni aún de noche dejé de hacerlo, a pesar de haber cesado el del enemigo.

Montevideo entero ha sido testigo de aquel hecho. Por la noche, el enemigo se retiró, porque el tiempo amenazaba pampero, yendo a anclar a doce millas de la costa.

Habiendo cambiado el viento, también levé ancla y vine a fondear al puerto de Montevideo a las 9 de la noche.

En la madrugada del 26, volvió todo el enemigo en busca de nosotros, pero se vió burlado, porque el pájaro había volado de la jaula. En seguida se retiró a Buenos Aires a reparar sus averías, pues había sufrido bastante por nuestra artillería.

En aquel mismo año tuvimos tres fuertes combates: el 3 de agosto siguiente, enfrente de las barrancas de San Gregorio, y el 21 de diciembre, y no tomamos a Brown, porque nuestro jefe Coe lo quiso proteger, como es público y notorio en Montevideo.

El año 1842, lo pasamos en descanso. (1)

(1. En el capítulo siguiente, se verá que Coe no dió señales de vida, a pesar de haber reaparecido Brown frente al puerto de Montevideo.

El 5 de enero de 1843, marchamos con el señor brigadier don José María Paz, unos cuantos jefes, a ocupar nuestros puestos en la línea de fortificación. A mí me tocó el mando de la batería *Cagancha* en la izquierda y la batería *Mendoza* en la playa.

El 16 de febrero vino Oribe al Cerrito; yo ya estaba pronto para recibirlo y le tiré el primer cañonazo. El 17 vino arriba de la calle de la Agraciada, cerca de la botica y la iglesia. En ese momento vino el general Paz y me ordenó de romper el fuego; así lo hice, y el primer cañonazo que le tiré, lo salpiqué de tierra de los pies a la cabeza, pues se supo luego por el boticario.

El 5 de septiembre tomé el mando de la isla *Libertad*, donde permanecí 38 meses, en cuyo tiempo han pasado muchas peripecias, a pesar de que Brown no quiso venir a visitarme.

Cuando el almirante francés vino con su escuadra a circundar la isla, queriéndola tomar, si la Legión Francesa no ponía las armas, yo contesté a su intimación: *que antes de entregar la isla la haría volar con toda su guarnición*. A los seis días levantó el cerco la escuadra francesa y se retiró a 8 millas de distancia. La isla era un punto donde ningún jefe quería permanecer más de dos meses, y sin embargo, sufrí tres años y dos meses en ella. En 1847 renuncié aquel mando y volví a la línea de fortificación hasta que se hizo la paz.

En 1853, el general Flores me nombró jefe del cuerpo de jefes y oficiales. Algunos días después el propio general Flores, jefe del ejército en campaña, se quejó al Gobierno que la escuadrilla oriental le desobedecía y se mostraba alzada, pues sólo acataba las órdenes de Giró y Berro. El Gobierno entonces del triunvirato (1) me nombró jefe de Escuadra. Acompañó al nombramiento con mis despachos. En esta virtud, marché con 45 marineros enganchados y una ballenera que tomé en Nueva Palmira con 5 hombres y con cantidad de comunicaciones del receptor Laguna, armamento, etc., etc., dirigiéndome en seguida al *Arroyo Malo*, (2) a donde llegué a los 4 días de mi salida de Montevideo.

(1) Dicho triunvirato lo formaban los generales Fructuoso Rivera y Juan Antonio Lavalleja y el coronel Venancio Flores.

(2) El *Arroyo Malo* está situado en el departamento de Paysandú, sobre la margen izquierda del río Uruguay, a unos 60 kilómetros de la ciudad.

El 10 del mismo mes de octubre, a las 11 de la noche y sin haber sido sentido, abordé la escuadrilla que allí se hallaba oculta. El primer buque abordado fué la goleta *Constitución*, que hacía de capitana. El jefe y los oficiales se encontraban en aquel momento introducidos en la cámara; pero la tripulación estaba sobre cubierta, unos y otros entretenidos jugando. Atacados de improviso y a la voz de: *¡abajo todos!* los sometí, poniéndoles centinelas bien armados y la pena de la vida a cualquiera que intentara subir a cubierta. En la cámara puse también cuatro centinelas, y después de considerar todo seguro y de varias disposiciones tomadas, bajé a la cámara con mi ayudante don Laurindo Lapuente. Allí hice los cargos que creí de mi deber a don José M. Caravia por las desobediencias al Gobierno triunviro, etc.

Me contestó "que él no obedecía más que al Gobierno de Giró y Berro y a nadie más". En ese momento y con la noche muy obscura, pasaba para el Salto el vapor *Progreso*. Lo mandé detener, y ordené que su capitán, don Diego Welf, viniese a verme, para que fuera testigo de aquel laberinto; porque como yo sabía que el general Flores se hallaba en el Salto, quería que además de la nota que yo le dirigía, el capitán Welf lo informara de algunos pormenores. Al general solo le decía "que el suceso se había efectuado con toda felicidad" y le remitía al mismo tiempo al comandante Caravia, preso.

El día 12 por la mañana llegó al Salto dicho vapor. El general estaba descansando. El coronel Rebollo, secretario entonces, recibió mi nota y con ella a Caravia.

Impuesto de lo que pasaba, me contestó devolviéndome a Caravia y ordenándome que cumpliera las órdenes que el Gobierno triunviro me había dado al salir de Montevideo. Yo no quise tomar a mi cargo la responsabilidad de derramar sangre, después de haber logrado tan buena operación sin ninguna clase de desgracia.

Los junté a todos, exceptuando la marinería, y los desembarqué en Paysandú. Hallándose allí entonces de Jefe Político el señor coronel don Felipe Fraga y siendo el 25 de octubre, recibí órdenes del Gobierno, firmadas por el señor Ministro de la Guerra don Lorenzo Batlle, dándome la noticia de haber

muerto el general Lavalleja (1) y la orden de bajar a la Capital con toda la escuadrilla.

Rendí los honores fúnebres al finado y me hice a la vela con todos los buques para Montevideo. Al pasar por la Colonia, con viento N. flojo, me vino un bote pidiéndome socorro de parte del señor alcalde ordinario.

Arribé a la Colonia y dí fondo.

Los señores don Lucas y don Gregorio Moreno y don Luis Gil se habían levantado. El coronel Arenas, Jefe Político, se había fugado. Bajé a tierra 50 marineros, campé allí tres días, arreglé todo y embarqué a bordo a los sublevados Gil y los Moreno; repuse al jefe Arenas y me vine a Montevideo.

Hallé ejerciendo el P. E. solamente al general Flores, a quien entregué los partes de la Colonia y los presos.

Al día siguiente me ordenó entregar bajo inventario la escuadrilla al señor Colector don José M. Muñoz. Así lo hice: pagué y licencié toda la gente, marinería, etc., etc., y fuí a descansar a mi casa, porque ni las gracias me dieron. Ocho días después recibí órdenes del Ministro de la Guerra para pasar a continuar mis servicios de Edecán del Gobierno, lo que efectué hasta que tuvieron lugar los sucesos del 28 de agosto de 1855, en que el general Flores salió a campaña y como único edecán lo acompañé hasta que renunció la Presidencia, siguiendo con don Manuel Basilio Bustamante hasta su fin, y después con don José M. Plá y también con don Gabriel Antonio Pereira, el primer año de su Presidencia, 1856, hasta el acontecimiento del desafío con el general Bernabé Magariños el 20 de febrero de 1857. En consecuencia de los sucesos de Quinteros, tuve que emigrar a Buenos Aires por hallarme comprometido.

El general Flores marchó a Cepeda, dejándome de miembro del Consejo de Estado en Buenos Aires. Después de la batalla de Cepeda, Urquiza vino a poner sitio a Buenos Aires; el general Flores tomó el mando de la derecha, y yo el de jefe de la artillería hasta el 11 de septiembre que Buenos Aires hizo la paz con Urquiza.

(1) Su fallecimiento ocurrió el 22, a las 3 de la tarde, encontrándose en el palacio de Gobierno.

El general Flores aceptó el mando de una columna de 1.900 hombres al Sud de Buenos Aires y quiso que marchase con él, junto con el general Fausto Aguilar, Sandes, Caraballo, Manuel Carbajal, y en fin, todos los orientales. A fines de 1860, a pedido del Gobierno Oriental, se exigió al de Buenos Aires el desarme de todos los orientales; éste defirió al pedido y quedamos todos en la pobreza.

Conseguí pasar a Montevideo, me fuí al campo, al Paso del Melino; pero perseguido más que nunca por el partido blanco, volví a ser desterrado, después de haber sufrido prisiones, calabozos, pontón, etc., etc.

Por fin, me llamó el general Flores a la Cruzada Libertadora y tomé el mando de la artillería hasta que entramos en Montevideo el 23 de febrero de 1865.

Cuando el general Flores fué asesinado (1), días antes había tomado yo el mando de las fuerzas y el Cabildo por orden del mismo; restablecido aquello, el Gobierno me ordenó licenciar la gente, lo que cumplí, y pasé otra vez a ser edecán del Gobierno de don Pedro Varela, hasta que entró don Lorenzo Batlle, que me nombró jefe del Parque Nacional, (2) donde concluí de aniquilarme con un fuerte ataque de apoplejía, que aún me dura, pues conservo el costado izquierdo paralizado, que apenas me deja caminar, y esto me durará hasta que baje a la tumba''.

El 25 de marzo de 1872, obtuvo el merecido ascenso de coronel mayor, siéndole otorgado por el Gobierno Provisorio que presidía el patricio don Tomás Gomensoro. (3) Dicho empleo equivale actualmente al grado de general de división.

(1) El 19 de febrero de 1868.

(2) Sin embargo, como consta en el documento que aparece en otro lugar, el general Batlle manifiesta que Dupuy figuró entre los autores del motín que debió estallar el 16 de julio de 1848, contra el Gobierno de que el propio Batlle formaba parte como Ministro de la Guerra y Marina. El hecho, pues, de que siendo Presidente de la República le haya discernido un cargo de tanta confianza, revela que en el corazón de ese distinguido militar no se anidaba el sentimiento mezquino del odio y la venganza, sino el espíritu levantado de la tolerancia y la justicia.

(3) El señor Gomensoro reemplazó al general Batlle el 1.º de marzo de 1872, fecha en que éste cesó en la Presidencia por expiración legal de los cuatro años que marca el artículo 75 de la Constitución de la República; pero aquel eminente ciudadano, sólo estuvo al frente del Gobierno hasta el 15 de febrero de 1873, en que fué sustituido por el Presidente de la Asamblea General, que el 1.º de marzo siguiente eligió al doctor don José E. Ellauri.

Dupuy falleció el 13 de diciembre de 1878, víctima de la dolencia que menciona en su precedente autobiografía, habiéndole rendido guardia dos oficiales, un tambor con la caja enlutada y 25 hombres de tropa, vestidos de gala. En su sepelio, que tuvo lugar el 14 a las 5 de la tarde, le hicieron los honores los batallones 3.º y 5.º de Cazadores y una batería de piezas de tren volante, siendo mandadas esas fuerzas por el teniente coronel Máximo Santos.

Entre los concurrentes a la inhumación de sus restos, figuraron el Gobernador Provisorio, coronel Lorenzo Latorre, sus Ministros, numerosos jefes y oficiales y distinguidas personalidades.

Coe, Fourmantin y Dupuy, formaban, pues, una trilogía de heroísmos marítimos, y era a todos ellos a quienes debía reemplazar Garibaldi. Sin embargo, los dos últimos continuaron prestando sus servicios al Gobierno Oriental, como resulta de las demás referencias que dejamos consignadas, lo mismo que el entonces teniente 1.º Jorge Cardasi, de cuyas proezas marítimas tendremos ocasión de ocuparnos repetidas veces.

De cualquier modo, ninguna de las acciones gloriosas realizadas en las aguas del Plata por la naves orientales en 1841, dejó un recuerdo tan indeleble como el que supo imprimirle el jefe del *Montevideano* en los días 24 y 25 de mayo. Las referencias dadas a conocer entonces por la prensa, y el testimonio de numerosos defensores de la plaza que hemos tenido ocasión de recoger después de cincuenta años de acaecido ese hecho, lo evidencian concluyentemente.

“El Nacional”, en su número del día 25, además de elogiar el comportamiento de la escuadra nacional, y de hacer honrosa mención del comandante del bergantín *Pereira* “por el arrojo y pericia con que sostuvo un duro choque con los buques contrarios en la mañana del 24”, hablando de la varadura del *Montevideano*, manifiesta que, a juicio de competentes oficiales de marina, “Dupuy no pudo hacer otra cosa”, y que “desplegó coraje, pericia y serenidad a toda prueba, ha-

biendo tenido la gloria de batirse con casi toda la escuadra enemiga, poniendo en fuga al bergantín *Vigilante*". Más adelante agrega: "Hemos recibido detalles directos y fidedignos sobre la brillante conducta del capitán y tripulación del bergantín *Montevideano*. Armado con 6 cañones, 35 marineros y 10 soldados de línea, se ha cubierto de gloria, batiéndose solo contra toda la escuadra enemiga que monta más de 40 cañones de grueso calibre. El decantado Brown, ha sido vencido por la bravura del comandante Dupuy, y pudiendo haber tomado al *Montevideano*, se ha retirado vergonzosamente a tiro de cañón, llevando en su buque notables averías.

"A la habilidad del comandante Dupuy se debe la salvación del *Montevideano*, que está fondeado y no *varado* en el puerto de la Estanzuela, de donde saldrá fácilmente. No ha tenido más pérdida que dos heridos, pero el poncho que llevaba el comandante Dupuy, está acribillado a balazos".

El suelto de la referencia, aludiendo a dicho jefe y a sus colaboradores, finaliza con estas palabras: "Ellos han celebrado digna y heroicamente al glorioso 25 de Mayo."

El mismo diario, en su edición del 27, anuncia que el *Montevideano* entró al puerto en la noche del 25, "habiendo navegado a la vista de los buques enemigos", sin que éstos "pudieran nada contra él", ni "se atreviesen a sacarlo de su fondeadero de la Estanzuela, ni a acercársele para destruirlo a cañonazos", pues si bien afirma Brown no haber querido hacer fuego sobre la población de la Capital, los diarios de la época, inclusive "El Nacional", dicen que no tuvo semejante reparo cuando dicho bergantín-goleta se dirigía a la rada y ésta se hallaba llena de gente.

"El Constitucional" se pronuncia también en frases encomiásticas para Dupuy y sus compañeros, y hace resaltar la bravura del subteniente Frutos Rivera, del 2.º de Infantería, que iba a bordo y que a pesar de tener apenas 16 años de edad, rivalizó en coraje y audacia con los más avezados en esta clase de refriegas.

En conclusión: fué tal el entusiasmo que despertó la defensa del *Montevideano*, que al día siguiente se enrolaron muchos voluntarios en la Escuadra Nacional. No obstante, merece citarse muy especialmente el caso de un marinero fran-

cés que se presentó a la Capitanía del Puerto pidiendo entrar al servicio de dicho buque. Habiéndosele ofrecido el enganche, ese digno hijo de la tierra que consagrara los derechos del hombre, repuso noblemente: "No quiero más recompensa que ir a servir con mi paisano el comandante Dupuy". Y luego añadió: "Venga mi papeleta, que aquí tengo un patacón para pagar un bote que me lleve a bordo".

LA ESCUADRA DE BUENOS AIRES

SUMARIO:—Arribo a Montevideo de los buques de Rosas.—Inactividad de los mismos.—Visita a bordo de su nave capitana por una comisión del comercio de dicha plaza.—Brown pone a precio su escuadra para pasarse al Gobierno Oriental.—Pruebas de este aserto.—Digna actitud del Poder Ejecutivo.—Una defensa sospechosa.—Regreso a Buenos Aires de las naves argentinas.—Visita de Manueíta Rosas a la "9 de Julio".—Comentarios que provoca.—Otras informaciones.

Brown, que había permanecido inactivo desde su último combate con la escuadra de Coe, resolvió hacerse a la vela el 6 de marzo de 1842 con rumbo al puerto de Montevideo. Tuvo, no obstante, que detenerse en la Colonia, donde fondeó el 11 con la corbeta *25 de Mayo*, la goleta *9 de Julio* y los bergantines *Echagüe*, *Belgrano* y *San Martín*, a causa de una tentativa de sublevación que se produjo a bordo del primero de dichos bergantines; pero no pudo lograr su intento de medir nuevamente sus fuerzas con las de su antiguo camarada y subordinado, porque éste no se alejó de la isla de las *Ratas* y su avance habría resultado arriesgadísimo, desde que la escuadra oriental, amparada por la fortaleza del Cerro, hubiera hecho desventajosa su situación.

El arribo de parte de las naves argentinas al puerto uruguayo se efectuó en la mañana del 12, fondeando al S. el *Belgrano*, el *San Martín* y la *25 de Mayo*. A las 8 afirmaron la bandera de su país, y haciendo señal el primero de dichos buques, se pusieron a la vela los otros dos hacia donde se hallaba el jefe, no descubriéndose en el horizonte más embarcaciones pertenecientes a la escuadra enemiga. El 15 se conservaba aún en la misma posición, pero en número de cinco, después de habérsele incorporado la *Palmar*. El 19, volvió el almirante a presentarse a la vista de la bahía con dos buques

de su mando. Allí se mantuvo hasta el 28 por la mañana, pues a las 7 de ese día, se hizo a la vela con todos ellos, navegando con proa al SSE., hasta perderse de vista, y el Sol se puso sin que hubiera vuelto a descubrirse en lontananza. Pero el 6 de abril, a mediodía, al mando de cinco buques, reapareció frente al puerto, fondeando a unas cuatro millas al SE. del mismo. (1)

El coronel Antonio Díaz, que refiere varias tentativas hechas por los partidarios de Rosas a sus adversarios a fin de atraerlos a sus filas sin reparar en medios, manifiesta en su "Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata" que la defección de Brown se consideraba en esa época como un hecho.—"Véase,—consigna,—lo que se decía por persona de crédito:

"Montevideo, 30 de abril de 1842.

Después que el 21 echó a tierra el almirante Brown a don F. Barata en un bote pescador a las 11 de la mañana, todo ha sido en esta plaza alboroto, apuestas y disputas.

Juan Gowland, José María Estévez, la mayor parte de los ingleses y unitarios emigrados, Lafone, etc., todos apuestan y aseguran la defección del almirante del Gobierno Argentino con todos los buques que están a sus órdenes. A este paso se le da el colorido de que no es una traición la que hace, sino que debe mantener sus buques con el pabellón argentino hasta tanto haya un cambio en el Gobierno de esa República. Sería cansado referir a usted porción de pormenores que se citan para hacer más creíble este negocio; uno de ellos es que el acuerdo está firmado por el mismo almirante, a quien deberán entregársele trescientos mil pesos, para él, su oficialidad y tripulación.

Estévez tiene en su poder sesenta mil patacones recaudados de varios individuos contribuyentes para este negocio (esto es un hecho) y se le espera ver aparecer de un momento a otro; pues aunque por los buques y paquetes llegados de esa se sabe estuvo o está en tierra, no por eso lo creen menos, y di-

(1) Véase «El Compás», números 187, 188, 189, 192 y 193.

cen que a la salida del bergantín francés que llegó de esa ayer, quedaba embarcando las familias de los oficiales para un convite que daba a su bordo, pero que tenía por objeto librarlas del enojo que causaría indispensablemente al señor Gobernador una jugada tan pesada como la que le hacía su almirante.

No obstante, tal suceso no ha mejorado nuestra situación, porque no se habla sino de prendiciones, porque se trataba de un movimiento, de venida de tropas de esa, para desembarcar en esta plaza, etc.; la vigilancia es doble; a las ocho de la noche hay patrullas de 15 hombres de infantería con un oficial, y también de caballería más tarde; el fuerte de San José tiene cañones abocados al puerto para defender su entrada. El general Medina está con su fuerza en *Pajas Blancas*, llegado ayer noche, a solicitud de este Gobierno: se agarra a troche y moche a todo hombre que no tenga cónsul que lo reclame, y aún a éstos mismos, y se les pone en la Guardia Nacional de Caballería, etc., etc.” (1)

El coronel Díaz añade, como único comentario, las siguientes palabras: “Conocido el carácter del general Brown, esta patraña no podía tener otro objeto que un tiro directo a la susceptibilidad y la desconfianza del general Rosas, y al genio atrabiliario del general Brown para que por lo menos dejase el mando de la escuadra.”

No puede ponerse en duda que se trataba de una gestión seria, puesto que ella se relata con toda minuciosidad, no sólo en la carta transcrita, sino también, y muy especialmente, en un documento de la época, suscripto por don Julián de Paz, encargado de negocios del Gobierno de Corrientes en Montevideo.

Este último documento, dice así:

(1) Obra citada, tomo V, páginas 184 y 185.

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

El Encargado de Negocios del Gobierno de Corrientes,

Montevideo, abril 24 de 1842.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de dicha Provincia, brigadier don Pedro Ferré.

Tengo el honor de comunicar a V. E. que a pesar del retraimiento en que me he conservado de los negocios públicos, a consecuencia de la incomunicación en que he estado con V. E., por las relaciones que he conservado, he sido informado del buen éxito de una negociación entablada por el Gobierno Oriental con el general don Guillermo Brown, jefe de la escuadra de Rosas, para que se separe de la causa del tirano. El resultado ha sido sumamente satisfactorio, y pone de inmediato el día glorioso en que el general Brown dé en las aguas del Río de la Plata el grito de libertad. El general recibe doscientos mil fuertes a título de indemnización por las propiedades que a él y sus oficiales les serán confiscadas en Buenos Aires, y someterá la escuadra de su mando al jefe o Gobierno Argentino que esté en operaciones sobre el tirano Rosas, tremolando el verdadero pabellón argentino en lugar del manchado con letreros de muerte que el tirano le había sustituido. Se ha hecho a la vela ayer con dirección a Buenos Aires para salvar a su familia y a las de sus oficiales de la cólera de Rosas y ver si logra capturar el resto de la escuadra que está fondeada en aquella bahía. Este negocio ha sido iniciado y concluido por agentes del Gobierno Oriental en los días 20, 21 y 22 del corriente.

El general Brown se ha decidido a obrar contra el tirano por las horrendas degollaciones que éste hace perpetrar en Buenos Aires y que exceden a toda ponderación, y aún más, por haberle fusilado a sus prisioneros del *Cagancha*, cuyas vidas él garantizó y sobre cuyo hecho reclamó, y recibió contestaciones agrias y ofensivas.

Este fausto suceso (que todavía es un misterio y conviene sin dudas que lo sea), pondrá al colmo el furor de Rosas y le abrirá la brecha más honda y dolorosa que ha sufrido. Perderá su predominio en las aguas del Plata; y los ríos Uruguay y Paraná quedarán libres de su influencia, y un valiente ge-

neral con una poderosa escuadra sostendrá los conculcados derechos de la Patria.

Los ultrajes que Rosas prodiga a la persona de S. E. y a las de los generales Rivera, López y Paz, y las matanzas horribles que hace perpetrar, demuestran que algún otro suceso le desespera.

Deben, sin duda, ser ciertos los movimientos que se preparaban en Chile, sobre las provincias interiores y que a esta fecha deben haberse efectuado, según noticias muy recientes que se han recibido.

Réstame felicitar a V. E. por sucesos tan prósperos que preparan la pronta caída del tirano y el triunfo de la causa santa de la libertad.

Dios guarde a V. E. muchos años. Excmo. señor.—JULIÁN DE PAZ.

Esta tratativa de defección, la vemos confirmada en varias publicaciones de diversa índole; pero no está probado que haya sido el Gobierno Oriental el que la promovió ni que ninguno de sus agentes interviniera a ese fin. Por el contrario, con excepción del señor Paz, todos afirman que fueron elementos extraños al P. E., aunque enemigos de la tiranía de Rosas, los que realizaron trabajos en ese sentido. En descargo de Brown se invoca, sin embargo, el testimonio de un testigo anónimo, que si bien constata el hecho, quiere despojar al almirante de toda responsabilidad.

¿Quién es ese defensor oculto del Comandante General en Jefe de la Escuadra de Buenos Aires? No lo sabemos, porque ha tenido buen cuidado de guardar la incógnita y nadie ha hecho público su nombre. Apenas se consigna que formó entre los opositores del déspota y que se hallaba confinado a bordo.

He aquí cómo narra lo sucedido:

“Una tarde, hacia el 21 de abril de 1842, en que el cielo estaba despejado y el horizonte sin celajes, mientras contemplábamos desde el bergantín *Belgrano*, de la insignia, el panorama admirable que ofrece el puerto de Montevideo y la fortaleza del Cerro, que se destaca a la izquierda del espectador, vimos salir de aquél, con brisa SE., una goleta mercante con bandera sarda, la que ancló a tiro de fusil, desprendiendo un bote del costado con dirección a nuestro buque. Al acercarse-

nos, un hombre perfectamente vestido, y extranjero por el aspecto, enseñando un oficio, que llevaba en la mano, pidió permiso para atracar.

“El oficial de cuarto, Guillermo Craig, púsolo en conocimiento del almirante, ocupado a la sazón en el arreglo de sus papeles, y el cual, apareciendo luego sobre cubierta, contestó afirmativamente.

“Entregado el pliego en el portalón, el desconocido quedó en su embarcación esperando la respuesta.

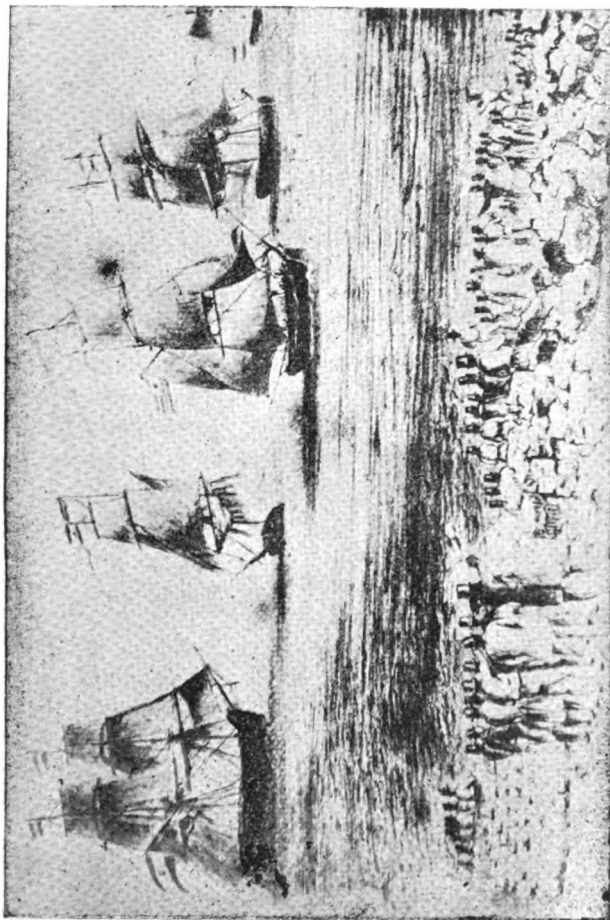
“Brown rompió el sello allí mismo a presencia de los oficiales, y, apenas enterado de su contenido, que era extenso al parecer, una sonrisa vaga animó su fisonomía, y asomándose, habló al del bote: “*Diga usted a esos caballeros, que bajo mi palabra de honor pueden venir a bordo si gustan—agregando—por escrito no lo hago, y si tienen desconfianza, pueden volverse a tierra*”.

“Como es de suponer, la oficialidad escuchó todo esto, sin darse cuenta de lo que pasaba, haciendo cada uno su juicio reservado.

“Ya obscurecía, cuando el esquife misterioso volvió a nuestro bordo. Al saberlo el almirante, mandó hacer zafarrancho de combate, y cubriendo todo el mundo su puesto cual si el enemigo estuviese al frente y con los cañones cargados según ordenanza, recibió a tres caballeros (cuyos nombres silenciamos) los que, una vez en el puente, al aproximarse a Brown, que vestía su uniforme de gala, descubriéndose el de ojos azules, fisonomía rubicunda y vivaz, le dirigió estas palabras con elocuente despejo: “*¡Al héroe de las aguas del Plata, al vencedor en ellas del poder de la España, al esclarecido general Brown, los proscritos argentinos saludan!*”

“Manifestaron en seguida que el objeto de su visita no se relacionaba con la política, sino que teniendo encargo del comercio de Montevideo para darle algunas explicaciones, rogaban les acordase una breve conferencia en la cámara.

“El general, después de inclinarse respetuosamente accedió con visible dificultad, pues que hubiera preferido no pasaran adelante, declarando en alta voz que lo haría *en la inteligencia de no oír una sola palabra sobre los acontecimientos políticos del Río de la Plata—y que si violaban dicha limitación, no olvidasen que era un jefe a las órdenes del Gobierno Argentino*.



El bergantín-goleta «MONTEVIDEANO», a las órdenes del comandante don Bernardo Dupuy, defendiéndose de 4 buques de Brown, a la vista de la Capital Uruguaya, el 25 de mayo de 1841

Obsequio del doctor Juan B. Schiaffino.

no—y de consiguiente, excusaba discutir si el general Rosas era o no dictador—añadiendo algo exaltado: “Yo no le hice Gobernador, señores, sino los hijos de aquella República— y habiendo jurado defenderla mientras pueda, estoy en mi compromiso, y con la bandera argentina al tope de esta división hago la guerra a un pabellón extraño, que unido al francés, la hostilizó antes que yo pisara el puente del “Belgrano”. Ahora, si ustedes y el comercio cuyo nombre invocan, pretenden que abandone la defensa de mi Gobierno, pues repito, la personalidad de Rosas no la reconozco para nada,—hagan la paz, o en su defecto, el Gobierno Oriental desarme sus buques, que acto continuo volveré a tierra a descansar, pues que soy viejo, como ustedes lo ven, y mucho lo necesito”.

“Tales fueron las palabras pronunciadas por el general Brown, ya en la cámara de su buque, al enterarse de una larga petición del alto comercio de Montevideo, que iba firmada hasta por su hijo Guillermo, que lo ejercía en aquella plaza.

“¿A qué meditaciones no se presta este lenguaje franco y noble, a la vez que honroso a la fidelidad de un antiguo servidor? Aunque indiferente a los halagos del oro y a las aspiraciones ilícitas, debió sufrir atrozmente su corazón de padre, para no traicionar esa fe, que le merecía la palabra empeñada, al ver figurar el nombre de su propio hijo entre los que maldicían a Rosas.

“Sus sagaces interlocutores, tentaron más de una vez arrastrarle al terreno ingrato de la política, salpicando la entrevista con alusiones casi directas, como aquella de que el pabellón que daba sombra a sus canas ilustres, no era el mismo de Martín García y Juncal, pues que entonces lucía los colores puros del firmamento, en lugar de los cuatro bonetes rojos y lema de muerte con que lo mancillaban en la ocasión los caprichos de un déspota sombrío.

“Pero el viejo lobo, inmovible como una roca, esquivó el arpón dorado que le quería hacer presa, manifestando que esos distintivos sólo correspondían a la *Bandera Provincial* de Buenos Aires, como los tenían en las suyas las otras tres del litoral, para uso de su respectivo cabotaje, sin necesidad de apropiarse la general, y, levantándose del asiento después de guardar los oficios referidos, con alguna otra carta, dando un golpe en la mesa: “Señores, dijo, les recuerdo otra vez que

pisan un buque, cuya dotación tiene que obedecer las órdenes del Gobierno de Buenos Aires.—Quedo impuesto de su comisión, habiendo escuchado a ustedes más de lo lícito y con la franqueza que me caracteriza, les he dado mi opinión acerca de lo que deben hacer. Por mi parte, y sin demora, voy a poner estas notas en conocimiento de mi Gobierno—pidiéndoles, por lo tanto, no abusen más de mi indulgencia y tengan a bien retirarse, a menos que prefieran ir en persona a verse con el general Rosas en Palermo”.

“La actitud resuelta del almirante pasmó a los audaces emisarios, quienes más que de prisa se pusieron de pie, expresándole uno de ellos, al subir, que habían llevado una cantidad de vitualla fresca, como carne, verdura, aves y algunos lechones para regalo del equipaje, a nombre del comercio extranjero, grato a la disposición pacífica que asumía a su respecto la escuadra argentina.

“Brown, herido en esa monomanía fatal y casi ridícula que era un sentimiento profundo de su organismo, aunque felizmente no afectaba lo respetable de su carácter, replicó sin vacilar: *“Nada, nada, señores: sus víveres han de estar envenenados, y no quiero que mis muchachos perezcan”*.

“Así terminó aquella conferencia diversamente apreciada, y que tanto le realizara entre sus propios adversarios políticos, sin excluir al que traza estos *Apuntes*, quien, destinado a su bordo por disposición de Rosas, en castigo de haber seguido a los generales Lavalle y Paz, quedó prendado para siempre de aquel héroe por este rasgo de adhesión, que, presenciándolo en cumplimiento del deber militar, puso de nuevo ante sus ojos que la honra y el patriotismo se podrán negar alguna vez, pero jamás dividirse!

“*A Lucifer mismo debemos servir con sinceridad cuando se ha comprometido la palabra*, inculcaba en su trato familiar con los subalternos,—dicho que llegando hasta Rosas, era repetido por éste con tono de zumba: *“Si soy el Diablo en el sentir del viejo Bruno!”*

“Vuelta la gente al orden regular del servicio, era ya muy avanzada la noche, cuando el general mandó se echaran señales para llamar a bordo al comandante Pinedo, del *Echagüe*, fondeado a medio cable por su popa.

“Una vez en la cámara, presentándole esos pliegos, dijo con

sorna: "*Coronel, hemos tenido los enemigos a bordo de este buque,—infórmese de su tenor, y redacte el despacho con que los elevaremos al Gobierno para que sepa el propósito de tan honorables visitantes*".

"Pinedo reunía ciertos títulos para merecer esa confianza jamás prodigada por Brown. Sirvió a sus órdenes en la guerra con el Imperio vecino; era hermano del Inspector General de Armas del Dictador; había visitado la Irlanda a principio de 1817, cruzando contra la bandera española, y en especial, poseía el inglés, siendo, además, un marino entendido,—antecedentes que influyeron para hacerse escuchar con deferencia cuando le dijo: "*Mi general, pronto a cumplir los mandatos de V. S., me permito observarle ahora, que sería de opinión que estos papeles fuesen entregados personalmente al señor Gobernador Rosas, en vez de enviarlos al delegado doctor Arana, y me fundo en que él desea siempre conocer antes que nadie emergencias como la presente*".

"Brown, pasado un momento de reflexión, aceptó la idea, añadiendo: "*voy a disponer que la escuadra se ponga a pique para dar la vela así que amanezca. Entretanto, saque usted una copia cuidadosa del contenido de estas notas para mandarla a nuestro arribo en Valizas bajo pliego cerrado, reservando los originales hasta que el general Rosas los reclame con persona de su entera confianza*".

"Esas medidas cautelosas eran aconsejadas, porque, firmándolas hombres respetables y caracterizados de Montevideo, se trataba de obviar un extravío que dejara en ridículo al almirante, caso de negar o esquivar aquéllos la responsabilidad de un acto tan serio.

"Estaban aún frescas las impresiones de la máquina infernal, en que se habían *falsificado* por mano oculta, pero diestra, el sello, las armas y aún la firma del cónsul de Portugal".

Para que la palabra del defensor del general Brown no fuera sospechada de parcialidad y mereciese la fe que inspira el testimonio de los hombres honrados, hubiera sido necesario conocer a su autor. El anónimo, en tales casos, no sienta bien en una persona llamada a esparcir la luz sobre un suceso de tan trascendental importancia.

Si en realidad fué enemigo político de Rosas y si Brown rechazó con dignidad la proposición desdorosa que se le for-

mulaba, ¿a qué esconderse entre las penumbras? Lo natural y honroso hubiera sido arrojar el antifaz y presentarse a cara descubierta.

¿Quién no dice, en virtud de su ocultación, que se trata de un recalcitrante federal y no de un ex unitario aprisionado?

¿Por qué si Brown no estaba dispuesto a oír proposiciones por parte de los comisionados del comercio de Montevideo aceptó su representación?

¿Cómo se explica que si les previno que no deseaba que se le hablase ni una sola palabra sobre los asuntos políticos de actualidad, consintió pasivamente el reproche que importaba recordarle que el pabellón que daba sombras a sus canas no era el mismo que había flameado victorioso en Martín García y el Juncal?

Si era ese su propósito, debió cortar aquella entrevista a raíz de tan mortificante ironía, o replicarles de inmediato que estaba dispuesto a hacerles abandonar su buque si no sabían conducirse con más corrección y respetar su conducta y la personalidad del Gobernador de Buenos Aires. Pero es el caso, —si hemos de atenernos al cronista anónimo de la referencia,— que aceptó sin violencia la visita de los comisionados y empleó un lenguaje más propio de un palaciego que de un marino de su rango.

Debemos creer, por lo tanto, que aquella conferencia fué de su íntimo agrado, y que si no se cerró trato definitivo alguno, se debió únicamente a no haberle convenido la cantidad y bases propuestas.

El general Paz, por su parte, da una versión muy distinta, aunque en el fondo concordante con la posible defección de Brown. Vamos también a consignarla como dato ilustrativo, sin perjuicio de analizarla en breves términos seguidamente.

En sus citadas *Memorias póstumas*, después de ocuparse de varias cuestiones relacionadas con los sucesos del Plata, Entre Ríos y Corrientes, se expresa así:

Otro incidente de diverso género tuvo lugar en esta época fecunda, que pudo haber influido poderosamente en el éxito favorable de la guerra, y que se inutilizó completamente, por nuestras desgraciadas divergencias. Hablo de la negociación que el almirante Brown, que mandaba la escuadra de Rosas, entabló con el Gobierno de Montevideo. Según ella, el almi-

rante y la escuadra debían dejar el servicio del dictador, sin dejar el pabellón argentino, mediante la suma de doscientos mil pesos fuertes que se le darían para gratificar las tripulaciones. Esta negociación, cuyos detalles no son bien conocidos, ha sido el objeto de mis más prolijas indagaciones, y de todo he deducido, que fué iniciada de buena fe por el general Brown, con el decidido fin de separarse de Rosas y pasar al partido de sus adversarios políticos, sin abjurar por eso su nacionalidad, ni dejar de ser argentino.

Si para esto se dirigió al Gobierno de Montevideo, debió ser porque hallándose muy distante del ejército de reserva, no podía comunicarse ni con el Gobierno de Corrientes, ni conmigo, y porque el Gobierno de Montevideo era el único que podía por entonces hacer efectiva la condición del dinero, que sin duda creía necesario para que sus subalternos lo siguiesen. Sin eso, es probable que con nadie mejor que conmigo se hubiera entendido.

El viejo almirante Brown sirvió siempre con fidelidad a la causa de la libertad, en época anterior. Cuando la revolución de diciembre, mereció tanta confianza al general Lavalle, que le dejó el gobierno en delegación mientras él salía a campaña, y lo desempeñó leal y satisfactoriamente. Cuando tomó servicio con Rosas, fué cuando el bloqueo francés, y a nadie admirará que un inglés se alistase en la bandera opuesta a sus enemigos tradicionales.

Después combatió contra el Estado Oriental, que estaba en guerra con la República Argentina, o contra Rosas, si se quiere; mas, en su calidad de extranjero originario y argentino adoptivo, y en su limitado alcance político, no es de extrañar que no llegase a esas distinciones, que a los demás nos habían puesto las armas en la mano, asociándonos a los orientales. El, no veía más que la bandera de la patria de su adopción, y otra que le era contraria. He aquí el motivo y la explicación de sus procedimientos.

No fué así, cuando ocupada la ciudad del Paraná por nuestro ejército, decididas las Provincias de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, y en vísperas de armar una flotilla argentina que hubiera sido opuesta a la que él mandaba, vió entre sus contrarios tremolar el pabellón a que él había dado no pocas glorias. Creyó entonces que podía sin deshonor dejar el

servicio del Dictador, sin abandonar sus antecedentes, sus compromisos y su bandera. Así fué, que un capítulo expreso de sus proposiciones, era que conservaría su escuadra el pabellón argentino, bajo el cual había combatido siempre.

Estando las cosas tan adelantadas, que el asunto del dinero estaba pronto y allanado, y que el convenio parecía próximo a su cumplimiento, repentinamente lo abandonó Brown, retirando sus proposiciones y negándose a toda ulterior inteligencia. No puedo menos que creer que la causa de este cambio fué el conocimiento que tuvo en esos momentos de los sucesos de la Bajada. Desde entonces percibió que la oposición argentina a Rosas era impotente y estaba vencida. El, retrocedió, porque no combatiendo al lado de argentinos y bajo la bandera de su Patria, juzgaba que era una traición el paso que había meditado.

Si Brown hubiese obrado de mala fe, y sólo se hubiese propuesto, como han pretendido algunos, dar un chasco al Gobierno de Montevideo, arrancándole una buena suma de dinero (fuera de que no es de ningún modo admisible esta su posición en el honrado carácter del viejo almirante), nada le estorbó que pudiese hacerlo, y por lo menos, en una gran parte, que estaba pronta para serle entregada. Además de que, en tal caso, sería preciso convenir en que inició la negociación con autorización o consentimiento de Rosas; lo que no es creíble en este hombre desconfiado, que no quería poner a prueba los sentimientos del antiguo gobernador delegado del general Lavalle.

Acaso también contribuyeron al malogro de la negociación, las imprudencias del Gobierno de Montevideo, la publicidad que se dió al asunto, y otras necedades muy propias del desgreño e incapacidad del Ministro General, principal y único resorte de la administración de entonces. Quizá he hecho mal circunscribiéndome en cierto modo a esa época, pues que la falta de secreto y circunspección, parece hereditaria en todas las administraciones de Montevideo, y durable *in soccula seculorum*.

Una razón poderosa, al parecer, puede oponerse para combatir mi modo de pensar, y es que no se supo que Rosas le hiciese cargos, y que lo conservó en el mando que tenía. A lo primero contestaré que Brown era un hombre necesario para

Rosas, pues que no tenía otro que mandase su escuadra; que a pesar de lo sucedido, miraba en él un hombre de corazón sano, e incapaz de un profundo y dilatado disimulo; que debió considerar que su extravío era momentáneo, y que aún pudo atribuirlo a esos padecimientos mentales que lo dominaban, sobre ciertos puntos y a ciertos intervalos.

Es de creer que si lo conservó en el mando, tuvo buen cuidado de rodearlo de hombres de su plena confianza, como el famoso Alzogaray, y encargar el mando particular de los buques a oficiales adictos y comprometidos. Además, Rosas tenía demasiada perspicacia para conocer que habiendo desaparecido el poder propiamente argentino que lo combatía, Brown no volvería a caer en la tentación de dejarlo.

Ultimamente, si hubiese preferido castigarlo, naturalmente lo hubiera hecho, según su sistema de arbitrariedad y de irresponsabilidad, sin instruir un proceso, ni observar forma alguna; mas esto, no era tan sencillo tratándose de un hombre tan respectable como el almirante Brown, relacionado con extranjeros, inglés de origen, y que estaba rodeado del prestigio de célebres victorias. Es, pues, fuera de duda que quiso Rosas cerrar los ojos sobre este negocio, o que si lo miró, lo hizo como sobre un hecho sin importancia y sin consecuencias.

Sin embargo, los padecimientos mentales del almirante Brown se agravaron, y debe advertirse que su mal consistía en sospechar de los que lo rodeaban, suponiendo que querían envenenarlo. Todos recordarán las precauciones que tomaba, llegando hasta el punto de preparar por su mano la comida que había de alimentarlo. Y cuando hacía esto un jefe de un valor a toda prueba, que no economizaba su persona en lo más rudo del combate, ¿no es natural creer que su enfermedad provenía de un antiguo y arraigado sentimiento de desconfianza, avivado aún por los últimos sucesos, el cual lo había preocupado contra los hombres de que lo había rodeado Rosas, y contra Rosas mismo? Lo particular es que fuera de esto, el general Brown discurría siempre con acierto, y no se le podían negar sus aptitudes para dirigir una división naval en las aguas del Plata, teatro en otro tiempo de sus hazañas y de su gloria.

Hay otro antecedente digno de notarse, y es que jamás cometió el almirante Brown actos de crueldad, y antes por el

contrario, manifestó decidida aversión a ellos, sin que Rosas lo reprebase, ni se los exigiese, como lo hace con todos sus generales. Esto prueba que Brown era una excepción, y que el Dictador tenía un modo particular de considerarlo. Si hubo algunos, fueron practicados por sus subalternos, sin su consentimiento, ni participación. Tampoco se le advirtió jamás esa animosidad feroz e insensata contra los unitarios, que tanto inculca Rosas en los que le obedecen. Todos los esfuerzos hostiles del general Brown, sin ultrapasarse de lo que exigen los usos de la guerra, se dirigieron contra la escuadra y costas orientales, que juzgaba enemigas de su patria adoptiva. (1)

Como se ve, dos son las versiones de que se hacen eco el coronel Díaz y el general Paz, una de ellas de origen particular y la otra de carácter oficial, pero ambas concordantes en cuanto a la actitud atribuida al almirante Brown de pasarse con su escuadra a la causa de Montevideo.

No es verosímil que el propósito de ese ilustre marino, al pretender que los buques de su mando continuasen con la bandera argentina enarbolada, fuera, como lo dice el general Paz, por el hecho de ser ciudadano adoptivo del vecino país y porque ello no significaba una traición.

¿Cómo se explica que si procedía de buena fe solicitara del Gobierno Oriental una fuerte suma de dinero para sus tripulantes, como lo dice el propio general Paz, o para él y sus subalternos, como lo consigna el coronel Díaz?

Si realmente se proponía ponerse al servicio de los principios y de la libertad, volviendo sus armas contra el tirano de Buenos Aires, no debió, bajo ningún pretexto, requerir suma alguna de dinero a sus adversarios de la víspera, puesto que esa exigencia, ante los ojos de la sana moral política, importa tanto como una venta al enemigo.

La negativa del Gobierno Oriental, que tanto censura el general Paz, en vez de crítica, debió merecerle entusiastas elogios, desde que, como muy bien lo ha dicho el doctor Tomás Manuel de Anchorena, "ningún gobierno hace sólidos progresos desviándose de la senda de la verdad y buena fe. Los triunfos que se obtienen por medio del engaño y la superchería,

(1) *Memorias póstumas*, tomo IV, páginas 97 y siguientes, edición de 1855.

son muy efímeros, y son ellos mismos los que preparan la ruina de sus autores”.

Tampoco podría invocarse, para cohonestar la conducta del Gobierno, en caso de haber aceptado la proposición de Brown, los momentos críticos por que atravesaba el Río de la Plata, puesto que, como lo dijera otro pensador argentino en el Congreso de su país,—el doctor Juan Ignacio Gorriti,—“el pretexto de las circunstancias es el efugio de todas las cosas que no pueden justificarse de otro modo. A las circunstancias ocurren los tiranos para disculpar sus violencias. Las circunstancias han sido instrumento con que han jugado los directores para violar todas las garantías sociales y que nos han hecho correr por espacio de 16 años de un precipicio a otro”.

Don Joaquín Suárez, de una austeridad de carácter inquebrantable, de un civismo no discutido y de una moralidad proverbial, reemplazaba en esos momentos, como Presidente del Senado, al de la República, que lo era el general Rivera, y al rechazar los servicios de Brown al precio de \$ 200,000, procedió, como deben hacerlo todos los gobernantes honestos, correcta y patrióticamente, porque el buen ejemplo debe partir desde las alturas para que se haga carne en la conciencia del pueblo.

Por otra parte, debió hacerse sospechosa la conducta de Brown, desde que pretendía que sus buques continuasen izando el pabellón argentino.

El almirante sabía perfectamente, por lo demás, que en tiempos para él más felices y honrosos se le habían tributado honores merecidos, como resulta de los siguientes documentos:

Ministerio de Relaciones Exteriores.—Montevideo, noviembre 21 de 1829.

Sabedor el Gobierno del arribo de V. S. a las playas del Estado Oriental, acaba de ordenar que las justicias de la Colonia del Sacramento y cualquier otro pueblo a donde desde allí le conviniera transportarse, como puede, le reciban y hospeden con las atenciones debidas a su rango en la República Argentina, y le guarden todas las que su situación particular demandare o sus negocios exigieren en cualquier sentido: en

lo que el Gobierno nada menos cree que haber hecho algo de comparable a la gratitud y admiración con que los pueblos orientales contemplan el nombre de V. S. en la primera lista de los bravos que le ayudaron a fundar su independencia soberana.

Tengo particular satisfacción, etc. — FRUCTUOSO RIVERA.

Señor almirante don Guillermo Brown.

Honorable Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado.

Proyecto de Ley.—Artículo 1.º La casa de propiedad del almirante de la República Argentina don Guillermo Brown, destruída durante la guerra por el Gobierno brasileño en la Colonia del Sacramento, será reconstruída y mejorada en cuanto lo permita su antigua planta, a expensas del Estado.

Art. 2.º Se emplearán en esta obra con preferencia, los despojos de la fortaleza levantada por las tropas imperiales en la misma plaza, precediendo su demolición, según lo dispuestó por la H. A.

Art. 3.º En la puerta principal del edificio se fijará la siguiente inscripción:

La verdadera gratitud del Pueblo Oriental al vencedor del Juncal.—RONDEAU.—(P. A.) José E. Zás.—Montevideo, noviembre 24 de 1829.

De los hechos relatados por el coronel Díaz y los señores Paz, resultan claramente dos cosas: que el almirante Brown intentó pasarse con sus buques, previa una fuerte compensación en dinero, y que el Gobierno Oriental, obrando con cordura y honradez política, rechazó sus servicios a tan vil precio.

¿Alguien lo duda? Pues bien: para nosotros no es cosa inverosímil, sino muy natural y lógica, que aquellos que ponen su espada, su inteligencia y sus prestigios al servicio de un tirano, sean capaces de completar su obra con la felonía y la traición, puesto que para ellos todos los medios son buenos con tal de lograr su fin.

Cuando no hay elevación en el alma,—como lo ha dicho con propiedad el autor de “Entretenimientos Históricos”,—todo es mezquindad en el hombre, así como cuando el hombre se rinde al dominio de las pasiones, no hay deber que no se sacrifique al miserable interés de satisfacerlas.

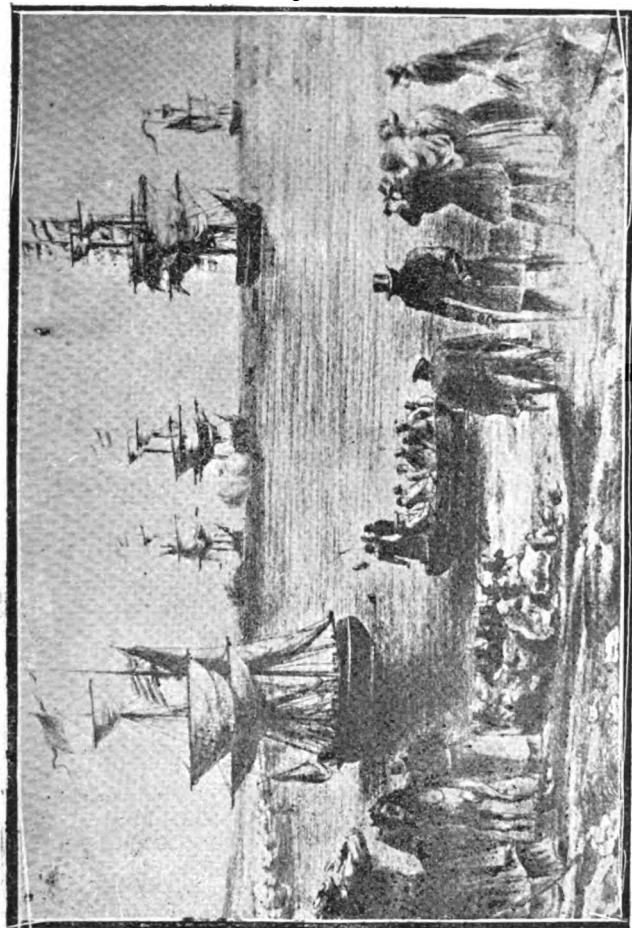
Por otra parte, hay dos circunstancias que dan mayor consistencia al hecho que nos ocupa. ¿Por qué si Brown zarpó le las balizas de Buenos Aires con tantos bríos, con rumbo a Montevideo, detuvo sus ímpetus bélicos, en vez de acometer a los buques enemigos anclados en la isleta de *Ratas*? No basta que haya manifestado que lamentaba la inactividad de sus contrarios, pues era de su deber, ya que contaba con excelentes buques, llevar la ofensiva, como lo había hecho otras veces.

¿Por qué, además, al siguiente día de su entrevista con los comisionados de Montevideo, abandonó la posición que ocupaba y dió la vela con destino a Buenos Aires? Si se hubiese lesionado su amor propio, si no hubiera visto con buenos ojos aquella visita interesada, en vez de recorrer el camino andado, habría hecho sentir sus energías contra las naves orientales, sin temor a sus fuegos y a los de la fortaleza del Cerro, aunque tuviera que sucumbir en la demanda. El honor, si éste había sido mancillado, así lo exigía apremiosamente.

¿Qué fin le dió al documento que el testigo anónimo dice haber recibido y que se proponía entregar a Rosas? Ninguna luz arroja al respecto su citado defensor, ni jamás fué publicado en la prensa del tirano, a pesar de que ésta no omitía ningún dato ni hecho que pudiera favorecer a Rosas y, menoscabar a sus enemigos.

Esto autoriza a creer que si efectivamente le fué entregada alguna nota conteniendo proposiciones desdorosas, no fué ajeno a esa negociación y que ella le comprometía en alto grado.

Más todavía: en el archivo privado del almirante no se encuentra esa comunicación, ni original ni en copia, no obstante asegurarse por el escritor anónimo a que nos hemos referido, que el coronel Pinedo le aconsejó sacar copia de ella. En cambio, aparece entre sus papeles una extensa carta, aunque sin firma, fechada el 8 de octubre de 1843, en la cual se le incita a defeccionar de la causa de Rosas y ponerse al servicio de los adversarios del tirano, pero sin ofrecerle suma al-



EL «MONTEVIDEANO», FONDEADO EN LA ENSENADA DE DON JUAN JOSÉ SECO

El día 25 de mayo de 1841, burla la vigilancia y bloqueo de la escuadra de Brown, y logra entrar al Puerto sin avería, a las 9 de la noche, al mando del comandante don Bernardo Dupuy

Cortesía del doctor Juan B. Schiaffino.

guna para que lo haga, pues sólo se recuerdan sus antecedentes, se pinta su situación moral y se cita el ejemplo de hombres ilustres que en igualdad de condiciones han plegado sus banderas para abrazar otras más simpáticas y honrosas. Si bien ella no le fué dirigida personalmente, se enteró de su contenido y la retuvo en su poder, porque le fué entregada por el general don Ignacio Alvarez y Thomas. Conviene que se conozcan algunos de sus párrafos, por las manifestaciones que contiene y contra las cuales no sabemos que haya protestado el general Brown.

Dicen así: "En las épocas insignes y excepcionales, es cuando se desarrollan los grandes sucesos que las caracterizan, y cuando los hombres de corazón y de genio, saben colocar sus nombres entre aquellos que arrebatan las bendiciones de la humanidad. Vivimos en unos países en que, de resultados de la acción desorganizadora y corrosiva de la prolongada tiranía de un Rosas, los hombres, las ideas, los sentimientos, todo ha sufrido una subversión completa, y es por lo mismo una vulgaridad, el pretender juzgar de la moralidad de ciertas acciones, por las reglas generales que sirven a clasificarlas en circunstancias ordinarias. Quizás la duración del espantoso despotismo que gravita sobre Buenos Aires, es debida a que aquellos hombres públicos que han tenido en sus manos el concluir fácilmente con él, no han levantado sus pensamientos al nivel de las exigencias de la época. Espantados con el temor de una censura que sólo arredra a los débiles, y que habría sido sofocada bajo los ardientes aplausos de tantos pueblos libertados, o se han manchado ayudando, contra de sus sentimientos, al tirano, o han obrado contra él, sin salir de las sendas comunes y trilladas, y huyendo a ejecutar aquellos actos extraordinarios y sorprendentes que por su novedad y grandeza deciden instantáneamente de la suerte de las naciones.

"Por estas breves ideas, ya conocerá usted, amigo mío, cuál sea mi modo de pensar acerca del punto que se sirve consultarme en su carta del 5. Me pregunta usted cómo juzgo que mirará la opinión un acto del general Brown (a quien usted aprecia tanto) cuyo objeto fuese sustraerse a la dominación de Rosas y cuyo resultado fuera privar al tirano del poderoso auxilio que le presta la escuadra que aquél comanda.

“Extraño, amigo mío, que usted me encargue que al responderle, *no olvide mi acreditada imparcialidad*. Sabe usted que yo no he sido agraviado por Rosas, ni he nacido en estos países, ni me he mezclado en sus contiendas: y que he morado en la ciudad de Buenos Aires desde 1824, en que la conocí, hasta 1838, en que me trasladé a Montevideo, donde he seguido observando a los hombres y a las cosas. De consiguiente, mis opiniones sólo pueden resentirse de aquella especie de parcialidad que el hombre contrae, a despecho de sí mismo, en fuerza de sucesos que pasan a su vista, que afectan su corazón y hablan poderosamente a su entendimiento. Por lo demás, la pregunta que usted me dirige tiene grande analogía con la célebre cuestión en que intervine en Italia, cuando con motivo de las convulsiones del Piamonte en 1822 se trataba de clasificar el proyecto de declaración al general Schilly contra el Gobierno Austriaco, aunque absoluto, muy preferible al de Rosas. Sabe usted que yo opiné en favor de un acto cuyo objeto era salvar las libertades italianas.

“¿Cómo ha podido usted dudar de mi sentir tratándose hoy de un gobierno monstruoso como el de Rosas? Sin embargo, en esta clase de actos, no es tanto su sustancia lo que excita la atención y fija la opinión, cuanto el modo y forma con que se practican. Si en la especialísima situación en que se encuentra el general Brown, él pusiera la escuadra, que manda, en poder del Gobierno Oriental, a ley de depósito; si él se abstuviese de obrar y de emplearse en servicio alguno contra Rosas, domiciliándose donde más le conviniese; si pactase que los jefes, oficiales, tropa y tripulaciones de ella, habían de conservar siempre la verdadera bandera argentina, y ser conservados por el Gobierno Oriental y devueltos con todas sus pertenencias al primer Gobierno amigo que se establezca después en Buenos Aires; si en este convenio de honor y buena fe, se diere alguna intervención, como por vía de garantía y respetabilidad al general Paz, en quien está hoy asumida de hecho, una especie de representación de toda la emigración argentina; y en fin, si el día mismo en que tuviese lugar este suceso memorable, publicase el general Brown un manifiesto acerca de los desinteresados y grandiosos motivos de su conducta, me parece infalible que en ambas márgenes del Plata, en los Estados de América, en Europa mismo, él sería contestado con un grito profundo de aprobación y gratitud.

“Un paso tal, dado con esta calma, circunspección y dignidad, impone silencio a la mordacidad y la calumnia, porque salva enteramente el nombre de su autor. Hace años que el general Brown fué llamado por Rosas al servicio, y lo aceptó. Yo no he tratado a este general: pero por lo que he oído de su carácter, de sus hechos insignes anteriores a mi venida a América, y por los muy gloriosos que le he visto después en la guerra con el Brasil, me parece, puede asegurarse, que cuando él aceptó aquel servicio, fué en el concepto de que iba a hacer la guerra del modo que él había acostumbrado, como la hacen los militares de honor en los pueblos civilizados, y de que iba a defender intereses reales de la República Argentina, su patria adoptiva.

“Hoy debe estar desengañado de que en la lucha actual no defiende ningún interés de aquel país, ningún principio político, ninguna exigencia social, sino únicamente la personalidad de Rosas, del tirano más abominable que ha visto la tierra de catorce siglos a esta parte.

“Pero entretanto, los resultados de aquel error del general Brown, han sido hartó funestos a estos países: porque aunque sus hechos de armas durante el reinado de Rosas, nada han tenido de notable, él, sin embargo, ha sostenido eficazmente al tirano con el prestigio de su nombre, y con el auxilio de su capacidad y su valor. Sin él no existiría la escuadra de Rosas, no estarían cerrados el Uruguay y Paraná; no habría sido invadido este país, o al menos los invasores habrían ya concluído, faltos de auxilios y medios de comunicación.

“Quiero decir con esto, amigo mío, que el general Brown ha causado ya males inmensos; y que de consiguiente, si hoy oyendo la voz de la humanidad y de su religión, se decidiese a dejar de ser el vergonzoso instrumento de un déspota, no satisfaría a los deberes de su conciencia con adoptar tímidamente una conducta a medias. Nada se lograría, por ejemplo, con que pidiese su retiro y se consignase al silencio de la vida privada: porque este paso, prescindiendo de que le atraería el odio y desconfianza de un tirano vengativo que nada olvida, no remediaría en cosa alguna los males enormes que ya ha causado.

“Es, pues, necesario, que su conducta sea más decidida, más noble, que prive al tirano del gran elemento de los bu-

ques, y le arrebate el apoyo que le da en lo exterior, la fama de su nombre ilustre.

“Si al hacerlo, él obtiene que no se defraude de aquella propiedad a la República Argentina (como no se defraudaría mediante el depósito), ni se infiera a las personas de sus tripulaciones agravio o coacción; y si él, ya que quiera llevar hasta el extremo los escrúpulos de su delicadeza, se abstiene de hacer personalmente la guerra al tirano (como debería hacerla) habría consultado la reparación que debe a la causa de la libertad, con los intereses de su crédito, que quedaría entonces lavado de la mancha que hoy le ennegrecee.

“¿Cuál es la gloria que ha reportado al general Brown de servir al déspota argentino?

“El se ha atraído el odio del pueblo oriental, por cuya libertad combatió antes contra dos naciones, y la maldición fervorosa del oprimido pueblo de Buenos Aires; de aquel pueblo, amigo mío, que en un tiempo idolatraba hasta la locura el nombre de Brown. Él combate ahora contra la causa que antes sostuvo con tanto brillo, contra la causa de la libertad e ilustración, que era la de sus antiguos amigos, los que en 1814 y en 1826 confiaron a su valor las fuerzas navales del Estado, los que ensalzaron sus hechos y premiaron sus servicios, hasta colocarle en la silla de la primera magistratura del país. De aquel puesto eminente ha descendido a ser director de una guerra naval insignificante; en que ha tenido combates dudosos, sin mérito ni lustre, y en la que ha visto y sufrido pacientemente el sacrificio de los capturados en el *Cagancha*.”

¿Por qué no se le hace en esta carta ningún ofrecimiento de dinero, como en la a que alude el defensor anónimo de Brown? Si entonces no pretendía una crecida suma como compensación de los daños y perjuicios que su defección pudiera irrogarle con el quebranto y la pérdida de sus intereses, ¿cuál es la causa de que un año después sólo se le hablara de su pasado glorioso en el Río de la Plata? Ese cambio de actitud por parte de los enemigos del tirano, si realmente es auténtica la carta que nos ocupa, revela bien a las claras que si antes se pusieron a su disposición ingentes sumas de dinero, fué porque él sólo asentía en dejar las armas o empuñarlas en defensa de la libertad a un alto precio que no pudo brin-

dársele por falta de recursos; y habiendo fracasado aquellas negociaciones, se recurría al expediente de los razonamientos de carácter moral y político, en la creencia, sin duda, de que podría influir más eficazmente en su ánimo que el duro metal que tanto había ambicionado.

Su silencio, lejos de absolverle, le condena, puesto que si los términos de esa carta herían su amor propio, no debió ocultar dicho documento, en ningún tiempo, ni a Rosas ni a sus amigos. Sin embargo, guardó el más absoluto silencio a su respecto, y pudo ser conocido después de muchos años de su muerte, hallándose entre los numerosos papeles que forman su interesante archivo. Esto significa que vacilaba entre continuar prestando sus servicios al tirano y pasarse con todos sus elementos, o solo, a los que en Montevideo, Entre Ríos y Corrientes velaban por el honor de aquellos pueblos y por la conservación de una independencia que él mismo había contribuido a conquistar combatiendo contra un poder extraño.

El coronel Pinedo, procediendo de distinto modo, llevó a conocimiento de Rosas una carta del general Martín Rodríguez, en la que este distinguido militar argentino le incitaba a volver "por el honor de su apellido".

"La fortuna,—le decía,—ha querido colocarle a la cabeza de la escuadra del tirano en el Uruguay: ¿qué puede, pues, retener a usted por más tiempo en la obediencia a este malvado, o impedirle que pase a engrosar las filas de sus hermanos los Libertadores en Entre Ríos? Si usted teme las dificultades en que a consecuencia de este paso pudiera verse envuelta su familia, yo le ofrezco a nombre de mis amigos 10.000 pesos fuertes, para proporcionar su evasión de Buenos Aires, y trasladarla en medio de nosotros, donde esté usted seguro que ella gozaría de todas las consideraciones a que ciertamente es acreedora. ¿Cree usted que me es dado manifestarle de un modo más claro y terminante el singular aprecio que hago de su persona? .

"Persuádase usted que amo demasiado la tranquilidad de mi conciencia para aconsejar a nadie en el último tercio de mi vida, y cuando ya tengo, por decirlo así, un pie en el sepulcro, una acción infame o un sacrificio estéril que pudiese arruinar las maldiciones de una multitud de víctimas inocentes; y que cuando yo me dirijo a usted con el objeto a que se

contrae esta carta, no es sino después de maduras reflexiones, y del más íntimo convencimiento de que lo que le propongo nunca podrá ceder en su daño, sino antes bien en su provecho y utilidad manifiesta de sus hijos. Preveo que el último día del opresor de nuestra Patria está cercano; y desearía poderlo salvar con anticipación del espantoso naufragio que a éste amenaza, y que es inevitable arrastre entre sus destrozos a cuantos se encuentren a su intermediación en los últimos momentos de su extravagante existencia”.

Si al coronel Pinedo, que valía mucho menos que él, no se le intentó comprar por su defección, desde que los 10,000 pesos mencionados no respondían a ese objeto, sino al de tranquilizar su conciencia de jefe de una familia, viendo asegurado el pan de su esposa e hijos, ¿cómo es posible suponer que si no partió de Brown la solicitud de enajenar su escuadra, se le propusiera su compra? Lo natural y lógico habría sido, en todo caso, y es lo que resulta del examen reflexivo de los hechos, hablarle en el mismo lenguaje empleado para con el comandante del bergantín de guerra *General Echagüe*.

Finalmente: ¿qué causas poderosas obligaron a Brown para no defenderse jamás de la imputación de ese hecho, si era falso y lo consideraba calumnioso? Nadie ha dado tampoco hasta la fecha una explicación satisfactoria al respecto, pues no basta que se haya afirmado en su descargo que despreció esa especie, por considerarla hija de la pasión de aquella época.

Los buques de Brown arribaron a la rada de Buenos Aires el 24 de abril y echaron anclas al SE. del canal exterior, haciendo saber su llegada por medio de señales dirigidas a la Capitanía del Puerto.

El 11 de mayo recibió a Manuelita Rosas a bordo de la *9 de Julio*, acompañada de una numerosa comitiva de ambos sexos, escogida entre sus más selectas relaciones y personajes adictos a su padre, con cuyo fausto motivo se hizo derroche de entusiastas brindis en honor del Gobernador y del almirante.

¡Aquella visita fué espontánea, o nacida de una invitación por parte de Brown con el propósito de curarse en salud en

caso de que Rosas se enterase de los rumores corrientes y de su entrevista con los comisionados del comercio montevideano? Lo más probable es esto último, preparando así la coartada, o mejor dicho, tratando de halagar al tirano en la persona de su hija, ya que ésta era su confidente y la única que lograba suavizar sus instintos sanguinarios y sus iras, para otras personas implacables, a fin de disipar toda nube de desconfianza.

Ni Brown ni sus subalternos habían bajado a tierra desde el transcurso de más de un año, no obstante sus vehementes deseos. El 3 de octubre anterior, con motivo de insinuaciones suyas al respecto, recibió una nota del general Manuel Corvalán, en la que se le hacía saber, en nombre del dictador, que no era posible deferir a ese pedido, “porque sería exponer la escuadra a una desgracia”, desde que interesaba que ésta “estuviese alerta y siempre pronta, con toda su fuerza lista para evitar una sorpresa del enemigo, y por si fuera necesario de pronto moverse para una parte u otra, según el punto para donde pueda de pronto y de un momento a otro convenir”.

Agregaba el 1.º edecán de Rosas que ni a los marinos ni a la tropa de a bordo “les hacía honor ni les convenía pensar en bajar a tierra”, entre otras cosas. “porque rebajarían el mérito por ellos contraído ante los ojos del Excelentísimo señor Gobernador de la Confederación y de los Federales”.

Estas advertencias, que importaban un severísimo reproche, terminaban con la recordación del ejemplo dado por el tirano, “que es público y notorio,—decía,—está siempre encerrado trabajando, sin salir ni al patio de su casa, sin tener descanso alguno”, y con la promesa de que “concluída la campaña”, además de la “recompensa del Cielo”, recibirían “sus bajas de excepción del servicio, su medalla de honor, y el premio de tierras y ganados vacunos y lanares que acordó el Gobierno”.

Rosas había condenado, pues, al personal de la escuadra de su obediencia a no respirar otro ambiente que el de las auras del Plata, y nadie se atrevió a protestar de ese presidio disimulado, sin excluir al propio Brown, que inclinó humildemente la cerviz ante aquel úkase del dispensador de vidas

y haciendas en la Provincia de Buenos Aires. Pero el almirante, aprovechando la visita de la hija del "Ilustre Restaurador", creó ánimo, y a fines de mayo reiteró la solicitud denegada, persuadido de que la persistencia de su encierro podía traducirse el día menos pensado en un motín, porque ya empezaba a notarse el descontento a bordo.

No obstante, ese nuevo petitorio fué esta vez condicional, pues si bien indicó la conveniencia de bajar a tierra por pe lotones, para que los buques no quedasen desamparados,—invocando al mismo tiempo los peligros que presentía de que la inacción y hacinamiento de las tripulaciones trajeran como consecuencia alguna epidemia, manifestó en primer término su propósito de recorrer los ríos, a pesar de no merodear por ellos barcos enemigos, estratagema de que se valía para hacer más llevadera la vida de sus subordinados. Aquella inactividad resultaba para todos mortificante y hasta intolerable.

Obtenido el permiso, licenció la gente de a pequeños grupos, no sin antes haberla arengado, haciéndole presente la condición en que otorgaba los días de asueto concedidos y las responsabilidades en que incurrirían todos los omisos.

El almirante, que acababa de sacarse de encima un enorme peso, respiró al fin y creyó que él también podría reposar tranquilo, ya libre el estuario de naves contrarias que turbaran la calma, pero los sucesos inmediatos no le permitieron conciliar el sueño.

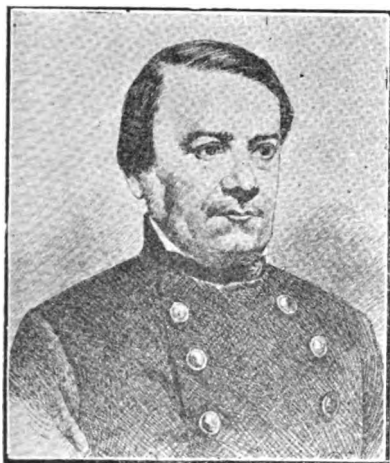
ANTECEDENTES HISTÓRICOS

I

SUMARIO:—Salida de Rivera a campaña.—Distribución de las fuerzas a su mando.—Los generales Echagüe y Urquiza.—Sorpresa de este último a los caballerizos del general Medina.—Reorganización de la escuadra nacional.—Ofrecimiento de su mando a Garibaldi.—Resistencia opuesta por éste para su aceptación.—Influencias que vencieron esa negativa.—Sus primeras disposiciones.—Otras medidas del Gobierno.—Convención de alianza ofensiva y defensiva celebrada contra Rosas, entre los Gobiernos de Santa Fe y Corrientes.—Apresamiento por el teniente 1.º Jorge Cardasi de la 2.ª escuadra sutil de Rosas en el Uruguay.—Batalla de Caaguazú.—Derrota de Echagüe por el general Paz.—Su celebración en Montevideo y Corrientes.—Aprobación por la Junta de Representantes de Santa Fe del tratado con Corrientes.—Pasaje de Rivera al Entre Ríos.—Retirada de Urquiza hacia Gualeguay.—Ocupación del Paraná por el general Ramírez.—Nombramiento del comandante Pedro Pablo Seguí de Gobernador Provisorio.—Alianza ofensiva y defensiva entre el Estado Oriental y los Gobiernos de las Provincias de Entre Ríos y Santa Fe.—Términos de la Convención ajustada en Galarza.—Triunfo de la vanguardia de Oribe.—Carta de éste al general Aldao dándole la noticia del combate y haciéndole saber que al general Juan Apóstol Martínez, prisionero, le hizo cortar la cabeza.—El Gobierno de Montevideo declara a la República en Asamblea.—Instrucciones sanguinarias al mayor Abraham.—El fraile Aldao interdicta a los unitarios y sus bienes.—Acción benéfica de las fuerzas orientales en Entre Ríos.—El Gobernador Seguí perece degollado por orden de Oribe.—Entrevista de Madariaga con Rivera en Paysandú, enviado por Ferré.—Desconcierto de las montoneras rosistas.—Actitud patriótica del pueblo de Paysandú.—Un acta memorable.—Elogios tributados por “El Nacional” a sus promotores y firmantes.—Adhesión de las autoridades y vecinos del Rincón de las Gallinas, Román Grande y otras circunscripciones del mismo departamento.

Sin entrar en un estudio retrospectivo completo, que si bien resultaría interesante por la amplitud del tema y los sucesos

desarrollados, se apartaría de nuestro propósito capital, vamos a citar algunos otros antecedentes ilustrativos antes de lanzarnos detrás del héroe italiano en su valiente empresa.



General José M. Paz

Muerto el general Lavalle en Jujuy el 9 de octubre de 1841, su adversario, el general Oribe, quedó dueño de todo el interior de la Confederación, y marchó con su ejército sobre Entre Ríos y Corrientes, con el propósito de batir al general José María Paz, que operaba al frente de un ejército correntino, y que debía obrar de acuerdo con las fuerzas del Estado Oriental y de algunos caudillos provinciales.

Hallándose en la Colonia el general Paz, Rivera le había pedido una entrevista en su campamento de *San José del Uruguay*, la cual tuvo lugar en mayo de 1840. El 24 regresó sin que pudiesen entenderse, pero sin desechar la idea de organizar un nuevo ejército en Corrientes, en caso de ser llamado a ese fin por el Gobernador de la provincia, pensamiento éste que le fué insinuado por don José Isosa, allí presente y en misión de Ferré cerca del Presidente Oriental, a quien le contestó "que iría donde pudiese ser útil a la causa".

El 29 de junio siguiente, requerido por sus compatriotas y correligionarios emigrados en Montevideo, Mercedes y Colonia, se dispuso a tomar otra vez las armas contra Rosas y se embarcó en el bergantín *Pereira*, llegando a Martín García por la tarde, y el 1.º de julio, a bordo del bergantín goleta *San Martín*, siguió viaje con rumbo al campamento del general Lavalle, a quien ofrecería sus servicios; el 15, a mediodía, arribó a *Punta Gorda*, sobre cuya barranca, que mide 74 metros de elevación y que da al río Paraná, se levanta el *Diamante*,

capital del departamento entrerriano de ese mismo nombre. Poco después, por indicación del propio Lavalle, se dirigió a Corrientes para ponerse al habla con Ferré, quien le confió el mando supremo de las fuerzas de esa provincia por decreto expedido el 10 de agosto.

De *Punta Gorda*, como lo recuerda el general Sarmiento, partieron los generales Ramírez y Lavalle, "defendiendo principios políticos distintos", y en 1851, el general Urquiza, "al grito de Regeneración de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad. Sus alturas ocupan, pues, un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos", y la estada del general Paz, no menos ilustre que ellos, aumenta el número de los guerreros de valía que las treparon.

El general Rivera, que desempeñaba la Presidencia de la República, delegó el mando en el Presidente del Senado y marchó a campaña a organizar su ejército. Bien pronto logró reunir 700 hombres en el *Colorado*, contando, además, con el apoyo que le prestaban las fuerzas del general Anacleto Medina, acampadas en *San José del Uruguay*, departamento de Paysandú, y que se elevaban a unos 1,200 hombres, y las del coronel Bernardino Báez, compuestas estas últimas de 500 de caballería, que se encontraban en el *Paso del Higo*, a la vista del territorio correntino, pues dicho paso queda sobre el Uruguay, al sud de la conjunción de este río con el Cuareim, en el departamento de Artigas. Con esos contingentes, ascendían ya a más de 3,000 los elementos hábiles de que se podía disponer para una campaña guerrera.

Avisado por el general Paz que el general don Pascual Echagüe, aliado de Oribe, se hallaba en *Pago Largo*, al mando de 2,000 hombres de caballería, 300 infantes y 8 piezas de artillería, le pidió que lo entretuviese, sin comprometer acción alguna, en espera de su llegada, porque pensaba vadear el Uruguay y pasar a la provincia de Entre Ríos; pero el general don Justo José de Urquiza, torció el curso de los acontecimientos, atravesando sigilosamente dicho río, hasta la costa oriental, para sorprender, como sucedió, a una fuerza del general Medina y apoderarse de las caballadas que ésta custodiaba.

Fué entonces que se pensó en la formación de una escua-

dra encargada de ejercer benéfica influencia en las aguas del Paraná, auxiliando a los ejércitos patriotas y a la escuadrilla que se organizaría en Corrientes.

Coe, cansado ya de la lucha, o temeroso por lo arriesgado de la empresa, rehusó acometer esa tarea, persuadido de que fracasaría en sus comienzos ante la formidable resistencia que esperaba se le hiciese al cruzar frente a Martín García. El coronel Fourmantin era de su mismo parecer, creyendo ambos que lo más expeditivo sería enviar a Corrientes, por vía terrestre, los recursos proyectados, desde que en el alto Uruguay podrían ser pasados sin las dificultades y riesgos por ellos previstos.

Esas indicaciones no fueron, sin embargo, atendidas, puesto que el Gobierno Oriental se proponía a la vez distraer la atención del enemigo en varios puntos, con el objeto de evitar en lo posible su avance sobre Montevideo. Ese refuerzo, por otra parte, retemplaría las fibras morales de los aliados, que así podrían contar con nuevos y preciosos elementos marítimos en caso de que Garibaldi consiguiese llegar a su destino con la escuadrilla de su mando.

El Ministro Vidal, que, como lo decimos en el capítulo epigrafiado "La Escuadrilla Nacional", había constituido una Comisión encargada de allegar recursos para la obtención del armamento y el equipo que necesitaría la escuadra, les rogó a sus miembros que se apersonasen a Garibaldi, a fin de ofrecerle el comando de ella. Integraban dicha Comisión, los señores Jacobo Varela y Juan Nepomuceno Madero; pero se delegó ese cometido en este último, en don Francisco J. Muñoz, en el doctor Florencio Varela y en el capitán José Murature, experto marino que tenía a su cargo el paquete *Luisa*.

Ya antes había sido visto aquel abnegado repúblico para entrar a servir en la escuadra, no a su mando supremo, sino como cooperator de Coe, pero sin obtenerse de su parte una respuesta satisfactoria. Creía Garibaldi que si aceptaba, Coe pondría a su disposición los peores buques y los hombres menos aptos. Para ello tenía en cuenta el compañerismo que ligaba a éste con algunos otros jefes y el celo que despertaría su presencia en la marina nacional. Con el propósito de convenirlo, lo entrevistaron sus compatriotas Juan Bautista Cúneo,

Napoleón Castellini, Juan Rizzo y Juan Bautista Capurro, Pablo Félix Semidei y otros, sin lograr decidirlo. Las expresadas causas ejercían gran peso en su espíritu. Pero la insistencia de sus amigos y las poderosas razones aducidas por el doctor Varela, que fué el encargado de dirigirle la palabra, lo persuadieron al fin de que tratándose de la defensa de una causa noble no era posible que un hombre como él, apóstol de la libertad, permaneciera cruzado de brazos.

En consecuencia, Coe fué eliminado por completo y entró Garibaldi a reemplazarlo con las más amplias facultades, las cuales le fueron transmitidas por el referido Ministro. El nuevo jefe de la escuadra, procedió de inmediato a la organización de los elementos indispensables, para llenar satisfactoriamente su cometido, reclutando y disciplinando sin descanso todos cuanto pudo comprometer.

Tampoco se dió reposo hasta lograr las reparaciones que debían efectuarse en dichos buques y el envío de la vitualla y de los pertrechos con que debía dotarlos, guardando, no obstante, como era natural, el más absoluto silencio, para que nadie se apercibiese de lo que se proponía.

Si en alguna ocasión puso a prueba sus insuperables actividades, las evidenció entonces más que nunca, porque a los pocos días había ya conseguido reunir los tripulantes necesarios para dotar sus buques, como igualmente los materiales de guerra que le hacían falta. Procedió Garibaldi con tanta cautela que ni siquiera se dieron cuenta de ello los agentes secretos que tenía en Montevideo el Gobernador de Buenos Aires. Sabía bien que toda indiscreción podría serle funesta, desde que si Rosas llegaba a descubrir sus intenciones, se apresuraría a trabar su marcha con la escuadra de Brown, aniquilando la escuadrilla nacional al enfrentar por Martín García, que fué lo que atemorizó a los coroneles Coe y Fourmantin, según queda dicho.

Se había pensado también confiar al coronel Eustaquio Díaz Vélez la empresa de invadir la Provincia de Buenos Aires, llevando a sus órdenes 1,000 hombres de infantería y 100 de caballería, en inteligencia con el general Enrique Martínez y el coronel Jaime Montoro, quien, más tarde, como otros de su talla cívica, aumentó el número de los felones.

El coronel Montoro debía hacerse sentir en el departamento de la Cclonia, sobre la ribera del río de la Plata, al frente de un cuerpo cuya formación tomaría a su cargo; pero dicha expedición fracasó, debido a que el Gobierno, en posesión de ciertos datos, impartió una contraorden. Ella le fué participada al coronel Díaz Vélez por intermedio del doctor Santiago Vázquez.

El Cuerpo Legislativo, animado de fines patrióticos, votó de rentas generales la suma de 50,000 pesos destinada al ejército de Rivera, y éste consiguió que se le mandasen 1.000 hombres más, amén de 500 proporcionados por Bentos Gonçalves da Silva.

Al mismo tiempo, dispuso dicho general que se reconcentrasen sobre el Queguay la infantería y artillería de Chilvert, cuyo jefe encontrábase en el Durazno, y las fuerzas del general Aguiar, que se hallaban en Mercedes bajo su inmediato mando.

El pueblo de Berón de Astrada, el héroe y mártir de *Pago Largo*, “primera página sangrienta de la guerra de la regeneración argentina”,—como lo recuerda Esteban Echeverría, entrelazando su nombre con los de Avellaneda, Alvarez, Acha, Maza, Varela y Lavalle,—y la patriota Provincia de Santa Fe, no podían seguir actuando en distintos bandos, ni esta última quedar a la retaguardia del movimiento político que conmovía en tan supremos instantes el alma de dos naciones amigas, y el 5 de noviembre celebraron una convención ofensiva y defensiva contra el tirano de su Patria, representados en ese acto por el doctor Santiago Derqui y el coronel don José Ramón Ruiz Moreno. Ese documento, que refleja gloria y honor para Santa Fe y Corrientes, dice así:

Convención de alianza ofensiva y defensiva contra el Gobierno de don Juan Manuel de Rosas, celebrada entre los Gobiernos de Santa Fe y Corrientes.

El coronel don José Ramón Ruiz Moreno, Enviado extraordinario del Excmo. Gobierno de la Provincia de Santa Fe, y el doctor don Santiago Derqui, Comisionado especial de la Provincia de Corrientes, para ajustar una Convención entre ambos Gobiernos al objeto de derrocar al sangriento tirano de Buenos Aires y sus sostenedores, restituyendo por este medio

la paz y libertad de la República, bajo cuyos auspicios pueda constituirse, según el libre sufragio de los pueblos; en virtud de nuestros plenos poderes, que hallamos en buena y debida forma, hemos convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Queda establecida entre los Gobiernos de Santa Fe y Corrientes una alianza ofensiva y defensiva, cuya base es la unión contra el tirano usurpador don Juan Manuel de Rosas, y su objeto la paz, libertad y organización de la República por el libre voto de los pueblos.

Art. 2.º En consecuencia, el Gobierno de Santa Fe retira al de Buenos Aires, de hecho y de derecho, la autorización que por su parte le había conferido para dirigir las Relaciones Exteriores de la República, declarando que don Juan Manuel de Rosas ha traicionado la confianza que de él hicieron los pueblos a quienes hoy pretende aniquilar, empleando contra ellos todo género de atrocidades para fundar sobre sus ruinas el bárbaro sistema de tiranía que defiende.

Art. 3.º El modo de obrar ofensiva y defensivamente, en virtud de esta alianza, será el que acordaren los Gobiernos contratantes, según lo indiquen las circunstancias.

Art. 4.º La presente Convención será ratificada por el Gobierno de Corrientes a los tres días de su fecha, y a los treinta, por el de Santa Fe, debiendo canjearse las ratificaciones en el pueblo de Bella Vista. En fe de lo cual, firmamos la presente Convención en dos ejemplares de un tenor, sellándola con nuestros sellos respectivos, en esta Villa de Saladas, a cinco de noviembre de mil ochocientos cuarenta y uno. — *José Ramón Ruiz Moreno—Santiago Derqui.*

El Gobernador de Corrientes ratificó con fecha 6 la antedicha Convención, y el de Santa Fe, el 25, en los términos siguientes:

Ratificación de los Gobiernos de Corrientes y Santa Fe a la Convención celebrada entre ambos, por medio de sus respectivos Comisionados "ad-hoc", en la villa de Saladas, a 5 de noviembre de 1841.

Pedro Ferré, Brigadier, Gobernador y Capitán General de la Provincia.—Vista y examinada la precedente Convención,

y autorizado por la ley, la ratifico en todas sus partes, obligándome sobre el honor del Gobierno al cumplimiento de lo en ella estipulado en los cuatro artículos que la componen;—Villa de las Saladas, noviembre 6 de 1841.—PEDRO FERRÉ.—SANTIAGO DERQUI.

Juan Pablo López, Brigadier, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Santa Fe.—Examinada y vista esta Convención, la ratifico en todas sus partes, obligándome sobre el honor y buena fe del Gobierno al cumplimiento de lo pactado en ella en los cuatro artículos de la referencia.—Santa Fe, noviembre 25 de 1841.—JUAN PABLO LÓPEZ.—De orden de S. E. : El Oficial 1.º de Gobierno.—*Juan José Morcillo.*

El 6 de diciembre fueron canjeadas las precedentes ratificaciones, como se verá en seguida:

Reunidos los abajo firmados, coronel don José Ramón Ruiz Moreno, Enviado extraordinario del Excmo. Gobierno de Santa Fe, y el sargento mayor don José Garrido, Comisionado especial de esta Provincia, para efectuar el canje de las ratificaciones de la Convención de alianza ofensiva y defensiva, ajustada y concluida el 5 de noviembre de 1841; y habiéndose presentado recíprocamente los originales de ambas ratificaciones, como también el texto de la citada Convención para la revisión de todos y cada uno de sus artículos, y hallándolos conformes en todo lo estipulado y pactado, y puestas las respectivas ratificaciones en buena y debida forma, procedieron inmediatamente al canje de ellos en los correspondientes originales. En fe de lo cual se extendió la presente acta por duplicado, firmada y sellada con los sellos respectivos, en el pueblo de Bella Vista, a 6 de diciembre de 1841.—*José Ramón Ruiz Moreno—José Garrido.*

Hacia ya tiempo que el general López, fastidiado por los sucesos y sintiendo arder en su pecho el fuego del patriotismo, aguijoneaba su cerebro, en las noches de meditación, con la idea de romper las cadenas que lo ligaban al Gobernador de Buenos Aires. Argentino ante todo, y amante, por lo tanto,

de la libertad de su Patria, era para él obra menguada permanecer en las filas de los sostenedores del tirano, de las que sólo formara parte compelido por compromisos locales y de familia, pues era hermano de don Estanislao, que había estado al mando de la Provincia de Santa Fe. Además, fué llevado a ese puesto por la voluntad de sus conterráneos.

Por otra parte, la supremacía que venía ejerciendo Oribe, un intruso en la tierra de Mayo, no le sentaba bien, y mucho menos aún cuando constituía ya un azote para los pueblos de su dominio.

Al principio vaciló sobre la actitud que debiera afrontar, para que su intento no cayese dañosamente en el vacío; pero madurado aquel pensamiento que le perseguía constantemente, resolvió al fin, creyendo llegada así la ocasión oportuna, valerse del coronel Ruiz Moreno, hombre inteligente y de su intimidad, para encomendarle la patriótica misión de proponerle al general Ferré el ajuste de una alianza ofensiva y defensiva contra Rosas.

Dice el general Paz, que él y el Gobernador de Corrientes, "hacía meses que habían anticipado algunos pasos cerca de López, que si no habían producido efecto, por lo menos no habían sido mal recibidos". (1) Pero aceptada como rigurosamente exacta esta afirmación de ese distinguido militar, creemos, no obstante, que las apreciaciones que formula a renglón seguido, respecto al Gobernador de Santa Fe, son injustas y arbitrarias.

¿Es posible aceptar que el general López carecía de valor, cuando demostró en numerosos combates poseerlo en alto grado? Sin embargo, el general Paz estampa a este respecto el siguiente severo juicio en sus *Memorias póstumas*, refiriéndose al entredicho que desde tiempo atrás reinaba entre Rosas y aquél: "Durante ese largo período de expectativa, ni quiso declararse contra Rosas abiertamente, ni estrechar sus relaciones con Corrientes. Cuando los ejércitos de Rosas hubieron vencido en Famallá y Rodeo del Medio, y calculó que esas fuerzas ya desocupadas se convertirían contra él, se apoderó de su alma el temor y vino a hacer *por miedo* el acto más arriesgado de toda su vida". (2)

(1) «Memorias póstumas», tomo III, página 352.

(2) *Ibidem*, tomo III, página 353.

Si se juzgase al general Paz con el mismo criterio que él emplea para apreciar la conducta política y el valor moral de los demás, la historia lo condenaría irremisiblemente.



General Juan P. López

¿No fué a agradecerle a Rosas, días después de liberado de su largo cautiverio en Santa Fe y Luján, aquel acto de clemencia de su parte? ¿Y podría tomarse esa actitud como efecto del miedo que atribuye a López por no haber roto meses antes con el tirano?

¿No hizo, casi en seguida, una visita a la hija del Dictador, por haber dicho ésta que lamentaba que el edecán de su padre no le hubiese dado aviso para ella recibirlo?

¿Por qué no prescindió de lo primero? El propio general Paz se ha encargado de hacerlo saber. “En el acto de llegar a Buenos Aires,—dice,—me presenté al jefe de policía, quien me recibió con frialdad, pero sin desatención. Luego se me indicó que debía por la forma presentarme en casa de Rosas, que si no lo hacía extrañaría este requisito, *y ya se sabe lo que en tal Gobierno importaba una omisión cualquiera*. Además, mi calidad de militar, en cuya clase es sabido que el preso que obtiene libertad se presenta al jefe, daba más colorido a esta exigencia”. Y luego, agrega: “Yo tenía también un motivo para creer que estas indicaciones no partían del señor Elizalde que me las hacía, sino que traían su origen del Ministro Arana, cuya señora es hermana de la del señor Elizalde”. (1)

¿Y qué causa motivó su cortesía para con Manuelita Rosas? También él nos la revela. Paz no había podido entrevis-

(1) «Memorias póstumas», tomo III, páginas 77 y 78.

tarse con el Gobernador, pues Corvalán le hizo presente que éste estaba invisible, insinuándole al propio tiempo “que no era preciso que se hubiese incomodado en ir, pero que lo haría saber al Ilustre Restaurador”. (1)

“No pasaron dos días,—dice el mismo Paz,—sin que se me transmitiese por conducto de la señora de Elizalde, a quien se lo había referido su hermana, la esposa del señor Arana, que la señorita doña Manuelita Rosas había reñido mucho a Corvalán porque no le había anunciado mi visita, pues aunque su tatita no pudiera recibirme por sus ocupaciones, ella hubiera tenido gusto en conocerme”. “He aquí,—añade.—a mi Mentor el señor Elizalde que declara que aquella indicación equivalía a una muy clara invitación para que yo fuese otra vez de visita a casa de Rosas, *so pena, si rehusaba a ella de... de... de todo, porque todo puede acarrearlos el simple desagrado de un hombre dotado de un poder monstruoso, y que usa de él del modo que sabemos*”. (2)

¿Procedió mal el general Paz en ambos casos relatados? Creemos firmemente que no; porque si dejándose arrastrar por su odio al tirano hubiera desairado a éste y a su hija, que era el alma de su gobierno, habría vuelto a ser encerrado en un presidio, para no salir de él durante muchos años, o perecido víctima de la cuchilla de la *Mazorca*, privando de ese modo a la causa unitaria del invalorable contingente de sus vastos conocimientos estratégicos y del prestigio de su ilustre nombre.

Pues bien: otro tanto, en su relatividad, puede decirse del general López. Si éste hubiese quebrado con Rosas inconsultamente, con el atolondramiento de los hombres impulsivos e inferiores, hubiera caído en su poder y sucumbido miserablemente de manos de alguno de sus esbirros, sin que el propio general Paz y la defensa de Montevideo contasen con el concurso de su espada y de su influencia en las provincias argentinas en que sirvió contra el déspota de su Patria y dentro de los muros de la Nueva Troya.

¿No manifiesta en la página 353 de sus *Memorias póstu-*

(1) «Memorias póstumas», página 79.

(2) *Ibidem*, tomo III, páginas 80 y 81.

mas, tomo III, que siendo Gobernador de Santa Fe, acogía a los desertores de Oribe, y que "baladroneaba en los ranchos de sus comprovincianos"? Estos hechos demuestran que no temía ni al tirano ni a su lugarteniente y que empezaba a rebelarse contra ellos.

¿No dice, igualmente, que eligió el instante de mayor peligro para proponerle al general Ferré la alianza ofensiva y defensiva que dejamos transcrita? Los triunfos de Famallá y Rodeo del Medio, a que alude, podían haberle aconsejado, en todo caso, que permaneciese fiel a la causa federal, porque ella representaba la fuerza y la poseía en mayor escala, en lugar de una defección que ponía en inminente riesgo su cabeza, librándole a los azares de la suerte, y abriéndole las puertas del ostracismo si el éxito de las armas le era adverso y no moría en la contienda.

Además, el general López dió mucho que pensar a Rosas desde la batalla del Quebracho Herrado, librada por Oribe contra Lavalle el 28 de noviembre del año anterior, en que este último resultó vencido.—"La conducta extraña del Gobernador de Santa Fe,—dice un actor de aquel hecho de armas,—se había develado completamente y estaba ahora en abierta rebelión contra Rosas.—Este, que no perdonaba tales desplantes de sus lugartenientes, perfectamente consciente de los peligros de esta complicación, ordenó a Pacheco y Oribe que retrogradaran, para castigar y someter al alzado caudillo santafesino." (1)

Luego, pues, hacía un año por lo menos que el referido militar no era persona grata al Dictador, a causa de sus veleidades federales y simpatías unitarias.

La pequeña Escuadrilla Nacional destacada al Norte, anticipándose a otro acontecimiento también fausto, que mencionaremos luego de relatar el que daremos a saber en seguida, infligió una derrota a la segunda Escuadra sutil de Rosas en el Uruguay y la hizo prisionera.

(1) «Teniente general Donato Alvarez.—Su vida militar», páginas 45 y 46.—Buenos Aires, 1910.

Ya el coronel Báez había apresado frente a Belén la allí existente, y ese suceso estimuló al encargado de las fuerzas navales uruguayas, comandante Juan Muíño, para emprender una batida contra las balleneras enemigas, que surcaban impunemente las aguas del río Uruguay, desde el arroyo de la China hasta Martín García.

Dicho marino tenía bajo su mando inmediato el bergantín *Larrobla*, y hubiera encabezado con él la expedición que proyectó realizar; pero como era necesario montarle algunas piezas de artillería, optó por cometer esa tarea al teniente 1.º Jorge Cardasi, a cuyo objeto, tripuló tres embarcaciones, juzgando que ellas bastarían para desalojar de sus dominios a las contrarias. Así lo manifestó en su comunicación al Presidente de la República y General en Jefe del Ejército Nacional, agregando que a ese fin dispuso de sus mejores elementos.

La lancha *General Medina*, tripulada por Cardasi, y las balleneras *General Rivera* y *General Aguiar*, fueron las elegidas para tan delicada empresa. En el primero de los citados puntos no se encontró ningún buque armado, según parte del teniente 2.º Francisco Flórvil, que mandaba esta última y que practicó allí un prolijo reconocimiento.

Cardasi decidió entonces remontar el Uruguay aguas abajo y siguió la ruta hacia Fray Bentos, para observar desde ese puerto las balleneras armadas que permanecían en el de Gualeguaychú y batirlas si lo abandonaban.

Dice en su parte que el 19 de noviembre dió la vela a recorrer la costa de Entre Ríos, y que a las 12 vió que en el puerto de *Don Basilio* se hallaban seis embarcaciones. Inmediatamente de apercibir las, se aproximó a la ribera para reconocerlas, resultando ser cuatro balleneras armadas de las de aquel puerto entrerriano y una chalana; pero éstas, en el momento de aproximarse, rompieron el fuego con los pedreros y fusilería. Entonces él repelió el ataque con el cañón de a 4 que montaba el lanchón *General Medina* y dispuso que las balleneras contestasen con sus fusiles. No obstante, como un acto de prudencia, se acercó a la orilla cuanto se lo permitieron las circunstancias, y esta advertencia de su parte, evitó que a las naves de su comando les ocurriese un doloroso desastre, porque los buques contrarios se habían emboscado en

un sarandizal. Por eso, en los primeros ataques que llevó contra ellos, tuvo la desgracia de que dos de sus compañeros fuesen heridos, y hasta la contrariedad de soportar la rudeza de un rechazo. Pero este revés fué apenas transitorio. El honor y el deber, en consorcio con su temple tantas veces celebrado, pudieron más que aquella peligrosa celada, y "conociendo la bravura del comandante del *General Aguilar* y tripulaciones de su mando",—según sus propias palabras,—"orzó a la banda y desembarcó en tierra, como a 150 brazas del enemigo: con las tripulaciones y tropa destacó una partida de guerrilla, y con la demás fuerza, los cargó" resueltamente, ansioso de arrollarlos o hacerles presa.

Estas acertadas y enérgicas disposiciones, le dieron la revancha, pues el enemigo desalojó los ventajosos sitios que ocupaba, siendo tenazmente perseguido hasta alejarse de la costa. Igual cosa sucedió con 20 hombres de caballería que cooperaban desde tierra a la defensa de aquél.

En seguida mandó hacer alto y contramarchó con el propósito de apoderarse de los buques abandonados por el enemigo y de la carga que había en el puerto, lo que llevó a cabo sin dificultad.

Los tripulantes de las balleneras y de una lancha que tomó, se componían de 60 hombres, figurando entre ellos algunos de caballería.

Cardasi tuvo dos marineros heridos, aunque levemente; pero los contrarios experimentaron muchas pérdidas, habiendo desamparado dos muertos, y un herido y dejado rastros de sangre en diversos sitios.

Las balleneras apresadas, pertenecían a un tal Malta, comisionado de Rosas, y con amplias facultades en el río Uruguay para convoyar o apresar los buques que sin licencia del Dictador navegasen sus aguas.

Sabedores de que el bergantín *Larrobla* estaba varado en la boca del Yaguarí, habían salido de Guleguaychú con el intento de hacerse de él; pero como se ve, el destino dispuso otra cosa.

El teniente Cardasi, recomienda en su parte la bravura del teniente 2.º Francisco Florvil, del piloto Enrique Genoquio y de la tripulación.

El concurso de Santa Fe, agregado al que ya prestaba Co-

rrientes, era sintomático de buenos augurios, y si antes, no contando con la adhesión del general don Juan Pablo López, se luchaba sin cobardes desalientos, a pesar de la muerte desgraciada de Lavalle, ese lazo de unión entre dos provincias belicosas y heroicas tenía que imprimir mayores bríos a la campaña libertadora.

Entretanto, el general Paz, apremiado por los sucesos, no pudo aguardar el pasaje de Rivera, y el 28 de noviembre, se vió obligado a librar con Echagüe un reñido combate en *Caaguazú*, Provincia de Corrientes, siendo derrotadas las fuerzas rosistas. Estas perdieron toda la infantería y artillería, lo mismo que su gran parque y porción de carretas que conducían vestuario y armamento.



General Pascual Echagüe

Al amanecer de ese día, divisó al ejército enemigo, fuerte de 5.000 hombres, listo para empeñar la lucha. Echagüe había dispuesto sus fuerzas estratégicamente, colocando en las alas la caballería, al centro la infantería y la artillería, esta última con 9 piezas, y a retaguardia los bagajes y el parque. Paz, cuyos conocimientos tácticos estaban muy por encima de los que poseía el jefe contrario, organizó sus tropas hábilmente, a pesar de su

desventajosa situación, pues las distribuyó así: en los flancos, la caballería, y al centro, tres batallones de infantería y una batería de 4 piezas, protegidas por una reserva general de la primera de dichas armas.

Sin embargo, entre estas dos posiciones, la de Paz era indiscutiblemente más difícil, pues tenía a sus espaldas un grande estero y poco más allá el río Corrientes; siendo de

advertir que el extremo del primero formaba, con los barrancos del segundo, como un ángulo agudo, cuyos lados se cortaban antes de llegar a su vértice, formando una especie de cono, o mejor, de embudo. Esta posición, a pesar de todo, fué la que sostuvo Paz, y alrededor de ella se desenvolvió la batalla. (1)

Echagüe, creyendo poder arrollar a su adversario, valido de la superioridad numérica de sus soldados y de los elementos, con que contaba, aceleró el ataque, avanzando en masa a las 7 de la mañana y rompiendo con su artillería un fuego sostenido, que fué de inmediato contestado por la de Paz, empero escasearle las municiones y de no tener un personal práctico como para competir ventajosamente con el de aquella. A pesar de ser ésta su arma predilecta y de ejercer vigilancia sobre su ejecución, le fué confiado el comando de ella a "un joven extranjero, llamado Picard, enteramente inepto, pero que a falta de otro suplió en aquel lance, y es preciso decir, lo hizo lo mejor que pudo." (2)

Picard, no obstante, defeccionó en 1843.

La caballería enemiga, compuesta de mil y tantos hombres, se lanzó también briosamente sobre la unitaria, en la creencia de que le sería dable envolver la izquierda de Paz; pero como éste había presentido las intenciones de sus adversarios, se anticipó a preparar una emboscada en un desfiladero, ordenando de antemano que llegado el momento, su caballería cediese terreno, a fin de que la de Echagüe, seducida por un falso triunfo, cayese en esa estratagema, y fuera sorprendida y derrotada, como efectivamente lo fué por dos batallones que le hicieron fuego de flanco.

El general Ramírez, aprovechando el desconcierto que produjo este suceso en las filas enemigas, llevó un vigoroso ataque a la izquierda de Echagüe, trabándose una lucha encarnizada que determinó el triunfo de aquel jefe. Pero para hacer completa la victoria, era imprescindible vencer también el centro de Echagüe y acallar la artillería, al mando ésta del coronel Juan B. Thorne. Apercebido Paz de que la resistencia empezaba a flaquear, ordenó que su infantería

(1) Adolfo Saldías: «Historia de la Confederación Argentina.—Rosas y su época», tomo III, página 331.

(2) «Memorias póstumas», tomo III, páginas 369 y 370.

avanzase en son de carga, cuya operación motivó el retiro de aquellas fuerzas e imprimió mayor impulso al ataque, dando por resultado el abandono por parte de Echagüe del campo de la acción.

En carta a su hermano Julián, escrita el 28 de noviembre, le decía a este respecto: "Hoy a las 11 de la mañana estaba derrotado, pulverizado, el Ejército de Echagüe. Toda su artillería, infantería, gran parque, porción de carretas y todo, todo está en nuestro poder.

"La mortandad es grande.—El campo, por más de tres leguas, está sembrado de cadáveres. La pérdida por nuestra parte es muy poca, casi nada.

"No pudo darse batalla más completa. Es imposible que la haya.

"Tan lejos de ponderarte, persuádate que no sé explicar bien la completa destrucción del ejército enemigo. Es terrible, es horroroso. No van cien hombres reunidos y no llegan a tres los grupos que van".

Tan feliz nueva, se apresuró el general Paz a comunicársela al jefe oriental, ese mismo día, desde su campamento a inmediaciones de *Pay-ubre*. Los coroneles Báez y Velazco, al servicio de Rivera, pero que operaban en las provincias argentinas, coadyuvando a la acción de aquél, tomaron una activa participación en la refriega.

También se halló el general Núñez, que en Cagancha contribuyó eficazmente a la derrota de Urquiza.

En las filas contrarias figuraba otro militar uruguayo, de innegable arrojo, pero que había cometido el error de acompañar a Oribe, a pesar de la gran amistad que le ligara con el héroe del Rincón de las Gallinas, quien en su parte de esa batalla, le da el título de *bravo capitán*. Nos referimos al general Servando Gómez que en *Caaguazú* mandaba "una numerosa y acreditada caballería", y que empeñosamente atacó la izquierda enemiga, procurando avanzar sobre su derecha para flanquearla, no obstante los mortíferos fuegos del batallón de cazadores que tomó en flanco su división. (1)

El general Núñez fué el jefe atacado por Gómez y que se fingió arrollado por éste.

(1) «Memorias postumas», tomo III, página 370.

Si en Oncativo, con gran habilidad, impone Paz la manera de obrar a su enemigo, en *Caaguazú*, a la inversa, espera en sus posiciones para combinar la defensa con la ofensiva. Su ofensiva estratégica la combina con su defensiva táctica, con tal precisión, que calcula previamente el punto llave donde desata el nudo de la batalla, destruyendo la superior caballería del enemigo, y libre de esta arma, le permite luego — utilizando siempre su destreza táctica — pasar a la ofensiva y declararse vencedor. (1)

Algo debe haber de predestinado en este hombre. Desprendido del seno de una revolución mal aconsejada como la del 1.º de diciembre, él es el único que sabe justificarla con la victoria; arrebatado de la cabeza de su ejército por el poder sublime del gaucho, anda de prisión en prisión diez años, y Rosas mismo no se atreve a matarlo, como si un ángel tutelar velara sobre la conservación de sus días. Escapado como por milagro en medio de una noche tempestuosa, las olas agitadas del Plata le dejan al fin tocar la ribera oriental; rechazado aquí, desairado allá, le entregan al fin las fuerzas extenuadas de una provincia que ha visto sucumbir ya dos ejércitos. De estas migajas, que recoge con paciencia y prolijidad, forma sus medios de resistencia, y cuando los ejércitos de Rosas han triunfado por todas partes y llevado el terror y las matanzas a todos los confines de la República, el general manco, el general boleado, grita desde los pantanos de *Caaguazú*: “La República vive aún”. (2)

El 3 de diciembre, el general Rivera, que se encontraba acampado en el Durazno, participó al Ministro de Guerra y Marina la noticia de la derrota de Echagüe, que le fué transmitida desde el Queguay, el día 2, por el general Medina, quien a su vez la obtuvo del comandante José A. Reyes, destacado en Belén, a cuyo conocimiento llegó el 1.º a las 3 de la mañana.

Difundida la buena nueva en Montevideo, provocó entu-

(1) Juan A. Mendoza, mayor de infantería: «Revista Nacional», año 1893, página 51.

(2) Domingo F. Sarmiento: «Facundo o Civilización y barbarie».

siastas manifestaciones de regocijo, siendo celebrado el triunfo en la Jefatura Política y en la residencia de don Julián de Paz, representante del Gobierno de Corrientes. (1) Pero recién al recibirse una comunicación oficial del general Paz, dirigida al Presidente Rivera y que éste hizo saber al Gobierno el día 5, se extremaron los festejos.

Doña Bernardina Fragoso de Rivera fué saludada por una delegación de patriotas, en su quinta del Arroyo Seco, presidida por don José Antuña. Esa distinguida matrona ofreció un lunch a sus visitantes. Don José Rivera Indarte brindó en su honor, diciendo que lo hacía "por la buena y generosa protectora de los emigrados argentinos". Don Julián de Paz, "por el general Rivera, amigo de la Libertad y amigo de los argentinos". "Estos,—terminó diciendo,—han reportado bienes de sus glorias: sea de él la de Caaguazú".

En el domicilio del señor de Paz, se reanudaron dichas manifestaciones, habiendo concurrido las primeras personalidades argentinas y orientales, hallándose entre ellas los doctores Alsina, Agrelo y Vázquez, los señores Mármol, Rivera Indarte, Muñoz (J. J.), y de la Puerta, el coronel Olazábal, el capitán Paiva y el ayudante Acosta, estos dos últimos, portadores de los partes de la victoria. El joven Vicente Ferré, hijo del Gobernador de Corrientes y que se hallaba en Montevideo, compartió de ese acto y pronunció un patriótico brindis.

El día 12 hubo revista de la guarnición de la plaza, mandando la parada el general don José Rondeau. Con ese motivo se congregaron en la Casa de Gobierno las principales autoridades y lo más granado de la Capital.

En Corrientes, el Gobernador Ferré decretó, a su vez, diversas solemnes manifestaciones, que duraron varios días.

El 13 de enero del siguiente año fué aprobada por la Junta de Representantes de Santa Fe la Convención ajustada con el Gobierno Correntino. He aquí el decreto respectivo:

(1) Se dió lectura a unos patrióticos versos de Juana P. Manso, a la sazón en Montevideo, titulados «A Corrientes vencedora».

¡Viva la Federación!

Santa Fe, enero 13 de 1842.—Año 33 de la
Libertad, 27 de la Independencia y 13 de
la Confederación Argentina.

La H. Junta de Representantes de la Provincia, en sesión de este día, y en virtud de las facultades ordinarias y extraordinarias que inviste, ha acordado y

DECRETA:

Artículo 1.º Se aprueba en todas sus partes el tratado de alianza ofensiva y defensiva celebrado entre los Excmos. Gobiernos de esta Provincia y el de Corrientes, el 5 de noviembre de 1841.

Art. 2.º Comuníquese.

URBANO DE IRIONDO, Vicepresidente
—*Cayetano de Echagüe*, Diputado
Secretario.

Recién el 15 se determinó Rivera a efectuar su anunciada travesía a la Provincia de Entre Ríos, haciéndolo al mando de 2,500 hombres. Coincidió ese hecho con la invasión de Paz, por la frontera de Corrientes, quien se hallaba en esos momentos en *Perico Berna*, y ambos ejércitos lograron situarse en las cercanías de la ciudad del Paraná, en la segunda quincena de dicho mes de enero.

Manifiesta Paz, que mientras él penetraba por el Norte, Rivera lo hacía por el Este de la Provincia.

Se ha criticado la tarda resolución de hacer efectivo ese pasaje; pero, como lo dice el historiador Díaz, en el tomo V, página 169 de su "Historia política y militar de las Repúblicas del Plata", el general Rivera no realizó el cruce del río Uruguay, "hasta que no dejó tomadas todas las medidas de seguridad", previsión ésta, más digna de aplauso que de censura.

El general Urquiza, que había sido electo Gobernador el mes anterior (15 de diciembre), tuvo que cederle el terreno, retirándose para Gualaguay, por donde avanzaba la vanguardia de Paz, al mando del general Núñez. Viéndose impotente para resistir a esta doble invasión, Urquiza pasó al Paraná, como con 500 hombres, dejándole a Rivera algunos prisioneros, y más de 6,000 caballos. Simultáneamente, Paz hizo ocupar la capital del Paraná por la división del general Ramírez; y la Legislatura nombró (29 de enero), Gobernador provisorio al comandante Pedro Pablo Seguí. (1)

Cinco días después entró Paz en la Capital, y se dirigió al nuevo Gobernador, manifestándole que esta elección, "hecha por el *voto libre de los representantes*, hace ver que el grito de libertad y muerte a los tiranos que han lanzado luego que se vieron libres del ominoso poder que los oprimía, es el sentimiento que proclaman y que están resueltos a cumplir". (2)

Había que combatir contra adversarios poderosos, y esto aconsejaba apereibirse para la lucha, apelando a todos los medios lícitos, aconsejados por las circunstancias y la experiencia. Rosas era enemigo del Estado Oriental y del pueblo argentino, cuyas provincias, maniatadas a su despótica voluntad, no podían desenvolver libremente sus actividades y anhelos de progreso. Se hacía, por lo tanto, imprescindible una alianza más estrecha, ajustada por medio de un pacto escrito, que sirviera de norma, para proceder con menos vacilaciones y recíprocos recelos, y el 12 de abril se firmó el siguiente convenio entre los representantes del Presidente Rivera y Gobernadores de Entre Ríos y Santa Fe, en Galarza, costa de Gualaguaychú:

Convención de alianza ofensiva y defensiva entre los Gobiernos de la República Oriental del Uruguay, Entre Ríos y Santa Fe, contra el Gobernador de Buenos Aires.

El Presidente de la República Oriental del Uruguay, General en Jefe del Ejército, y los Excmos. Gobiernos de las provincias argentinas, Entre Ríos y Santa Fe, animados del más

(1) Adolfo Saldías: «Historia de la Confederación Argentina», tomo III, página 334.

(2) Saldías, obra y página citadas.

alto espíritu de libertad y civilización en pro de los pueblos que presiden, y penetrados de la necesidad de poner término a la desoladora guerra que el Gobernador de hecho de la provincia de Buenos Aires, hace a los pueblos argentinos y a la República Oriental del Uruguay, contrariando los sagrados principios americanos, y poniendo en práctica el execrable sistema de intervención armada, para disponer a su arbitrio de la independencia y soberanía de los pueblos y Repúblicas vecinas, perturbando en ellas la paz pública, y el pleno goce de sus derechos;

Y siendo ya ineficaz todo otro arbitrio, que no sea el de las armas, para atraer al expresado Gobernador al cumplimiento de sus deberes; deseando, por otra parte, organizar los poderosos elementos empleados hasta hoy, para destruir su exorbitante y despótico poder, resolvieron hacer un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre los tres Gobiernos, que sirva de base a las ulteriores operaciones de la guerra que debe llevarse hasta la desaparición del tirano, garantiendo por este medio, el desarrollo de la opinión de los pueblos que gimen bajo su espantoso poder; y para ello, procedieron a nombrar a sus respectivos Comisarios: a saber,—S. E., el señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, General en Jefe del Ejército, a su Secretario en campaña, el señor don José Luis Bustamante: S. E., el señor Gobernador y Capitán General de la provincia de Entre Ríos, al señor doctor don Santiago Derqui, Ministro de Estado en los Departamentos de Guerra y Hacienda; y S. E. el señor Gobernador y Capitán General de la provincia de Santa Fe, al señor don Domingo Crespo, los cuales, después de haber canjeado sus poderes respectivos, que hallaron en buena y debida forma, han estipulado los artículos siguientes:

Artículo 1.º Se establece una alianza ofensiva y defensiva, entre los mencionados Gobiernos de la República Oriental del Uruguay, de la Provincia de Entre Ríos y de la de Santa Fe, contra el Gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas.

Art. 2.º Los Gobiernos contratantes se comprometen solemnemente, a poner en unión todos los elementos de guerra de que puedan disponer, y a formar cada uno un ejército en estado de combatir.

Art. 3.º De ellos se formará el Ejército Unido, que debe llevar la guerra, hasta obtener la deposición del Gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas, y su completa separación de los negocios de la República Argentina.

Art. 4.º Queda nombrado General en Jefe del Ejército Unido, el Excmo. señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, Brigadier General don Fructuoso Rivera.

Art. 5.º Las altas partes contratantes se obligan; bajo la garantía de su honor, a no dejar las armas de la mano, hasta haber obtenido la deposición del citado Gobernador de Buenos Aires y su separación de los negocios públicos.

Art. 6.º Las mismas altas partes contratantes se comprometen, de la manera más explícita y formal, a promover por todos los medios posibles y resortes legales, la reunión de una gran convención nacional en la República Argentina, depuesto que sea el actual Gobernador de Buenos Aires, para que proceda a la organización y constitución de ella, conforme a sus principios y a la forma de Gobierno, que libre y espontáneamente quiera adoptar.

Art. 7.º Sin perjuicio de lo estipulado en el artículo segundo, el Gobierno Oriental dará al de Entre Ríos, un subsidio mensual de ocho mil pesos en metálico, y otro igual al de Santa Fe, los que le serán reembolsados un año después de la pacificación de la República Argentina, con la ruina del tirano.

Art. 8.º El Gobierno Oriental, con la misma calidad de reembolso, y en el mismo término, proporcionará a los de Entre Ríos y Santa Fe, el armamento y demás útiles de guerra que precisaren para el apresto de sus respectivos ejércitos.

Art. 9.º El General en Jefe del Ejército Unido, desde la ratificación del presente tratado, tomará todas las medidas de guerra que crea convenientes, aún antes de la organización del expresado Ejército.

Art. 10. No habiendo permitido la premura del tiempo, y la gran distancia que media entre este punto y la Capital de la Provincia de Corrientes, la concurrencia del Excmo. señor Gobernador de ella a esta Convención, a la que ha estado dispuesto, y a la que lo llaman su alto patriotismo y compromisos nacionales, le será remitida con la correspondiente invitación a formar parte en el presente pacto.

Art. 11. El presente tratado será ratificado por S. E. el señor Presidente del Estado Oriental y por el Gobierno de Entre Ríos, dentro del tercero día; y dentro de quince, por S. E. el señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Santa Fe; debiendo canjearse las ratificaciones en la ciudad del Paraná, a los veinte días de esta fecha. En testimonio de lo cual, nos, los abajo firmados, Comisarios de los Exemos. Gobiernos de la República Oriental del Uruguay y de las Provincias de Entre Ríos y Santa Fe, firmamos de nuestra mano, tres ejemplares de este Tratado, sellándolos con nuestros sellos respectivos, en este lugar de Galarza, Costa de Gualeguaychú, a los doce días del mes de abril de mil ochocientos cuarenta y dos.—*José Luis Bustamante*.—*Santiago Derqui*.—*Domingo Crespo*.

Está conforme. Por comisión, *Nemesio Patiño*.

Esta Convención, fué dada a la publicidad por el *Jornal do Commercio* de Río de Janeiro, y reproducida por "El Nacional" de Montevideo, en su número 1046, correspondiente al 7 de junio.

Tres días después de su ajuste, un suceso de armas dió el triunfo a la vanguardia de Oribe, manchándose, una vez más, de sangre y baldón, las páginas de la historia de los pueblos en lucha; pero felizmente para la causa de los coaligados, la ignominia y la reprobación universal, recaerán eternamente sobre sus adversarios, quienes demostraron en todas las ocasiones ser enemigos de la civilización y del reinado de las instituciones libres.

La siguiente carta del ex Presidente Oriental al servicio de Rosas, en que se da cuenta, con la mayor naturalidad, de la decapitación de un prisionero, si no existiesen innumerables hechos análogos y aún peores, bastaría para caracterizar la moral política de los tenientes del sátrapa argentino.

¡Viva la Federación!

Señor General don José Félix Aldao, Cuartel General, en las Barrancas de Coronda, abril 17 de 1842.

Mi estimado general y amigo:

Con mucha satisfacción participo a usted que el 15 en la tarde, fué derrotado y completamente disperso, el salvaje uni-

tario Mascarilla, por la vanguardia de este Ejército, al mando de los señores coroneles Flores y Andrada, cerca de la estancia del finado general don Estanislao López. Treinta y tantos muertos y algunos prisioneros, entre los cuales quedó el salvaje titulado general Juan Apóstol Martínez, que le fué ayer cortada la cabeza, fué el resultado de este hecho de nuestras armas federales. La persecución del salvaje Mascarilla, aún sigue. Felicito a usted por este glorioso suceso y me repito su muy atento seguro servidor y amigo Q. B. S. M.—*Manuel Oribe*.

Al ocuparse de la derrota infligida a Lavalle en *Pamaillá*, el 19 de septiembre de 1841, dice el autor de "Rosas y su tiempo" que la reducida infantería unitaria, compuesta de milicianos cordobeses, se rindió a Oribe, "y fueron degollados hasta el último". (1)

El autor del "Ensayo histórico sobre el Tucumán", consigna, a su vez, en la página 231, que un jefe de talento discurrió un medio ingenioso: los sesenta prisioneros fueron atados unos con otros, en una sola fila, como un rosario, y los lazos de las puntas arrastrados a la cincha, por varios jinetes, hasta tender en el suelo el humano racimo. ¡Y allí fué el festín de los caníbales! (2)

Todos los dispersos rendidos eran entregados a Oribe, que elegía las clases graduadas para "ejecutarlos en la forma ordinaria", exceptuando a los más copetudos, a quienes aplicaba otra forma, tal cual pasó con don Marco Avellaneda, "cuya cabeza fué colocada en una pica, a la expectación de los habitantes, en la plaza pública de la ciudad de Tucumán" (3). Entre los degollados se hallaba el coronel Borda, a quien también le fué cortada la cabeza, y dícese que Oribe, mandó las orejas saladas de la víctima a Manuela Rosas. (4)

(1) José María Ramos Mejía, obra citada, tomo III, página 331.

(2) Paul Groussac, obra citada.

(3) Parte de Oribe, fechado en Metán el 3 de octubre de 1841 y publicado en «La Gaceta Mercantil» del 28 del mismo mes y año. La declaración de Avellaneda, puede verse en el número correspondiente al 2 de noviembre del mismo periódico.

(4) «Memoria histórica de la Provincia de Tucumán», página 251.—Ramos Mejía, obra citada, página 332.—Este historiador hace presente que si bien el doctor Saldías refiere el fusilamiento de Borda en su «Historia de la Confederación Argentina», no menciona el hecho bárbaro de que se trata.

Al mes siguiente de la acción que motivó la carta de Oribe, dirigida a Aldao, el Gobierno Oriental declaró a la República en Asamblea, y sobre las armas, expidiendo el decreto que va a leerse:

Montevideo, mayo 14 de 1842.

Puesto el Gobierno en el caso de consultar por todos los medios posibles, la defensa del territorio, amagado por una invasión, por un enemigo que nada respeta y tratándose nada menos que de la existencia de la Patria, el Gobierno ha acordado y decreta:

1.º Desde el 15 del corriente, la República toda queda en Asamblea, y sobre las armas.

2.º Son llamados a las armas todos los hombres de la edad de catorce años a cincuenta.

3.º Todos los hombres que se hallan alistados en los cuerpos de Guardia Nacional, y otros de cualesquiera denominación que sean, concurrirán a las 12 del día citado, a sus cuarteles.

4.º Sólo se exceptúa de la concurrencia a la Asamblea, los carniceros, aguaderos y panaderos; y los extranjeros inscritos en los registros consulares.

5.º Todas las excepciones que establece la Ley de Guardias Nacionales, quedan suspendidas.

6.º Todos los que por cualquiera de las excepciones que establece la Ley de Guardias Nacionales no estén alistados en ningún cuerpo, concurrirán el mismo día 15, para la hora señalada, los de la ciudad vieja, en la Plazuela del Cuartel de Dragones y en la Plaza Mayor. Los de la nueva ciudad, en la Plaza de Cagancha. Los del Cordón, hasta la Plaza de Toros y Aguada, en la Plazuela de la Iglesia Parroquial del Carmen. Los del Carmen y Miguelete, en el Cerrito.

7.º Un decreto especial, expedido por el Ministerio de la Guerra, fijará el día en que han de empezar las Asambleas en los Departamentos de campaña, y los puntos en que deban tenerse.

8.º La divisa del Ejército y la cucarda nacional, deberán ser distintivos de los establecidos en Asamblea.

9.º Todos los que hallándose comprendidos en las disposi-

ciones de este decreto no hubiesen cumplido con lo que en él se ordena, saldrán del país, dentro de tercero día.

10. El presente decreto se publicará por bando en la ciudad y extramuros, incluso Cordón y Aguada, insertándose además en los periódicos.

JOAQUÍN SUÁREZ. — FRANCISCO
A. VIDAL. — ENRIQUE MARTÍNEZ. --
JOSÉ DE BÉJAR.

Crispín Velázquez, que operaba al norte de Entre Ríos, ofició a Oribe, el 15 de mayo, dándole noticias del resultado de sus correrías, favorables, según él, a la causa federal. Ante tan grata nueva, éste le escribió felicitándolo; pero por no perder la costumbre, junto con la orden de continuar su campaña de hostilidad a los unitarios, le recomendó que oficiase al famoso Abrahán, hombre de horea y cuchillo, transmitiéndole sus deseos de que les cortase la cabeza a los prisioneros de algún valer, que tuvieran la desgracia, para él la suerte, de caer en sus manos.

Ahí va la prueba de lo que decimos:

¡Viva la Federación!

Señor Comandante don Crispín Velázquez.

Cuartel general en el Paraná, mayo 17 de 1842.

Mi estimado Comandante: una vez que según el parte de usted, de fecha 15 del corriente, que acabo de recibir, no hay ya salvajes unitarios a que atender por la Concordia, es preciso que contraiga usted su atención a los puntos que aún ocupan, del Gualaguay, Uruguay, etc., y me comunique sin pérdida de tiempo y a menudo, cuanto ocurra, pues hasta ahora es de usted de quien recibo partes más seguros y circunstanciados.

También ruego a usted le oficie al mayor Abrahán, que si ha tomado prisionero algún salvaje unitario de copete, lo degüelle inmediatamente.

Sin otro objeto y felicitando a usted como a los demás federales por un suceso tan feliz como el que me comunica en su citado parte, me repito su afectísimo.—*Manuel Oribe*.

P. D.—También es importante me envíe los papeles que le hayan tomado al salvaje Angel Núñez.

¿Se quiere una guerra más bárbara y sanguinaria?

¿Puede darse un sistema político menos racional y humano?

Sin embargo, pretendía Oribe restaurar el poder y domar la altivez cívica nunca desmentida del Pueblo Oriental.

Era necesario, pues, oponerse tenazmente a su avance triunfal hacia el suelo uruguayo, aunque hubiese que hacer los más enormes sacrificios. La conservación de nuestra nacionalidad y las vidas y haciendas de sus habitantes, principalmente de los de *copete*, según su lenguaje, así lo aconsejaban, máxime cuando esa escuela de desolación y sangre prosperaba en el corazón de los servidores de Rosas, que desgraciadamente to-



General José Félix Aldao (Fraile)

nían mando de fuerzas y que no respetaban ni la existencia de los más humildes.

El fraile Aldao, que además de apóstata, sacrílego y sanguinario, tenía las entrañas de un monstruo, no contento con sus fechorías de todo linaje, expidió el más abominable de los decretos que pueda abortar un cerebro humano extraviado por la ambición y el encono. El 31 de mayo interdictó todos los bienes pertenecientes a los unitarios de la provincia de Mendoza y declaró alienados a cuantos no respondían a su

voluntad y a las aspiraciones de Rosas. Ese documento lo hizo conocer por primera vez "El Mercurio" de Valparaíso y mereció la reprobación unánime de todos los hombres libres del Río de la Plata.

Su escarnio de la personalidad humana, llegó al extremo de hacer habilitar una casa destinada al encierro de sus enemigos, para que éstos fuesen tratados como personas dementes, llevando esa bajeza al punto de librar a la voluntad y el criterio del jefe de policía la clasificación del grado de sensatez de aquéllos, convirtiendo así en alienistas a funcionarios profanos en enfermedades mentales, si bien podían asesorarse de algún facultativo. Pero como sólo se proponía infligirles una humillación, eso nada le importaba.

La misma autoridad fué investida con el cargo de administradora de los bienes de los interdictados, en calidad de tutora y curadora, y éstos no podían disponer de suma alguna mayor de diez pesos sin el previo asentimiento de su cancerbero, ni servir de testigos, salvo aquellos casos en que no se encontrase individuo alguno, entre los suyos, a quien recurrir con ese objeto.

El documento que nos ocupa no encontró, sin embargo, ningún Ministro que inspirase la menor confianza al Gobierno, capaz de autorizarlo con su firma, como resulta de su propio contexto, viéndose precisado a valerse del oficial mayor de la Secretaría para que lo refrendase. Ese solo hecho demuestra el vacío que rodeaba a su autor.

El decreto que comentamos, dice así:

¡Viva la Federación!

Mendoza, mayo 31 de 1842; año 33
de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

El Poder Ejecutivo de la provincia, etc.,

Considerando que desde el principio de la lucha de los federales contra el bando salvaje de unitarios han manifestado estos últimos un desquicio completo de su cabeza; que entre

sus desordenadas maquinaciones, se unieron a los extranjeros para humillar la dignidad y honor de la República; que la manía de hacer males a los pueblos de la Confederación se acrecienta cada día; que todas las clases de la sociedad están expuestas a las tropelías de esos furiosos locos; que es el deber del Gobierno poner un dique a estas furias, salvando así los pacíficos habitantes de sus asechanzas. En uso de las facultades ordinarias y extraordinarias que inviste, ha acordado y decreta:

Artículo 1.º Es encargado el Jefe de Policía de disponer una casa de las del Estado, para asegurar todos los salvajes unitarios que a su juicio se consideren más frenéticos.

Art. 2.º Ningún salvaje unitario podrá disponer más del valor de diez pesos, sin previo conocimiento de la Policía, a cuya autoridad se les nombra como tutor y curador.

Art. 3.º Será de ningún valor todo contrato de compra y venta, donación y cesión, habilitación mutua, préstamo, arriendo de bienes, sean muebles, semovientes o raíces, que exceda del valor expresado, sin el previo conocimiento del Jefe de Policía.

Art. 4.º El escribano que procediese a autorizar algún contrato de la calidad referida, sin una constancia de haber sido visada por el Jefe de Policía, será penado con la pérdida de su oficio.

Art. 5.º Serán declarados salvajes unitarios los que resulten comprendidos en las listas de clasificación que con esta fecha pasan al Jefe de Policía.

Art. 6.º Ninguna persona, sea extranjera o de la República, tendrá opción a reclamar sobre cualquier contrato que tenga con los comprendidos en el artículo anterior, sin que antes haya precedido el consentimiento de la Policía.

Art. 7.º No podrán éstos servir de testigos en ningún instrumento público, ni privado, asunto ni causa civil o criminal, excepto en los casos de grave urgencia en que no se encuentre otra persona hábil y después que el Jefe de Policía sea certificado, por un facultativo de confianza, de hallarse en disposición de que su juicio se haya restablecido algún tanto.

Art. 8.º Sus exposiciones no harán fe en juicio, sino después de obtenido el consenso del Jefe de Policía, a virtud del

reconocimiento respectivo, que mandará practicar, de su estado y capacidad.

Art. 9.º Publíquese por bando, fijese, circúlese y dése al registro.

ALDAO.

De orden de S. E. y por no haber Ministro de la confianza del Gobierno,

El Oficial 1.º de la Secretaría.—*Santiago Miranda.*

“El Mercurio”, al transcribir este original decreto, lo calificó sarcásticamente de *precioso documento de legislación*.

Esas pocas palabras del periódico chileno valen mucho más que un extenso comentario, pues encierran una burla sangrienta.

Tenía razón “El Nacional” de Montevideo cuando decía lo siguiente, analizándolo: “Si hay un documento cuya sola lectura baste para descubrir que su autor es un profundo malvado, es sin duda ese que ha suscripto el sacrílego teniente de Rosas. Barbarie semejante no se encuentra ni en los delirios de los famosos tiranos, asombro de la historia. Esos monstruos martirizaban la carne y el espíritu de sus semejantes, pero no los trataban con el menosprecio, con la bestial ironía con que el fraile de Mendoza afrenta a sus míseros paisanos.”

Afirma el doctor Ramos Mejía que en la acción de *Angaco*, librada el 16 de agosto de 1841, en que “600 hombres, radiantes de juventud y de coraje, resuelven vencer a todo el *Ejército combinado de Cuyo*, y lo vencen”, arrollada por Crisóstomo Alvarez la vanguardia de Aldao, las músicas de 2,000 veteranos que venían detrás de ella, lanzaban al espacio notas triunfales y alegres “para alejar del turbio espíritu del Fraile las tristezas que derrama en él su cáncer, *manando alcohol por los poros que deja libre la sanies.*” (1)

Sin embargo, José Félix Aldao se había conducido como buen patriota en las luchas por la independencia de su país, siendo teniente coronel de caballería en el ejército de los An-

(1) «Rosas y su tiempo», tomo III, página 311.

des, y después, Gobernador y brigadier general de la provincia de Mendoza. En 1806, recibió en Chile las órdenes religiosas, y once años más tarde se le designó capellán del ejército y luego teniente.

Prestó servicio activo en la campaña de los Andes y del Perú, y fué uno de los principales elementos de acción a que dió lugar a la convulsión de la referida provincia, sin disfrutar reposo desde 1825. El 23 de junio de 1829, se encontró en la acción de la Tablada (Córdoba), en que el general Paz derrotó a Facundo Quiroga. Formaba en las filas de este último.

Encariñado con la vida de los campamentos y hecho para la guerra, más que para la predicación del Evangelio, llevó una existencia borrascosa, viéndose desde entonces envuelto en el polvo de la derrota o del triunfo, según le sonriera la fortuna en los combates.

Apóstata, ebrio y cruel, dejó memoria amarga de su paso y murió de cáncer el 18 de enero de 1845. (1)

Era, pues, Aldao, además de apóstata y sanguinario, adorador de Baco, y ello explica sus desmanes de todo linaje y la resolución que dejamos comentada, pues sólo a un desalmado y ebrio consuetudinario, de naturaleza minada por un mal incurable, pudo ocurrírsele declarar locos e interdictar a sus adversarios políticos.

Las distintas unidades del Ejército Oriental, destacadas al norte del río Negro y en la Provincia de Entre Ríos, no permanecían ociosas, a pesar de los injustos cargos que se formulaban contra su jefe supremo. Los siguientes párrafos de cartas datadas en Paysandú e insertos en el diario últimamente nombrado, lo ponen así de manifiesto elocuentemente:

Sandú, 31 de mayo de 1842.

Nuestra fuerza al mando del general Aguiar, se halla en el interior de la Provincia de Entre Ríos.

Oribe estaba el 12 en el Paraná con 1,500 infantes, pero luego que sintió al comandante Fausto por un paraje llamado *Las Ramadas*, se reembarcó, y antes de verificarlo, dego-

(1) Adolfo P. Carranza, «Memorias del general Gregorio Arroz de la Madrid», tomo II, pág. 451.

lló a 16 personas, entre ellas al Gobernador Seguí y a Soler, etcí, con penas muy grandes a los que quedaron, para que no diesen sepultura a aquellos salvajes... Es un triunfo para el general Aguiar, porque marchará hasta el Paraná.

De Corrientes esperamos noticias de un momento a otro, pues según las anteriores, vienen en marcha los primeros 1,500 hombres que manda el Gobernador Ferré.

Junio 2.

Son las 9 de la mañana, y acaba de llegar el señor Mada-riaga, Enviado de Corrientes, con comunicaciones para S. E., el que me ha dicho que son muy satisfactorias y que el Ejército viene en marcha, que aquel Gobierno lo ha reconocido como director de la guerra... Esto está bueno y vuelvo a asegurarle que la invasión no llegará a nuestra tierra... Yo marché con el señor Presidente en este momento a la barra de San Francisco.

S. E. marcha mañana o pasado para esa Capital, porque sólo espera para verificarlo tener noticias de los resultados de Corrientes.

Junio 2.

Dije a usted en mi anterior, que las divisiones de nuestro ejército estaban todas en marcha para el interior del Entre Ríos. Ahora le agregó que la del coronel Blanco, que marchó por la costa, está más allá de Nogoyá; y que han batido una montonera, matándoles muchos y remitiendo 15 prisioneros. El general Aguiar se halla hace seis días junto a Montiel, esperando que Luna, con su división, se hiciera sentir a retaguardia de las montoneras para atacarlas e impedir que se abriguen en Montiel.

Estas montoneras están en la mayor dislocación, porque les falta un centro de autoridad. Ningún jefe de los que la capitanean quiere obedecer al otro.

Crispín, dice que pertenece a Urquiza, Chancaca a Echagüe, Ereñú a sí mismo, y así los demás, y entre todos no ascienden a 600 hombres.

Parece que no hay duda de que Oribe ha repasado el Pa-

raná. Se dice que todas estas divisiones tienen orden de arrear desde el Paraná todo lo que camine por sus pies para la costa del Uruguay, a la par que las familias, para que el ejército de Rosas, caso de pasar el Paraná, no tenga medios de movimiento y de manutención. (1)

A estos informes suministrados al 'diario de la referencia, se unieron numerosas manifestaciones, todas ellas a cual más alentadora, como vamos a constatarlo.

El pueblo de Paysandú, dando un vivo ejemplo de patriotismo, se congregó en la iglesia parroquial para adherir entusiastamente a la causa de los Poderes públicos de la Capital, que, como resulta del decreto inserto en páginas anteriores, acababan de apelar al concurso de todos los habitantes de la República en pro de la soberanía nacional amenazada por el déspota argentino.

He aquí el honroso y plausible documento que fué subscrito en aquel solemne acto:

ACTA.—En la Villa de Paysandú, día de la festividad del Corpus Cristhi, 26 de mayo de 1842, concluída la misa parroquial y reunido el vecindario en el atrio del templo, a consecuencia de convocatoria hecha por el Alcalde Ordinario del departamento, con el objeto de instruirlo de las medidas adoptadas por el Superior Gobierno y Honorables Cámaras, con la circular de su referencia, que así lo dispone, se procedió por el señor Alcalde Ordinario a la lectura de los enunciados documentos, los que produciendo en el ánimo de los concurrentes la más patriótica y enérgica impresión de entusiasmo, en favor de la justa causa que defiende el Estado Oriental y contra las ambiciosas y sangrientas miras del execrable y bárbaro degollador de Buenos Aires, que oprime y devasta los infortunados pueblos de la República Argentina; acordaron por unánime consentimiento: que se dieran a nombre de Paysandú las más rendidas gracias al supremo Poder Ejecutivo, y a los Representantes de la Nación, por las medidas prontas, activas y eficaces que ambos Poderes han adoptado para poner el país en estado de seguridad y defensa de toda invasión exterior; que al efecto se labrará un acta, en la que se

(1) «El Nacional», número 1047.

consignarán pública y solemnemente los expresados sentimientos de gratitud, adhesión y respeto a tan paternal y benéfico Gobierno, por cuyo principio y en prueba incontestable de estos mismos sentimientos, quiere se eleve a su superior conocimiento, que el pueblo en masa de Paysandú desea, y es su voluntad expresa y decidida, segundar los esfuerzos del Superior Gobierno por cuantos medios estén a su alcance; porque Paysandú está decidido y resuelto a morir peleando; que se le reduzca a cenizas, si necesario fuese, y que los invasores triunfen sobre escombros y cadáveres, antes que ver realizarse los males que amenazan a la Patria, con ese yugo de oprobio, de ignominia, de proscripción y de muerte, que el cruel, el sanguinario, el impío Rosas, y sus viles satélites quieren imponerle.

Otrosí: por la íntima convicción y conciencia que el pueblo de Paysandú tiene de ser estos mismos los sentimientos y principios en la generalidad de los habitantes del departamento, pide: que a la circular del Excmo. Gobierno y sanción de las Honorables Cámaras se acompañe copia de la presente acta a todos los pueblos y distritos de esta municipalidad, para que igualmente la suscriban y remitan al Gobierno para los fines consiguientes.

En testimonio de lo cual la firmamos por nuestra libre y espontánea voluntad, las autoridades y vecinos que aparecen.

(Siguen las firmas.)

Al publicar "El Nacional" esta acta, la precedió de entusiasmas y merecidos comentarios, que en honor a los autores de aquélla vamos a sacar de la obscuridad del olvido, para que las generaciones de todos los tiempos recojan la edificante enseñanza que ellos entrañan. Dicen así:

“¡Honor al valiente pronunciamiento de Paysandú!

“Bajo el epígrafe *interior*, registramos el pronunciamiento patriótico de Paysandú, que por su espontaneidad y vigor merece la corona cívica de la gratitud nacional. ¡Qué Alcalde tan honrado y patriota! ¡Qué vecindario tan entusiasta y

noble! ¡Qué cura párroco tan elocuente y decidido! ¡Qué acta tan rica de elevación y coraje! Paysandú ha descollado entre todos los pueblos de la República, y aunque no dudamos que su ejemplo será imitado por los otros departamentos, su acta de 26 de mayo siempre será un documento por todos títulos clásico.

“En ella no se emplean palabras falaces y cobardes para hablar del degollador Rosas; se le ataca de frente, se le llama según merece, y no hay una expresión que no sea propia y candorosa.

“La virtud reside en los campos. Nuestra campaña es la madre robusta de nuestros más valientes y netos colorados; allí no hay dudas, desconciertos ni aberraciones. La Patria allí está en mayoría; y las concepciones patrióticas de esta Capital, por tantos motivos benemérita, encuentran allí eco profundo y ejecución vigorosa. Cuando la Capital dé el grito sublime de emancipación a la raza negra para armarla en defensa de la Patria, los departamentos de campaña lo realizarán con el mismo aplauso con que han saludado la declaración de la Patria en peligro.” (1)

En otros distritos del mismo departamento encontraron eco estas manifestaciones, como lo veremos más adelante. Al deber cívico de defender la Patria, tan cruelmente amenazada en su integridad y engrandecimiento, se unía el instinto de conservación, pues peligraban la vida y el honor al caer en manos de los sostenedores de Rosas. De manera que dos sentimientos igualmente sagrados inspiraban la loable actitud de aquel dignísimo vecindario y demás habitantes de los pueblos del interior y litoral de la República.

Comisaría del Rincón de las Gallinas.—Estancia de los Om-
buses, costa del Uruguay, junio 25 de 1842.

El infrascripto, Comisario interino, tiene el honor de dirigirse al señor Comandante del departamento, con el objeto de adjuntarle original la Acta que los vecinos de este distrito

(1) Junio 9 de 1842, número 1048.

han levantado, deseosos de segundar la solemne declaración que ha hecho ese vecindario, en la que espontánea y solemnemente han declarado no reservar sacrificio ni esfuerzo que tiendan a repeler las sangrientas y bárbaras agresiones del tirano de Buenos Aires.

Al mismo tiempo le es muy satisfactorio declarar al señor Comandante que en este distrito no ha quedado ni un solo individuo que no haya cumplido con lo que impone la Patria: así es que suplica al señor Comandante eleve al conocimiento del Superior Gobierno la patriótica declaración que ha hecho este vecindario.

Dios guarde al señor Comandante muchos años—*Luis Coquet*, Comisario interino.

Señor Comandante del Departamento de Paysandú, don Mauricio López.

ACTA.—En el Rincón de las Gallinas, a siete de junio de mil ochocientos cuarenta y dos, reunidos los vecinos que firman, ante el Comisario de este distrito don Luis Coquet: teniendo en vista las circunstancias del país, las medidas adoptadas por las Honorables Cámaras y la resolución y energía con que el Gobierno de la Nación ha resuelto salvar al heroico Pueblo Oriental de la dominación sangrienta del usurpador Juan Manuel Rosas: persuadidos que como miembros de la sociedad a que pertenecen es de su deber contribuir por cuantos medios estén a sus alcances al sostén de la Libertad e Independencia Oriental, y al mismo tiempo, deseosos de conservar sus derechos, propiedades y vidas, constantemente amagados por el enemigo de la razón y de la humanidad, y en completa uniformidad con los sentimientos ya pronunciados públicamente por las autoridades y habitantes de la Villa de Paysandú, hemos convenido en declarar pública y espontáneamente que no reservaremos sacrificios y esfuerzos que tiendan a repeler las sangrientas y bárbaras agresiones del tirano de Buenos Aires, y en fe de ser ésta nuestra firme y decidida voluntad, y para que ahora y para siempre sea conocida de todos, firmamos la presente Acta.—(Siguen las firmas).—*Luis Coquet*, Comisario interino.

Comisaría de Román Grande, junio 6 de 1842.

El infrascripto tiene el honor de dirigirse al señor Comandante del Departamento, adjuntándole original el acta que han levantado los vecinos de este distrito con el laudable objeto de manifestar los sentimientos que están de completa uniformidad con los que animan a todos los habitantes de este departamento.

Dios guarde al señor Comandante muchos años

ACTA.—En el departamento de Paysandú y en la Comisaría del distrito del arroyo de Coladeras y el Bellaco, a 5 del mes de junio de 1842, reunidos los vecinos que suscriben por invitación del Comisario del mismo distrito y enterados de las medidas adoptadas por las Honorables Cámaras y Superior Gobierno, para rechazar la invasión que el tirano sangriento de Buenos Aires prepara contra la independencia, libertad y derechos del heroico Pueblo Oriental, y al mismo tiempo deseosos y decididos a secundar la patriótica manifestación de las autoridades y vecinos de la Villa de Paysandú, espontánea y solemnemente declaran que ofrecen sus intereses, personas y vidas para sostener la Libertad e Independencia de la Nación, y rechazar a viva fuerza las infames pretensiones del tirano Juan Manuel Rosas, y en testimonio de ser ésta nuestra voluntad, firmamos la presente acta.

(Siguen las firmas.)

Juzgado de Paz, 2ª sección.

Uruguay, junio 17 de 1842.

Per las tres adjuntas notas, que originales acompaño, de los Tenientes Alcaldes de los tres distritos de que se compone esta sección, se impondrá del resultado que ha tenido el acta que por este Juzgado fué circulada a los referidos Tenientes.

Alcaldes, con fecha dos del corriente, iguales ejemplares a la que también se acompaña.

Dios'guarde, etc.—*Tomás Agesta*, Juez de Paz.

ACTA.—En el segundo distrito de la segunda sección del departamento de Paysandú, a 5 de junio de 1842, reunido el vecindario por mí el infrascripto, Teniente Alcalde, por disposición del Juez de Paz de la sección, a efecto de instruírsele del superior decreto de 14 de mayo último y copia del acta que con fecha 26 del mismo mayo se levantó en el pueblo, cabeza del departamento, que dice como sigue: “En la Villa de Paysandú a 26 de mayo de 1842, reunido el vecindario a consecuencia de convocatoria hecha por el señor Alcalde Ordinario del departamento con el objeto de instruirle de los medios adoptados por las Honorables Cámaras y Superior Gobierno con la circular de su referencia que así lo dispone, se procedió por el señor Alcalde Ordinario a la lectura de los documentos referidos, los que produciendo en los concurrentes la más patriótica y enérgica impresión de entusiasmo en favor de la causa de la libertad y civilización, y contra las ambiciosas miras del execrable y bárbaro tirano que domina e inunda en sangre la infortunada Buenos Aires, acordaron levantar la presente acta para conservar pública y solemnemente sus sentimientos, pidiendo a las autoridades del pueblo fuese elevada al superior conocimiento del Excmo. Gobierno, para su satisfacción; protestando su alto reconocimiento a las Honorables Cámaras y Superior Gobierno por su patriotismo, energía y acertadas medidas para salvar la Patria; ofreciendo segundar los esfuerzos del Gobierno con cuanto fuese necesario, sin exceptuar servicios ni sacrificios de clase alguna, resueltos primeramente a reducir el país a cenizas, que permitir sea presa del impío tirano y sus viles satélites. Ningún pueblo puede ser sometido si no es su voluntad: en su mano está el desaparecer antes que dejarse poner el yugo de esclavitud o ignominia. ¿Y el heroico Pueblo Oriental desmentirá en esta vez sus gloriosos antecedentes? ¡Nó! conviértase primero la República en un vasto cementerio que consentir el oprobioso yugo de vergüenza y crueldad y

horrores que quieren imponerle el monstruo degollador Juan Manuel Rosas y sus viles asesinos. Convencidos también de que estos mismos son los sentimientos y principios de la generalidad de los habitantes del departamento, piden que a la circular del Gobierno y sanción de las Honorables Cámaras, se acompañe copia de la presente acta a todos los pueblos y distritos de esta municipalidad, para que igualmente la suscriban y remitan al Superior Gobierno para los fines convenientes." En testimonio de lo cual, y animados de los mismos sentimientos patrióticos que en la precedente acta han manifestado las autoridades y vecindarios de la capital del departamento, nos reproducimos en ello, y para su constancia lo firmamos de nuestra libre y espontánea voluntad.—(Siguen las firmas).—*Fernando Gomensoro*, Alcalde.

Las generaciones actuales y venideras, por viriles y patrióticas que sean, no podrán sobrepujar en entusiasmo y civismo a los autores de un movimiento tan lleno de nobles expansiones y levantados ideales. Eran aquellos tiempos de prueba, en que se fundían los ciudadanos en un molde que puede servir de modelo a los pueblos más austeros del mundo. No se luchaba entonces únicamente por el predominio de un partido en el poder,—idea respetable, empero, si éste encarna principios avanzados,—sino principalmente en defensa de la salud de la Patria, amenazada por la gangrena de una restauración suicida, y por mantener incólume la soberanía nacional.

Debemos, pues, hacer justicia a aquellos esforzados adalides de nuestras libertades, y en los días álgidos para la suerte del país, tender la mirada hacia tan glorioso pasado para pedir inspiración y fortaleza a sus manes heroicas.

II

SUMARIO:—Comunicaciones de Ferré a Rivera, relativas al tratado de Galarza y a la conducta del doctor Derqui.—Intrigas de este último.—Recelos infundados del general Paz y ataques injustos a Rivera.—Triunfo obtenido por el coronel Luna sobre el indio Abrahán en las puntas de Lucas.—Salvajismo de Crispín Velázquez.—Parte de Dionisio Ovelar al Gobernador Ferré sobre otros hechos de armas.—Emisión de billetes en Corrientes para facilitar el cambio mercantil.—Parte del comandante de Goya sobre el estado del ejército enemigo en Santa Fe.—Proclamas del coronel Estivao y del Alcalde Riobo a los habitantes del departamento de Soriano.—Concentración en San Salvador de las milicias de aquel departamento y de la Colonia.—Vigilancia en las costas de los ríos Uruguay y Plata e internación de las caballadas.—Juicio honroso para su comandante militar.—Las fuerzas del general Paz.—Visita de éste a Paysandú.—Manifestaciones de los más caracterizados jefes y oficiales en favor del Gobierno y del general Rivera.—Documento que exterioriza sus levantados sentimientos.—Premios acordados por la Legislatura de Corrientes a los defensores de dicha provincia.—Proclama de Ferré y decreto de enrolamiento.

Así las cosas, el general Paz, que se demostró siempre desafecto a Rivera y a Ferré, comisionó al doctor Santiago Derqui para que gestionara cerca de este último, en su favor, el mando del ejército y se pusieran a su disposición todos los elementos existentes en Corrientes. El nombramiento de Rivera como director de la guerra, le había producido el peor de los efectos y quería neutralizar su influencia por este medio, invocando propósitos ocultos por parte del Presidente Oriental, a quien suponía anheloso de apoderarse de una porción del territorio argentino. Apelando a esa intriga, pensó que Ferré se convertiría en su aliado; pero fueron tan inhábiles los procedimientos empleados por el doctor Derqui, que aquel ilustre correntino descubrió sus torpes manejos y se previno contra él.

Las siguientes comunicaciones dirigidas al general Rivera, lo demuestran acabadamente:

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

El Gobernador de Corrientes,

Corrientes, junio 3 de 1842.

Al Excmo. señor Presidente del Estado Oriental del Uruguay, brigadier general don Fructuoso Rivera.

El infrascripto, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Corrientes, después de serias reflexiones para reco-



Doctor Santiago Derqui

nocer autoridad bastante en los señores generales Paz y López, como Gobernadores, el primero de Entre Ríos y el segundo de Santa Fe, y plegarse al tratado de Galarza, ha tenido que paralizar la marcha que lo conducía a este objeto, porque no encuentra en ella la realidad de sus destinos, para poder celebrar convenciones entre Gobiernos legalmente constituidos. Luminosas razones que se han tenido en vista, satisfarán a V. E.,

y le dará mayor claridad la copia adjunta del resultado de las conferencias que han tenido lugar entre el doctor Santiago Derqui, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario cerca de este Gobierno y su comisionado el coronel don José María Pirán.

Sobre estas urgentes cualidades se aglomeraban muchas más, para no podernos entender con el doctor Derqui. Su

conducta pública y privada ha tocado los extremos. Un idioma descortés ha usado en sus reuniones para hacer decaer los prestigios de la autoridad, y sobreponiéndose a los respetos de ella, no ha mirado su posición ni los desagradables resultados que preparaba para el desempeño de su propio encargo. Hay más, Excelentísimo señor: una conducta tan contraria al carácter que inviste ha puesto al vecindario y al ejército en acecho; lo ha prevenido, y ha podido muy bien tener un amargo resultado la conducta hostil con que ha marchado en esta Capital, desde su arribo a ella, promulgando ideas y dando noticias falsas por el deseo de alarmar.

El Gobierno de Corrientes, deseoso de unir sus esfuerzos a los de V. E., para la destrucción del tirano de la República, se ha apresurado a nombrar un agente premunido y habilitado para arribar con V. E. a un tratado racional, que sea la columna que haga la felicidad del país que V. E. representa, y el de los argentinos. La buena fe y los intereses recíprocos serán la manera que proporcionen los progresos, y V. E. y el Gobierno de Corrientes harán conocer al mundo todo, que sus deseos son la libertad de la Patria.

Dios guarde a V. E. muchos años.—PEDRO FERRÉ.

Señor don Fructuoso Rivera.

(Reservada.)

Corrientes, junio 3 de 1842.

Compañero y amigo:

El genio del mal parece que siempre anda cruzando nuestros mejores designios en obsequio de la paz, buena inteligencia y seguridad de nuestra cara Patria; tal debe haber sido el que le inspiró mandar al doctor Derqui en calidad de enviado a Corrientes, después de los sucesos del Paraná, de que creo a usted todavía poco instruido; a este hombre, cuya inconsecuencia se ha empeñado provocar él mismo; a este hombre, que maldice a su mismo comitente; a este hombre,

enviado únicamente por usted, porque los otros son nominales; que antes de tratar nada ya empieza a infundir desconfianzas contra usted mismo, atribuyéndole aspiraciones a disponer de toda la República, en momentos que no descariámos tratar más que de salvarla del poder del tirano; cuyas presunciones sólo viste para ocultar las suyas; a este hombre a quien los correntinos no pueden mirar sin indignación; así como a todo su círculo, y que ha guardado una conducta en ésta que bien pudiera decirse que era un agente del enemigo, porque ha creído de ese modo cubrir las intrigas del Paraná, que tan funestos resultados han traído, ¡lo consideraron propio para conciliar las urgencias que en estas circunstancias nos demanda la salvación de la Patria! que quiere sostener la legalidad del Gobierno del general Paz, en los momentos que a mí, al comisionado del Gobierno y a todo este pueblo, ha hecho entender que usted se había ido a Montevideo por veinte días, únicos que el general Paz esperaba para irse a Montevideo y de allí a Chile. En fin, son una infinidad de cosas de que puede instruirle el coronel Pirán como testigo de los sucesos del Paraná y de esta Capital para que le sirvan de regla.

Deme su opinión con la misma reserva y franqueza que le hago en ésta, respecto a lo que podemos convenir con los republicanos.

Si algunas restricciones le pide el enviado respecto al tratado que debemos celebrar, o mejor diré, recibir, acceda, porque todo debe ser obra de la buena fe; así tapamos la boca a todos y mucho más a los que alarman a los pueblos con las pretensiones que suponen en usted.

Después de muchos días que estuve en el Paraná vine a saber indirectamente que había deseado hiciésemos rescindir nuestro tratado, sin saber hasta hoy cómo fué, ni qué se le contestó.

Algún día hablaremos.

Soy de usted afmo. amigo;—PEDRO FERRÉ.

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

El Gobernador y Capitán General de la Provincia,

Corrientes, junio 17 de 1842.

Al Excmo. señor Presidente del Estado Oriental del Uruguay.

Por los testimonios fehacientes que tengo el honor de acompañar a ésta, se instruirá S. E. el señor Presidente de la conducta irregular con que el doctor don Santiago Derqui (1) ha reagrado sus anteriores procedimientos, justificando aun más la sensible necesidad en que este Gobierno se vió desde principios del corriente, de prevenirle pidiese su pasaporte, cerrando con él toda comunicación relativa al objeto de su misión, tan sagrado e importante para los Gobiernos en armas contra Rosas, como por desgracia mal desempeñado por aquel señor, según de todo ello le supongo informado con mayor extensión.

Este suceso tan desagradable por su origen, me ofrece, no obstante, la ocasión de acreditar a S. E. el señor Presidente y al general Paz, todas las consideraciones de benevolencia y amistad que me complazco en tributarles; prescindiendo en su obsequio solamente y de la gran causa que sostenemos, de adoptar con el señor Derqui las medidas que en otras circunstancias reclamarían en este caso con justicia, la dignidad del Gobierno y los respetos a las leyes de esta Provincia, debidos por todos y con mayor razón por los agentes públicos.

Quiera el señor Presidente persuadirse de que al remitirle las tres comunicaciones inclusas, en el mismo estado que se hallaron ocultas de un modo poco digno de su dirección, me anima el más grato deseo de cultivar nuestras relaciones, y no dudo de que V. E. sabrá apreciar debidamente los nobles motivos de este procedimiento. 5

Dios guarde a V. E. muchos años.—PEDRO FERRÉ.

(1) Por decreto fecha 7 de junio, el Gobernador Ferré admitió la renuncia que el doctor Derqui elevó del cargo de Asesor General y Auditor de Guerra.

La discreción y cordura exigidas por las reglas más elementales de la diplomacia, aunque se trate, como en el caso ocuriente, de representantes entre Gobernadores provinciales, fallaron por su base en la persona del doctor Derqui, cuyo elevado cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del general Ferré no supo honrar; pues lo ejerció, desde los comienzos de su arribo a la capital de Corrientes, apelando a la mala fe y a la insidia, armas doblemente vedadas cuando ellas se esgrimen para herir a los aliados de una causa tan santa y patriótica como la que se sustentaba combatiendo contra Rosas.

¿O acaso el general Ferré, procediendo con la astucia del zorro, pretendía engañar al Presidente del Estado Oriental, recurriendo, a su vez, a la intriga a fin de cohonestar su hostilidad para con dicho emisario del general Paz? Algún espíritu suspicaz y caviloso podría suponerlo así; pero el doctor Saldías, su panegirista, confirma en un todo las revelaciones del Gobernador y Capitán General de la provincia de Corrientes. Empieza por manifestar que Paz dió instrucciones a su Ministro Derqui para que éste procurase persuadir a Ferré de la conveniencia que había en confiarle el mando del ejército correntino y los recursos de que él disponía.

¿En qué interés supremo estribaba ese cambio de jefe en aquel valioso contingente militar? Se desconfiaba de la lealtad de Rivera, atribuyéndosele gratuitamente un espíritu de expansión territorial, y en consecuencia, se quería explotar el sentimiento de nacionalidad, dando un grito de alarma al patriotismo argentino.

¿Cómo es posible.—se decía,—que un general extranjero, que abriga semejantes ideas, pueda asumir la dirección de la guerra? Y pensando así, el general Paz y sus amigos,—principalmente él,—creían llegado el momento de contrarrestar la influencia y pretensiones del mandatario oriental, colocando un caracterizado jefe argentino al frente de las fuerzas de Corrientes, el más poderoso de los baluartes que a la sazón podía oponerse a Rosas.

¿Y cuáles eran esos planes malevolentes del general Rivera? El doctor Saldías, que acepta sin beneficio de inventario cuanto expone y sostiene en sus *Memorias póstumas* el general Paz, afirma que la guerra “tenía una doble faz para el

astuto caudillo oriental: la de destruir el poder de Rosas, erigido sobre cimientos esencialmente argentinos, y la de realizar sus antiguos proyectos de extender el suyo propio a las provincias de Entre Ríos y Corrientes, al Paraguay y a Río Grande'', y que ''a este fin subordinaba ladinamente la guerra, los hombres y los recursos que caían en sus manos''. (1)

Le endilga, pues, a Rivera las aspiraciones que alimentara el General Artigas allá en sus ensueños de Patria y Libertad, cuando se luchaba por desalojar del terruño a los intrusos de distintos países que pretendían su dominio absoluto por la eternidad de los siglos. Pero obtenida nuestra emancipación política y viviendo en el ostracismo el Precursor de la nacionalidad uruguaya, ya nadie se preocupó de otra cosa,—nos referimos a los buenos ciudadanos,—sino de conservar y engrandecer la tierra conquistada a fuerza de abnegaciones y sacrificios sin límites.

Por lo demás, cabe preguntar a los enemigos de Rivera, ¿en qué documentos se fundan para formular contra éste tan severos cargos? Hasta la fecha no se ha argumentado sino con presunciones o díceres interesados, exentos de toda prueba concluyente. El mismo distinguido autor de la ''Historia de la Confederación Argentina'', no obstante su admirable erudición, no abona sus asertos con cartas privadas o notas oficiales subscriptas por él, sin embargo de consignar en la página 337 del tomo tercero que ''los hechos y los documentos comprueban que Rivera, de consuno con los dirigentes del partido unitario, hizo cuanto pudo por romper la integridad argentina con miras egoístas, y que si no lo consiguió fué debido a las influencias y al sentimiento nacional del Gobierno Argentino''.

Si se aceptase este criterio histórico, resultaría que Rosas, el más sanguinario de los tiranos de América, salvó a la República Argentina de su desmembración, a impulso de un patriotismo de que carecieron sus adversarios oriundos del suelo de Mayo, a pesar de que en el partido unitario figuraban los hombres más eminentes de dicho país, los más representativos por sus talentos, ilustración y virtudes cívicas.

(1) ''Historia de la Confederación Argentina'', tomo III, página 318.

“La maestra de la vida”, como llamara Cicerón a la Historia, dice, sin embargo, todo lo contrario, y la narración verídica de los hechos que haremos en esta obra, revelará con luz meridiana el error de los que, como el doctor Saldías, arrojan tan tremendas acusaciones sobre la personalidad del general Rivera y los móviles patrióticos de los argentinos que coadyuvaban a la caída del Gobernador de Buenos Aires.

El general Ferré, aunque regionalista, demostró amar a su Patria, y jamás se habría hecho cómplice de ninguna tentativa que amenguase el poder de ésta. Así lo demuestran varias de sus comunicaciones al propio Rivera, motivadas por los falsos y calumniosos rumores de que se hacían lenguas los detractores de este último. Con fecha 8 de junio de 1841, si bien hizo algunas salvedades, declaró, en cambio, categóricamente, que no daba entero crédito a las denuncias hechas llegar hasta él. “Jamás, dice, he prestado un asenso decisivo a las inculpaciones vertidas generalmente en el exterior contra ese Estado sobre aspiraciones relativas a esta provincia, de que usted me hace referencia; porque del jefe que lo preside, nunca he esperado se hubiese alejado la principal y más noble virtud que decora al hombre, prescindiendo de los antecedentes que deben obligarlo a serle grato.”

En el mismo párrafo, añade: “y si ella en las críticas circunstancias se ha puesto en guardia, esta es obra de la prudencia precausiva al golpe de luz comunicado por hechos inequívocos, que diametralmente se oponen a mi juicio particular”.

Esta nota aparece publicada en el *Apéndice*, páginas 461 a 464, del citado libro del doctor Saldías, lo que no obsta para que estampe en las páginas 318 y 319 estas palabras: “Pero consiguió por lo menos extender su influencia dominadora en Corrientes y *servirse del Gobernador Ferré como de un instrumento dócil a sus miras*, al favor del supremo mando militar con que este último lo hizo investir, y de los compromisos que contrajo de repeler con sus fuerzas la invasión anunciada de Echagüe”.

El general Ferré, que reveló ser un espíritu levantisco, inaccesible a extrañas influencias, con gran apego al dominio de su provincia, no hesitó, sin embargo, en designarlo “general en jefe de las fuerzas que debían reunirse y organizar-

se", como lo recuerda seguidamente el ilustrado publicista que nos ocupa. Más aún: habiendo renunciado Paz, con fecha 20 de enero de 1841, el mando supremo del ejército de reserva, debido a referencias que le hizo don Gregorio Valdez sobre una conversación que tuvo con el general Rivera y en la cual puso éste en duda su lealtad, el Gobernador de Corrientes no aceptó esa dimisión, y así se lo comunicó al Presidente Oriental en oficio datado el 3 de febrero, expresándose en términos encomiásticos para la persona del renunciante.

En cambio, es indiscutible la incorrección con que procedió el Ministro Derqui, pues el doctor Saldías, que hace una calurosa defensa de su conducta y valimiento, no puede menos que constatar su actitud y los trabajos en que se empeñó desde su arribo a aquel punto, por más que ellos le merezcan aplausos en lugar de censuras. "Un hombre como Derqui,—dice,—no podía ignorar los hechos tal como se pasaban. Partiendo de ellos le hizo sentir a Ferré todo el peso de las responsabilidades que se echaba encima, abatiendo por sus manos la más fuerte, la única *influencia argentina*, y levantando virtualmente la influencia extranjera y absorbente de Rivera".

Su misión fundamental,—desde que ella motivaba el objeto ostensible de su viaje a Corrientes,—debió llenarse procurando que Ferré subscribiese también el convenio de Galarza; pero tuvieron más poder en su ánimo las instrucciones secretas de su jefe y amigo, y su cometido, noble y patriótico, trocóse en un tejido de intrigas de todo género. No satisfecho del resultado inmediato de la burda especie que pretendía incrustar en el corazón y el cerebro de aquel mandatario, quiso minar su prestigio esparciendo la noticia entre sus más allegados, en la persuasión, aunque equivocada, de que éstos lograrían hacerle caer en las redes y salirle todo a las mil maravillas. "En el mismo orden de ideas,—continúa diciendo el citado historiador,—*les habló a algunos amigos del Gobernador*; y consiguió traer a este último al buen camino. Pero Ferré, aunque patriota a su modo, era ante todo un carácter *obstruso*, que con la soberbia de la incapacidad vencida se rebelaba contra el propio convencimiento que llevasen a su espíritu los esfuerzos más grandes del raciocinio y de la lógica".

El misionero del general Paz, llegó a creer asegurado el triunfo, porque Ferré, a pesar de todo, tuvo la paciencia de escuchar sus disquisiciones; pero colmada la medida y convencido del mal que se hacía manteniendo cerca de sí un hombre que arrojaba bilis contra propios y extraños, se resolvió a darle el pasaporte. Por eso el historiador a que nos referimos, añade a renglón seguido de lo que dejamos transcripto: “Después de haber discutido largamente las respectivas posiciones de los que dirigían los sucesos en el litoral; de no poder menos que asentir a la conveniencia que había en robustecer y prestigiar la del general Paz; y cuando Derqui creía haberlo convencido de la necesidad y del deber en que estaba de proceder como habría procedido en su caso cualquiera que se diese cuenta cabal de sus compromisos políticos y hasta de su propia conservación, Ferré no sólo rehusó entenderse con Paz, sino que le negó hasta el derecho de celebrar tratado alguno a nombre de Entre Ríos, desató todas sus furias contra Derqui, y desahogó como siempre sus querellas con Rivera”.

Omitimos mayores comentarios, porque las cartas que anteceden, dirigidas al director supremo de la guerra, son suficientemente explícitas y asaz aplastadoras.

Sin embargo de estas diferencias, varios felices sucesos de armas encendieron más aún el espíritu de los patriotas. Era a la sazón Paysandú, como en la época legendaria de Artigas, el centro principal de todas las miradas, porque en su jurisdicción, sobre la costa del río Uruguay, se habían reconcentrado las fuerzas del general Rivera y de allí se desprendían a la vecina provincia argentina los elementos de acción destinados a operar de acuerdo con sus aliados de la opuesta orilla, repercutiendo en su seno, antes que en ninguna otra parte, las noticias favorables o adversas de los acontecimientos que se desarrollaban.

El coronel José M. Luna,—uno de los más valientes y esforzados campeones de la libertad en esos momentos,—obtuvo un brillante triunfo contra el caudillo Abrahán, derrotándolo el 7 de junio en las puntas de *Lucas*.

Aquel traidor, digno émulo de Crispín Velázquez, lo mismo que éste, tenía aterrorizado al vecindario pacífico y honesto de los lugares donde desgraciadamente sentaba sus reales,

por más que no estaba dotado de iguales instintos salvajes y sanguinarios, pues los prisioneros que hacía el último de los nombrados, o que le entregaban sus secuaces, eran bárbaramente asesinados, quedando a la intemperie los cuerpos de sus víctimas, a merced de las aves de rapiña; porque no sólo no les daba sepultura, sino que tampoco permitía que alguien cavase una fosa para arrojarlos piadosamente en ella.

Las instrucciones dadas por Oribe en su carta del 17 de mayo tenían así una fiel ejecución.

También las fuerzas santafesinas habían infligido, a mediados de mayo, un merecido castigo a los enemigos del orden institucional, de cuyo fausto suceso, lo mismo que del anterior, dan cuenta detallada las comunicaciones que pasamos a transcribir:

Parte oficial.

Ejército Oriental en operaciones sobre Entre Ríos.

Cuartel general en el Durazno, junio 17 de 1842.

El infrascripto, Presidente de la República y General en Jefe del Ejército, tiene la satisfacción de remitir al señor Ministro General los partes originales del General Jefe del Estado Mayor General y del coronel Luna, por los que se ve el completo triunfo obtenido por las armas de la República sobre el caudillo Abrahán. Tan fausto suceso es, sin duda, precursor de nuevos acontecimientos con que el ejército de la República va a cubrirse de gloria sobre las fuerzas del tirano que se atreven a presentarse a su frente en la campaña de Entre Ríos.

El infrascripto saluda al señor Ministro General con la más perfecta consideración. — FRUCTUOSO RIVERA. — JOSÉ LUIS BUSTAMANTE.

Excmo. señor don Francisco Antonino Vidal, Ministro General de la República.

¡Viva la Patria!—Estado Mayor General

Excmo. señor Presidente de la República, Brigadier General y en Jefe del Ejército Oriental.

El general infrascripto tiene el honor de adjuntar a V. E., original, el parte que acaba de recibir del señor Coronel Jefe de las fuerzas de la derecha, don José María Luna; por él verá V. E. el completo triunfo que han conseguido nuestras armas por aquella parte de la línea del Guauguay. El general que firma, tiene la satisfacción de felicitar a V. E. por el resultado feliz de este hecho de armas.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Campo en Calá, junio 11 de 1842.—*Félix Eduardo Aguiar.*

División de la derecha del Ejército Oriental en operaciones sobre el Entre Ríos. Pueblo de Villaguay, 10 de junio de 1842.

El día 6 del corriente, en las puntas del Arroyo Grande, tuve parte del Jefe de mi Vanguardia, sargento mayor don Gregorio Mendieta, (por declaración de tres desertores de Abrahán que las descubiertas de éste tomaron) que el caudillo Abrahán con 48 hombres marchaba en dirección a la costa del Guauguay, como a pasar este arroyo, y en la tarde de este mismo día dispuse marchase el mayor Mendieta con el coronel don Mariano Céspedes, con 200 hombres a caballo de tiro, con el objeto de sorprenderlos, marchando de trasnochada; en efecto, como a las 8 de la mañana del 7, se encontraron con los enemigos por las puntas de Lucas, a inmediaciones de la Laguna Larga; el forajido Abrahán desplegó en batalla una fuerza como de 120 hombres y al mismo tiempo hizo disparar a los bosques su caballada, incluso 18 infantes, y al primer ímpetu de nuestros bravos, volvieron vilmente la espalda, abandonando la infantería y en el mayor desorden: el resultado de esta jornada ha sido matarles 19 hombres, tomarles toda la infantería, después de una pequeña resistencia, y muértele también el oficial que mandaba ésta, por no ha-

berse querido rendir. Por nuestra parte hemos perdido solamente un cabo del escuadrón Villa y que murió en la primera carga a la infantería. Ha salvado con 4 hombres solamente el imbécil Abrahán, y su poca caballada por el mal estado de nuestros caballos. Puedo asegurar a V. S. que es el mayor número de hombres que han salido reunidos. Después de esta ocurrencia, ayer se salvó el caudillo Patrón Luna, a inmediaciones de la estancia de Martizania, que sin duda andaba en comisión, pero según informes del vecindario, éste ignoraba absolutamente la completa derrota de Abrahán.

Hoy he llegado a este pueblo, donde he encontrado el mayor silencio; pero por los partes que se han recibido, unánimemente, Crispín estaba por el paso de las *Guachas* al otro lado del Gualeguay, y Abrahán es presumible haya buscado su reunión al otro lado de este arroyo, por las *Estaquitas*, a cuyas inmediaciones tenía las familias que se arrebató de Mandisoví.

Es de mi deber recomendar a las consideraciones del Gobierno la bravura del coronel Céspedes, sargento mayor Mendieta, y todos los jefes, oficiales y tropa, que gloriosamente han tenido parte en la destrucción del indio Abrahán, pero particularmente debo recomendar el empeño, baquía y decisión del sargento mayor don Gregorio Mendieta.

Estando en mi poder la infantería tomada a Abrahán, V. S. dispondrá de ella, y debo prevenirle también que este punto lo creo de mucha importancia por la posición que queda indicada de los caudillos Crispín y Abrahán; en su consecuencia, V. S. dispondrá lo que halle a bien. Hoy voy a hacer sepultar al mayor Rebollo, Garmendia y Benítez; estos jefes fueron tomados por Abrahán, cuando su traición al general Núñez, y a 8 cuadras de este pueblo los hizo degollar Crispín, e intimó pena de la vida al vecino que los sepultase.

Dios guarde a V. S. muchos años.—*José María Luna.*

Señor General Jefe del E. M. del Ejército Oriental.

Nota.—El nombre del oficial de la infantería era Luis Moreno.—*Luna.*

El Coronel Jefe de la división de la derecha del Ejército Oriental en operaciones sobre el Entre Ríos, Campamento en marcha, caídas a Villaguay, 7 de junio de 1842.

Hoy ha sido batido completamente el traidor Abrahán, que con 120 hombres osó hacer frente a nuestros bravos soldados, habiéndosele tomado todos los infantes, que eran 17, y muértole un oficial y 16 individuos de tropa. Este malvado se salvó con 4 hombres y tomó la dirección de Gualaguay, hacia donde se le persigue con tesón.

Felicito a usted a nombre de la Patria y lo hará también a mi nombre con toda esa población, porque esta victoria es precursora del exterminio de los malvados que intentan destruir esta hermosa Provincia.

También hará usted saber esto al comandante de Belén, y le dirigirá una carta a mi señora, pues yo no tengo tiempo de hacerlo, porque voy a marchar precipitadamente a ver si logro otro golpe sobre el resto de los montoneros.

Dios guarde a usted muchos años.—*José María Luna.*

Señor Comandante Militar del Salto.

Ejército Oriental en operaciones sobre Entre Ríos.

Cuartel General, en el Durazno, junio 20 de 1842.

El infrascripto, Presidente de la República y General en Jefe del Ejército, tiene la satisfacción de remitir adjunto, al señor Ministro, el parte que acaba de recibir de S. E. el señor Gobernador y Capitán General de la provincia de Santa Fe, brigadier general señor don Juan Pablo López, por el que se ve el triunfo obtenido por las armas santafesinas sobre las fuerzas del Tirano bajo las inmediatas órdenes del caudillo coronel Flores, de las fuerzas de Echagüe.

Por las noticias contestes comunicadas por el señor Gobernador López, consta que la posición de Echagüe en Santa Fe es la más difícil, hostilizado incesantemente por todas las indiadas amigas de la parte del Chaco, cuyos jefes han to-

mado la parte más activa contra aquél, obrando siempre bajo las órdenes de S. E. el señor Gobernador López.

Dios guarde al señor Ministro muchos años.—FRUCTUOSO RIVERA.—JOSÉ LUIS BUSTAMANTE.

Exemo. señor don Francisco Antonino Vidal, Ministro General de la República.

Mi señor Gobernador don Juan Pablo López:

Después de saludarlo, paso a decirle: que ya está su amigo Dionisio reunido con toda la gente de San Javier, y Antonio Crespo y Calixto con su gente del *Nido del Pájaro Blanco*, para arriba en la isla, cerca del paso por donde han venido estos chasques, que le mandamos para que nos dé sus órdenes.

Le participo que Pedrito les ha dado un golpecito regular a los esclavos, que no se han escapado más de 2 oficiales y 4 soldados de 200 que eran en lo de Cabrera; sé que en lo del comandante Cardoso (*Calchines*) están otros 200 hombres, otros 200 en la *Ranada* y Pedrito se halla por las inmediaciones de *San Pedro* con toda su gente.

Soy de parecer que mejor sería verme con usted para comunicarnos verbalmente y entendernos mejor. Martín me encarga que le pida armas de chispa y municiones.

Soy su mejor amigo que desea verlo seguro y constante.—*Dionisio Ovelar*.

Mayo 15 de 1842. En medio del Mal Abrigo y del Pájaro Blanco.

El Congreso correntino autorizó al Gobierno de aquella provincia, por ley 4 de junio, para que emitiese hasta el valor de doscientos mil pesos en billetes sobre los cien mil anteriormente lanzados a la circulación, gozando de las mismas garantías acordadas el 23 de julio de 1841.

Con fecha 18, Ferré decretó la emisión de seis mil pesos en

billetes de medio real, respondiendo al loable propósito de facilitar los cambios mercantiles.

Al mismo tiempo que tomaba esas resoluciones, llevaba a conocimiento del general Rivera, como se verá en seguida, el estado de ánimo en que se hallaba el enemigo, que tenía su sede en Santa Fe, acompañando a ese efecto una comunicación del jefe militar de Goya.

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

Corrientes, junio 18 de 1842.

El Gobernador y Capitán General de la Provincia, al Excmo. señor Presidente del Estado Oriental del Uruguay, brigadier don Fructuoso Rivera.

El brigadier que suscribe, tiene la satisfacción de incluir copia legalizada del oficio que acaba de recibir del comandante de Goya, por el que se instruirá del estado del ejército enemigo en Santa Fe. Luego que lleguen los individuos que designa el citado oficio, y se adelante más en la averiguación de los hechos, será instruído de todo el Excmo. señor Presidente.

Dios guarde a V. E. muchos años.—PEDRO FERRÉ.

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

Excmo. señor:

Participo a V. E. que acaban de llegar del Chaco en las chalanas que fueron conduciendo la fuerza santafesina que pasó a aquel lado, 24 correntinos y 3 santafesinos, desertados de Santa Fe del ejército de Oribe, de cuyo punto salieron el 13 del corriente. Mañana saldrán dos de ellos para esa Capital para que por ellos se instruya V. E. de los acontecimientos sucedidos en Santa Fe. Según declaran, el ejército enemigo consta de 5,000 a 5,500 hombres desmoralizados y en una gran parte desarmados, con motivo de la grande deserción que su-

fre. Hasta su salida sólo habían pasado el Paraná dos batallones y el escuadrón-escolta. Estaban pasando alguna caballada, desflorando la flaca, siendo muy escasa la que tienen y aseguran que no pasarán si no reciben nuevas caballadas de Buenos Aires. Que la división de Pacheco permanece en *Coronda*, y con él el general Garzón; la de Andrada, en *San Pedro*, y Servando Gómez, con Bartolo Ramírez, en *San Nicolás*.—Villa de Goya, junio 25 de 1842.—Excmo. señor—*Juan Francisco Soto*.—Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia.—Está conforme, *L. Díaz*.

El benemérito coronel Estivao, Comandante Militar del Departamento de Soriano, el Alcalde Ordinario de la misma circunscripción don José Riobo, y los más caracterizados jefes y oficiales del Ejército nacional en campaña, se apresuraron a declarar su más viva adhesión al Gobierno, robusteciéndola así, a la vez que el espíritu de autoridad, la fe que se abrigaba de repeler con éxito la injusta inquina y agresión de Rosas y su lugarteniente.

Los siguientes documentos así lo evidencian:

Proclama

¡Habitantes del Departamento de Mercedes!:

El Supremo Gobierno, con fecha 14 del pasado, como ya habéis visto, ha dictado un decreto declarando en Asamblea todo el territorio de la República, para armarnos en masa y resistir a un enemigo que en sus delirios intenta invadir este suelo de libertad.

Compatriotas: Rosas, Oribe,—esos monstruos de la humanidad,—quieren lanzarse entre nosotros para asesinar nuestras familias y deudos, violar nuestras esposas e hijas, arrasar nuestros campos, dejarnos en la indigencia, en la miseria, robarnos nuestras fortunas, e imponernos el fatal yugo de la más horrible tiranía y despotismo. Tal es el sistema de esos malvados.

El Supremo Gobierno y el Excmo. señor Presidente del Estado, al frente éste de un Ejército fuerte y virtuoso, y

aquél con sus sabias disposiciones, esperan imperturbables esa horda de asesinos para rechazarlos y perseguirlos hasta su total exterminio.

¡Hijos de este departamento! Orientales amigos! El Gobierno cuenta con vuestro valor y patriotismo, y yo, honrado con estar a cargo de tan valientes ciudadanos, espero de vuestra decisión por la Libertad e Independencia, secundéis con entusiasmo los esfuerzos del Gobierno y del Ejército en campaña. Juremos presentar la punta de nuestras espadas al pecho de esos miserables, que por experiencia conocen lo que pueden los libres contra los esclaves de la tiranía. Juremos morir antes que doblar el cuello al yugo ignominioso del despotismo.

¡Guardias Nacionales! El departamento espera de vosotros importantes servicios, que lo serán también para el bien del país en general; yo os franquearé los auxilios de guerra necesarios, y al mismo tiempo que os protesto acompañaros en los momentos de peligro, en que me veréis siempre a vuestro lado, me será honroso participar de vuestras glorias.

Corred a las armas y preparaos a la defensa de la Patria.

¡Viva el Presidente del Estado y su valiente Ejército!

¡Vivan el Supremo Gobierno y las Cámaras!

¡Viva la Libertad e Independencia!

¡Mueran los tiranos!

Mercedes, 21 de junio de 1842 —*Jacinto Estivao*.

Proclama

¡Ciudadanos! El Vándalo Porteño pretende de nuevo traer a nuestra querida tierra la desolación y el exterminio. El escarmiento que sufrió en Cagancha, sólo ha servido para irritar más su furor, y envanecido con los triunfos que obtuvo sobre las desgraciadas provincias argentinas, piensa neciamente hacer de la Patria de los orientales un sepulcro más y un desierto.

Las Honorables Cámaras y el Superior Gobierno, haciendo presente a todos el común peligro, excitan nuestro patriotis-

mo y exigen nuestros esfuerzos. ¡Habrà uno solo que desoiga su voz? ¡Habrà quien prefiera el yugo ominoso de un bárbaro extranjero, en vez de la Independencia y Libertad que nosotros mismos hemos sabido conquistar?...

Un solo esfuerzo más, y nuestra Libertad queda asegurada; un solo esfuerzo, y ese tirano, ignominia de la América y de nuestro siglo, desaparece para siempre

Cooperemos, pues, todos con decisión a las sabias medidas de nuestro Gobierno, segundemos los nobles y patrióticos esfuerzos del Excmo. señor Presidente de la República, defensor siempre invicto de la libertad de nuestra Patria, y descansemos seguros sobre el triunfo.

¡Conciudadanos!: Vuestro Alcalde será siempre el primero en daros el ejemplo. ¡Viva la República Oriental! ¡Vivan las Honorables Cámaras! ¡Viva el Excmo. señor Presidente!—*José Riobo.*

Ambas proclamas fueron leídas el 22 de junio en la plaza pública de Mercedes, en presencia de un numeroso pueblo, pudiendo decirse sin hipérbole que en ella se congregaron todos los vecinos de la entonces villa, desde los más caracterizados hasta los más humildes, pues unos y otros rivalizaban en entusiasmo y patriotismo.

Muchos ciudadanos que por desidia no se habían alistado en la Guardia Nacional de infantería, ofrecieron espontáneamente sus servicios al coronel Estivao, quien, poco antes, se produjo en igual sentido ante los habitantes del departamento de la Colonia. Pero como era más hombre de acción que de palabras, tomó en seguida diversas providencias para hallarse en condiciones de obstaculizar cualquier intentona del enemigo de pisar por sorpresa e impunemente esa parte del suelo oriental. Al efecto, dió una conveniente organización a las milicias del arma mencionada, resolvió formar una respetable división de caballería e hizo internar unos 100 kilómetros de las costas toda clase de animales yeguarizos. De ese modo, en caso de invadir, no dispondrían los intrusos de elementos de locomoción, viéndose obligados a un avance lento y expuestos a las consiguientes zozobras.

Además, dispuso una rigurosa vigilancia en las riberas de los ríos Uruguay y Plata, siendo éstas guardadas por nume-

rosas fuerzas de ambas armas, y como punto estratégico de concentración, eligió para el grueso de sus tropas, procedentes de Soriano y Colonia, la costa de San Salvador.

“Con militares tan expertos y decididos como éste,—dice un cronista de la época,—y que por dicha del país abundan en nuestro valiente y virtuoso ejército, el Pueblo Oriental nada tiene que temer: su libertad, su honor y sus instituciones sostenidas y salvadas serán ahora y siempre por los impertérritos guerreros que manda y dirige S. E. el señor Presidente de la República.”

El general Paz, que tenía destacadas sus fuerzas en el arroyo de la China, en Concordia y otros parajes de la Provincia de Entre Ríos, ribereños al río Uruguay, pasó en esos días a Paysandú, por breves momentos, para inquirir datos sobre las disposiciones allí adoptadas, conferenciar con su Comandante Militar y ponerse de acuerdo con éste.

Los puntos ocupados por sus tropas, próximos a dicha villa y a la del Salto, respectivamente, se prestaban para un auxilio recíproco entre aquéllas y las autoridades orientales, en sus correspondientes jurisdicciones, en el intervalo de un corto tiempo, separados como estaban por el mencionado río, Paysandú del arroyo de la China, cercano a *Casa Blanca*, y Salto, de Concordia, casi en frente.

Parte oficial

Ejército Oriental de Operaciones sobre el Entre Ríos.

Cuartel General en Arroyo Seco, julio 7 de 1842. (1)

El infrascripto, Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, tiene el honor de poner en manos del señor Ministro General la nota del señor Jefe del E. M. G. y el pronunciamiento heroico que los señores jefes y oficiales del Ejército han hecho en favor de la sagrada causa de la República y de los principios de libertad y civilización, que se sostiene contra el detestable tirano de Buenos Aires; para que se sirva elevarla al conocimiento del Gobierno, para su satisfacción y conocimiento de todos los habitantes de la República.

(1) El general Rivera se hallaba en su quinta del Arroyo Seco desde el día 4.

Este acto, señor Ministro, es la expresión pura y sincera de los sentimientos que animan a los soldados de la República, tan celosos de su libertad y honor como resueltos a perecer primero antes de verse humillados por el tirano, oprobio del nombre americano. Tales son también los patrióticos votos de todos los soldados del Ejército que sirven bajo las órdenes del infrascripto.

Dios guarde al señor Ministro muchos años.—FRUCTUOSO RIVERA.—JOSÉ LUIS BUSTAMANTE,

Excmo. señor don Francisco Antonino Vidal, Ministro General de la República.

Ejército de la República.—Estado Mayor General.

Excmo. señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, Brigadier General y en Jefe del Ejército Nacional, Benemérito de la Patria, Defensor heroico de la Independencia y Constitución de la República y Director de la Guerra contra el tirano de Buenos Aires.

Tengo el honor de adjuntar a V. E. el pronunciamiento unánime de los señores jefes y oficiales del Ejército, para que V. E. se digne elevar al conocimiento del Excmo. Gobierno y de las Honorables Cámaras.

La distancia que divide unas divisiones de otras, en razón a los distintos puntos a que están destinadas en la línea del Gualaguay, ha dado margen a que no haya tenido lugar este solemne acto, (que tuvo su principio en 22 del próximo pasado) hasta ahora; pero V. E., que conoce bien los puntos que ocupa el Ejército, se dignará disculpar esta falta.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Campo en Calá, junio 22 de 1842.—*Félix Eduardo Aguiar.*

Excmo. señor Presidente de la República y Generalísimo de los Ejércitos aliados.

Los jefes y oficiales del Ejército Nacional, tienen el honor de dirigirse a V. E. para que se sirva elevarla al conocimiento de las Honorables Cámaras y del Superior Gobierno, la expresión de gratitud y confianza que los anima por la marcha enérgica del Gobierno y el noble pronunciamiento y eficaz cooperación de aquéllos, para salvar la independencia nacional y la santa causa de la libertad de los pueblos del Plata. Este acto, Excmo. señor, es uno de los más clásicos y entusiastas que han tenido lugar en el seno de nuestra cara Patria, cuya celebridad ocupará una de las más brillantes páginas de oro de nuestra Historia. El ha consignado el patriotismo de nuestros magistrados y coronado los sentimientos puros de nuestra Asamblea General. El Ejército Oriental, tan decidido en todos los tiempos, por la Independencia Nacional, se considera invencible desde que contempla a su cabeza al vencedor de Haedo y Misiones, al Héroe Oriental; desde que cuenta por aliados a los heroicos pueblos de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, y mira a sus espaldas a esa inmortal República, que ardiendo en fuego patrio, reúne todos sus hijos para contrarrestar la bárbara invasión, que amaga el desnaturalizado Dictador Rosas, mas si la fatalidad ha de decidir de nuestra adversa suerte, sepan el mundo entero y el tirano, que no pereceremos como cobardes, y que la última trinchera de la Libertad, será el humo y las llamas de hogares encendidos, y los cadáveres de nuestras esposas y nuestros hijos.

Tales son, Excmo. señor, los sentimientos que animan al Ejército y en cuyo sostén verterán la última gota de su sangre. — *Félic Eduardo Aguiar — Vicente Viñas — Hipólito C. Cuadra — Juan Mendoza — Juan Jáuregui — Lorenzo Lombardini — Pedro Antonio Natal — Salomé Fernández — Juan Santillán — Víctor Franco — Felipe Martínez — Luciano Arrua — Brígido Silvera — José Amuedes — Marcos Telles — José Botello — Juan Cruzado — Tomás Campos — Juan Rodríguez — Pedro Nogueira — Víctor Gustamante — Ambrosio Gómez — Ciriaco Vizcarra — Juan José Parejas — Loreto Carbelo — Floro Vidal — José María Vidal — Indalecio Medina — Luciano Blanco — José Joaquín Gómez —*

José María Luna — Mariano Cáceres — Leonardo S. Susviza — José A. Reyes — Juan Martín — Francisco González — Antonio Moreno — Luis Larrobla — Ramón Baldés — Roque Niundo — Juan Torres — Justo P. Cabral — Francisco Varela — Andrés Cachón — Juan Brunc — Joaquín Martínez — Laureano Villarreal — Gabino Monegal — Juan Cantora — Tomás Sosa — Isidoro Rodríguez — Juan Ramos — Nicanor Maldonado — Juan José Rodríguez — Leonardo Sanginoz — Serafín Allendre — Celestino Rui Díaz — Juan J. M. Lumber — Matías Burgo — Juan Palomeque — Tiburcio Eguña — Francisco Blanco — Gil Quiroga — Pedro Antonio Ojeda — Valentín Labandera — Francisco Díaz — Juan de Rosa Ballens — Juan Manuel Martínez — Clemente Castellano — Gregorio Mendicta — Bernabé Manuel de Albín — Lorenzo Flores — Fortunato Micres — Fausto Aguilar — Martiniano Chilavert — Melchor Pacheco y Obes — Juan Angel Baldivia — Manuel Caraballo — Juan Pedro Ferreira — Felipe Montes de Oca — Rufino Reinoso — Alejo Portigo — José Mauricio Cururruta — Luis Aguiar — Manuel Reina — Manuel Percira — Victorio Laguna — Manuel M. Lavandeira — José M. Penagor — Cipriano Caballero — Melchor Gutiérrez — Santiago Lavandera — Juan Piroto — Pablo M. Navajas — Valentín Quintana — Felipe Sosa — José María Bauzá — Vicente Almada — Mauricio López de Berro — Francisco Saldaña — Santiago Artigas — Manuel Brizuela — Matco Soria — Pedro Salinas — José Palacios — Bernardino Alcora — Pedro Guerrero — Nemensio Lawles — José Higuirre — Romualdo Sarache — Felipe Anilige — Martín Reinoso — Miguel Núñez — Clemente Ocampo — Gumersindo Albín — Dionisio Espíndola — José Luis Giménez — Pedro Maldona — Silverio Lara — Jacinto Rollano — Ciriaco Quinteros — Víctor Benítez — Francisco Leyes — José Belasques — Fermín Céspedes — Pedro P. Castillo — Juan de Dios Peralta — Felipe Troncoso — Lorenzo Py de Astrada — Anselmo Vera — Carlos Sinternio — Manuel Casales — Carlos Duera — Manuel Gallinares — Pedro P. Mosqueira — Fernando José — Francisco García — Agustín Fontela — José M. Salteno — Luis Navia — José M. Montero — José Rosendo Abalos — Mariano Martínez — José Suárez — Ciri-lo Vida — José O. Orquera — José Leyba — Felipe Videlo —

Isidoro Caraballo — Camilo Billaberdi — Juan de Rosas Al-
bures — Benjamín Tolosa — Juan Martironeno — Juan Si-
goria — Andrés Reinoso — Capitanes, Loreto Olivera — Ti-
moteo Domínguez — Ayudantes Mayores, Juan Medina — M.
Lisandro Araucho — Tenientes 1.os, Cristóbal Acatú — Pa-
blo Ifrán — Cristino Alegre — Tenientes 2.os, Juan Bautista
— Indalecio Gallardo — Manuel Cantera — Alféreces, Lu-
ciano Arriola — Lucas Gómez — Jacinto Padilla — Pedro
Félix López — Norberto Escudero — Isidoro Núñez — Ma-
nuel Gómez — Manuel Antonio Acosta — Domingo Ugarte —
Manuel de Lezama — Juan Bathque — Antonio Rodríguez—
Pacífico Mederos — Bartolo Casas — Batallón N.º 1 de in-
fantería de línea, Estanislao Alonso — Juan Eduardo Aguiar
— Manuel Martínez — Pío Rodríguez — Federico Bauzá —
Juan A. Arismendi — Francisco Monte — José Gómez — Ma-
nuel Soto — Federico Acosta — Ramón Lezama — Emilio
Sierra — Francisco Aguila — José Moyano — Eduardo Pin-
to — Escuadrón de Artillería ligera, B. Mitre — Ramón Ber-
múdez — José María Conde — Enrique de Vedia — Emilio
Mitre — Félix Aguiar — Cayetano Rivera — Macedonio La
Rosa — Nicolás Sactony — Eugenio Guevara — Julián Car-
dy — Patricio J. Valdenegro — Fructuoso Gómez — Luciano
Larrazábal — Rafael Maldonado — Atanasio Núñez — José
L. Silva — Terrigally Balño — Francisco Silva — Juan Oli-
vera — Mariano Heroína — Loreto Silva — Juan de Dios Al-
varez — Juan Ríos — Calisto Jaimes — Antonio Sánchez —
Martín Donado — Nicolás Esquibel — Juan Bautista Andra-
da — Ezequiel Sánchez — Dámaso Pérez — Atanasio Núñez
— Severo Bravo — Mateo Aguiar — Miguel Rodríguez —
Juan Gabriel Pereira — Victoriano Camacho — Juan C. Al-
tamiraneta — Fernando Ayarde — Francisco Ramírez — Jo-
sé Caballero — Jorge Muñoz — Juan Centurión — Ceferino
Romín — Elías Olivera — Pedro Cañuy — Francisco Gesis-
nera — Antonio N. Mendoza — José M. Cabot.

El Ministro Vidal acusó recibo por medio de la nota que va a leerse :

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, julio 10 de 1842.

El infrascripto, Ministro General, ha recibido con la más grata satisfacción la nota del Excmo. señor Presidente de la República, de fecha 7 del corriente, con la que se sirve acompañarle la del señor Jefe del Estado Mayor del Ejército, y el pronunciamiento que hacen los jefes y oficiales en favor de la causa nacional.

Reconoce el Gobierno en este acto la expresión sincera de los sentimientos que animan a los soldados de la República; felicita por ello al digno jefe que los preside, y desea que por su conducto se les den los más especiales agradecimientos por la noble disposición que manifiestan de sostener con heroicidad y denuedo la independencia y libertad de la República. Se ha recibido con fecha de ayer una comunicación del señor coronel Báez, manifestando iguales sentimientos y uniformándose a la resolución del Ejército. Ha cumplido con su deber de dar cuenta de todo a la Honorable Asamblea General de este acto espontáneo y generoso, y no duda que los Honorables Representantes sabrán apreciarlo dignamente.

El infrascripto saluda a S. E. el señor Presidente de la República, General en Jefe del Ejército Nacional, con su más distinguida consideración y aprecio—FRANCISCO A. VIDAL.

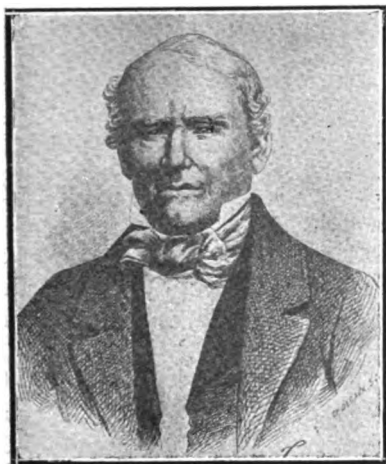
Excmo. señor Presidente de la República, General en Jefe del Ejército Nacional.

Como se comprende, era inapreciable el concurso moral y material que las precedentes adhesiones importaban para el Gobierno, al par que éstas reflejaban un alto honor para el director de la guerra, cuyo prestigio se hacía resaltar. Pero faltaba oponer resistencia al enemigo en otro campo de acción, con más rudeza que antes, contrarrestando el poder de

sus naves y cooperando por agua a las maniobras y planes terrestres. Lo que se hizo en ese sentido lo vamos a ver más adelante.

Bueno es que conste, sin embargo, que sólo hemos querido bosquejar en el presente capítulo las miras, esfuerzos y manifestaciones a que dió lugar la actitud del déspota argentino por parte del Gobierno Oriental, del pueblo, del ejército y de sus aliados de allende el Uruguay, pues sería tarea árdua abundar en otros pormenores y consideraciones.

La Cámara Provincial de Corrientes, contemplando justiciamente los esfuerzos heroicos de los defensores de sus



General Pedro Ferré

fueros y de la dignidad del pueblo argentino, dictó una ley acordando premios a los individuos que componían el Ejército de Reserva con arreglo a sus especiales merecimientos. Respetuosa, sin embargo, de la división de los poderes, cometió al Poder Ejecutivo la tarea de asesorarle en cada caso para obrar en consecuencia.

También comprendió en esas compensaciones a los progenitores, cónyuges y descendientes de aquellos que sucumbiesen en la

brega durante la guerra contra Rosas.

Era este un estímulo, sin duda, para combatir con más denuedo y despreocupación en holocausto de sus derechos; pero sin él, habrían luchado con igual abnegación en todos los momentos, porque Corrientes amaba la libertad y execraba la tiranía con todas las fuerzas de sus fibras cívicas.

El Gobernador Ferré, por su parte, lanzó una enérgica y patriótica proclama a sus comprovincianos y demás habitantes de Corrientes, pintándoles la triste situación en que se encontraba la República Argentina, los males que se sucede-

rían con el predominio brutal de Rosas, la profanación hecha por éste al santuario de la religión del Estado y el asesinato de indefensos sacerdotes, con lujo de crueldad. Exhórtales también a empuñar las armas con toda decisión y fe para aplastar la cabeza del monstruo.

Como complemento de sus anhelos y para disponer de fuerzas bastantes encaminadas a ese fin, dictó un decreto convocando a todos los hombres hábiles a enrolarse en el ejército de su mando.

He aquí los documentos de la referencia:

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

Al Poder Ejecutivo

El Honorable Congreso Provincial de la Provincia,

Considerando:

1.° Que la noble y activa cooperación de la Representación Provincial, segundada por la opinión pública, debe aligerar el peso enorme que gravita sobre el Poder Ejecutivo en azarosas circunstancias, y porque la uniformidad de principios entre ambas autoridades, contribuirán más eficazmente a la salvación de la Patria;

2.° Que los relevantes servicios rendidos a la causa de la libertad por el valiente Ejército de Reserva, son justamente dignos de premios correspondientes a su grande importancia, del mejor modo que lo permita el estado de nuestras rentas;

3.° Que siendo la disposición de aquel Ejército la más favorable en defensa de nuestra libertad e independencia, el Cuerpo Legislativo, reconociendo altamente la brillantez y el mérito de tanto heroísmo, en uso de la facultad que inviste, ha sancionado lo siguiente:

Artículo 1.° El Congreso Provincial acordará en oportunidad a todos los individuos de que se compone el Ejército de Reserva, premios conforme a la importancia de su decisión y valor.

Art. 2.° Los individuos del Ejército de la Provincia, que en las acciones de guerra, en la lucha actual, acrediten su denu-

do con hechos extraordinarios, recibirán inmediatamente una compensación arreglada al distinguido valor de aquéllos.

Art. 3.º El Poder Ejecutivo, como órgano principal a quien deben elevarse tan esclarecidas circunstancias, por el general en jefe del Ejército, con los informes competentes, las pondrá inmediatamente en conocimiento de la Sala Permanente, para apreciarlas sin dilación y determinar la clase y extensión del premio correspondiente.

Art. 4.º Los padres, esposas e hijos del que gloriosamente falleciere en el campo de batalla, durante la presente guerra, disfrutarán de la misma compensación que se acuerde para éste.

Art. 5.º Comuníquese al P. E. para su inteligencia y fines consiguientes.

Lo que el infrascripto Presidente, de orden del mismo H. Congreso, tiene la satisfacción de transcribir a V. E. la precedente honorable resolución, saludándole con su más alta consideración.—JUAN M. VEDOYA.—Presidente.—*Antonio Benítez*, Dip. Secretario.

Corrientes, 25 de junio de 1842

Cúmplase la precedente honorable resolución, publíquese y dése al Registro Oficial.—FERRÉ.

El Gobernador y Capitán General.

¡Compatriotas! ¡Habitantes todos de la Provincia!

El monstruo Rosas, enfurecido por la ignominiosa y completa derrota de sus más numerosos y aguerridos esclavos en la inmortal jornada de Caa-guazú, lanza hoy de nuevo contra nosotros sus miserables hordas de viles mercenarios, halagados unos por el robo, la violación y demás crímenes que son su alimento, y arrastra a los otros por el terror y la muerte con que sólo ha podido restaurar su imperio de sangre en las

Provincias hermanas de nuestra infortunada República, y conservarlo en su misma Capital. ¡Insensato! ¡En su impotente desesperación se atreve todavía a insultar la dignidad y heroísmo del pueblo correntino, que ha jurado mil veces antes morir que someterse a su impía y brutal dominación! ¡El Gobierno está resuelto a no omitir sacrificio alguno para llenar tan sagrado voto, y no duda conseguirlo, segundado en todo caso por el ardiente patriotismo y demás virtudes del pueblo que le pronunció!

El que eficazmente quiere ser libre, siempre lo fué, prefiriendo a una degradante esclavitud el reducirse a un vasto y gloriosamente ensangrentado desierto. De ello habéis dado, compatriotas, una muy elocuente lección en la batalla de Caa-guazú, a la que os preparasteis animados todos de tan patrióticos y elevados sentimientos.

¡Conciudadanos! ¡Valientes y virtuosos soldados del Ejército de Reserva! ¡Vencedores en Caa-Guazú, que tantas veces habéis humillado la insolente fiereza del tigre argentino, volad a las armas, y con el desnudo y subordinación que siempre os distinguió, destrozadle, anonadadle aún otra vez, dando así al Orbe la última prueba de que sois bien dignos de haber desafiado los primeros todo el poder de la tiranía, por desgracia más fuertemente cimentada y sostenida! Mostraos justamente acreedores a las gratas bendiciones de la República entera, y de todos los hombres libres; empuñando vuestras armas en defensa de nuestra libertad e independencia, de nuestros derechos más preciosos, del honor de nuestras familias, de nuestras fortunas y vidas como de iguales garantías y goces para los desgraciados opresos de nuestra desolada República, a cuya vital salvación tendréis la honrosa gloria de concurrir, conquistando a la vez la de nuestro propio suelo.

¡Correntinos! ¡Hombres todos, que os preciáis de serlo! ¡Recordad que no ya solamente la libertad, la humanidad, la civilización y la natural defensa, impulsan hoy nuestro ardor marcial: la religión santa de nuestros padres, esa benéfica inspiración del Cielo, que tanto importa conservar ilesa, como el apoyo más firme del orden social, y el fundamento más sólido de nuestras leyes; esa misma augusta religión se mira hoy impía y ferozmente hollada por el tirano invasor, que después de

haerse adorar, por su inmunda efigie en los templos consagrados al Soberano autor del Universo, y perseguir cruelmente a los pocos sacerdotes que, fieles a su deber, resistieron tan infame profanación, ha cometido el horrendo y nunca visto atentado de asesinar cuatro argentinos muy respetables, ministros del Altar, sin previa causa ni audiencia ninguna como acostumbra, renovando antes en ellos el uso de los siglos más bárbaros, haciéndoles desollar, para degradarles, las manos y la cabeza. ¡Qué inútil y atroz martirio! ¡Él no le salva, aún supuesta causa legal, de las terribles censuras que le han puesto ya fuera de nuestra Iglesia! Bañadas así en su propia sangre estas sagradas víctimas, una de ellas maldijo al tirano, invocando la justicia celestial, hasta que acosada de heridas, pereció heroicamente cual sus compañeros, volando al seno de los justos, desde donde nos claman por nuestra seguridad y la de nuestra religión, pronta y terrible venganza contra su vil y sacrílego asesino.

¡Compatriotas! El dios de los ejércitos anima ya nuestros brazos para imponer al bárbaro tirano el justo y ejemplar castigo de tamañas atrocidades, decretando su exterminio y el de sus dignos satélites, que invadiéndonos se abren el abismo en que se hundirán para siempre. La justicia del Cielo, que es la de nuestra causa, la importante cooperación de nuestro natural aliado, el Estado Oriental, no menos que de los demás pueblos argentinos en armas contra el tirano, por su común interés en esta lucha de vida o muerte, nos son garante poderosos de que, fielmente unidos, obtendremos el triunfo más glorioso y decisivo que afiance para siempre una paz sólida y el imperio de la ley.

¡Soldados del Ejército de Reserva! A vosotros pertenece una parte en tan grandiosa cruzada de religión y libertad! La Provincia y la República lo esperan todo de vuestro acreditado valor, patriotismo, disciplina y demás virtudes, cuya estricta observancia con la del orden y unión, no creo preciso recomendaros, desde que todas estas calidades hacen vuestro noble orgullo, y os proclaman justamente como el mejor apoyo de todos nuestros derechos y el precioso ornamento de esta benemérita Provincia. Ella sabrá premiar oportuna y dignamente vuestros largos e importantes servicios, proveyendo entretanto con muy especial y constante interés a vuestra sub-

sistencia y la de vuestras familias, deber el más grato que siempre he procurado llenar, y que hoy se complace en reconocer vuestro jefe, compatriota y amigo.—PEDRO FERRÉ.

Corrientes, junio 23 de 1842.

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

DECRETO:

Amagada nuevamente esta heroica provincia por las hordas del más abyecto de los tiranos, del feroz conculcador de todos los derechos, del que las excitó con la violencia y el incendio de los pueblos indefensos, degollando vilmente al prisionero rendido bajo capitulación, del que horrendamente impío y sacrílego asesina a venerables ministros del Altar, desolladas antes sus sagradas manos y cabezas, del mayor monstruo, en fin, que abortaron los siglos, Juan Manuel Rosas, y consecuente el Gobierno con sus principios libertadores, de acuerdo con el voto general de sus compatriotas, tantas veces pronunciado y cumplido, de perecer todos gloriosamente o salvar su independencia y libertad, ha resuelto, consagrándose ya exclusivamente a llenar el primero y más urgente hoy de sus deberes, la defensa y salvación de la Patria, adoptar al efecto las medidas más enérgicas y activas, contando muy fundamentalmente con la noble y patriótica decisión de todos los habitantes de la provincia para secundarlas con lealtad, y virtuosa constancia, hasta prodigar el último sacrificio, así como con la cooperación eficaz del Gobierno Oriental, nuestro natural aliado: en esa virtud, y en uso de la facultad extraordinaria que inviste, ha tenido a bien decretar lo siguiente:

1.º Desde el treinta del corriente junio la provincia toda se pondrá en asamblea y sobre las armas.

2.º Para el día indicado estarán alistados en sus respectivos cuerpos todos los hombres estantes y habitantes de la provincia, desde catorce a cincuenta años de edad.

3.º Se exceptúan solamente del artículo anterior los empleados públicos, médicos, boticarios y los que cultivan la carrera literaria.

4.º Todos los comprendidos en el presente decreto que para

el día prefijado en el artículo 1.º no se hubiesen presentado a los jefes encargados de su enrolamiento, serán destinados irremisiblemente al ejército en calidad de veteranos, si a juicio del Gobierno no justificaren causa o impedimento bastante.

5.º El mayor de plaza en la Capital y los comandantes de campaña en la de sus respectivos departamentos, son encargados del exacto cumplimiento de este decreto, dando cuenta al Gobierno el mismo día treinta designado, por una razón nominal, en que conste el número y edad de todos los hombres útiles para tomar las armas, conforme a lo prevenido en el presente decreto.

Publíquese, circúlese y dése al Registro Oficial.—Corrientes, junio 23 de 1842.—PEDRO FERRÉ.

Todos estos documentos y manifestaciones de las cabezas dirigentes de la coalición, hacían entrever sucesos trascendentales, auspiciosos a la libertad y el decoro de estos pueblos del Plata.

Las rencillas que hemos relatado, aunque sensibles, motivadas por las rivalidades de mando y por un patriotismo iconoclasta, por no decir lugareño, lo mismo que las intrigas puestas en juego por el doctor Derqui, no eran, pues, un óbice insuperable para la buena marcha de las operaciones combinadas, o cuando menos primaban sobre ellas en esos momentos las conveniencias recíprocas de combatir unidos al enemigo común, por más que tales desavenencias fuesen de mal augurio.

CON RUMBOS A CORRIENTES

SUMARIO:—Estado de la escuadrilla nacional.—Jefes de que echó mano Garibaldi.—Objeto de la expedición.—Necesidad de una idea superior que diera cohesión y unidad a los elementos adversos a Rosas.—Lo que opinaba Alberdi a este respecto.—¿Pretendía el Gobierno, como alguien lo supusiera, desembarazarse del esforzado nizano?—Hechos que desvanecen tan errónea suposición.—Composición de las fuerzas coligadas.—El valor del soldado correntino.—Los roeistas insinúan la idea de sobornar al héroe, pero no se atreven a hacerlo.—La flotilla en viaje.—Su pasaje por Martín García.—Crítica injusta del historiador Saldías.—Cómo juzga Lerroux a Garibaldi.—Encalladura de la nave capitana.—La escuadra enemiga la cree presa segura.—Parte pasado a Brown por el Capitán del Puerto y comandante accidental de la isla.—Percance sufrido por la "Belgrano".—Desesperación y mal humor del almirante.—Garibaldi y los suyos en salvo.—Los expedicionarios continúan su marcha.

No quedaban en pie, al hacerse cargo Garibaldi de la escuadrilla nacional, más buques que el bergantín *Pereira*, provisto de dos cañones giratorios de a 18, y la corbeta *Constitución*, de 18 piezas, a los cuales se les agregó el transporte goleta *Prócida*, debiendo realizar con ese pobrísimo concurso una expedición hasta Corrientes, distante 600 millas de Montevideo.

La *Constitución*, de 256 toneladas de registro, antes *Consolation*, perteneció a la matrícula de Nantes, capital del departamento del Loira inferior y cuyo puerto, que figuraba entre los importantes de Francia, dista 64 kilómetros del mar.

El *Pereira*, medía 166 y fué construído en el Brasil, destinándosele, como aquélla, al transporte de mercaderías, pues hasta entonces habían sido de propiedad particular.

La *Prócida* era una goleta sarda, de 71 toneladas, que los hermanos Antonini utilizaban para su comercio, enviándola

de continuo al Africa, pero que a instancias del Gobierno resolvieron vendérsela.

Era necesario, pues, rodearse de buenos elementos coadyuvantes, para suplir en lo posible, con el valor y la pericia, tan hondo vacío, y Garibaldi supo elegir los jefes que había de poner al mando de aquellos barquichuelos, habiéndole confiado el de la *Prócida* al subteniente genovés Luis de Agustino, verdadero hombre de presa, y el del bergantín *Pereira*, que hizo su 2.º, al capitán Manuel Arana Urioste, oficial joven, que apenas había cumplido siete lustros de edad, de contextura robusta, de cabellera y ojos negros y de elevada estatura. Este bizarro marino había tenido la desgracia de quedar ciego de la vista izquierda, a causa de una dolencia que casi le arrebató la vida. Era oriundo de Castro-Urdiales, cuna también de su madre, doña María Urioste, y de su padre, don Gaspar de Arana, que se hallaba al servicio de la marina de su país, y había cursado matemáticas y pilotaje con bastante aprovechamiento.

Tenía amor a la carrera que abrazara y realizó frecuentes excursiones al Africa y a las Américas, viéndose expuesto en uno de esos viajes a perecer en un naufragio que lo obligó a mantenerse largas horas luchando con el líquido elemento. Debido a que era un gran nadador y a su fortaleza de espíritu, pudo salvar de tan rudo trance, manteniéndose en el agua hasta que se recibió el auxilio enviado para el salvataje del buque en que navegaba.

Después de este suceso, habría permanecido en la tierra natal si con motivo de la guerra de sucesión estallada en España no le hubiera rogado su progenitor que no tomara parte en ella y que se trasladase al Río de la Plata en busca de trabajo, pues tenía en él varios parientes por línea materna y creía que allí lo pasaría bien.

Arana Urioste, animoso como era, no desperdició su tiempo, y a poco de llegar consagró sus actividades al comercio. No pudo, sin embargo, resistir a sus aficiones guerreras, y para librarse de las iras del tirano de Buenos Aires, resolvió abandonar dicha ciudad y trasladarse a San José de Gualaguaychú, efectuando ese cambio de residencia en 1839. Simpatizaba con la causa de los unitarios, y no bien desembarcó el general Lavalle en el puerto del Anda, se apresuró a engrosar

sus filas, habiéndose encontrado en la acción del Yeruá librada el 22 de septiembre de ese año contra las fuerzas de Vicente Zapata, donde demostró un valor a toda prueba.

En 1840, entró a formar parte de la división mandada por el general Angel M. Núñez, pero esta vez no le favoreció el destino, pues el combate habido en el *Arroyo del Animal*, en que las armas libertadoras sufrieron una lamentable derrota, casi perdió la vida, víctima de su arrojo y de la difícil situación que le creó aquel desastre.

De Entre Ríos pasó en seguida al territorio oriental en desempeño de diversas y peligrosas comisiones que ejecutó con éxito en el río Uruguay. No obstante haberle amenazado de muerte el comandante Eduardo Villagra, de tan triste recuerdo, no vaciló en desafiar sus iras cruzando repetidas veces entre Fray Bentos y Gualeguaychú, localidad esta última bajo el mando de aquel sujeto.

Más tarde se trasladó a Montevideo y entró a servir en la escuadra oriental, bajo la dependencia de Bernardo Dupuy, figurando como 2.º del *Montevideano*, mandado por aquel bravo marino.

Garibaldi, que conocía todos estos antecedentes, quiso hacerse de su concurso, y obtuvo con él una verdadera conquista.

El capitán Arana Urioste acababa de cimentar su fama de valiente retando a duelo a un súbdito francés por insultos inferidos al honor argentino.

Además, secundó bizarramente a su jefe en la memorable acción del 25 de mayo de 1841.

¿Con qué objeto se le confiaba a Garibaldi una misión tan peligrosa, expuesta, por lo tanto, a un ruidoso fracaso, a la pérdida de esos buquecillos y a una muerte casi segura del valeroso marino, en todo el vigor de su juventud, pues apenas contaba 35 años de edad, con la mente impregnada de ilusiones y el corazón rebosante de altruistas sentimientos?

¿Era acaso aquella una empresa descabellada, que no respondía a ningún fin práctico y cuya consecución no pudiera redundar en beneficio común? De ninguna manera: era, por el contrario, el fruto de una combinación tendiente al mejor suceso de la alianza a que nos hemos referido, y para ello se necesitaba de un apoyo eficiente, capaz de entonar el ánimo hasta de los espíritus más medrosos.

Juan Bautista Alberdi, que sentía arder en sus venas la sangre vigorosa de la juventud, pues tan sólo tenía 26 años, y en su cerebro privilegiado, levantados ideales, decía en los comienzos de 1841: “No se debe acusar a Rosas de que haga el mal: al naranjo no se le puede hacer un crimen de que no dé duraznos; cada cual da lo que está destinado a dar: la abeja, miel, ponzoña la serpiente; Rosas es una piedra que cae; si algo destruye, la culpa es del que la dejó llegar a su fin”.

En su opinión, para alcanzar el triunfo definitivo no bastaba contar con un ejército numeroso: era menester “una idea superior” que diera “cohesión y unidad” a los elementos adversos a aquel tirano. Las desinteligencias, las preocupaciones, la ambición de mando, habían frustrado muchas esperanzas.

El general Rivera, cooperando con los recursos de su país a cimentar la revolución de las provincias argentinas hostiles a Rosas, procedía sin el egoísmo que tan porfiadamente le endosan sus enemigos: quería de buen grado debilitar el poderío del Gobernador de Buenos Aires, velar por la autonomía regional, devolverle al pueblo argentino la tranquilidad perdida, y con ésta el juego armónico de sus instituciones, y unido a todo esto, oponer un vallador insalvable a las pretensiones restauradoras de Oribe, cuyo nuevo ascenso a la Presidencia hubiera significado la subversión más descarada de los principios constitucionales y una afrenta a la República, porque si el 1.º de marzo de 1835 fué elevado a ella por los votos de la Asamblea, lo habría sido entonces por la animada voluntad del jefe supremo de la *Mazorca*.

La misión confiada a Garibaldi, llegada a un feliz término, podía ser, pues, de trascendental importancia. La desaparición del valeroso militar que una bala arrojada al azar le arrebatara la vida en la madrugada del 9 de octubre de 1841, desconcertó un instante a sus amigos, pero no cavó la fosa de la Libertad.

El mismo doctor Alberdi, el 10 de enero de dicho año, antes, por consiguiente, de esa gran desgracia, pero en presencia de dos sucesos también lamentables y de suma importancia, demostrando la serenidad de su espíritu y la honda confianza que tenía en el desarrollo de los sucesos futuros, si se obraba patrióticamente, sin ningún ápice de rivalidad, fijo el

pensamiento en el alma de la Patria, escribía en Montevideo estas sensatas consideraciones:

“Ahora seis meses, teníamos a más de lo que tenemos hoy, un ejército vencedor en Entre Ríos y una escuadra aliada que bloqueaba las aguas argentinas. .

“La escuadra aliada ha sido vencida por la diplomacia el 29 de octubre, y el ejército, extenuado por la espada el 28 de noviembre. El leal Lavalle y el desleal Mackau, nos han abandonado en menos de un mes. La *Boulonnaise* y el *Quebrachito* nos han arrebatado la escuadra y el ejército.

“¿Concluiremos de aquí que la revolución está perdida, y que debemos proclamar vencedor a Rosas? He aquí una de las preocupaciones derivadas del sistema absurdo que ha visto encarnada la revolución en el ejército del general Lavalle; concepción por la cual debían expirar la Libertad y la Patria allí donde acabase el ejército. Por fortuna, esta doctrina desesperante no es exacta, y se pueden perder muchos ejércitos sin que la revolución se pierda con ellos. El *Desaguadero*, *Bilcapugio*, *Ayouna*, *Sipe-Sipe*, *Cancha-Rayada* y *Moquegua*, son sepulcros donde yacen ejércitos americanos; pero la revolución no se ha sepultado con ellos.

“No: nosotros no creemos que sea preciso poner una piedra sepulcral en el *Quebrachito*, para ocultar a los ojos de los vivos una revolución que cuenta treinta años de triunfos, que está destinada a vivir siglos, que comprende un mundo, que reside en el pueblo y descansa en la justicia. El 28 de noviembre no cerrará esa cadena de brillantes días a que da principio el 25 de Mayo.

“Lo contrario sólo será cierto para esos que habían trazado un círculo de 20 pies de diámetro y dijeron: “aquí está la Revolución, aquí la Libertad y la Patria; fuera de aquí sólo hay corrupción y tiranía.”

“No: la revolución argentina no es el ejército del general Lavalle y la escuadra francesa.—La escuadra y el ejército eran dos medios de la revolución, no la revolución misma. Y tan cierto es esto, que ella acaba de perder estos dos medios, y ella misma no se ha perdido.

“He aquí la nueva situación: ella resulta de la desaparición de los dos medios organizados que llevaban la vanguardia de los hechos. Esta falta no es pequeña, y la situación no

es trivial: nuestros medios son demasiado poderosos aún, para que debamos abstenernos de hacer esta confesión. La situación es, pues, delicada y requiere más cuidado que nunca.

“¿De dónde proviene, entretanto, la delicadeza de la situación? de la presencia de la falsa idea que había colocado la vida de la revolución en la vida del bloqueo y del ejército de Lavalle: de la falta de un sistema nuevo que sepa explotar y dar organización a los inmensos medios que nos quedan.

“La situación no es, pues, delicada por falta de medios, sino por falta de un buen sistema revolucionario: nuestras preocupaciones son sus obstáculos, no las bayonetas de Rosas.

Más adelante añadía: “He aquí lo que necesitamos practicar para tener revolución: un cambio en los espíritus y en los modos de ver los hombres y las cosas. Dos veces, en diez años, nos ha mostrado la experiencia que un mundo de soldados puede desvanecerse como el humo, cuando es dirigido por mezquinas ideas: es, pues, en las ideas, es en los sistemas donde está la fuerza, no en el número de los soldados, y esto porque el número de los soldados depende de las ideas.

“Por no haberse comprendido así las cosas es que la revolución ha marchado de pérdida en pérdida, y acabará por perderse del todo, si continuamos mirando las cosas como hasta hoy.

“Aún es tiempo: los medios nos circundan por todas partes.

“Sólo el caudal inmenso de cosas que poseíamos ahora un año, puede hacer que nos parezca pobre la situación actual. Para saber lo que esa situación vale, no hay sino recordar los tiempos en que ni en el Estado Oriental, ni en el territorio argentino había un soldado armado contra Rosas. Si se nos hubiera anunciado entonces, de un golpe, que el Estado Oriental y ocho provincias argentinas habían alzado el grito de revolución contra Rosas, ¿no nos hubiésemos dado ya por vencedores? Pues, esta es la situación actual, la situación que algunos consideran perdida para la libertad y victoriosa para Rosas.—Perdida será para nosotros, sí, si no queremos aprovechar de las ventajas que ella nos ofrece.

“Ya se ve que Rosas saldrá con la victoria, si se la regalamos en adelante, como se la hemos regalado hasta aquí. Pe-

ro si queremos hacer resistencia y triunfar también, podremos obtener el triunfo, porque tenemos los medios de llegar a él. Para que Rosas quede en aptitud de invadir este país, tiene necesidad de concluir primero con la revolución de las provincias.

“Es necedad el figurarse que esa revolución haya sido vencida definitivamente en el *Quebrachito*. Sin temor de ser acusados de parciales, creemos poder decir al contrario, que en el *Quebrachito* se ha inaugurado por la primera vez.” (1)

Después de varios encuentros, unos felices y adversos otros, el general Oribe ocupó el Paraná el 25 de junio, abandonando su campamento de las Conchas, donde había estado por espacio de dos largos meses.

Pues bien: el Gobierno Oriental, queriendo poner trabas a la acción de aquel secuaz de Rosas, cambió de parecer y de actitud y resolvió encargar a Garibaldi la pesada tarea de hostilizarlo, a la vez que de conducir armamento y municiones a la Provincia de Corrientes. De ese modo podrían ser más eficaces los esfuerzos comunes de la coalición.

Difícilmente se habría encontrado quien lo reemplazase, si él hubiera respondido negativamente, pues sólo un Garibaldi era capaz de llenar cometido semejante. Se le conocía bien, no se ignoraba cuánto ya valía. Por eso se fijaron todas las miradas en su simpática personalidad, abrigándose la esperanza de que sería feliz, a pesar de los escollos que hallaría en su camino.

Cree el héroe,—si hemos de dar crédito a la referencia que hace al respecto Alejandro Dumas,—que el verdadero motivo de la expedición no fué otro sino desembarazarse de él. Pero por más respeto que nos inspire la memoria de este gran hombre, que, como Wáshington, fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos, más que de sus conciudadanos, del corazón de la humanidad, ya que nos ocupamos de este punto, cúmplenos manifestar que disintimos en absoluto con esa opinión.

El general Rivera,—que era el Presidente de la República,—lejos de ser opuesto a la conservación de la Escuadra Na-

(1) Alberdi: «Obras completas», tomo II, páginas 133 a 136.

cional, se mostraba entusiasta partidario de su reorganización y fomento, como resulta de la comunicación suya a que nos hemos referido en uno de los capítulos anteriores.

El Ministro Vidal, por más influencia que pudiera tener, nunca la habría tenido lo bastante para torcer la voluntad de aquel mandatario, a cuyo impulso se movían hasta los hombres más eminentes. No era un déspota ni un tiranuelo, pero poseía, en cambio, cualidades y prestigios que le daban a justo título la gran popularidad y el ascendiente de que gozaba.

Por otra parte, ¿qué causas podían motivar un pensamiento tan siniestro, cuando Garibaldi no se mostró enemigo del Gobierno en ningún momento, antes ni después de su venida a Montevideo? Su propia actuación en favor de la República de Río Grande, constituía un título honroso que aureolaba su figura con caracteres atrayentes.

El ofrecimiento que se le hizo de la jefatura de aquella incipiente escuadra, respondió, pues, a un sentimiento muy distinto y a un propósito plausible: al prestigio que ya rodeaba su joven personalidad, por la resonancia que habían tenido los hechos en que se vió allí envuelto, lo mismo que su martirologio en Gualaguay, y a la conciencia que se tenía de lo utilísimo que podía ser su acción eficiente, en la cual se cifraban grandes esperanzas.

“Al abandonar a Montevideo, dice, hubo allí más de un ciento que apostaron a que no volvería”.

No dudamos de esta afirmación; porque, como se verá más adelante, no se trataba de realizar un paseo triunfal, sobre un camino sembrado de flores, sino de acometer una empresa magna, cuajada de escollos y de espinas, expuesta, por lo tanto, a sinsabores y a ser víctima de cualquiera artimaña del poderoso adversario que guardaba la entrada de los ríos Uruguay y Paraná.

Esto le constaba a Garibaldi, más, mucho más aún que a la casi totalidad de los políticos y de la turbamulta, puesto que como marino y geógrafo, conocía perfectamente el estuario.

Por lo mismo, sin duda, el general César Díaz califica de inconcebible dicha expedición, al recordarla en sus *Memorias*.

La empresa era arriesgada, temeraria, si se quiere, pero no

desatinada ni malevolente. Los ejércitos aliados disponían de elementos poderosos, muchos de ellos aguerridos, que operando armónicamente podían sofrenar el ímpetu bélico de las armas rosistas.

El doctor Alberdi había dicho también, con entera verdad y conocimiento completo de los hechos, aludiendo a la acción de Oribe y a los sucesos de 1830: "La revolución se había perdido en el Sud, y en el Norte recibía un golpe mortal con la pérdida de la persona del general Paz. La población perdió las esperanzas, se sintió cansada de la pelea, y se rindió. Hoy no sucede lo mismo; la revolución impera en el Estado Oriental, y ese Paz que el año 30 desapareció del frente de Córdoba, reaparece hoy en Corrientes a la cabeza de un ejército tan bravo como el que obligó dos veces a volver el altanero cuello al impertérrito Quiroga. Córdoba sabe esto, y no se entregará a una contrarrevolución que sólo vive por la desdenosa incuria de la revolución.

"Sería preciso que se repitiesen los accidentes inauditos de la captura del general Paz, de la muerte de Pringles, y las defecciones de Torres, de San Luis, y López, de Tucumán, para verse renovado el desenlace de 1830. De otro modo es inconcebible cómo Rosas le pueda llevar a cabo por los medios que hoy posee. La revolución no está perdida sino para esos ojos microscópicos que nunca han sabido dónde existía, ni son capaces de saberlo jamás.

"Las fuerzas orientales comprenden la fuerza naval, la destinada a la guarnición de la capital y costas, y la del ejército en campaña."

Un estrecho espíritu de nacionalidad, las rivalidades que siempre nacen ante la espectacularidad de un hombre encumbrado por los sucesos y sus antecedentes, y el falso concepto del patriotismo por parte de aquellos que miran todo con glacial indiferencia, motivaron censuras y juicios erróneos y apasionados contra el jefe supremo de ese valiente y pundonoroso ejército.

Pues bien: el joven y talentoso escritor argentino, que denotaba desde ya lo que estaba llamado a ser con la madurez de los años y más sólidas lecturas, arrancó a su pluma la siguiente ardorosa defensa:

"No hay que decir—ya no tomaré las armas por Rivera.

Esto es mirar sólo la personalidad en la cuestión. Además, esto es absurdo: Rosas no viene al Estado Oriental únicamente en busca del general Rivera; viene también por los argen-



General Juan M. de Rosas

tinos refugiados en su seno: armándose contra Rosas, no tanto lo hacen para defender al general Rivera, como para defenderse ellos mismos. De modo que el general Rivera les hace un beneficio con darles fusiles y llamarlos a un punto para que no se dejen degollar como corderos. Y si alguno piensa que por ser encontrado sin fusil ha de ser mejor tratado por Rosas que los demás, se equivoca absolutamente, y si no se equivoca, peor para él: vergüenza para

los que obtienen la indulgencia del tirano! y si es esto lo que se desea, ¿por qué no regresar desde luego a Buenos Aires, a gozar de la felicidad de respirar entre sepulcros, y verse escupido en la cara por los mazorqueros vencedores que habrán mostrado más carácter que los que se dijeron hombres de libertad?

“Por otro lado, pese a quien pese, el general Rivera representa un hecho respecto de nosotros, que nunca debemos olvidar: este hecho es la guerra del Estado Oriental con Rosas. Por él es que este hecho subsiste, y si no fuera por él, la guerra dejaría de existir y Rosas entraría a gobernar en este suelo. Y nadie sino el general Rivera puede representar este hecho, porque no habiendo aquí más que su partido y el partido de Oribe, no es el partido de Oribe el que había de hacer la guerra a Rosas, por la simple razón de que es aliado de Rosas.

“El general Rivera es uno de los hombres a quienes detesta más Rosas; y es por esto mismo que nosotros debemos

quererlo. Rosas le quitaría la vida si le tomase vencido, y un hombre convocado al cadalso de Rosas, es nuestro hermano y merece nuestros aplausos."

Hecha así la apología del general Rivera, desagraviado tan concluyentemente este ilustre militar, más grande en la guerra y en la paz que la montaña de odios engendrada por el despecho, la malevolencia y la envidia de sus detractores, el doctor Alberdi entra a ocuparse de llenó de los demás elementos de acción combinados contra Rosas, aunque rozando de nuevo la personalidad del Presidente Oriental, pues no podía prescindir de ella.

"En cuanto al ejército en campaña,—agregaba,—hay poco que decir: si algunos nombres se echan de menos, otros menos brillantes los reemplazan. La popularidad del general Rivera, es decir, de la causa contra Rosas, no tiene un comprobante tan activo como la campaña del año 38, en que, con un puñado de hombres que trajo al territorio, hizo desaparecer a Oribe, que contaba entonces con más poder que nunca y con la coalición misma de Rosas. Mucho se habla de la decadencia de su popularidad en el día; de un pretendido cambio en la opinión de las masas para con su viejo caudillo. Así se nos decía ahora año y medio; y en verdad, los naturales de la campaña se permitían hablar de un modo poco apasionado por el general Rivera; sin embargo, no bien entró Echagüe en este territorio, cuando los campesinos olvidaron ya sus quejas, dejaron las hablillas, vieron a su viejo camarada en peligro, la presencia del peligro renovó, como sucede siempre, las antiguas simpatías, y volaron en su derredor esos cinco mil hombres que tan bruscamente sacaron de sus ilusiones a los enemigos el 29 de diciembre".

Pasando luego a juzgar los medios de defensa puestos en movimiento en una de las provincias argentinas más batalladoras y patriotas, completaba su pensamiento con estas justicieras palabras:

"Corrientes es el segundo centro de armas de la revolución. Todos convienen, y el mismo general Lavalle, en que

la mejor porción de su ejército es la división correntina. (1)

“Pues bien, el ejército del general Paz, no tiene una división correntina, sino que todo él se compone de esa masa que constituye la principal columna del Ejército Libertador.

“La experiencia acaba de mostrarnos que el soldado correntino no necesita sino de buenos jefes para ser el primer soldado argentino.

“Tres mil correntinos tan selectos como los que llevó el general Lavalle, componen el actual ejército de Corrientes. Están bien armados, y equipados hasta con elegancia. Este precioso ejército que hoy tiene una existencia tan modesta, está destinado a grandes cosas. Su General en Jefe, el soldado de las simpatías del hábil general Paz, a quien un incidente sin ejemplo, sólo pudo arrebatarse de la cabeza de sus filas, donde no peleó jamás sino para vencer, ofrece tantas garantías de sucesos como los nuevos correntinos.

“Ya pasó el tiempo en que los correntinos, sin lustre y sin experiencia militar, eran el juguete de sus vecinos de Entre Ríos. Su lenta infancia está cumplida, han tocado su vigorosa juventud y se hallan en entusiasmo y en fe a la altura de los tiempos de Tucumán y Maipú”.

El general Ferré, en carta al general Rivera, le decía con fecha 8 de febrero de 1842: “El patriotismo y decisión de esta provincia no puede ser más general y exaltado: tres mil valientes desean el día de un combate para desplegar su bravura, y a la par de los vencedores de Cagancha, ofrecer la más lisonjera idea del resultado; pero es preciso no dejarlos solos en la cuestión, es necesario que si se verifica la invasión, V. E., a costa de cualquier sacrificio, reúna sus esfuerzos a los de los correntinos para que un instante no vacilen en la cooperación oriental, que tiene mucha parte en sus esperanzas y aliento. Me es muy satisfactorio que V. E. esté tan convencido como yo de la importancia y necesidad de obrar unidos y en perfecto acuerdo, para lo que V. E., como encar-

(1) Aunque el general Lavalle había desaparecido ya de la escena con su trágica muerte ocurrida el 9 de octubre de 1811, es decir, varios meses después de escritas por el doctor Alberdi las apreciaciones que transcribimos, no hemos querido prescindir de esta cita, para dar más relieve a la importancia del concurso que el soldado correntino prestaría a Garibaldi al éste luchaba a su lado.

gado de la dirección de la guerra, dará sus órdenes con arreglo al plan de campaña que haya meditado”.

Tales eran, en resumen, los elementos con que se aliaba Garibaldi y tan nobles los fines que se perseguían. Sólo, pues, el desconocimiento de los hechos y de los hombres, o la malicia, siempre encaminada a sembrar la cizaña y la desconfianza, podían calificar injustamente las intenciones del Gobierno Oriental.

Es indudable que la muerte del general Lavalle y el avance triunfal de Oribe brindaban a este último y a Rosas más lisonjeras perspectivas que antes, para poder consumir sus siniestros planes de absorción y de venganzas; pero despojándose por parte de las fuerzas coligadas de todo escrúpulo mal entendido, ya de supremacía o de nacionalidad, las victorias de Oribe resultarían fugaces como una exhalación, o como las nubes sonrosadas que se borran de nuestra vista cuando con mayor interés fijamos en ellas la atención en lontananza.

Al reprochar Dunas a su país el tratado de 1840, conocido con el nombre de *tratado de Mackau*, que consolidó la tiranía de Rosas, dejando la República Oriental librada a sus solas fuerzas, se pregunta: “¿Cómo es que la Francia se hace de amigos como Rosas y de enemigos como Garibaldi?” Y más adelante agrega: “Por un lado, Rosas y Oribe,—es decir, la fuerza, la riqueza y el poder combatiendo por el despotismo. Por el otro, una pobre República,—una ciudad desmantelada, un tesoro exhausto,—un pueblo sin recursos, ni aún para pagar a sus defensores, pero batiéndose denodadamente por la libertad” Y luego, refiriéndose al más tarde solitario de Caprera, añade: “Entonces fué cuando apareció Garibaldi de vuelta de Río Grande,—y Garibaldi no vaciló un instante: declaróse en favor de la libertad y de los derechos del pueblo.”

Los que como él luchaban por tan noble causa, no podían ser objeto de maquinaciones infernales, puesto que en el santuario de los principios comulgan por igual todos los hombres que rinden fervoroso culto a la Democracia y la República; y Garibaldi, a pesar de haber nacido en un país monárquico, se sentía tan democrata y tan republicano como el eximio

patriota que presidió por primera vez los destinos del gran pueblo norteamericano.

En cambio, en las filas adversas se le juzgaba muy distintamente, con un criterio estrecho, con el único criterio con que pueden apreciar a los hombres los que viven esclavos del despotismo y no sienten ni siquiera aletear en su cerebro una idea impersonal y levantada.

“Cuando se vió aparecer en la escena política a aquel entonces desconocido personaje,—dice un historiador uruguayo,—reservado para una gran figura histórica europea, constanos que se cifraron esperanzas en hacerle abandonar las banderas que había tomado y aún adquirir su buque a tan poca costa como la *Palmar*.

“Los antecedentes del hombre, agrega, no autorizaban tales esperanzas, y sus hechos posteriores, han demostrado lo erróneo del propósito.” (1)

Sin duda, no supo nunca Garibaldi el juicio que se habían formado de él en aquel entonces los partidarios y defensores de Rosas y Oribe, pues no dice nada al respecto en sus *Memoorias autobiográficas* y ninguno de sus biógrafos cita ese hecho.

Pero no se trataba únicamente de un recurso inventado para su uso particular: era la obra de una escuela, de un sistema político, la idiosinerasia de un partido, encarnada en el alma de un monstruo.

¿Qué nobleza de miras se podía esperar de quien, como Rosas, no respetó ni siquiera a la autora de sus días, sobre cuyo venerable rostro aplicó, en su adolescencia, (2) sin escrúpulos ni remordimientos de conciencia, una insolente e inicua bofetada?

¿Qué de don Manuel Oribe, que elevado por Rivera a la primera magistratura nacional, lo traicionó en el ejercicio de la misma, y compelido a renunciar por su administración política desatentada, no tuvo empacho en aliarse con el Nerón de la opuesta margen del Plata?

(1) El coronel Antonio Díaz, que sirvió con Oribe, es quien consigna tan inicua especie en la página 183, tomo 5.º, de su «Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata».

(2) Contaba entonces 16 años de edad. Arrojado del hogar paterno, dejó la ciudad y se fué al campo, empleándose en una estancia. Allí se hizo gaucho, más tarde caudillo, luego Gobernador de Buenos Aires, y, finalmente, Dictador de la Confederación Argentina.

¿Qué de ambos siniestros personajes, que habían hecho de la barbarie un apostolado?

Ya antes,—el 30 de enero de 1841,—se apeló a iguales medios, aconsejando se tentara la compra del coronel Coe, en carta dirigida desde Montevideo a un satélite del *Restaurador de las leyes*, residente en Buenos Aires.

“Un don Miguel Marín, emigrado de esa, decía, es muy su amigo; si se encuentra ahí quien trabaje, podría muy bien hacerle la propuesta de regalarle 30 o 40,000 patacones, a más de satisfacerle el servicio que rindiese, según su importancia.”

El coronel don Antonio Díaz, que hizo toda la campaña de la Guerra Grande al servicio de Oribe, así lo consigna en las páginas 164 y 165 de su “Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata”, tomo 5.º, cuyo testimonio invocamos por esa causa, pues él no puede ser sospechoso para los que hayan participado o compartan las ideas del dictador argentino y de su procónsul.

La vieja escuela había echado, pues, hondas raíces en el espíritu de los enemigos de nuestra nacionalidad, a pesar de la repulsa que mereció en todos los tiempos por parte de los hombres de sano corazón y de un cerebro no contaminado con el virus del egoísmo y de la envidia.

La restauración de Oribe en el poder, habría importado la pérdida de nuestra nacionalidad: la reincorporación de la ex Banda Oriental y Provincia Cisplatina a la llamada en otros tiempos “República de las Provincias Unidas del Río de la Plata.”

En diciembre de 1816, siendo Pueyrredón Gobernador de Buenos Aires, pretendió éste que la Banda Oriental jurase obediencia al Congreso y al Supremo Director de las Provincias Unidas, enarbolando su pabellón, en lugar del que se izaba en los edificios públicos de Montevideo, símbolo de su anhelada libertad e independencia; pero el ilustre Artigas, indignado ante una pretensión tan humillante, les escribió desde Santa Ana, con fecha 26, a los delegados Barreiro y Durán, diciéndoles, con altivez jamás superada: “*El Jefe de los Orientales ha manifestado en todos tiempos que ama demasiado a su Patria, para sacrificar este rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad. Por fortuna, la*

presente no es tan extrema que pueda ligarnos a un tal compromiso. Tenga V. S. la bondad de repetirlo en mi nombre a ese Gobierno, y asegurarle mi poca satisfacción en la liberalidad de sus ideas con la mezquindad de sus sentimientos.”

El patriarca de nuestras libertades, habría muerto avergonzado, o víctima de hipocondría cívica, si la Nación por él tan anhelada hubiese desaparecido, máxime cuando al poner Bompland en sus manos un ejemplar de la Constitución de la República, allá en su humilde albergue del Paraguay, exclamara regocijado y besándola: “*¡Bendito se Dios! Te doy gracias por haberme concedido la vida hasta ver a mi Patria independiente y constituida!*”

Las lágrimas que entonces rodaron por sus mejillas, deberían ser la savia fecundante del postulado nacional; y se hacía mérito de sus ideas y sentimientos patrióticos obstaculizando enérgicamente tan funesta retroversión.

Garibaldi, dice en sus *Memorias*: “Nosotros combatíamos tan sólo por el honor, conforme al menos con el dictamen de nuestra conciencia, pues se luchaba por un pueblo contra dos tiranos.” (1)

Los invasores y Rosas, no se atrevieron, sin embargo, a poner en práctica aquel indigno pensamiento, pues presumían, con toda razón, que el austero nizano les daría una respuesta contundente y redoblaría sus esfuerzos para combatirlos y vencerlos.

El 23 de junio, (2) listo ya Garibaldi para emprender su viaje, recibió la visita del coronel don Juan Zufriategui, portador de las instrucciones a las cuales debía ajustar su conducta, de su nombramiento de jefe de la segunda división de la escuadrilla nacional y de sus despachos de coronel.

Como dichas instrucciones iban bajo cubierta, el coronel Zufriategui le preguntó:

(1) Aludía al combate sostenido con la Escuadra de Brown en las aguas del Paraná.

(2) Garibaldi no indica fecha alguna en sus *Memorias*, siendo muy rara la vez que lo hace, pero el coronel Antonio Díaz consigna la del 10 de agosto

Guerzoni lo da partiendo de Montevideo con su escuadra en los primeros días de julio, como podrá verse en el tomo 1.º, página 153 de su obra. Sin embargo, la que señalamos es la verdadera fecha de su salida. Por lo demás, la narración de los sucesos posteriores a su partida, pondrán en evidencia el error de ambos publicistas.

—¿Tendría V. S. inconveniente alguno en abrir y enterarse recién de este pliego en seguida de salvar Martín García?

Garibaldi,—que era un militar de orden, a pesar de las turbulencias de su espíritu,—se apresuró a responder con toda naturalidad:

—Señor, entiendo que el Gobierno ordena y no pregunta a un jefe de honor...

Era ésta, sin duda, la única contestación que cuadraba, puesto que, como lo dijo el héroe, en tales casos no correspondía otra actitud que la obediencia y el cumplimiento de las órdenes recibidas.

En la tarde de ese día completó el personal de sus buques y los pertrechos bélicos, y previa una visita a la corbeta brasileña *7 de Abril*, y ya entrada la noche, determinó abandonar el puerto de Montevideo, a fin de escapar a las miradas de los curiosos y excusarse de la despedida de sus amigos en el punto de embarque.

Interrogado veinticuatro horas antes por uno de sus íntimos sobre el empleo que se proponía darles a la *Constitución*, el *Pereira* y la *Prócida*,—porque se le atribuía el pensamiento de sorprender a los buques de Rosas situados en la isla de Martín García,—contestó con la mayor discreción y dignidad, diciendo:

—Querido Pepín.—Permítame que no le responda a la pregunta que me hace.

Estas palabras pintan de cuerpo entero su personalidad moral, puesto que tratándose de un asunto tan grave, se imponía la más absoluta cordura, guardando para sí el secreto de su empresa. Iba en desempeño de una misión oficial, que si llegaba a traslucirse, además de llevarle al fracaso, lesionaría su honor. Por eso no quiso que nadie supiera, ni aún confidencialmente, lo convenido con el Gobierno, y mucho menos la fecha de su partida y el derrotero que debía seguir.

Se ignoraba, pues, por completo en la Capital el verdadero destino que tendrían los referidos buques, y lo que menos se sospechaba, era que remontasen el Paraná con el fin de arribar a Corrientes, máxime cuando la indecisión de Coe y Fourmantin descontaba toda probabilidad de cualquier empresa temeraria, inconcebible, como lo hemos recordado, en el con-

cepto de la ilustre víctima de la escuela de la *Mazorca* en la hecatombe de Quinteros.

Fortificado Martín García y contando con cañones de precisión y alcance, se pensaba que por el momento era imposible a esa altura la travesía de cualquier buque de guerra nacional. De modo que nadie se imaginaba cuáles fueran las intenciones de Garibaldi al aceptar los ofrecimientos del Gobierno en reemplazo del antiguo jefe de su marina.

Lleno de entusiasmo y sin medir el peligro, se dirigió hacia Corrientes, anheloso de contribuir con sus esfuerzos al triunfo de la buena causa.

Al tenerse conocimiento de que había levado anclas con rumbo desconocido, se echaron a circular las más caprichosas versiones, creyendo los unos que entraba en sus planes fortificar a *Punta Gorda*, por ser un paraje estratégico, y la generalidad, que remontaría el Uruguay a objeto de proteger a Rivera si sufrían un descalabro sus operaciones en la Provincia de Entre Ríos, lo que confirma la rectitud de su conducta, puesto que todos estaban desorientados sobre el alcance de sus verdaderos propósitos.

Como el viento no le fuera favorable, tuvo que aligerar el lastre de la nave capitana, a fin de ponerla en condiciones para atravesar el *Banco Ortiz*, pues la *Constitución* calaba 17 cuartas. Dicho Banco,—como se consigna en el *Manual de navegación* por Lobo y Riudavets,—es el mayor de todos los que se encuentran dentro del cauce del Plata. Corre del SE. al NO., quedando su extremo SE. como al N. 40° E. de la punta del Indio, y su punta NO. termina en frente de la Colonia del Sacramento, siendo su mayor ancho de 15 a 16 millas. Ocupa casi el centro del río, y produce dos canales: uno, el del Norte, con la orilla izquierda, y el del centro con el Banco Chico. En estos canales el fondo es de fango, y al aproximarse a los bancos o la costa, se convierte en fondo duro. Sobre el *Ortiz*, la calidad es de arena, o de piedra cubierta de arena, y en sus veriles, a veces de arena fangosa. Eh' muchos parajes sólo tiene encima 2m5 (9 pies) de agua, de modo que los barcos pequeños pueden atravesarlo por algunas depresiones que presenta, y que lo dividen en tres porciones, que han recibido en el país distintos nombres.

Salvado ese obstáculo, ancló frente a los cerros de *San Juan*, situados en el departamento de Colonia, sobre la margen del arroyo del Miguelete, cuya elevación, de 106 a 136 metros, los hace visibles contemplados desde los edificios altos de Buenos Aires. Garibaldi se vió obligado a permanecer allí durante dos días, esperando que el viento le fuese propicio para tomar el canal.

Con fecha 24, el Ministro Vidal le escribió al Gobernador Ferré anunciándole la partida de aquella pequeña división naval, y el 29 le confirmó esa noticia el general Rivera,

La travesía del Plata la realizó Garibaldi sin otra novedad hasta su pasaje por la isla de Martín García, que se halla situada en el curso superior de dicho río, cerca de la desembocadura del *Uruguay* y del *Paraná-Guazú*, a los 34°11'25" latitud S. y 58°15'38" longitud O. del meridiano de Greenwich, y a 60 metros de altura sobre el nivel del mar, según Mouchez.

Esta isla es la llave en el Plata de los ríos *Paraná* y *Uruguay*, reuniendo, por lo tanto, insuperables condiciones estratégicas para un caso como el que nos ocupa.

Entonces, como en la actualidad, se hallaba artillada, y al aproximarse los expedicionarios, siendo las diez y cuarto de la mañana del 26, las fuerzas que guardaban la batería hicieron fuego sobre la pequeña y denodada escuadra, cuyos disparos fueron contestados valerosamente. Pero hubo que lamentar la pérdida de varios de sus tripulantes, figurando entre los muertos, un meritorio oficial italiano, genovés, de nombre Pocaroba, al cual una bala de cañón le tronchó la cabeza.

Garibaldi había desfigurado sus buques, modificando parte del velamen y dispuesto que la mayoría de los tripulantes de la *Constitución* se guareciese detrás de la borda, para no ser percibidos por las fuerzas contrarias. El resto, vestido de rojo, permaneció en la cubierta para desconcertar al enemigo, y simuló que era su propósito fondear en las proximidades.

Esta hábil estratagema, sólo dió resultado por un breve espacio de tiempo, pues tras un disparo de cañón con pólvora, fueron descubiertos y objeto de un nutrido fuego por las dos baterías de la isla.

Garibaldi, hizo entonces tocar a zafarrancho y enarboló la bandera nacional en todos los buques de su mando.

—¡Avanti! ¡avanti! exclamaba el héroe desde la toldilla de su nave capitana, y siempre adelante, vomitando fuego de cañón y de fusilería, consiguió pasar por aquel estrecho y peligroso canal, burlando así, con admirable audacia, las esperanzas que habían cifrado sus enemigos de impedirsele y echar a pique sus barcos.

El bergantín *Pereira* y la goleta *Prócida*, fueron los primeros en salvar el obstáculo, porque la *Constitución* quedó firme en su puesto de combate, siendo, por ende, la última en franquearlo. Garibaldi permaneció en la toldilla impartiendo órdenes a sus bravos compañeros y observando al enemigo con sus gemelos de larga vista, sin inquietarle en lo más mínimo las balas que se arrojaban sobre él con todo ensañamiento, pero sin lograr herirle.

El autor de la "Historia de la Confederación Argentina - Rozas y su época", adultera, sin embargo, la realidad de los hechos, pues dice a este respecto lo siguiente: "El 26 de junio se avistaron de la isla de Martín García tres buques, tripulados al parecer por marinos de la Confederación, y sin duda pertenecientes a ésta, puesto que enarbolaban la bandera argentina".

No sabemos en qué turbia fuente habrá bebido estos datos el doctor Saldías, porque es inexacto que se haya valido Garibaldi de semejante estratagema, por más que se tratase de combatir contra un adversario sin escrúpulos, como Rosas, para el cual todos los medios eran lícitos con tal de llegar a los fines por él perseguidos.

Es cierto que no izó la bandera oriental, para de ese modo no descubrirse a los ojos de los sostenedores de aquella fortaleza; pero tenía nociones claras del honor para osar valerse del pabellón argentino, que amaba como símbolo de la libertad de un pueblo digno de mejor suerte en tan aciagas circunstancias y que respetaba mucho más que sus malos hijos que estaban al servicio de una ominosa y sangrienta tiranía.

Agrega el autor citado: "Garibaldi los había disfrazado de esa manera para engañar a su enemigo; y este manejo desleal, que rechaza el decoro militar, dióle a la prensa y al partido federal un nuevo motivo para calificar a Garibaldi de pirata, como lo había calificado el Gobierno del Brasil."

Si errónea es la información que hemos desvirtuado, asaz injustos son los cargos que el publicista que nos ocupa dirige a tan pundonoroso soldado de la democracia universal.

En primer lugar, no llevaba Garibaldi el propósito de atacar la isla y tomarla por asalto, sino pasar frente a ella, con la mayor facilidad posible, para arribar al puerto prometido. Por consiguiente, la ocultación que hizo de sus insignias, aunque en distinta forma que la que se le atribuye, lo mismo que la desfiguración de sus buques, no pueden prestarse a una crítica imparcial. Se valió de un ardid irreprochable, puesto en práctica por otros, infinidad de veces. Pero aún cuando hubiera obrado de la manera que le imputa, ¿no recurrían los rosistas a toda clase de medios ilícitos para realizar sus funestos planes, colocándose, en consecuencia, fuera de las leyes comunes e internacionales?

Termina el doctor Saldías su crónica, diciendo: "Al favor de tal manejo, pudo efectuar su pasaje casi sin combatir; pues cuando las dos baterías de la isla rompieron sus fuegos, ya habían pasado dos buques y no quedaba más que el *Constitución* que sirvió de blanco a algunas balas."

"¡Honor al ínclito coronel Garibaldi!" debió exclamar el historiador argentino, en vez de increparle ese rasgo de perspicacia y de valor; pero para él, partidario recalcitrante de Rosas, el ilustre nizano,—a pesar de la justa fama que adquirió en el mundo y de la admiración que despertara en América y Europa,—merecía el duro mote de *pirata* y se apartó, en su pasaje por la isla, de las reglas usuales en la guerra.

Para Rosas, sin embargo, y para los suyos,—como lo sabe el distinguido escritor argentino,—era cosa corriente pasar por encima de todo, puesto que violaban todos los principios, atropellaban todos los derechos y sólo les guiaba un espíritu de absorción y exterminio.

En otra clase de lucha y teniendo al frente enemigos de distinta escuela política, podría exigirse quizá combatir o presentarse a cuerpo descubierto, por más que las embosecadas, no ya una marcha sigilosa como la efectuada por Garibaldi, son de práctica en todas las contiendas armadas, sin que a nadie se le ocurra tildar de piratas a sus autores. La reciente guerra italo-turca está plagada de hechos de tal naturaleza, lo mismo que la que hoy sostienen varias de las más

poderosas naciones de Europa, a pesar de las Convenciones del Congreso de la Haya.

El eminente repúblico español, Alejandro Lerroux, juzga con un criterio más exacto y ecuaníme la personalidad del ilustre campeón de las libertades mundiales en el siglo pasado, diciendo a su respecto lo siguiente en el prólogo de su libro *Historia de Garibaldi*: "No hay grandeza que sobrepuje a la grandeza de Garibaldi, porque no es el héroe militar que triunfa o sucumbe, sacrifica la vida de los suyos y la propia, en momentos de exaltación vesánica, a veces en el altar de la vanidad o del amor propio. Es el alma inteligente de una raza oprimida que encarna en un caudillo, dotado con todas las cualidades y aún con todos los defectos de su pueblo, y que no lucha por culto a la fuerza y a impulso de atavismos feroces o de mezquinas ambiciones nacionales, sino empujado por un excelso patriotismo y poniendo en la pelea ardimientos de la fe, junto a templanzas de la razón, y moderaciones de la generosidad.

"No se ha luchado nunca con tan alto altruismo.

"Leyendo las páginas sinceras que escribió Garibaldi, se comprende y se admira la potencia formidable que desarrolla un ideal, cuando éste toma carne en una raza o en un hombre preparados por la naturaleza para semejante augusta comunión.

"El secreto es ese: tener un ideal. Entonces se vence, casi siempre. El ideal es como astro de luz que lo embellece todo con transparencias divinas. Y dentro del alma, es un motor que eleva el pensamiento a lo sublime y conduce la voluntad a lo heroico."

Si dicho publicista hispano creyese que Garibaldi hubiera procedido como pirata en su pasaje por la isla de Martín García, que menciona en las páginas 143 a 144, seguramente no habría estampado en dicha obra las palabras que dejamos transcritas, y mucho menos las que hemos intencionalmente subrayado.

Según la *Gaceta* del 11 de julio, el coronel Crespo sólo disponía de 223 hombres en la isla; pero aunque hubiese tenido menos personal, su gente operaba desde tierra firme y en un punto ventajoso, si no igual a las Termópilas,—desfiladero constituido por el mar y el monte Oeta,—un tanto semejante,

por ser el pasaje obligado de los navegantes y sumamente peligroso, máxime en un combate naval.

El año 1873 publicó el capitán Mouchez el último manual que se conoce sobre la navegación del Plata, y en él dice lo siguiente: "Para remontar la isla de Martín García hay dos pasos, el uno al SO. (el argentino) y el otro al NE. de la isla (el de la costa oriental).

"El primero es el canal de Martín García, está balizado y es el único frecuentado. El segundo es el canal del *Infierno*, así llamado a causa de las dificultades que en él se encuentran, sea debido a las corrientes, sea por los numerosos bancos que lo obstruyen y hacen su derrota muy sinuosa.

"Estas balizas (las del canal argentino del O.), desgraciadamente no son hasta hoy sino unos simples palos que se elevan a uno o dos metros sobre el nivel del agua. Es difícil percibirlos, aún a pequeña distancia, sobre todo cuando se tiene el sol por delante.

"Se evitarían muchos encallamientos y estadías perjudiciales a la navegación si se les reemplazara por grandes boyas de palastro pintado, como se practica en nuestros puertos de Europa".

Estas opiniones del distinguido marino francés, jefe más tarde del observatorio astronómico de París, concuerdan con las emitidas antes que él por Lobo y Rindavets, quien dice, además, aludiendo al canal del *Infierno*, situado entre la punta de Martín Chico y la isla de Martín García, que: "aún cuando él tiene agua suficiente, es tan tortuoso e intrincado, que aún los mejores prácticos se excusan de pasarlo y sólo lo frecuentan los barcos de cabotaje".

Ya Bacarut había hecho iguales referencias en 1858 en su conocido manual, invocando las instrucciones del comandante Barnard de la marina inglesa, y todos a una aconsejan a los navegantes esquivar con sus barcos las proximidades del banco de *Santa Ana*, donde empezaba el canal de entrada al del *Infierno*.

El doctor Angel Floro Costa manifiesta que ese era el estado y el balance de los conocimientos hidrográficos que existían acerca de la navegación del Plata, más o menos hasta el expresado año de 1873, sintetizando su pensamiento en esta frase: "Una mala canal al Oeste de la isla de Martín

García, que sólo daba paso a buques de menos de 12 pies, y unos cuantos palos a pique, con el pretensioso nombre de balizas'', y agrega que recién en 1877, en virtud de los datos que transmitió al Gobierno Oriental el capitán de una cañonera americana, ordenó el dictatorial de don Lorenzo Latorre el primer reconocimiento en la canal del *Infierno*, y la colocación de una o dos balizas en el canal de entrada, que comienza en el puerto denominado el *Globo*, derrota al Oeste del banco de *Santa Ana*, corre por el canal de *Bracopot* y entra en el del *Infierno*.

“Desde entonces, apercibida la navegación de que había más agua en este nuevo canal, fueron los prácticos abandonando poco a poco el canal del Oeste de la isla, esto es, el que se recuesta hacia la costa argentina, por el que se navegaba hasta entonces para ir a los ríos—el cual, a causa de las aluviones que trabajan la formación del delta del Paraná y cada día hacen avanzar el placer de las *Palmas* o *Playa Honda*, comenzaba a cegarse hasta el punto que hoy sólo lo frecuenta el cabotaje.

“Noticiado el Gobierno Oriental por los prácticos, y especialmente por los informes del práctico mayor don Manuel Sosa, de las ventajas que ofrecía esta nueva ruta, y de la conveniencia que había en practicar su balizamiento en toda regla, que son la guía de los navegantes, ordenó el mismo año 1885, al mismo práctico mayor don Manuel Sosa, practicase un balizamiento formal de todos esos canales y colocase el número de boyas necesarias para la navegación”.

Hasta entonces,—como lo dice el propio doctor Costa,—la nueva ruta conocida y que fué frecuentada hasta el año 1892, pasaba al Oeste del gran banco de *Santa Ana*, dando lugar a todos los inconvenientes de trashedos y estadías en el *Globo*, que fueron la causa determinante de los estudios y exploraciones de la empresa de los señores J. M. Martínez y Cía., patrocinada por dicho abogado, para descubrir y conocer en toda su extensión la canal más honda, cuya existencia, por el estudio de las corrientes, sospechábase corría casi a una milla de la costa oriental, pero de la que hasta entonces no tenían noticia cierta las oficinas hidrográficas de estas dos naciones, pues a haberla tenido, no habrían balizado los ca-

nales del Oeste y hubiesen estudiado y balizado el canal de la referencia, infinitamente superior en fondo. (1)

Todo esto hace mucho más meritoria la empresa de Garibaldi, puesto que tenía que tropezar con el obstáculo del terreno y el fuego de las baterías de Rosas emplazadas en la isla.

Sin embargo, obviados esos inconvenientes, se presagiaba un viaje feliz, sin más óbice que los que pudieran surgir en lo sucesivo por razón de los futuros acontecimientos, cuando quiso la mala suerte que a unos cinco kilómetros, poco más o menos, encallase la *Constitución* en el ángulo Sud del banco del Norte que da acceso al *Guazú*, y para peor de males, precisamente cuando empezaba a bajar la marea.

Este percance pudo ser de fatales consecuencias y contrarió profundamente a los expedicionarios, pues deseaban arribar con presteza al puerto de su destino, antes que Oribe y sus colaboradores Echagüe y Urquiza se posesionasen definitivamente de los pueblos y costas correntinos.

Corrían, además, el riesgo de ser alcanzados y vencidos por la escuadra de Brown, que merodeaba por las cercanías de la isla, malogrando de esa manera el resultado de la delicada misión que iban a desempeñar.

Garibaldi no olvidaba el combate con los lanchones oribistas, que acometieron la *Luísa*, hallándose anclados en las proximidades de *Jesús María*, y en cuya refriega recibió su bautismo de sangre.

Si se le daba caza, lográndose vencerlo, peligraba su cabeza, más que su libertad y la de los suyos, pues difícilmente se resignarían a mantenerlo en rehenes, ya por encontrarse al servicio de la causa de Montevideo, ya porque jamás le perdonaron la derrota infligida a sus sabuesos marítimos.

Sus connacionales estaban también interesados en el éxito de sus esfuerzos, ya por el nombre de Italia,—aunque no se trataba de una guerra con ella,—ya por sus propios intereses, inminentemente amenazados por la irrupción federalista que se anunciaba sobre la metrópoli uruguaya. De modo que desde Garibaldi hasta el último de sus grumetes, todos ellos identificados con él, desplegaron una asombrosa actividad pa-

(1) «La Canalización del Estuario del Plata».

ra libertarse de aquel tropiezo, al parecer por largo tiempo insuperable.

¿De qué medios se valieron para desasir la *Constitución* de tan importuno y maldito atascadero? Se creyó que aligerando su peso se facilitaría la tarea, y cuando se ocupaban en trahondar a la *Prócida*, en lanchas, la batería y demás materiales bélicos de aquélla, lo mismo que su lastre, se vió aparecer la escuadra argentina, formada de siete barcos, que se dirigía a su encuentro como empujada por las alas del viento, que soplabá fuertemente, cual si el hijo de Heleno hubiera celebrado un pacto infernal con ella.

Garibaldi continuó impertérrito, trabajando como el más humilde de sus marineros, para terminar de prisa aquella ardua tarea, y a pesar de los rigores de la estación, desafiaba el frío en mangas de camisa.

Criado a orillas del mar y hecho a las inclemencias del tiempo, su férrea naturaleza resistía sin temores los rayos de un sol canicular y las intensidades de un invierno siberiano. Pero lo admirable en él no consistía principalmente en eso, sino en la sencillez de sus hábitos, en su republicanismo, en el hecho honroso de confundirse con sus subordinados en tan ruda labor. Rasgos como éste, que le eran comunes, le realizaban ante los ojos de sus servidores e infundían mayor aliento en el espíritu de aquellos bravos que le seguían sin temor a la muerte, como él animosos e impávidos.

Las primeras noticias llegadas a Montevideo de este memorable pasaje, fueron vagas, pero dieron una idea acabada de la audacia, el valor y la astucia del jefe de la expedición oriental.

“El Nacional”, en su edición del 5 de julio, número 1068, se expresaba así:

“Tenemos la satisfacción de anunciar que se han recibido comunicaciones oficiales, por las que se sabe que el señor coronel don José Garibaldi, con los tres buques de su mando, en desempeño de los importantísimos objetos de su comisión, atacó el 26 la isla Martín García y forzó su embocadura, apagando, después de una hora de cañoneo, los fuegos de sus baterías. La empresa que tan brillantemente ha iniciado el señor coronel don José Garibaldi requiere intrepidez, pericia,

arrojo, en una palabra: genio; y todo anuncia que el coronel Garibaldi reúne estas cualidades.

“Parece indudable que el general don Guillermo Brown, jefe de la escuadra rocina, navegaba Uruguay arriba con los bergantines *Belgrano*, *Molicska*, *Cagancha*, *Americano* (antes *Echagüe*) y la goleta *Nuere de Julio*.

“El Constitucional” de la misma fecha, decía a su vez:

“El día en que tres buques de nuestra escuadra zarparan de este puerto, lo anunciamos a nuestros lectores, y aunque fueron distintas las especies que circularon después sobre su pasada por Martín García, nos abstuvimos de referirlas, hasta no saberlo con alguna certidumbre.

“Nuestro objeto fué conseguido. Al Gobierno le consta de oficio que nuestros buques, a las inmediatas órdenes del coronel Garibaldi, salvaron el 26 el estrecho de Martín García, haciendo un fuego vivo sobre aquella fortaleza, logrando apagar después de una hora de cañoneo los de las baterías enemigas.

“La empresa del coronel Garibaldi ha sido seguida del éxito más feliz, y sin duda será precursora de resultados más satisfactorios.

“Es un triunfo para la marina de la República; una gloria para su pabellón; una lección, una burla para sus imbéciles enemigos.

“Semejante al suceso de la *General Rivera* que al mando de los valientes jefes Fourmantin y Lagrumé, escarmentó a los buques de Rosas que osaron salirle al paso protegidos por los cañones de Martín García, es un nuevo timbre que ilustrará los anales de las proezas de los defensores de la Independencia Nacional.

“Parece indudable que el general Brown, en cumplimiento de las órdenes del tirano, se dirija Uruguay arriba con tres bergantines y una goleta, pero creemos que será inútil su cruzada”.

“El Nacional”, en su edición del 9, agregaba: “Tenemos la mayor satisfacción en insertar las comunicaciones oficiales que se han recibido del coronel Garibaldi. El modo hábil y enérgico con que se ha desempeñado en su comisión, acredita su pericia y bravura, y el acierto con que obró el Gobierno al confiársela”.

¿Dónde se encontraba, sin embargo, en aquellos momentos el almirante Brown? Se supondrá, como lo cree "El Nacional", que figuraba al frente de la escuadra atacante; pero no fué así, pues él se hallaba tranquilamente en Buenos Aires, sin presumir que Garibaldi echara sobre sí las responsabilidades de una empresa tan temeraria y que a esa hora preocuparía la atención de sus antiguos camaradas.

Este ilustre marino, verdadero lobo de mar, tenía sus excentricidades, como suele pasarles a los hombres de su talla, y le había picado la idea de que trataban de asesinarlo, apelando a inyecciones de veneno.

No sabía quién o quiénes se proponían hacerlo, y de todos desconfiaba.

Cierto día, cuando con más fe bloqueaba a Montevideo, resolvió bruscamente abandonar la bahía y retirarse con la escuadra a la Argentina, como así lo efectuó. Invocó como pretexto constarle que alguien pensaba ir a bordo con el propósito de envenenarle el brazo izquierdo.—y no hubo quien lo disuadiese de aquel tétrico pensamiento, aunque nadie lo creyó siquiera verosímil.

Compelido por semejante preocupación, había dejado aquellas aguas para arribar a la rada porteña, deseoso, más que nadie, de bajar a tierra y encerrarse en su casa a fin de descansar y precaverse de los espíritus malignos.

Fué por ese entonces que se habló de sus tratativas de arreglo para defeccionar de la causa de Rosas y plegarse con sus elementos a la de Montevideo, Entre Ríos y Corrientes.

Sostiene uno de sus partidarios que al licenciar la gente no quiso dejar sus buques, resolviendo permanecer a bordo para infundirle amor a la disciplina y estimularle a la perseverancia, obstando así que se produjesen desertiones; pero el historiador Díaz manifiesta que Brown se encerró en su domicilio, dispuesto a no salir de él so pretexto alguno. Sin embargo, sea de ello lo que fuere, debe decirse en su honor que el solo anuncio de que el enemigo acababa de dejarse sentir bastó para que se pusiera de pie, apereibiéndose una vez más para el combate.

Situada la isla de Martín García a unas 25 millas de Buenos Aires, repercutió hasta allí el estruendo de los cañonazos.

de ambas escuadras, y el almirante, a cuyos oídos llegaron con perfecta claridad, se apresuró a ordenar que se inquiriesen de qué punto partían. Entonces, desde las crucetas del palo mayor, con el auxilio de los gemelos de mar, se percibió que los disparos procedían del lado de la fortaleza.

Acto continuo dispuso Brown que se izara la bandera que servía de señal para prevenir la próxima partida de sus buques y que se convocase a los licenciados por medio de un disparo de cañón, indicio de que debían regresar inmediatamente para ocupar sus respectivos puestos.

Como no era prudente que aguardase la incorporación de su tropa, mandó trasbordar al *Belgrano* 100 hombres, que tomó de las tripulaciones de la *25 de Mayo* y del *San Martín*, y con ese contingente se puso en seguida a la vela, en dirección a la Colonia, siendo las 2 de la tarde.

Además de la nave capitana, siguieron con él la *9 de Julio* y el *Echagüe*, que también habían conseguido los elementos necesarios para ponerse en condiciones de auxiliar eficazmente a aquélla. Después de cuatro horas de consecutiva marcha, dieron fondo en las cercanías de los cerros de San Juan, próximo al sitio en que Garibaldi y los suyos habían esperado días antes que Eolo, entonces menos bonacible, los empujase hacia la ruta trazada.

Habiendo cundido la noticia en la ya populosa ciudad, fué aquella audaz empresa de los riveristas,—nombre que daban a todas las fuerzas orientales, sin distinción de procedencias,—un augurio de nuevos y trascendentales sucesos y puso en movimiento a los agentes de la seguridad pública para dar con los marineros y oficiales de la escuadra que habían bajado con licencia. Entrada ya la noche, muchos de ellos acudieron a la Capitanía del Puerto en demanda de balleneras para trasladarse a bordo.

El 27, impelido por el viento favorable que soplabá del SE., levó nuevamente anclas con rumbos a Martín García, franqueando un canal por el que no había vuelto a navegar desde la guerra de la Independencia. El recuerdo de aquel sitio enardeció su sangre entibada por el hielo de los años, y le hizo entrever risueñas perspectivas.

“El grito del combate,—dice un cronista de los hechos que historiamos,—que tantas veces había resonado en su oído, re-

percutió entonces en aquella alma, cuya indomable bravura se había connaturalizado con la lucha, y despertó para volver al hombre sus facultades. El general Brown, necesitaba dormir después del combate y despertarse al estampido del cañón. No comprendía la existencia bajo otra forma."

El teniente Ignacio Gómez fué encargado de entregarle el parte, yendo a su encuentro a la *Playa Honda*, que empieza a 2 kilómetros al Sud de Martín García, al Sudoeste del banco de *Santa Ana* y al Este del de la *Limeta*, conducido por el launchón de guerra *Místico*. Dicha comunicación era la siguiente:

“¡ Viva la Confederación Argentina!

¡ Mueran los Salvajes Unitarios!

El Capitán del Puerto y Comandante accidental de la Isla de Martín García, junio 27 de 1842.—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Pone en conocimiento de V. S. que los tres buques de guerra de los salvajes traidores unitarios, pasaron a la parte de arriba de esta Isla, después de haber sufrido un vivo fuego por nuestros bravos federales y demás circunstancias.

Al señor Brigadier Jefe de la Escuadra de la Confederación Argentina, don Guillermo Brown.

El infrascripto tiene el honor de poner en conocimiento de V. S. que ayer a las diez y cuarto de la mañana, forzaron los salvajes unitarios el paso por esta Isla con una barca, un bergantín y una goleta de guerra, sufriendo un vivo fuego de la batería, del que seguramente les ha resultado daños graves; pues la barca al momento de ponerse fuera de tiro de cañón se le vió tirar a embicar al banco del Norte, donde ha estado varada hasta hoy que ha flotado a las nueve y media, y por las muchas operaciones en que han estado ayer y hoy por la

mañana con las lanchas, se deja ver el daño que habrán sufrido; y como V. S. ya los habrá visto en línea, se le avisa para los fines consiguientes.

Dios guarde a V. S. muchos años.—*Francisco Crespo*.

Sin embargo, la ausencia de Brown no habría aminorado en lo más mínimo el peligro que dejamos apuntado si otra casualidad no hubiese favorecido a la flotilla oriental. El *Belgrano*,—que era el buque almirante de la escuadra enemiga,—como movido por una mano invisible, auxiliadora de Garibaldi, también embió próximo a la isla, a muy corta distancia de la *Constitución*, cuando todos auguraban, agitándose convulsivamente desde la costa cercana, que haría presa a su rival. Pero, como se ve, el desencanto marchitó sus ilusiones.

El *Belgrano* no calaba más de 15 a 17 pies, lo que fué causa de que rasara varias veces con la quilla, en determinados lugares, el fondo del canal, que es estrecho y sumamente peligroso.

Además, sólo con viento SE. repunta allí el agua. El general Brown, queriendo salvar esos obstáculos, atendió el timón y el escandallo, aunque infructuosamente, pues varó a 5 kilómetros al Sudeste de Martín García, en la punta Norte del banco de *Santa Ana*, sin conseguir siquiera rebasarla.

Cuenta un testigo de aquel percance, que el almirante, taciturno, con la visera de su gorra calada sobre el parietal derecho, un círculo cárdeno en las órbitas, el movimiento convulsivo de la lengua, la rapidez de su paseo a estribor y el aumento de la cojera, revelaban, como otras veces, la terrible excitación de su espíritu y que estaba con los *devil's blue* (*diablos azules*).

Su ira se habría aumentado, no obstante, si hubiese sabido que aquel audaz marino que tenía a la vista no era su antiguo camarada Coe, sino otro más temerario y de mayor empuje, cosa que recién supo mucho después.

Mientras tanto, Garibaldi y sus intrépidos oficiales y marineros, que no habían titubeado ni un solo instante, proseguían en su ímproba labor, anhelosos de zafar y distanciarse.

Aquella circunstancia, empero, les hizo cambiar de opinión, y previendo que la *Belgrano* tropezaría con mayores dificultades que la *Constitución*, volvieron a bordo de ésta todo cuanto habían sacado de ella.

“Querer es poder”, se ha dicho, y ese adagio lo ejecutaron los expedicionarios, pues la capitana fué sacada a flote a las 9 y media de la mañana del 27 y puesta nuevamente en movimiento, en unión del bergantín *Percira* y de la goleta *Prócida*, con gran asombro y pesadumbre de quienes se forjaron la quimera de ahogar en su cuna los ensueños de los que confiaban en que Garibaldi, de cualquier manera, daría fiel cumplimiento a la misión que le confiara el Gobierno Oriental.

La *Prócida* no había sido hostilizada el 26 por las baterías de la isla, pues procediendo cuerdateamente su comandante, apuró la marcha, navegando a sotavento, lo más aproximadamente posible al banco.

La primera idea de Garibaldi, al contemplar el avance de la escuadra enemiga, había sido dirigirse a *Punta Gorda*,—que se halla al Noroeste de Martín García y dista de esa isla unos 35 kilómetros,—para resistir desde allí a sus atacantes. Volcada sobre la arena la *Constitución*, no podía esperarse nada de ella si las naves de Brown, libres de todo obstáculo, hubiesen podido ponerse a tiro de cañón; y para determinar su actitud, consultó a los prácticos que llevaba, sobre si *Punta Gorda* era fortificable. Dicho paraje se encuentra a 3 kilómetros al Sud de Nueva Palmira sobre la margen izquierda del Uruguay y frente a la desembocadura de uno de los brazos del Paraná. Era, pues, el sitio más favorable en que podía ampararse si las circunstancias lo requerían.

Pero reaccionando tal vez y resuelto a jugar el todo por el todo, dió orden que la *Prócida* fuese montada con cuatro cañones y que a su bordo se transportase casi toda la pólvora disponible, no obstante su detestable calidad, que la hacía poco menos que inservible, pues abundaba el cisco.

Queriendo también utilizar la corbeta, a pesar de su desgraciada situación, hizo abrir dos portas en la popa y ordenó que fuese armada; pero la encalladura del *Belgrano* y el feliz suceso de la *Constitución*, cambiaron su proyecto.

No existiendo conveniencia en detenerse por más tiempo ni en librar combate, resolvió abandonar acto continuo el *Plata*, cuyo estuario tiene por límites la costa meridional, desde el cabo de *Santa María* hasta la desembocadura del *Uruguay*, y por la costa argentina, el cabo de *San Antonio* hasta la desembocadura del *Paraná*, si bien el límite de la salsedumbre de

las aguas es muy variable, según sea alto o bajo el estado del río, llegando las aguas saladas hasta el meridiano en las barrancas de *Santa Lucía*, en el primer caso, y avanzando las dulces hacia el E. en el segundo, en términos de que tal cual vez es potable en el puerto de Montevideo. (1)

Teniendo en cuenta las sinuosidades de ambas costas, la septentrional mide 400 kilómetros desde las dos extremidades que limitan el *Plata* por este lado, y la meridional, 360, desde el cabo de *San Antonio* hasta la boca del *Guazú*. Su estuario tiene, en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, una anchura de 40 kilómetros, y 200 entre los cabos de *Santa María*, en la República Oriental, y el ya citado de *San Antonio*, en la Argentina. La superficie de este estuario, puede calcularse en 35,000 kilómetros cuadrados. (2)

En cuanto a su profundidad, no es posible establecerla en general para todo este vasto volumen de agua, pues es muy variable, ya nos aproximemos a sus costas, ya nos apartemos de ellas, ya se navegue por el canal o sobre un banco de arena. Sin embargo, su profundidad media, navegable, puede estimarse aproximadamente en 12 metros en la embocadura, 5 en el interior y 3.50, hasta llegar al delta del Paraná. (3)

(1) Lobo y Riudavets, «Manual de la navegación del Río de la Plata».

(2) F. Latzina, «Geografía Argentina».

(3) Lobo y Riudavets, obra citada.

EN EL RÍO PARANÁ

SUMARIO:—Niebla salvadora.—Remontando el río.—Resistencia de los prácticos.—Cómo supo vencerla Garibaldi.—Pasaje de los expedicionarios por el Chaná, la boca del Baradero y el banco de San Pedro.—Comunicación del Encargado de Negocios de Corrientes cerca del Gobierno Oriental.—Parte pasado al Ministro Vidal.—San Nicolás de los Arroyos.—Combates parciales en la vuelta de Obligado y Punta de Piedras.—En la Bajada del Paraná.—Audaz travesía.—Rasgo heroico de Oribe.—Una frase del comandante del "Pereira".—Comunicación al general Ferré.—En las Conchas.—Provisión de carne fresca.—Combate en el Cerrito.—Presas tomadas allí, a pesar de la posición ventajosa de la batería enemiga.—Muerte de los bravos oficiales italianos Díaz y Vallerga.—En Hernandarias.—Nuevas presas.—Castigo aplicado en San José de Feliciano al primer cirujano de la escuadra por no haber atendido debidamente a un enfermo.—Concurso prestado por el Gobernador de Corrientes.—Comunicaciones de Ferré, Garibaldi, Aguilar, López, Ramírez y Ocampo, sobre varias acciones de armas adversas al enemigo.—Encuentro de las escuadrillas aliadas en Caballá-Cuatí.—Nota de Ferré al General en Jefe del Ejército de Reserva.—Nuevo parte de Garibaldi.—El lanchón "Caá-Guazú".—Respuesta afectuosa del mencionado Gobernador.

Una espesa niebla, que parecía plomiza cortina pendiente del firmamento, favoreció a los expedicionarios, pues gracias a ella pudieron alejarse sin temor de ser perseguidos, ni siquiera vistos.

Por eso, cuando fué sacado a flote el *Belgrano*, sus tripulantes no atinaban qué rumbo tomar, desde que desconocían por completo la dirección que llevaba la flota contraria, por más que debieran suponer que se encaminaba a Corrientes, ya que en esos lugares se habían reconcentrado las fuerzas adictas a Rosas y que ellos podrían ser el teatro de las operaciones comunes.

Pensaron, sin embargo, pero equivocadamente, que no se

atreverían a penetrar en el río Paraná, optando, en cambio, por remontar las aguas del río Uruguay, para ir a refugiarse en el puerto de Paysandú, o en sus confluencias, como lo hicieron meses después, aunque espontáneamente, si es que no optaban por fortificarse en *Punta Gorda*, donde había funcionado anteriormente una batería.

Todo esto lo hacían presumir distintas causas, entre otras, la de que operaba en las aguas del Uruguay el coronel Fourmantin, que tenía fama de hábil y que se hallaba al servicio del general Rivera, y el hecho de que numerosas fuerzas orientales guardaban las costas en una larga extensión.

Por otra parte, las del Paraná presentaban serios inconvenientes para los expedicionarios inexpertos en ellas y conducidos por embarcaciones de gran calado, debiendo agregarse la circunstancia de que el comandante Seguí se hallaba con su escuadrilla a inmediaciones de *San Miguel*, donde había ido con el propósito de proteger el pasaje del general Oribe, y que tendrían que trasponer 2,000 kilómetros entre fuerzas enemigas.

El almirante Brown abrigaba también la errónea creencia de que fuera su jefe el comodoro Coe, a quien no le reconocía ni audacia ni aptitudes bastantes para tomar sobre sí una empresa tan arriesgada.

Garibaldi, no obstante, aprovechando el contratiempo acaecido a la escuadra enemiga y la coincidencia que dejamos enunciada, no trepidó un instante en resolverse, y penetró en el *Paraná* por la boca del *Guazú*, decidido a seguir adelante sin mirar hacia atrás. Esa era la rota que se le señalaba en el pliego de instrucciones que se le había entregado bajo sobre y que acababa de abrir para enterarse de su contenido.

Se le ordenaba dirigirse a la *Bajada*, en la persuasión de que se encontrarían allí los aliados correntinos al mando del general Ferré, a fin de ponerse de acuerdo con éste y entregarle las comunicaciones y pertrechos de guerra que conducía.

Para evitar cualquier tropiezo o confusión, se había convenido noticiar su arribo lanzando al espacio tres cohetes voladores.

Garibaldi quiso estimular el celo y amor propio de sus subalternos, y a ese efecto procedió a varios nombramientos y

ascensos entre sus oficiales más distinguidos. También les hizo entrever la esperanza de que podrían conducirse, como trofeos de gloria a Corrientes, tanto el convoy como la escuadrilla despachados por Rosas con destino a Entre Ríos.

La experiencia le había enseñado que en ciertos casos era necesario estimular el egoísmo, para no desmayar en las luchas de la vida y abordar con más entusiasmo la realización de una idea, si bien él no hubo menester nunca de emulación alguna para determinar su voluntad.

Pero prosigamos en pos de aquellos heraldos de la libertad, que más parecen héroes de la leyenda religiosa que realidades vivientes.

Además de la cerrazón, el viento, que antes había sido propicio a la escuadra adversa, esta vez sirvió para empujar velozmente hacia la derrota ansiada a la flotilla garibaldina y alejarla de ella, desorientándola.

El río *Paraná*,—que tiene una extensión de 4,500 kilómetros,—toma su origen cerca de la ciudad de *Coyaz* por 16°30' latitud Sur, recorre las provincias brasileñas de *San Pablo* y *Paraná*, sirve al Este de límite a la República del *Paraguay*, salva el famoso paso de la *Guayra*, y desde ese punto, corriendo ya por territorio argentino, describe una gran curva de Este a Oeste, para ir a encontrar el río *Paraguay*; reunido a este poderoso afluente, corre en línea recta, majestuoso como un mar, pasando por *Corrientes* y *Goya*, y al llegar a *Santa Fe*, principia a describir nuevamente otra gran curva, de un circuito igual a la primera, pero esta vez con dirección de Oeste a Este, para reunirse con el río *Uruguay* por nueve brazos, cuyos principales, son: el *Guazú* y *Las Palmas*, formando en su confluencia un inmenso delta, que ostenta la vegetación más lujosa. Recibe en su izquierda el *Tieté* y el *I-Guazú* o *Curutiba*, y en su derecha, los ríos *Paraguay*, *Salado* y *Tercero*. (1)

Los prácticos que llevaba Garibaldi, manifestaron serlo únicamente del río Uruguay y opusieron una tenaz resistencia cuando les dijo que era su propósito navegar por el *Paraná*, desde que nada tenía que hacer en aquel río.

.(1) Alfredo Cosson, «Curso gradual y metódico de geografía física, política e histórica».

Mucho influyó en el espíritu de éstos el temor que abrigan de ser apresados por las fuerzas de Rosas o las de Oribe que ocupaban ambas márgenes, pues al partir de Montevideo no tuvo la precaución de elegir pilotos conocedores del Paraná.

La negativa no le satisfizo, sin embargo, desde que por faso por nefas, era menester no detenerse en reflexiones ni vacilar un momento, puesto que cualquier demora podría dar motivo a una sorpresa de aquellos lobos carniceros que tanto anhelaban cebarse en ellos y que la veleidad de su fortuna les obligó a permanecer inmóviles como entes paralíticos, a corta distancia de la isla de Martín García, cual nuevo Prometeo, con el *Belgrano*, si no atado a una roca, por obra de la venganza de un moderno Júpiter, enclavado, en cambio, en uno de los peñascos del traidor canal.

Si creyésemos en la Providencia, diríamos que la justicia divina se había rebelado contra los sicarios del tirano, enviando, primero a Hércules para que libertase a Garibaldi, y luego, arrojando a aquéllos en brazos de Plutón para ser precipitados en las entrañas del averno.

Supo Garibaldi que entre sus prácticos había uno que podía sacarle de apuros, y por más que éste pretextara su absoluta ignorancia, lo obligó a guiar la flotilla.

A los que después le interrogaron al respecto, les contestó, sonriente:

—Mi sable lo allanó todo.

Aquel hombre, que fundaba su mayor fuerza en el derecho y la justicia y en la razón y el convencimiento, se había visto precisado, obedeciendo a la presión de los sucesos, a emplear la violencia, muy a pesar suyo, pues si se hubiese valido de paños tibios, ni su nombre trascendería hoy en el mundo entero, ni la defensa de la República Oriental del Uruguay habría contado, desde aquel día, con el inestimable concurso de su brazo y su prestigio.

A poco andar, encontraron una ballenera en las proximidades del *Chaná* y se apoderaron de uno de sus tripulantes para que les sirviese de baqueano. Era este otro sacrificio moral que se imponía el héroe, pero lo hacía al rudo precio de la necesidad.

Si la fortuna ayuda a los audaces, el honor salva a los va-

lientes, y la audacia y el honor eran compañeros inseparables de Garibaldi.

Luego, viento en popa, y alegres como unas pascuas,—pues nunca sintieron desfallecer su espíritu,—continuaron la marcha, que fué incesante, noche y día, hasta llegar, en la tarde del 29, a la boca del *Baradero*, encontrando allí un queche y tres balandras del cabotaje, que al contemplar flameando en el mástil de las naves expedicionarias el pabellón oriental, por primera vez izado en dichas aguas por buques de guerra de nuestro país, lo saludaron en la forma de práctica.

Garibaldi, violentándose una vez más y bajo el imperio de las circunstancias, aprovechó la oportunidad para hacerse de 16 de sus tripulantes, respetando, sin embargo, dichas embarcaciones, puesto que únicamente deseaba conseguir gente avezada a la navegación.

A esta altura de los sucesos y demostrando ignorancia absoluta de los mismos, recién se determinó a dirigirse al Gobernador Ferré el Encargado de Negocios de Corrientes cerca del Gobierno Oriental, don Julián de Paz, comunicándole la partida de Montevideo de la división naval uruguaya y de los elementos que la componían. Como no carece de interés y en ella se hace digna mención de los méritos del jefe expedicionario, transcribimos a continuación ese documento:

¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

Montevideo, julio 1.º de 1842.

El Encargado de Negocios de Corrientes cerca del Gobierno Oriental,

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la misma Provincia, Brigadier don Pedro Ferré,

Tengo el placer de comunicar a V. E. que el 23 del pasado junio, zarpó de este puerto la barca de guerra *Constitución*, el bergantín *Pereira* y una goleta al mando del coronel Garibaldi, antiguo jefe de la fuerza naval de Río Grande, y hoy al servicio de esta República. Van provistos abundantemente de pertrechos navales y de guerra, y llevan más de 300 hombres de tripulación.

Según se me ha informado por buenos conductos, lleva el citado jefe instrucciones para apoderarse de la Escuadrilla que existe en el Paraná a las órdenes del oficial Seguí. Consígalo o no, irá hasta Corrientes para ponerse de acuerdo con V. E., armar otros buques y hostilizar al enemigo en las aguas y costas del Paraná, donde debe permanecer esta división naval hasta la conclusión de la guerra.

Según avisos que se han recibido, el coronel Garibaldi con sus buques ha pasado sin ser sentido de la guarnición de la isla Martín García, y por los vientos favorables que han reinado, se supone que esté muy adelantado en su camino. El coronel Garibaldi es un marino intrépido y emprendedor, y su presencia en el río Paraná será de gran utilidad para Corrientes. El segundo jefe de la expedición, Arana, es también muy acreditado. La barca *Constitución* monta 19 piezas, y el bergantín *Pereira*, 11, y de ellas dos giratorios de a 24. Muchos de estos detalles se tienen aún aquí reservados.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*Julián de Paz*. (1)

En el banco de *San Pedro* se vió obligado Garibaldi a detener su marcha a causa de haber varado, y el 2 de julio, quince kilómetros al Norte del rincón del mismo nombre, dirigió el siguiente despacho al Ministro Vidal:

Corbeta de guerra nacional "*Constitución*", al ancla en el río Paraná, tres leguas arriba de San Pedro, 2 de julio de 1842.

El que firma, comandante de la escuadrilla nacional de operaciones en el Paraná, tiene el honor de comunicar a V. E. que a las 10 del día 26 del próximo pasado fué realizado a viva fuerza el paso de Martín García. A pesar de haber sostenido por más de una hora el fuego de ambas baterías, salimos del combate sin avería considerable. El enemigo, pues, en este punto, ha quedado completamente burlado.

Hemos capturado dos buenas balleneras con algunas provisiones.

(1) Archivo de la Provincia de Corrientes.

En la *Boca del Baradero*, tomamos la gente de tres buques menores que navegaban de vacío. Nuestra tripulación se va aumentando, y todo nos pronostica el mejor suceso en la expedición.

Por relación de los individuos que hemos tomado, sabemos que el señor general López hostiliza por el Norte de Santa Fe las fuerzas de Oribe, y que los indios del Chaco que sirven a aquél, han arrebatado a éste sus mejores caballadas.

Que la escuadrilla que manda Seguí en estas aguas, se halla en la Bajada o Santa Fe.

Nuestras tripulaciones han dado prueba de comprender que pelean por la causa de la humanidad, y en su disciplina y moral son ejemplares.

Los tres baqueanos que V. E. dió a esta expedición, regresan y son los portadores de ésta. La comportación de dichos baqueanos se ha hecho digna de la consideración del Superior Gobierno.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*J. Garibaldi*.

A S. E. el señor Ministro General del Estado Oriental del Uruguay, don Francisco Antonino Vidal.

Siguiendo su ruta trazada, se aproximó a *San Nicolás de los Arroyos*, primera población argentina que presentósele a la vista, situada sobre la margen derecha, en lo alto de la barranca del río Paraná, hoy sobre el ferrocarril de Buenos Aires al Rosario y sobre el del Oeste, ramal al Pergamino.

Edificada entre los dos arroyitos de *Ramallo* y del *Medio*, —circunstancia ésta que ha motivado su nombre,—unido a las islas que rodean dicho río y a su vasto canal, llamó justamente la atención de Garibaldi, quien aún no había tenido ocasión de apreciar suficientemente los ricos dones con que ha dotado la Naturaleza a esta parte de América. Fué fundada por don José de Aguiar en 1749, siendo partido desde 1779.

San Nicolás tiene 620 kilómetros de extensión, se halla al NO. de la capital argentina y linda con la provincia de Santa Fe.

Allí, aprovechando la existencia de varios barcos merca-

tes, se hicieron de un práctico austriaco, que tomaron prisionero en una expedición nocturna, pues la ley suprema de la necesidad a que antes nos hemos referido y el instinto de conservación, los obligaron nuevamente a no andarse con chicas; y con él, aunque compelido a prestar ese servicio, tenían un guía seguro para arribar al Paraná sin otros escollos que los que pudieran oponer una insólita bajante o el enemigo apostado sobre la cercana ribera, a pesar de haber resuelto, por vía de precaución, seguir hacia donde hubiese menos peligro.

Al pasar por la *Vuelta de Obligado*, lo mismo que por *Punta de Piedras*, hizo desembarcar parte de su gente, para renovar las provisiones; pero si bien logró ese objeto, fué necesario tirotearse con el enemigo encargado de vigilar dichos parajes; y al cruzar por el puerto del *Rosario* y por *San Lorenzo*, se lanzaron estruendosos vivas desde a bordo a nuestro país y a las provincias argentinas alzadas en armas, a la vez que izóse de nuevo el lábaro patrio, para que no se ignorase que iban en aquellas naves cruzados de la Libertad.

En la última de esas localidades, se rehusaron sus pobladores a suministrar carne a ningún precio, temerosos de que las fuerzas federales pudieran castigar aquel acto de humanidad con sus acostumbradas tropelías. Se les había prohibido terminantemente auxiliar a los unitarios, y, ¡guay de quienes osaran desaçarar aquel mandato!

Como se ve, los expedicionarios, en su larga trayectoria, se vieron obligados a sostener diversas escaramuzas con los pobladores de sus adyacencias, adictos a la causa de Rosas, y con la caballería destacada en la costa, no sin derramarse sangre, pues no en vano exponían sus pechos a las balas. .

—¡Avanti! ¡avanti! continuaba diciendo su impertérrito jefe, que nunca se sentía abrumado por el cansancio y que no conocía el miedo,—y su voz, siempre vibrante y sonora, repercutía en todos los oídos como los toques de un tambor guerrero, predisponiendo los ánimos a la perseverancia y a la lucha. Y así, sin decaimiento de espíritu, sin apercibirse ni del hambre ni del sueño,—que resultan secundarios cuando en el cerebro se agita una magna idea,—y sin que les commovieran los ayes de sus compañeros heridos, obedecían ciegamente la consigna.

Era su propósito llegar a la *Bajada* con la mayor presteza. Lo habían prometido, y retroceder hubiera sido obra de pusilánimes y habría lesionado su amor propio, que desde Garibaldi hasta su último subalterno, estimaban en alto grado, no por espíritu de vanidad,—que ésta no cabe en los corazones bien templados,—sino por razones de un orden más superior.

El 15 habían llegado a manos del Gobernador Ferré las notas del Presidente Rivera y de su Ministro Vidal, no sabiendo qué admirar más, si la acción del Gobierno Oriental, reveladora de un espíritu noble y generoso, o el altruismo y el valor del jefe de la 2.^a división de la escuadra nacional y de sus abnegados compañeros. Desde entonces no apartó de ellos ni un solo instante su pensamiento y tomó algunas disposiciones para acudir en su ayuda tan pronto se enterase de su verdadera situación y las circunstancias se lo permitieran.

Los expedicionarios no desmayaban por eso, ni suponían que se les iba a abandonar al azar del destino, y seguían andando, hasta que arribaron, por fin, a las 6 de la tarde del 18, fondeando en la *Boca del Silgadero*; pero no sin tener que cambiar balas con el enemigo, desde cuyas baterías les arrojaban una verdadera lluvia de proyectiles, que fueron por ellos contestados virilmente.

Al amanecer del 19 se procedió al sondaje y reconocimiento del canal que da acceso a aquel puerto, habiéndosele confiado esa tarea al comandante del *Pereira*, que la realizó en unión de seis marineros. El enemigo pretendió apresarlos y desprendió dos lanchones con tal fin; pero se burló de ellos, deteniendo primero su embarcación, para hacerles creer que se entregaba, y disparando luego sus armas sobre los contrarios, hecho lo cual replegóse al resto de la flotilla oriental.

Los contrarios se afanaron por impedir el pasaje de Garibaldi, haciendo funcionar un cañón de a 24, a cargo del mayor Luis María Agüero, que demostró mucho celo, pero escasa puntería. El héroe, comprendiendo el peligro que le amenazaba, optó por desistir de su entrada al puerto, pero no así de seguir adelante, puesto que no le convenía quedar allí estacionado, expuesto a múltiples contingencias y a ser alcanzado por la flota de Brown. Mas no pudo librarse de sostener un recio combate que duró cerca de dos horas, sin resultados positivos para nadie, tal vez debido a la distancia, desde que la travesía la efectuó por el cauce principal.

Quizá los expedicionarios habrían perdido allí sus buques y muchas vidas si una nueva circunstancia no los hubiera favorecido. Además de hallarse lejos, como decimos, las batallas contrarias, por cuya causa sus disparos se perdían casi siempre en el vacío, aquel mismo viento que fué su salvación frente a Martín García, continuaba soplando auspiciosamente.

Oribe, que se encontraba en la *Bajada*, quiso estimular con su presencia al jefe de la escuadrilla que hostilizaba a Garibaldi, y produciendo el consiguiente asombro general, acudió a aquel sitio, rodeado de varios de sus ayudantes y en compañía del capitán del puerto. Era este un rasgo de valor que no le queremos escatimar, y por eso lo consignamos.

La *Constitución*, el *Pereira* y la *Prócida* prosiguieron, en medio de la estupefacción del enemigo que se desesperaba de rabia al vérselo escapar tan valiosa presa.

La *Bajada* fué fundada en 1730, por conquistadores españoles, salidos de Santa Fe, y está ubicada sobre la margen izquierda del río Paraná, cuyo nombre lleva actualmente, a unos 78 metros sobre el nivel del mar, y dista de la ribera como 2 kilómetros. Domina completamente la vasta cuenca de dicho río y desde sus edificios más elevados se ve la capital de la provincia vecina. Es la escala de los vapores que navegan el río, y se comunica diariamente, por medio de pequeñas embarcaciones, con Santa Fe, que está situada al frente, en la opuesta orilla. (1)

Hasta 1787 dependió de la provincia de Santa Fe, siendo luego erigida en cabeza de departamento y capital de la provincia de Entre Ríos, disposición confirmada por el estatuto provisorio constitucional de 1822. Varias veces se cambió la sede gubernativa de dicha provincia, entre esta ciudad y la de Concepción del Uruguay, sobre el río de este nombre. En 1860 fué la última vez que reconquistó el Uruguay el título de Capital de la Provincia, que le ha durado hasta estos últimos tiempos, siendo nuevamente despojada de él, bajo el Gobierno del general Racedo, que trasladó los poderes públicos provinciales a la ciudad del Paraná. (2)

(1) Urien y Colombo, «Geografía Argentina».

(2) Nicolás Granada, «Por el Paraná—Esquizes de viajes».

Después de avanzar 10 kilómetros más al Norte, se detuvo Garibaldi para dirigir una comunicación al Gobernador de Corrientes, haciéndole saber su destino, el propósito que abrigaba y el pasaje a sus filas de un desertor de la escolta de Oribe, como asimismo para solicitarle desde allí el envío de refuerzos marítimos.

Las espinas del camino no le habían arredrado y alimentaba la esperanza de que eundiría el desánimo en el ejército contrario y que sus buques recibirían nuevos pasados del enemigo.

La comunicación a que nos referimos, reza así:

El jefe de la 2.^a división de la escuadra nacional de la República del Uruguay,

A bordo de la corbeta de guerra *Constitución*, dos leguas arriba de la Bajada del Paraná, 19 de julio de 1842.

Al Excmo. señor Brigadier General don Pedro Ferré, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Corrientes.

El infrascripto tiene la honra de avisar a V. E. su existencia en estas aguas, al mando de una corbeta, un bergantín y una goleta.

En Martín García y la Bajada, nos hemos medido con las fuerzas del déspota argentino; y en estos pasajeros ensayos, puede V. E. persuadirse que los enemigos de la civilización y de la humanidad, han recibido lecciones bastante elocuentes de la superioridad intrínseca que los libres poseen sobre los esclavos.

Precisados, empero, a conservar la dominación del Paraná, a V. E. no debe ocultarse cuanto importa aumentar nuestra escuadrilla sutil en cuanto sea posible, y si es que esta exigencia puede ser llenada por el Gobierno de V. E., el que firma cree que no se perderá tiempo en llevarla a su debido efecto.

Yo seguiré mi marcha para arriba hasta colocarme en situación que pueda recibir órdenes de mi Gobierno, o entenderme directamente con V. E. para proteger en cualquier punto las operaciones militares que puedan emprenderse por tierra.

Hoy ha desertado de la escolta de Oribe y refugiándose a nuestro bordo, un joven correntino nombrado Bartolomé Castillo. Este asegura que en el ejército servil reina el mayor descontento y que los correntinos con especialidad se desertan hasta de a 25 juntos.

Yo creo que Castillo no será el primero y último patriota correntino que tengamos el placer de recibir en nuestros buques.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*J. Garibaldi.*

Remontando el Paraná, llegaron al arroyo de las *Conchas*, donde también se vieron en la imperiosa necesidad de efectuar un desembarco, antes que Diana, con sus nítidos rayos, frustrara inconscientemente sus esperanzas, extendiendo orgullosa su manto de nácar sobre la faz de la tierra.

Dicho arroyo queda unos 10 kilómetros más abajo de la actual *Villa Urquiza*.

Durante aquel largo andar, entre zozobras y frecuentes bregas, no habían podido satisfacer las exigencias del estómago, y por mucho que fuera el entusiasmo que inundaba y fortalecía sus almas, era menester aprovechar cualquier coyuntura para proveerse, como antes, de los recursos necesarios, que, por fortuna, se encontraban a corta distancia suya.

El enemigo, que parecía estar siempre despierto, al notar su presencia, avanzó sobre ellos, al mando del coronel Granada, trabándose una reñidísima pelea, de la que salieron airoso los expedicionarios, pues éstos lograron arrebatarles 14 vacas, que una vez carneadas por Battaglia y otros experimentados en las faenas campestres, fueron transportadas a bordo.

Oribe, reproduciendo su anterior hazaña, no quiso ser mero espectador de los sucesos y se hizo ver sobre una de las barrancas más próximas al canal, en unión de varios jefes y oficiales.

Quería, tal vez, dar coraje a las tropas de su mando que allí operaban, o habríase imaginado que los cañones de los buques orientales eran de menos alcance; pero si esto último creyó, la realidad puso de manifiesto todo lo contrario y pudo hacerle víctima de su inocencia o temeridad, pues el comandante de la *Pereira*, al descubrirlo desde lejos, abocó

sobre él uno de sus cañones, y le hizo seis disparos, que estuvieron a punto de dar en el blanco y librar al país y a las provincias argentinas del azote de aquel ciego instrumento de Rosas.

A pesar de los cargos que se le hacen por haberse arrancado las charreteras en la batalla de Ituzaingó, no creemos que le intimidasen las balas, — y así lo demostró en el caso ocurrente, pues solo a instancia de sus ayudantes se retiró de aquel sitio, después de haber rebotado a sus pies más de un proyectil.

El referido comandante no pudo contenerse ante la audacia de Oribe, y dando rienda suelta a su entusiasmo, profirió a voz en cuello estas palabras, apelando a la bocina:

—¡Viva la Libertad! ¡muera al tísico cortacabezas Oribe, esclavo del tirano Rosas!

El capitán Arana Urioste no supo nunca el atroz efecto que ellas produjeron en el espíritu de su agraciado, que como lo demostraremos a su tiempo, envenenaron su alma con una inquina incurable y terrible.

En el *Cerrito*, por donde debía también pasar Garibaldi, se le esperaba con grandes precauciones tendientes a obstaculizar su travesía, para que la escuadra de Brown pudiera darle caza y ser tomado entre dos fuegos. Como todas las anteriores tentativas habían fracasado, se juzgó medida hábil trasladar allí la artillería que tanto le hostilizó, aunque inútilmente.

Era aquel un paraje estratégico, propio para tenderle una celada. Colocadas sus piezas, como lo fueron, sobre el recodo o revuelta que allí forman las barrancas en su lado izquierdo, se tuvo por seguro que la escuadrilla oriental detendría su marcha, cayendo en poder de las fuerzas oribistas, o en manos del almirante, si arribaba a tiempo, o que cuando menos salvaría desmantelada como consecuencia de una lucha en tan desventajosas condiciones.

Garibaldi no ignoraba las intenciones de sus contrarios, ni las medidas que se tomaban, pues fué oportunamente avisado por gente que había pertenecido al general Juan Pablo López y que en esos momentos se albergaba en el Chaco; pero se entregó al más absoluto mutismo para evitar la preocupación de los suyos. La discreción es parte de la sabiduría, y ella jamás le abandonó al inclito héroe italiano.

Eolo esta vez no le favorecía: apenas una brisa suave, como avergonzada de ser sentida, se agitaba en el espacio, impulsando lentamente las velas de aquellas naves portadoras de tantas esperanzas y dignas de un suceso venturoso. Un alma supersticiosa diría que Dios acompañaba con sus votos y decisiones a los enemigos de la verdadera causa de la libertad!

El viento no les era, sin embargo, del todo adverso, pues soplabá de popa, y, aunque lentamente, daba impulso a su marcha hacia la ruta anhelada. Esto, que en otras circunstancias no hubiera significado otra cosa que mayor tardanza en llegar al suspirado puerto, importaba la vida o la muerte de los expedicionarios si se veían compelidos a un serio combate con las fuerzas que poblaban la cercana ribera, o a resistir el ataque de la escuadra rosista, que era aguardada por instantes.

Pero como tarde o temprano tenía que saberse, máxime cuando no se retrocedía sino que se avanzaba sin poder variar de rumbo, el vigía de la nave capitana dió el grito de alarma, anunciando que en el *Cerrito* se notaba gran movimiento y que sus defensores se apercebían para el ataque.

Garibaldi, empero, quiso neutralizar el efecto que pudiera producir en el espíritu de sus compañeros aquel insólito anuncio, y tras la voz del atalaya, prorrumpió alegremente:

—¡Ea! muchachos: hoy es día de mi mujer y vamos a divertirnos.

Había sonado la hora del peligro, y era necesario sacar el mejor partido posible durante los 3,700 metros que se vería forzado a navegar en medio a una granizada de metrallas. La batería enemiga, a semejanza de la espada de Damocles, pendía sobre sus cabezas, haciéndose dificultoso sostener con éxito de su parte la refriega, y mucho más todavía, por lo accidentado del cauce del río.

Dado su curso tortuoso al ESE., fué indispensable revestirse de enorme paciencia, despreciándolo todo, para salir airoso con sus embarcaciones, movidas de continuo a fuerza de cabrestantes, como sucedió en los días 25 y 27.

Sólo siendo sostenedores de una causa como la de la República Oriental y de las provincias que combatían contra Rosas, unido al alma gigantesca de Garibaldi, sólo a ese precio

podía emprenderse una travesía semejante, sin precedentes hasta entonces en los pueblos del Plata,—erizada de contrariedades y rayana de la muerte!

No obstante, aquel arrojo temerario y los disparos lanzados desde a bordo fueron su salvación, y el 30 de julio orlaron los expedicionarios sus sienes con los laureles de nuevas y valiosas presas, conquistadas al pie del baluarte enemigo, cuyos fuegos incesantes y desesperados no les intimidó. Como resultado de esa empresa heroica, llevaron consigo la goleta *Margarita*, conocida por *Cincinato*; la *Santa Ana*, propiedad de un santafesino de apellido Zavalla; y el pailebot *Joven Esteban*, perteneciente a un español de nombre Esteban Rams y Rubert.

Se trataba de barcos de tráfico que el 10 del mismo mes habían partido del puerto de la *Villa del Pilar*, jurisdicción del Paraguay, cargados con frutos de dicho país. Sus tripulantes, sin embargo, consiguieron escapar, descendiendo a tierra.

Así lo manifiesta el señor Rams y Rubert en carta dirigida por él, desde el Paraná, con fecha 20 de agosto de 1842, al *Federal Entre-Riano*.

Sin embargo, en esa publicación afirma haber sido tomado por Garibaldi en la costa de *Hernandarias*, lo que contradice en parte nuestras informaciones a este respecto. No obstante, por si se tratase de un error, cúmplenos hacer constar también su testimonio.

Además, según lo consigna su yerno don Juan Señorans, el señor Rams y Rubert fué puesto en libertad, en unión de sus tres hijitos y de dos tíos de éstos que lo acompañaban, siendo trasladados a una lancha, que el jefe oriental puso a su entera disposición.

Otras dos víctimas tuvo que lamentar allí Garibaldi: la muerte del teniente Díaz, oriundo de Gibraltar, que pereció ahogado y que desde poco antes de penetrar al río Paraná había asumido el mando de la *Prócida*, que hasta entonces estuvo a cargo del subteniente Luis de Agustino, conterráneo de Colón, y la pérdida aún más sensible de Vallerga da Loano, hijo de Nápoles, a quien califica de joven de sorprendente valor y de una inteligencia que prometía muchísimo. “Era, dice, un profundo matemático”.

Italia, fecunda en héroes y mártires, iba sembrando el suelo del nuevo continente, sin pensarlo ni saberlo, de cadáveres insepultos de sus hijos, en cuyos corazones palpitaba el sentimiento de la libertad y en cuya alma irradiaba esplendente el sol, para ellos tan querido, de la Patria lejana, pero jamás olvidada!

En *Hernandarias*, donde también se efectuó un desembarco, apresó tres buques más: la sumaca *Uruguay*, la goleta *María Luisa* y la balandra *Gualaguaychú*, que venían de Corrientes aguas abajo. La primera de ellas conducía cueros y cerda, y las demás, yerba, suelas y tabaco.

En las proximidades de *San José de Feliciano*, amargada su alma por el dolor de tan valiosas pérdidas, hizo amarrar en las crucetas a Luis Landeau, también genovés, que desempeñaba las funciones de primer cirujano de la escuadra oriental, acusándole por su falta de diligencia en el cuidado de un joven Vargas, enfermo de viruela negra, único sobreviviente de los tres hermanos de esa familia que acompañaban al héroe.

Garibaldi hace mención de estos hechos en sus *Memorias*, y dice al respecto lo siguiente:

“La artillería enemiga, siguiendo la costa y aprovechando la estrechez del río, nos cañoneaba donde podía hacerlo con ventaja, y donde le era posible nos hacía también disparos de fusil. En el *Cerrito*, posición fuerte, situada en la orilla izquierda del Paraná, estableció el enemigo una batería de seis cañones. El viento era favorable, pero escaso, y en aquel mismo punto, por la tortuosidad del río, nos daba de frente; de modo que tuvimos que hacer un trayecto de dos millas próximamente a remolque, esto es, llevando anclas pequeñas delante con largos cables y tirando de las mismas desde la orilla, a son de tambor y a paso de carga; caminábamos así con poca velocidad por ser la corriente contraria en los sitios estrechos. Por fortuna, la batería enemiga estaba muy alta y muy próxima, pareciendo que se hallaba suspendida sobre nuestras cabezas.

“Este combate fué brillante. La mayor parte de nuestra gente estaba destinada a los cables y a los botes: el resto a los cañones y los fusiles. Se combatía y se trabajaba con satisfacción grandísima; la pelea se había tomado como juego por

mis valientes compañeros. Observé que nuestro enemigo pertenecía a un ejército ensoberbecido por recientes victorias: al mismo ejército que poco después desbarataba al nuestro por completo en Arroyo Grande, y simultáneamente al ejército de Corrientes reunido al nuestro.

“Todos los obstáculos fueron vencidos con escasas pérdidas; los disparos del adversario, por estar las piezas muy altas y muy próximas, pasaban sobre nuestras cabezas sin dañar apenas la arboladura.

“Después de apagar los fuegos del enemigo y desmontarle algunos de sus cañones, nos pusimos con todos los barcos en salvo, en posición espaciosa y fuera de todo peligro.

“Varios barcos mercantes, procedentes de Corrientes y del Paraguay, se habían puesto bajo la protección de las baterías enemigas y cayeron en nuestro poder sin grandes esfuerzos. Su adquisición nos permitió proveernos de víveres y de medios de todo género.”

La escuadrilla correntina, que debía operar de acuerdo con los expedicionarios, no llegaba nunca, a pesar de la mucha falta que hacía; pero esto no obstó para seguir siempre avanzando, esta vez más aliviados, porque el enemigo, quizá cansado de su inútil y penosa tarea, cesó la persecución en que se había empeñado tan porfiadamente. Fuera de los sucesos que dejamos narrados, no hubo que lamentar otros inconvenientes que algunas encalladuras de la nave capitana, demostrando así su marcha, como si el destino hubiese querido que los contrarios le diesen alcance, para vengarse de la burla que les hizo acto continuo de romper sus ligaduras en Martín García bajo los auspicios de la neblina y del viento.

¿Qué era, mientras tanto, de aquella escuadrilla?

¿Tal vez había caído en poder de los federales, o defecionado de las filas unitarias? Nada de eso aconteció, felizmente. Causas ajenas a la voluntad de su comandante impidieron que partiese con mayor anticipación, para salirles al encuentro a los misioneros y unirse a ellos.

Llegado Garibaldi hasta *Caballú-Cuatiá*, allí recibió la agradable sorpresa de que ya no tendría que continuar la marcha tan sólo con la *Constitución*, el *Pereira* y la *Prócida*, pues una mano amiga estrecharía la suya desde aquel momento, sirviéndole de cicerone, por el conocimiento de los lugares que aún faltaba trasponer.

El 28 por la tarde había recibido el general Ferré la nota que le dirigió Garibaldi el día 19, e inmediatamente se preocupó de protegerlo, enviando en misión cerca de él al teniente 'Alberto Villegas, con abundantes provisiones, una balandra de cruz con un cañón y tres lanchones con pedreros, todos ellos, por consiguiente, armados a guerra y a cargo de una tripulación animosa y práctica, compuesta en su mayoría de elementos jóvenes.

"El Nacional Correntino" publicó alborozado la comunicación de Garibaldi al día siguiente de recibida, tirando un suplemento encabezado con estas palabras: ¡VIVA LA PATRIA! Luego se expresaba así:

"La importante comunicación que hoy se publica, recibida ayer tarde, debe llenar de gozo a todos los patriotas. Ella, al paso que justifica bien el concepto de valiente y experto marino que nos debía el señor coronel Garibaldi, acaba también de manifestar el acierto y previsión del Excmo. Gobierno del Estado Oriental del Uruguay, nuestro grande y natural aliado, al encargarle una empresa tan arriesgada como importante.

"Nos presagia igualmente, que en breve, protegida por nuestro Gobierno con toda la actividad conveniente, nos asegurará la entera dominación del Paraná, y facilitará más el completo triunfo por mar y tierra de las viles hordas con que nos amaga el feroz y detestable monstruo del Plata. ¡Quiera la Divina Providencia en sus justos designios, continuarnos su poderosa protección, y mostrarnos que ya está decretado irrevocablemente el exterminio de aquel tirano terrible, azote de la humanidad y oprobio del nombre argentino!"

Estas hazañas de los abnegados y valerosos expedicionarios, fueron objeto de entusiasmo en Montevideo y en todo el país, principalmente en el seno del Ejército, que se enorgullecía de contar con un auxiliar tan experto y meritorio, cual lo era Garibaldi.

El general Rivera, que recibió noticias circunstanciadas de su marcha triunfal, las transmitió inmediatamente al Ministro Vidal, acompañando los respectivos documentos con la siguiente nota, rebotante de satisfacción, a la vez que justificara:

El Presidente de la República y General en Jefe del Ejército.—Cuartel General, agosto 13 de 1842.—El Presidente y General en Jefe que suscribe, tiene el honor de incluir, para conocimiento del Gobierno, las notas del Gobierno de Corrientes y del coronel Garibaldi, que en este momento acaba de recibir.

Ellas muestran bien el brillante estado y resultados de la expedición que el celo y empeño del Gobierno de la República pudo concebir y poner en planta; por todo lo cual tiene el honor de felicitar al señor Ministro General, a quien Dios guarde muchos años.—FRUCTUOSO RIVERA.

Excmo. señor don Francisco A. Vidal, Ministro General de la República.

En las comunicaciones a que se hace referencia en la nota precedente, se relatan las últimas ocurrencias. Con fecha 7 noticiaba el general Aguiar que el enemigo, batido y perseguido por las tropas de su mando, se había retirado con rumbo a Gualeguay, y que el Ejército Oriental se encontraba en el arroyo *Yuquerí*, perteneciente al departamento de Concordia, llenando así el objeto que motivó el movimiento por él operado y que sólo respondía a coadyuvar con dichos elementos la acción de sus camaradas santafesinos, destacados en esa parte de la Provincia de Entre Ríos.

El general López se concretaba a participar la incorporación de esas tropas a las de su dependencia y se hallaba en la capital de la jurisdicción mencionada. Se había trasladado allí con el propósito de pasar al pueblo del Salto las familias que habían abandonado a Santa Fe y seguido su ejército, prefiriendo los azares de la emigración antes que ser víctimas de los habituales atentados del enemigo, que en sus ansias de venganza nada respetaba.

Las autoridades locales habían recibido del Gobierno las instrucciones pertinentes, a fin de que tan patriótico éxodo encontrase en tierra uruguaya un asilo digno de sus nobles aspiraciones y ejemplar sacrificio.

El Gobernador Ferré, en nota fechada en Corrientes el 23 de julio, comunicaba que la flotilla nacional comandada por

Garibaldi hallábase a unos 10 kilómetros más arriba del Paraná, acompañaba varios oficios del bravo marino y advertía que había desprendido en su auxilio la escuadrilla provincial, provista de armamentos, municiones y víveres.

“El coronel Garibaldi, agregaba, me ha participado su arribo después de haber batido bizarramente a los esclavos del déspota argentino, en Martín García y en el Paraná”.

En uno de los partes de Garibaldi, datado el 13 del mismo mes en el puerto de la Bajada, se decía lo siguiente, que revela la fortaleza de ánimo predominante entre los expedicionarios, a pesar de las zarzas del camino:

“Por la fecha de ésta, observará V. E. que el viento y algunos otros incidentes de una ú otra varada nos han privado de sorprender los buques que navegaban este río con despachos de Rosas.

“Sabedores de nuestro arribo, se refugiaron en los puertos de San Nicolás, la Bajada y Santa Fe. Respecto al primero, nada se emprendió por falta de agua y por aprovechar el buen viento que teníamos en aquella sazón. El pueblo del Rosario lo pasamos sin novedad...

“La escuadrilla de Rosas, se halla en el puerto donde ésta data, fondeada en una ensenada que forma el gran banco que nos divide y protegida por el fuego de tierra. Sin embargo, hoy nos hemos batido por espacio de dos horas, y el enemigo, tanto en los buques como en la tierra, ha sufrido daños que nos han sido visibles, sin haber experimentado por nuestra parte el más pequeño, sin duda porque la buena dirección de nuestras balas apagó los fuegos enemigos como a los dos tercios del combate. La posición que hoy ocupa la segunda división de la Escuadra Nacional, que el que habla tiene el honor de mandar, no puede ser más imponente. La decisión, entusiasmo y orden de los oficiales, tripulación y tropa de esta división, son altamente recomendables y abren al que suscribe un vasto campo de esperanzas para llenar debidamente los compromisos contraídos con V. E. y con el Pueblo Oriental”.

Al insertar “El Nacional” de Montevideo estos documentos y referencias, no pudo menos que tributar al héroe los más cumplidos elogios, diciendo a continuación de ellos:

“El mérito que ha contraído el señor coronel Garibaldi en

su expedición al Paraná y en los combates contra los seidos de Rosas, asilados en Martín García y parapetados vergonzosamente en la Villa de la Bajada, confirma el buen crédito militar que ilustra su nombre y justifica la confianza absoluta que en él ha depositado el Gobierno”.

Por su parte, el jefe de las fuerzas correntinas, general Ramírez, en oficio de fecha 4 de agosto, le hacía saber a Aguiar, desde su campamento a inmediaciones del arroyo *Abalos* de aquella provincia, que estaba listo para acudir de inmediato a cualquier cita al frente de un buen cuerpo de infantería y de una división compuesta por mil y tantos hombres de caballería.

Le incluía a la vez una comunicación de su jefe de vanguardia, coronel Manuel Antonio Ocampo, sumamente auspiciosa, pues en ella llevaba éste a su conocimiento, con todos los pormenores del caso, no sólo el resultado de las operaciones que le fueron confiadas sobre el *Arroyo Hondo*, lugar en que aún permanecía el día 10 del mismo mes y en que redactó dicha parte, sino también que el cabecilla Góngora, que figuraba en calidad de coronel de las fuerzas federales, fué forzado por las tropas correntinas a cruzar en precipitada fuga el arroyo entrerriano *Alcaraz*.

El general Ramírez completaba esos informes, manifestando que a raíz de la derrota de Góngora, cayó en poder de su gente el alférez Alejo Palacios, procedente del *Arroyo Tomás*, jurisdicción del Paraná, y que supo por él el éxito con que Garibaldi batió a la escuadra y baterías de la Bajada, lo mismo que las contrariedades que la presencia de éste había causado en el espíritu de Oribe.

El mismo día 28, hizo saber al General en Jefe del Ejército de Reserva, por medio de la siguiente nota, la marcha triunfal de Garibaldi:

Al Excmo. señor General en Jefe del Ejército de Reserva.

Acaba de tener noticia oficial el Gobierno de que la Escuadrilla Oriental, al mando del coronel don José Garibaldi, ha penetrado al Paraná, y se halla en las Conchillas: se ha pasado de las tropas de Oribe un correntino, a la expresada Escuadra

dra, y éste asegura que el descontento en el ejército de aquí es general.

El conductor de esta correspondencia, que es don Pedro Ardoy, conduce también pliegos del comandante de la Escuadra al señor Presidente Rivera, a quien le facilitará V. E., con toda prontitud, toda la movilidad que necesite.

Dios guarde a V. E.—Corrientes, julio 28 de 1842.—PEDRO FERRÉ. (1)

El teniente Villegas, procediendo con loable celo, había acelerado su marcha, arribando a *Cancha de San Juan*, paso entonces más navegable que en la actualidad, pues al presente ofrece serios obstáculos para su pasaje, siendo uno de los menos accesibles del río. Pero como no avistara allí a la escuadra oriental, no quiso detenerse y resolvió levar anclas con la *Caa-Guazú*, lanchón velero, construido en los astilleros de Corrientes, según algunos, por don Sebastián Melo, copropietario de los mismos, y en el sentir de la generalidad, por su consocio don Juan Manuel Villar, agrimensor y persona muy respetada en su tiempo, tanto por las aptitudes que demostró en esa profesión, cuanto como maestro de ribera.

Habiendo avanzado hasta *Caballú-Cuatiá* el jefe de la flotilla correntina, logró sorprender en dicho punto un pequeño destacamento de fuerzas oribistas que hacía guardia, y apoderarse de ella.

A los pocos días se le unió en ese punto la expedición uruguaya.

En carta fecha 29, de la que fué portador el mismo teniente Villegas, el general Ferré le solicitaba a Garibaldi el envío de marinos experimentados para tomar a su cargo el mando de algunas embarcaciones correntinas.

De la satisfacción que le causó aquel refuerzo y de las últimas ocurrencias, da cuenta la comunicación siguiente:

(1) Tomada de un libro copiado que figura en el Archivo de Corrientes.

Corbeta de guerra *Constitución*, anclada frente al Arroyo Verde, agosto 6 de 1842.

El Jefe de la 2.^a División de la E. N. del E. Oriental del Uruguay.—Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Corrientes, Brigadier don Pedro Ferré.

Es con el más grato placer que el infrascripto tiene el honor de acusar recibo de las comunicaciones de V. E. datadas el 29 del próximo pasado. El contexto de estas notas ha producido en los oficiales y tripulaciones de los buques de esta división, un entusiasmo que no es fácil de describirse.

El teniente don Alberto Villegas, comandante de los buques que V. E. se ha servido mandar como auxiliares, ha conducido cuanto se indica en las precitadas notas, y bastantes provisiones frescas.

Respecto a los hombres inteligentes que V. E. pide para el armamento de algunos buques de esa capital, marchan con la presente y a sus superiores órdenes, los oficiales don Carlos Posso (1) como comandante, don Lorenzo Martínez de su segundo, don José Napoleón (2), don Luis de Agustino, don Francisco Copello, don Francisco Blanco (3), tres contra-maestres, y tres marineros aptos para cualquier destino.

El que firma cree positivamente que estos individuos llenarán de un modo debido el deseo de V. E.

Los buques que V. E. tenga a bien mandar aguas abajo, hasta que vengan provistos de la artillería que haya disponible, montada, y con las balas y demás útiles que se puedan proporcionar. Respecto a la maniobra, supliremos con cabos de cuero la falta de los de otra clase, porque la navegación de este río nos ha costado la pérdida de la mayor parte de nuestra cabullería. Debemos esperar que lo más pronto posi-

(1) Posteriormente, con el grado de capitán (1844) formó parte del personal con que contaba Garibaldi en el buque-jefe, bergantín *28 de Marzo*.

(2) Dos años después, siendo también capitán, asumió el comando del pailebot *Repúblicano*, perteneciente a la nueva escuadrilla nacional que organizó su antiguo jefe.

(3) Figuró más tarde como teniente 2.^o de la goleta *Intrépida* (1844), de la cual era comandante el capitán Julio Fonrouge y que respondía igualmente a Garibaldi.

ble y a primer aviso, tendremos de Montevideo todos los objetos que nos son necesarios.

Según el sentir de V. E., marchan los oficiales mencionados en la goleta *Prócida*, con más 8 individuos correntinos que se nos han pasado del ejército enemigo; los cuales después de cumplir la intención de V. E. serán destinados a donde mejor convenga.

Recibirá V. E. por el mismo conducto, cincuenta barriles de pólvora de 25 libras cada uno. En los combates que hemos tenido hasta la fecha, se ha consumido una cantidad considerable de este renglón, y es por esto que no puedo extenderme a más mientras no se nos provea de Montevideo. Balas de a 12, también nos faltan y a todo trance desearía ser provisto de ellas.

Teniendo que hacer algunas indispensables refacciones y composturas, tanto de herrería como de carpintería, se hace preciso subir el Paraná hasta el primer puerto en que V. E. se digne proporcionarnos los auxilios precisos.

El que firma, tanto por las instrucciones de su Gobierno cuanto por su expresión particular, quedará siempre circunscrito a las órdenes de V. E.

Según el estado de fuerzas en que se halla esta división, en nada perjudicarán las urgencias preindicadas para acudir y coadyuvar a las operaciones del ejército en cualquier punto y hora que se designe previamente.

La escuadrilla correntina que manda el comandante Villegas, queda desde la fecha agregada a esta división con el laudable objeto que V. E. se ha propuesto para la cooperación a la causa de la libertad.

Necesitamos montar cuatro piezas en la corbeta *Constitución*, y en la goleta *Prócida* una coliza de a 18. Si ésta pudiera ser de bronce, llenaría mejor su destino. Las tres piezas de a 18 que V. E. dice tener disponibles, con sus balas respectivas, espero serán remitidas en el primer buque que se nos incorpore.

Tenemos en nuestro poder seis buques mercantes que navegaban este río bajo la influencia o el territorio que dominan las aguas del tirano. Tres de ellas se capturaron bajo la batida del *Cerrito* después de un combate el más prolongado y activo. Fueron completamente abandonados por todos los

individuos que se hallaban a su bordo, los cuales se unieron al enemigo.

Sin embargo de mirar con el mayor respeto la licencia que V. E. dice tuvo a bien acordar a algunos buques para bajar al Paraná, el abajo firmado cree que los ya indicados no están en este caso, y que por consiguiente deben ser considerados como *buenas presas*. Por otra parte, nuestras tripulaciones deben ser atendidas lo mejor posible. Los auxilios del Gobierno Oriental de que dependemos serán tardíos, a pesar de la mejor voluntad y patriotismo que reine en los consejos de gabinete. El Gobierno de V. E. ha verificado los más costosos sacrificios, y no será la segunda división de la Escuadra Oriental la que aumente esos gravámenes públicos, harto manifestados en obsequio de la causa común, mientras el derecho que la guerra reconoce en todos los países cultos (y que nosotros legalmente podemos un tanto amplificar), nos proporcione los recursos vitales de una empresa como la que tenemos entre manos.

Todo esto, Excmo. señor, sea dicho sin perjuicio del superior dictamen de V. E., en cuyo acrisolado patriotismo debemos cifrar nuestra mayor confianza.

El intrascripto cree, según su particular opinión, que es llegado el tiempo en que al déspota ominoso de la República Argentina se le combata con las mismas armas de esa política maquiavélica que tan inmerecidamente ha coronado sus sangrientos planes: bien entendido que en nuestras manos semejantes armas, sólo servirán para las exigencias del momento, el triunfo de la humanidad y de los sanos principios.

V. E. nos hará la honra de consultar sobre la navegación por el Paraná, de los buques procedentes de puertos correntinos: y a este respecto, el que suscribe está persuadido de que, ningún buque, bajo ningún carácter, y si es posible ni tampoco un *camalote*, debe bajar este río a retaguardia de nuestra posición, supuesto que aún estamos en actitud de encubrir nuestras operaciones al enemigo, bajo un velo misterioso.

Deho cerrar la presente, protestando a V. E. que la ratificación de mis ideas queda sujeta a su alto criterio.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*J. Garibaldi.*

La incorporación a la escuadra oriental de aquellos importantes auxiliares correntinos, retempló el espíritu de los pocos timoratos e infundió más ánimo a los que nunca habían perdido la fe, pues empezaron por allegarles víveres, que ya les escaseaban en demasía.

Por otra parte, en lo sucesivo podían confiar en su pericia, puesto que conocían al dedillo hasta el más insignificante vericueto, como que eran nacidos y criados a orillas del río y llevaban más de la mitad de sus días consagrada a la navegación.

Caballú-Cuatiá, es decir, caballo pintado, era el nombre que tenía la capital del departamento de *La Paz*, que es como se le denomina desde 1846. La primitiva población fué fundada en 1836 y erigida sobre una colina, a 500 metros al NO. de la actual.

De modo, pues, que cuando Garibaldi arribó allí, dicha localidad tenía apenas seis años de existencia.

En ella hacen escala los vapores que surcan el Paraná, y dista lo mismo de la Asunción del Paraguay que de Buenos Aires, pues queda en la mitad del camino.

A fin de que pueda apreciarse más acabadamente la importancia del concurso que el teniente Villegas pudo haber prestado a Garibaldi, vamos a trasladar a nuestra obra algunas páginas de un opúsculo publicado en Corrientes en 1911, escrito con motivo de una colaboración solicitada por la Comisión del Primer Centenario Argentino en aquella provincia.

Por lo demás, ellas contienen interesantes datos sobre la actuación lucida de la escuadrilla correntina con anterioridad a los sucesos que nos ocupan y dan extensas e interesantes referencias del lanchón *Caá-Guazú*; el mejor de los buques enviados en auxilio de Garibaldi.

La publicación que nos ocupa, dice así:

Era la *Caá-Guazú* una embarcación de 10 a 12 toneladas, de corte fino, proa aclipada con elegante tajamar terminado en un hermoso violín, adorno indispensable en aquella época en los barcos que no gastaban mascarón. La popa era cuadrada; pero sin ser la culo de mona muy en uso entonces, por la comodidad para guardar en esa repartición de la embarcación los útiles de cocina y aún la misma cocina, su-

primida poco a poco por la estética hasta llegar a las elegantes popas redondas hoy en uso. La arboladura era imitando a la de los faluchos catalanes de vela latina triangular, pero con el palo perpendicular a la quilla, teniendo de antena una hermosísima tacuara: envergaba una enorme vela sujeta por dos sólidos burros que afianzaban el car, garantizando así de las terribles luas en velas de ese tipo; bien distribuidos brioles complementaban su fácil manejo.

Para la *Caá-Guazú* era casi lo mismo navegar a la más cerrada bolina, como con la antena arreada hasta colocar en el mismo nivel pena y car, formando así la antena una enorme cruz y con la escota casada en el centro hasta tocar la brasa de la pequeña carroza que tenía muy próximo al timón; en una y otra orientación o las intermediarias con vientos frescos, la *Caá-Guazú* filaba de nueve a diez millas. Por este detalle se ve que era un crucero rápido; su dotación de remos y su construcción ligera hacían de esta embarcación mixta un elemento de primera clase. Estas condiciones marineras, era necesario ser conocidas; en oportunidad veremos cómo sus hábiles jefes sacan de ellas las mejores ventajas.

No se conoce si esta embarcación fué construida por cuenta del Gobierno, o cuenta particular; pero casi siempre se hallaba en servicio oficial. El nombre de *Caá-Guazú* le vino después de la gloriosa batalla de este nombre.

Próximo a terminar el año 1841, debido a circunstancias ignoradas, el lanchón había ido a parar a manos de un fabricante de cal, en la bajada del Paraná; allí se ocupaba de la conducción de la leña de las islas, para los hornos de la calera; vicisitudes de la vida en épocas tan azarosas como aquellas, en que el ciudadano no podía tener estabilidad, habían llevado también en aquel destino a don Benito Roca, vecino de esta ciudad, constructor naval y práctico de ríos, que tenía su pequeño taller en la orilla Sur del arroyo *Riachuelito*, próximo a la actual curtiduría de la sucesión Amadey.

En Entre Ríos, se reunían tropas a prisa, para invadir a Corrientes; entre otros campamentos, el de *Alcaraz* era el más nombrado; allí concurrían vivanderos con mercaderías y a acopiar frutos. Uno de éstos arrendó del propietario de la calera el lanchón, encargándolo a don Benito Roca de la embarcación en su calidad de práctico para conducirlo hasta

el puerto de *Alcaraz* con mercaderías. Un pensamiento tan feliz como patriótico cruzó por la mente de don Benito—que así se le llamaba cariñosamente—y fué el de apoderarse del lanchón, volviendo a la provincia natal con elemento tan importante en momentos que estaba por ser invadida. Buscó para la tripulación de la nave dos correntinos de su completa confianza, sin comunicarles el secreto.

Pocos días después, la *Caá-Guazú* se hacía a la vela rumbo a *Alcaraz* con un surtido cargamento de artículos propios al fin destinado, con su armador y los tripulantes que ya conocemos. Una suave brisa del Sud, que fué acentuándose poco a poco, le impelía a su destino aparente; transcurre todo el día sin novedad; el viento había refrescado bastante, y aprovechada la noche se acercaba rápidamente a *Alcaraz*, adonde podía estar anclada al alborocar del siguiente día; pero había que llevar a la práctica el gran pensamiento, y mientras el armador dormía, don Benito reúne su tripulación comunicándoles el secreto, y éstos, entusiastas, aceptan el plan sin la menor vacilación; la *Caá-Guazú* pasa gallardamente por frente a las barrancas en la dirección del campamento, donde acaso era esperada por la tropa, anhelosa de algún esparcimiento. ¿Quién no conoce la alegría que produce en un campamento la llegada de vivanderos, que aun cuando no se tenga un centavo se tiene siempre la esperanza de beber a la gorra y aún a expensas de alguna ratería?

La *Caá-Guazú* parecía volar con un viento en largo que apenas podía resistir todo el paño; a la salida del Sol, el armador se despierta y pregunta: ¿Está lejos *Alcaraz*?

Se le contestó que sí; pero que por la popa, y le intima rendición. Ante tres vigorosos hombres resueltos, la prudecia aconsejaba acatar la orden, y convertido de armador en prisionero, espera resignado el desarrollo de los sucesos.

El viento se había convertido en *culata*, nombre que dan los fluviales a varios días consecutivos a los del tercer cuadrante, y la *Caá-Guazú*, que había aprovechado ésta, anclaba gallarda en el puerto de Goya.

Don Benito Roca pasa inmediatamente a la capital,—vía terrestre la más rápida entonces—y comunica al Gobernador de la provincia su arribo y el del lanchón, así como el estado de cosas en la Bajada. Dícele que allí sólo existen dos peque-

ñas embarcaciones con la pretensión de ser de guerra, y una galera, especie de pontón, que servía de depósito de pólvora, aún cuando su estado era navegable permanecía con sus velas desenvergadas y escasa tripulación; que las demás embarcaciones del Gobierno estaban en situación análoga, siendo éstas protegidas por dos piezas de cañón mal emplazadas y con el mismo descuido que los otros buques.

La noticia no pudo ser más tentadora; Corrientes también preparaba un ejército, y la escasez de pólvora era la más sentida. ¿Cómo apoderarse de tan importante explosivo que existía en abundancia en el puerto de la Bajada?

En los grandes momentos siempre no faltan inspiraciones para resolver un problema y salvar una situación. Don Alberto Villegas, hombre de consejo y notable práctico de nuestros ríos, después de ser consultado, presenta un proyecto arriesgadísimo, pero acaso el único practicable. Así como el almirante Grau, era un profundo conocedor del Pacífico, hasta en sus más insignificantes caletas y rías, así también el señor Villegas conocía la navegación de la región platense desde Montevideo a la Asunción del Paraguay, en todos sus detalles, y tenía el dominio completo del gran Delta Argentino desde el Paracao, al Guazú y Luján con sus innumerables riachos, algunos tan estrechos que apenas dan paso a una pequeña canoa. Aparte de estas condiciones excepcionales, el señor Villegas era a la vez todo un carácter; previsor y sereno, veremos en adelante la entereza con que afronta los peligros y situaciones que se le presentan; y cumpliendo siempre con su deber en todas las comisiones que se le confían. Es el fluvial que en su ramo ha prestado mayores servicios a la Patria, en la larga noche de la tiranía de Rosas.

El plan del señor Villegas fué aceptado sin observación, y sin pérdida de tiempo se procede a llevarlo a la práctica. El puerto de la ciudad de Corrientes era entonces, el de las canoas de los bogadores a pala, y el de los nadadores. El progreso ha hecho desaparecer estos grandes elementos que acaso sean necesarios en cualquier momento: la boga a pala es de mucha rinda, principalmente para trechos cortos; la posición del bogador y la naturaleza del propulsor facilitan el abordaje.

Seis hermosas y adecuadas canoas, fueron elegidas para el

fin propuesto y reclutada la tripulación para las mismas y para la *Caá-Guazú* que en el puerto de Goya se mecía orgullosa esperando el contingente que aumentaría su reducido equipaje. Setenta y cuatro voluntarios, de los muchos que se habían presentado al llamado patriótico, se alistan a prisa; de éstos fueron elegidos sesenta para las canoas y catorce para la *Caá-Guazú*. Este contingente, al mando del comandante don Alberto Villegas, del capitán don Benito Roca y del teniente don José Tomás Menceira, parten de este puerto con el entusiasmo que inspira el amor a la Patria.

Ignorando las graduaciones que se les asignó al jefe y oficiales de esta expedición, los hacemos aparecer con los que figuran en la escuadrilla correntina que marchó a Caseros, principalmente los dos primeros. Una pequeña pieza de cañón formaba parte del armamento con que se iba a dotar a la *Caá-Guazú*.

Una vez llegada a Goya, la expedición marcha con destino a la Bajada. El armador de la *Caá-Guazú*, con sus mercaderías había sido desembarcado en oportunidad, y acaso el destino le haya deparado mejor fortuna en Corrientes.

El lanchón y su convoy, desde que pasaron por Esquina empiezan a tomar precauciones, navegando sólo de noche para no llamar la atención, pero a fin de acelerar la marcha, también navegan de día, para lo que desarbola a la *Caá-Guazú* y cubriéndola a ésta como a las canoas con ramas y plantas acuáticas, figuraban islas flotantes tan comunes en el Paraná durante las crecidas. Como se ve, el comandante Villegas se había anticipado a la famosa estratagema empleada por el mariscal López en el Paraguay, para tratar de apoderarse del acorazado *Barroso* y del monitor *Río Grande* situados en las inmediaciones y en protección de las baterías brasileñas del Talí.

Cinco o seis millas antes de llegar a la Bajada, se detienen los expedicionarios, y colocada la *Caá-Guazú* en punto estratégico en un riacho de los muchos que existen entre las islas de la costa de Santa Fe, para proteger la retirada de las canoas, mientras éstas continúan la marcha, ya bien entrada la noche. La *Caá-Guazú* aprovecha este momento para orientar perfectamente su arboladura.

A la una de la mañana es abordada la goleta (depósito de

pólvoras); su escasa tripulación sorprendida no hizo resistencia; los otros barquichuelos y la batería de tierra, ni siquiera se aperoibieron del asalto: tal fué el sigilo y la habilidad con que se procedía. Tres cuartos de hora después, los expedicionarios se retiraban, trayendo un valioso botín, consistente en tres toneladas, próximamente, de pólvora, en cuñetes y empaquetadas a bala para fusiles y tercerolas. El comandante Villegas, antes de abandonar el buque asaltado, que estaba en perfecto estado de navegabilidad, a fin de no ser perseguido por éste mismo, que sólo le faltaba envergurar el paño, hizo descalar el timón y largarlo al fondo del río, bien profundo en ese sitio, cortar las jarcias y estays de la arboladura, quedando así inutilizada. Incorporada la división de canoas a la *Caá-Guazú*, trasbordado su cargamento que le servía de buen lastre para hacer fuerza de vela, emprenden el viaje de regreso; y a fuerza de pala, remo, sirga, espía y botador, con los vientos contrarios reinantes, felizmente flojos, buscando todos los remansos de los riachos de las costas santafesinas, avanzan con el mismo entusiasmo y decisión con que descendieron; recién después de pasar La Paz, fueron favorecidos con un viento pampero que aceleraba el regreso y dió descanso a los fatigados remadores.

El regreso de las expediciones fué saludado, como era de esperarse, con el aplauso a que eran acreedores; y es tradicional que la pólvora que condujeron sirvió para la batalla de *Caá-Guazú*.

No se confunda este nombre: más arriba hemos dicho que al lanchón se le denominó así después de la batalla. (1)

“El Nacional Correntino” del 31 de julio, al dar la noticia de la expedición correntina en auxilio de Garibaldi, agrega los siguientes datos: “El Gobierno prepara el armamento y equipo de otros buques, aún de algunos mayores, que en breve engrosarán la misma escuadrilla sutil, y ha librado las órdenes más enérgicas para que de todos los puntos de la costa se le auxilie con cuanto pueda necesitar. La grande actividad que despliega, sin excusar sacrificio alguno, corresponde perfectamente al importante objeto de esta empresa, y a

(1) Enrique Roibón: «El lanchón Caá-Guazú».

las esperanzas concebidas por nuestro aliado el Estado Oriental del Uruguay, contando para su mayor éxito con la precisa cooperación del heroico pueblo correntino”.

El general Ferré le contestó a Garibaldi en términos cordiales, exteriorizándole el contento que había producido en su ánimo la noticia de la buena acogida por él dispensada a la escuadrilla correntina, y si bien formulaba algunas indicaciones, lo hacía con la salvedad de que bajo ningún concepto pretendía modificar ni en los menores detalles las instrucciones del Gobierno Oriental; y no podía ser de otro modo, puesto que no entraba en sus facultades alterar esas instrucciones y conocía demasiado el carácter y las aptitudes del ilustrado nizaniano.

Su aludida respuesta, reza así:

Señor coronel don José Garibaldi.

Corrientes, agosto 16 de 1842.

Muy señor mío, de mi distinguido aprecio:

He recibido su apreciable carta de fecha 8 del que rige, y ella me da el placer de saber que el teniente Villegas ha simpatizado con V. S. y con los demás oficiales que militan bajo sus órdenes.

Se hallan en mi poder tres de los pasados que remitió V. S. en la canoa; los otros dos que vienen en la goleta, aún no se han dejado ver, porque ésta no ha arribado a ningún puerto de los de la Provincia. Luego que lleguen, los oficiales y gente que V. S. me recomienda, serán recibidos y tratados del modo que exigen nuestras relaciones de amistad y unión.

Sin embargo de que recomiende a V. S. el buen trato de las personas dueñas de los barcos que se han hecho prisioneros, no es nuestra intención, ni será mezclarme en las disposiciones que V. S. tenga de su Gobierno; ellas, por mi parte, no sufrirán la más mínima rebaja, y V. S. libremente obrará en desempeño de su comisión.

Ningún puesto hay más indicado para poder reparar las necesidades de la Escuadrilla que la Capital, porque en ninguna otra parte hay mayores recursos ni más número de opera-

rios que en ella. Creo que para la dirección de los barcos tomados por V. S. será también preciso buscar el punto indicado.

Su más atento servidor.—PEDRO FERRÉ. (1)

El Gobernador Ferré, correspondía, pues, dignamente al generoso concurso que le prestaba el Gobierno Oriental; pero el celo por él desplegado al principio, contrastó poco después con una desidia censurable: tuvo, puede decirse, la duración de un lirio, como lo veremos en la estación oportuna.

(1) Tomado del libro copiator de notas a los Comandantes y Jefes Militares de la Provincia de Corrientes, debido a la gentileza del señor Ismael G. Grosso, jefe del Archivo de dicha Provincia, lo mismo que los dos anteriores documentos de igual procedencia.

LA ESCUADRA DE BROWN

SUMARIO:—El “*Belgrano*” a flote.—Brown desorientado.—Nueva encalladura de la nave capitana.—Avance hasta la punta de Amarillos.—Tiempo perdido.—Auxilio mandado desde Buenos Aires.—Creencia de que las naves orientales estuviesen a cargo de Coe.—Palabras del almirante al saber la verdad.—Remontando el Paraná.—El comandante Thorne es encargado de guardar las aguas del Plata.—Motín proyectado a bordo para pasarse al enemigo.—Buques y jefes con que contaba Brown.—Paseje por Conchillas y el Cerrito.—Informes suministrados por el ayudante Leandro Gómez.—Recomendación a lo Torquemada hecha por Oribe.

¿Qué hacía la escuadra rosista mientras Garibaldi remontaba el Paraná? ¿Acaso, desilusionada por el percance sufrido y las hábiles maniobras de la escuadrilla oriental, había desistido de su propósito de perseguirla, hostilizarla y hacerla prisionera, si ello fuese posible? Por el contrario: el almirante Brown se afanaba por desprender al *Belgrano* de aquella incómoda y traidora encalladura, envenenando su alma el áspid de la desesperación. Acostumbrado a campear por sus respetos en el Río de la Plata, se creía dueño también de sus afluentes, y no concebía que hubiese un marino suficientemente experimentado y audaz que pudiera frustrar sus planes y burlarse de él.

El 27 por la tarde, cuando menos lo esperaba, sopló un viento propicio al SE. que reanimó su espíritu, abriendo el corazón a la esperanza. La goleta *Chacabuco* y el bergantín *Americano*, llegados poco antes, hacían inauditos esfuerzos por libertar a su compañero de aventuras y pellejerías marítimas; pero si la Naturaleza no acude en su apoyo, agitando las aguas hasta entonces adormecidas en brazos de una calma chicha, habría permanecido enclavado muchas horas más.

Desde que el *Belgrano* zafó de sus varaduras y la atmósfera tornó a su primitivo estado, disipándose aquella aleve neblina que tanto escozor le había producido, su primer idea fué lanzarse en busca de ella. Pero como ignoraba su derrotero, tuvo que perder lastimosamente el tiempo, siguiendo una dirección distinta a la que llevaban los expedicionarios.

Abandonó el canal, malhumorado y sin saber a ciencia cierta el rumbo que le convenía tomar; pero se decidió, al fin, a encaminarse hacia el Uruguay. A su pasaje por la isla, a pesar de que aún continuaba la neblina, fué descubierto por las baterías de *Martín García* y saludado con las salvas propias de su insignia, habiendo contestado sin detenerse, pues ansiaba avanzar rápidamente en pos del enemigo fugitivo.

Al cruzar por *Higueritas*,—nombre primitivo del pueblo de *Nueva Palmira*—lo hizo con tanta despreocupación, tan exsimismado, que apenas advirtió la cortesía de que fué objeto por tres goletas de cabotaje, y ni siquiera se detuvo para pedirles noticias de los expedicionarios, ni aún por medio de señales. Quería aprovechar el viento favorable, sin comprender que le hacía también cuenta orientarse de la ruta seguida por Garibaldi, para no perder el tiempo, ya que éste es un auxiliar poderoso en toda empresa de urgente realización, como la por él abrazada.

Esa inadvertencia de su parte le costó bien caro, pues el 29, al obscurecer, varó en la vuelta en que el canal se acerca a la costa entrerriana, frente a la barra de los arroyos *Nancay* y *Hondo*, unos 15 kilómetros abajo de la barra del río *San Salvador* y 80 al Norte de *Martín García*.

Su desencanto subió, pues, de punto, y con él la cólera de que se hallaba poseído desde su anterior percance, y como por esa causa no podía ir adelante, ordenó a la 9 de Julio que continuara el derrotero trazado, en la esperanza de obtener datos precisos o dar alcance a la escuadra oriental. Dicho buque, siguiendo aguas arriba, tocó en punta de *Amarillos*, llegando hasta la barra de los ríos *San Salvador* y *Negro*, es decir, unos 20 kilómetros al Norte del punto en que embicó el *Belgrano*; pero fué tarea inútil, porque nada encontró ni pudo inquirir en esos lugares.

El almirante, desesperado de su situación, trasbordó a la *Chacabuco* la artillería de cubierta y se deshizo de todo el

lastre que el *Belgrano* contenía en su bodega, para ver si así alijado podía allanar tan tremendo obstáculo; pero tampoco pudo librarse de la encalladura. La Naturaleza se rebelaba una vez más contra él, pues un cambio brusco de viento trajo como consecuencia fatal una rápida bajante que no le permitió realizar aquel propósito.

La distancia y lo peligroso que resultaba el envío de comunicaciones, ante el ojo avizor del enemigo, dificultaba la averiguación rápida y exacta de los hechos. Por eso llegaban vagas las versiones a Montevideo, apresurándose, empero, su prensa a consignarlas, ávida siempre de dar la buena nueva a los sostenedores del Gobierno y partidarios del triunfo de las provincias argentinas en lucha contra el tirano.

"El Nacional" del 7 de julio, anunciando dicho periclar, se expresaba en los siguientes términos:

"Sabemos que de los cinco buques rosistas, que al mando del general don Guillermo Brown, subían el Uruguay, vararon en los *Amarillos* la goleta *Palmar*, el bergantín *Molieska* y el de igual clase *Belgrano*, capitana.

"A la fecha de las últimas comunicaciones, la *Palmar* había logrado zafar, no así el *Belgrano* y el *Molieska*, que estaban completamente tumbados en un lecho de arena, y según todas las probabilidades, se perderán. El degollador Rosas había enviado varios buques para deshalijar los buques tumbados."

En su número 1077, del 15 del mismo mes, agregaba sobre el particular:

"Con fecha 11 nos dicen de Mercedes lo siguiente: "Siete buques de Rosas están sobre la costa del Uruguay, cerca de *San Salvador*: hace muchos días que un bergantín está varado y se ocupan en quitarle la artillería; quizá tendrán que abandonarlo, y si pudiésemos molestarlos algo, hoy sería nuestro, al menos, el dicho bergantín.

"Está tan cerca de tierra, que nuestras partidas le hacen descargas de fusilería; ayer mismo aseguran haber oído algunas en estas inmediaciones".

Mientras tanto, transeurrían los días sin que pudiera avanzar ni un solo paso ni conocer la verdadera ruta seguida por Garibaldi. Brown persistía en la creencia de que la escuadrilla oriental hubiese remontado el Uruguay.

Rosas, no menos inquieto y pesaroso que él, en conocimiento de su inmovilidad, dispuso que se despachara una ballenera con el práctico alemán Guillermo Turner, que fué a la vez portador de varias comunicaciones dirigidas al almirante. En una de ellas, le decía que Garibaldi debía encontrarse en el puerto del Rosario, hostilizando a los defensores de aquella plaza, y que esperaba sabría proceder con el celo y patriotismo que había demostrado en distintas ocasiones, recomendándole muy especialmente que si los expedicionarios caían en su poder no les perdonase la vida y colgase sus cabezas en el penol de los barcos de la escuadra, para ejemplo y escarmiento de los enemigos de su Gobierno.

La noticia de que no era Coe, sino Garibaldi, el jefe de la escuadrilla oriental, produjo en el ánimo de Brown el peor de los efectos, pues si al primero de ellos no le tenía gran fe, conocedor de la lucida actuación de este último en los recientes sucesos de Río Grande, no dejaba de incomodarle el hecho de que tuviera que vérselas con el valiente nizano, aún cuando fuesen en sumo grado desiguales las fuerzas con que debían medirse. En seguida de leer esa comunicación, llamó a su presencia al coronel Pinedo, y mostrándosela, le dijo:

—Vea usted quién es el jefe de la expedición. Jamás hubiese creído que ella se atreviera a subir por el Paraná.

El viejo marino, quedó unos segundos pensativo, y luego agregó estas palabras:

—¡Sólo a un Garibaldi pudo ocurrírsele semejante locura!...

El coronel Crespo le decía lo siguiente con fecha 8, en carta que le dirigió desde Martín García: “He sentido mucho que haya varado el *Belgrano*; pero no hay mal que por bien no venga. Tal vez si hubiera tenido mucha agua para subir hubiera costado más trabajo para bajar, lo que en el lugar donde se halla está más próximo a perseguir los piratas, ya que han tomado para el Paraná, los que me parece no estarán muy lejos, y no es difícil que el señor general los alcance y dé un día de gloria a la Confederación Argentina y a nuestro supremo Jefe.”

Picado así su amor propio, resolvió retroceder y tomar el mismo rumbo de su contrario, con el *Belgrano* o sin él, si en el término perentorio de 48 horas no lograba ponerlo a flote.

En esta ocasión la fortuna le fué propicia, pues el 13 consiguió su objeto, contribuyendo a ello, más que el afanoso trabajo de la *9 de Julio* y de la *Chacabuco*, que operaban obedeciendo a instrucciones de Turner, la oportuna creciente de ese día. Sin embargo, se vió forzado a detenerse otras 48 horas en la boca del *Guazú*, en espera de víveres que debía recibir de Buenos Aires. Allí se le incorporó el *Republicano*, de 119 toneladas, bajo las órdenes del teniente coronel Juan Bautista Thorne, quien horas después se hizo cargo del *Bilgrano* para pilotearlo hasta aquel puerto.

Brown tomó esta resolución a causa del gran calado que tenía ese buque, no siendo dable, por lo tanto, conducirlo por el río Paraná, y en su lugar ocupó el *Echagüe*, convirtiendo así dicho barco en su nave capitana.

Además, le confió el *San Martín* y la *25 de Mayo*, ordenándole que los pilotease también hasta Buenos Aires.

El comandante Thorne,—que había llevado instrucciones para hacerse cargo de los buques mandados por Brown, y seguir adelante si no salía éste de su varadura,—debía vigilar con esos elementos navales el estuario del Plata para evitar el acceso a sus aguas de cualesquiera otras naves orientales.

El capitán Tomás Craig asumió el mando del *Republicano*.

Adeptadas estas disposiciones, el almirante remontó el Paraná a toda vela, sin darse reposo a ninguna hora, lo que hace decir a uno de sus acompañantes: “Era necesario estar en la escuadra para valorar los padecimientos de sus tripulaciones. Sólo el ejemplo de los hijos del país, que gozan de justa fama por su aguante en las penurias de la campaña, hizo que los extranjeros las sobrellevaran sin amotinarse.”

Pero colmada la medida de los sufrimientos producidos por la fatiga y el insomnio, se fraguó un motín, que descubierto a tiempo pudo evitar un verdadero desastre. Los conjurados habían resuelto aprovechar uno de los tantos descensos a tierra de sus demás compañeros, para amarrar a Brown y sus oficiales, y dueños así de los buques, pasarse al enemigo. Los guardianes y contramaestres estaban también comprometidos en aquel complot.

Prevenido el almirante por uno de sus fieles servidores, y no sin antes amenazar a éste con los más severos castigos si llegaba a traslucirse el secreto de su conocimiento, aprovechó

el primer puerto para licenciar a todos sus tripulantes, sin distinción de categorías.

Se trataba de individuos de malos antecedentes, muchos de ellos enrolados a la fuerza, que ya anteriormente habían intentado sublevarse en la rada de San Nicolás, descontentos por algunos ascensos hechos allí por el propio Brown.

Como lo que principalmente deseaban no era otra cosa que algunas horas de jolgorio, bastó aquella medida para ahogar en germen la rebelión proyectada, y que puesta en juego, habría terminado con el dominio marítimo de Rosas y coronado el triunfo de Garibaldi.

Más adelante, no sintiéndose cómodo en la *Echagüe*, se trasbordó a la *9 de Julio*, en las cercanías del *Paracao*, y el 2 de agosto arribó a la *Bajada Grande*, escoltado de los siguientes buques:

Bergantín *General Echagüe*, dotado de 14 cañones y 158 hombres, al mando del comandante José María Pinedo; bergantín *Americano*, 10 cañones, 1 coliza y 138 hombres, a las órdenes del comandante Leonardo Donati; bergantín-goleta *Republicano*, 6 cañones, 1 coliza y 80 hombres, a cargo del comandante Tomás Craig; y goleta *Chacabuco*, 2 colizas de a 18, 1 de a 24 en crujía, y 70 hombres, dirigida por el comandante Nicolás Jorge.

La goleta *9 de Julio*, disponía de un cañón giratorio de a 18 y de 52 hombres.

Allí fué, sin embargo, reforzado con los siguientes buques: goleta *Argentina*, 6 cañones de a 10, 1 giratorio de a 18 en crujía y 80 hombres, comandada por el sargento mayor Juan Francisco Seguí; goleta *Libertad*, 5 cañones y 50 hombres, a cargo de Mamerto Garay; cúter *Federal*, 1 cañón de a 2, 2 de a 1 y 20 hombres, a las órdenes de Francisco Pulladas (a) *el Noy*; místico *Santafesino*, 1 cañón de a 4 y 25 hombres, al mando de Matías Amores de Rosas, de nacionalidad austriaco; y la ballenera *Camila*, con 1 cañón de a 4 y 20 remos, a las órdenes también del catalán Pulladas.

Si Garibaldi contaba con jefes de positivo valer, Brown había sabido también elegir los que debían secundarle, con la ventaja de ser éstos conocedores de los ríos y viejos camareas suyos.

Seguí era desgraciadamente oriental, pues vió la luz en Mon-

tevideo el 10 de octubre de 1798, habiendo comenzado su carrera en calidad de pilotín, enrolándose en la cañonera *Americana* el 10 de febrero de 1814.

Formando parte de dicho buque, se encontró en todas las acciones en que a éste le tocó combatir contra los españoles hasta la entrega de su ciudad nativa en junio del mismo año.

En 1821 sirvió a las órdenes del general Zapiola, que operó en el Paraná contra las fuerzas adictas al caudillo Ramírez; pero su actuación más meritoria, lo fué en la guerra de la independencia de los pueblos del Plata contra el Brasil, a cuya causa prestó sus servicios hasta la completa terminación de esa campaña patriótica.

El 14 de enero de 1842 se le confió el mando de la escuadrilla sutil, y el 28 de abril auxilió al ejército de Oribe en Santa Fe, transportando la primera división de su ejército hasta la Bajada, en cuyo puerto la desembarcó.

Donati era oriundo de Génova: nació el 6 de noviembre de 1780, fueron sus padres Carlos Donati y Teresa Gassolo, y también figuró entre los valientes marinos que combatieron victoriosos contra la escuadra brasileña.

Uno de los hechos de armas que más prestigio le dieron, fué el ataque a la Colonia, en el que tuvo una parte saliente por su arrojo temerario. El 25 de febrero de 1826, bombardó Brown aquella plaza, guarnecida por los imperiales, durando esas hostilidades hasta el día 2 de marzo. Donati iba en una de las 6 lanchas que desprendió el almirante con la arriesgadísima misión de incendiar los buques enemigos que se hallaban al abrigo de las baterías de tierra. Uno de éstos fué entregado al destructor elemento, pero 5 de esas pequeñas embarcaciones vararon sin otro suceso, y sus tripulantes habrían sido víctimas de los adversarios si la otra no hubiese acudido en su protección, recogiénolos.

El general Lavalleja, como lo decimos en otra parte, debía sitiar por tierra la Colonia, para proceder a una acción combinada; pero recién apareció el 11, cuando ya no era posible contar con Brown. El almirante Lobo, avisado por el comandante de la plaza, de su precaria situación, abandonando el *Banco Chico*, fué en su apoyo al comando de 19 buques de la escuadra imperial. Llegó allí el 6, y el marino argentino, no pudiendo hacerle frente, se retiró con rumbo a Buenos Aires.

Pero antes de venir al Río de la Plata, ya había pagado tri-

buto a sus aficiones bélicas, sirviendo en las filas de Napoleón I.

El sargento mayor José Celedonio Elordi, 2.º jefe de la *Chacabuco*, tenía igualmente una honrosa foja de servicios y le merecía a Brown el mejor concepto, pues le acompañó, como Seguí y Donati, en la guerra sostenida contra el referido Imperio, habiéndose encontrado en el memorable combate del *Monte Santiago*, donde cayó prisionero.

Libre ya del enemigo,—por haber sido canjeado en julio de 1828,—pasó a servir en la goleta *Argentina*, mandada por el comandante Granville.

En 1831 militó en la división enviada a Córdoba; en 1837 se encontró en Paysandú, contribuyendo a repeler el ataque llevado contra ese pueblo por fuerzas del general Rivera; en 1839, en Pago Largo y Cagancha; en 1840, en Don Cristóbal, Sauce Grande y Diamante, y en 1841, en los combates navales del 3 de agosto y 9 y 21 de diciembre.

Los demás jefes no eran menos esforzados que éstos, y, por lo tanto, no había que facilitarlos, aunque defendiesen las banderas de Rosas.

Tres días después de su arribo a la Bajada grande, Brown levó anclas, siendo las 2 de la tarde, siempre en persecución de la escuadrilla oriental.

Tenía, pues, Garibaldi, detrás suyo, 10 buques bien pertrechados, con 693 hombres de pelea y 53 cañones, a cargo de marinos experimentados, a todos los cuales debía hacer frente con sus escasos elementos.

Brown, ignorante de lo ocurrido hasta la fecha, fué allí notificado del suceso del 19 de julio y de la marcha triunfal de su intrépido adversario. Esto contribuyó para que acelerase aún más la suya, máxime cuando en el Cerrito fué enterado ampliamente por uno de los ayudantes de Oribe del giro que tomaban los sucesos y de la burla de que acababa de ser objeto por parte de los expedicionarios.

Ya antes había sido saludado en punta de las Conchillas, desde el campamento general en ese sitio establecido, disparándose en su honor algunos cañonazos, y vitoreándolo los jefes y oficiales que divisaron la escuadra en su pasaje, lo que contrastaba con el recibimiento que el comandante del *Pereira* dispensó al general Oribe cuando éste hizo su aparición sobre una de las barrancas más próximas al canal.

Supo por Leandro Gómez,—que es el ayudante a que nos referimos,—que la escuadrilla oriental se hallaba embarazada a unas 50 millas, y esa circunstancia le compelió a no demorar ni un solo instante, por más que su tripulación no se hubiera repuesto del cansancio de tan agitada travesía.

Leandro Gómez, diremos de paso, — que entonces era casi desconocido,—fué 21 años más tarde el jefe de la plaza de Paysandú, durante la *Cruzada Libertadora*, y él y Lucas Piriz los que dieron mayormente renombre a aquel pueblo, calificado de *Nueva Numancia* por uno de sus hijos: el inspirado bardo y galano escritor sanducero don Eduardo G. Gordon, pues hasta el 2 de enero de 1865, en que cayó en poder del general Flores, supieron defenderla con decisión y bravura.

Ya en el Paraná había conferenciado Brown con Oribe y recibido algunas instrucciones,—y era tan profundo el odio que le inspiró la conducta del comandante del *Pereira*, al no considerar sagrada su persona ni respetar su constitución física, que no pudo ocultárselo al almirante, y al estrecharle la mano para despedirse, le dijo:

—Antes que nos separemos, voy a hacerle un encargo.

—Cuantos guste V. E., repuso Brown, por cuya mente no pasó siquiera la idea de la requisitoria verbal que recibiría.

—Mi pedido consiste,—añadió el ex Presidente Oriental,—en que trate de tomar vivo a un tuerto Arana que me aseguran es el que va mandando el bergantín de los piratas salvajes traidores, y me lo remita en el acto bajo segura custodia, pues deseo freirlo en unas parrillas que haré preparar.

Quería convertirse también, como se ve, no sólo en el azote sino igualmente en el inquisidor de los enemigos del régimen nefando al cual servía.

Un distinguido historiador argentino, confirmando este hecho, como para que nadie dude de su veracidad, nos hace saber que a él le fué referido por el coronel Francisco Seguí,—quien lo oyó relatar ininidad de veces a su hermano Juan Francisco que acompañaba a Brown como jefe de la escuadrilla.

El comandante Montaña escuchó de sus labios igual narración. Pero Oribe no pudo darse ese gusto, si bien debe haberle regocijado el fin trágico que tuvo aquel bravo militar.

ACCIÓN CONVERGENTE

I

SUMARIO:—Nota informativa pasada a la Cámara de Representantes por el Ministro de Guerra, general Martínez, sobre el estado del ejército y marina y sus necesidades.—Recursos indispensables para atender la administración pública y la defensa nacional.—Suspensión de los contratos financieros.—Proyecto del Representante doctor Vega.—Informe desfavorable de la Comisión de Hacienda.—Rechazo de aquél.—Empréstito de \$ 700,000 propuesto por el Ministro Vidal.—Fundamentos del mismo.—Dictámenes y sanción del Cuerpo Legislativo.—Observaciones interesantes hechas en ambas Cámaras.—Premios y concesiones a los vencedores de Cagancha.—Impuesto forzoso de \$ 300,000.—Recomendación del Senado a la Cámara de Representantes sobre el particular.

Ni el P. E. ni las Cámaras descuidaron un solo momento las atenciones de la guerra ni los deberes de su cargo. Se trataba de una situación gravísima, precursora de sucesos trascendentales para el porvenir del país, y era preciso, por lo tanto, dormir con el arma al hombro y el pensamiento fijo en los destinos nacionales. De ahí que se tratara de arbitrar recursos, aún cuando se tuviese que imponer dolorosos sacrificios a los propietarios de bienes raíces y de establecimientos industriales. La salud pública, la salvación de la Patria así lo exigían. Pero esto no obstó para que en el seno del Parlamento se alzarán voces altivas, guardianes de los derechos comunes, es decir, afanosas de contemplar los intereses privados sin perjuicio de los de la Nación.

La figura simpática del doctor Santiago Vázquez dió la nota más alta del patriotismo en los numerosos informes que produjo y debates en que tomó parte.

Un extracto fiel de las actas de ambas Cámaras correspondientes a la época que diseñamos en lo que atañe a los sucesos políticos y a las rentas, pondrá de relieve con subida elocuencia nuestras palabras.

La Cámara de Representantes, interesada en conocer las fuerzas de mar y tierra con que contaba el Gobierno para la defensa nacional, lo mismo que sus necesidades, después de haber sido informada en sesión secreta del estado de la hacienda pública por el Ministro del ramo, creyó conveniente solicitar del P. E. una relación minuciosa de los recursos bélicos de que disponía y de la situación política del país, siendo invitado a dar esas explicaciones el Secretario de Guerra y Marina, brigadier general don Enrique Martínez.

Este distinguido militar, en vez de concurrir al seno de aquel alto Cuerpo, juzgó más prudente expedirse por escrito, para que sus datos y manifestaciones fueran más explícitos y concluyentes. El informe solicitado lo evacuó por medio de la nota que transcribimos a continuación:

Honorable Cámara de RR.:

A consecuencia de vuestra honorable resolución de 14 del corriente, el Ministro de la Guerra y Marina cumple con el deber de poner, hasta donde le sea permitido, al corriente del estado en que actualmente se encuentra el Ejército y Marina Nacional, de los recursos de que puede disponer, y lo que a su juicio cree indispensable para poder poner en estado de respetabilidad a la República, preparando con anticipación los elementos que deben servir a dar vigor por mar y tierra a las fuerzas que si fuese necesario, se pondrán en situación de repeler cualquiera tentativa de los enemigos de la tranquilidad del Estado; no olvidando los señores Representantes que los riesgos que amenazan al país requieren ocuparse, con preferencia, de reunir los recursos que han de servir algún día a mover y a dar impulso a las masas, y que esto no puede hacerse improvisando en los instantes del conflicto.

Desde que se aceptó la guerra a que fué provocada la República, no es desconocido a V. H. que S. E. el señor Presidente quedó encargado de su dirección, y desde entonces no le ha sido dado al Ministro que suscribe conocer el plan que

S. E. haya adoptado en ella; sólo sabe algunos resultados de las maniobras que ha ejecutado el ejército, por los partes que ha dirigido al Gobierno, y le es, por lo tanto, sensible no poder dar más explicaciones en esta parte a los señores Representantes.

Por lo que respecta al personal y material de la parte del ejército que tiene hoy S. E. al otro lado del Uruguay, puede asegurar que es de más de 3,000 hombres de las tres armas, con un tren de artillería bien respetable.

En el departamento de Paysandú, existe una fuerza a las órdenes del Comandante de él, que permanecerá allí como un cuerpo de reserva para el ejército.

El general Medina ha sido nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas que existen en los departamentos de campaña, y en consecuencia de ello y de las órdenes del Gobierno, ha situado, desde Mercedes a Santa Lucía, partidas que cuiden la costa, vigilando que por ella no pueda realizarse ninguna incursión. Se han proporcionado también armas y municiones a los pueblos de Soriano, Mercedes y Colonia, como a los departamentos de Maldonado y Cerro-Largo; a más, el general Medina está colocado en la costa de Santa Lucía, con una fuerza que pasa de 400 hombres, estando en actitud de dirigirse con ella a cualquier punto que sea preciso atender.

Se ha atendido también con armamento y otros equipos a diferentes divisiones, más o menos numerosas, de argentinos, que han solicitado pasar a incorporarse al Ejército Libertador que se organiza en Entre Ríos.

La Capital, a más de tener 400 hombres de línea, cuenta con cuatro cuerpos de Guardias Nacionales, que se hallan en un buen pie de arreglo e instrucción.

La Escuadra se conserva según lo permite el estado de nuestra Hacienda. Si ella mejora, el Ministro cree que nos prestará muchos servicios.

La parte militar de la Capital y de los departamentos, está impaga en un período de tiempo muy largo, lo mismo que las fuerzas navales. En el Parque y Comisaría no se encuentra más que en el primero pólvora; en la otra no hay un fusil, una tercerola, un sable, fornitura ni canana: tampoco artículo alguno de vestuario, ni otros necesarios de Parque y maestranza. El Ministro ha manifestado por varias veces este estado

de escasez, mas ha tenido que penetrarse de la imposibilidad en que se estaba de poder llenar las necesidades de la guerra, sino de un modo paulatino, y así es como se ha marchado.

Para restablecer y organizar las fuerzas que sirven a las órdenes de S. E., las de la Capital y departamentos, darle nuevo ser a la Escuadra y ponerse en un estado tal cual lo demanda la posición actual de la República, cree el que suscribe necesitarse un millón de pesos al contado.

Al cerrar este informe, séale permitido al Ministro de Guerra y Marina haceros conocer, HH. Representantes, que una de las armas de importancia hoy en el ejército es la infantería, que en el caso de una invasión es preciso contar con una fuerza de 4,000 infantes, al menos, para atender con buen suceso al ejército y guarnecer la Capital: al Cuerpo Legislativo corresponde proveer el modo cómo ha de autorizarse urgentemente al Gobierno, para disponer de los brazos que deben destinarse a formar aquella columna, con la cual se afianzará la libertad de la República, no desatendiendo que la reunión y organización de esta fuerza necesita doble tiempo que el que precisa la caballería, y que teniendo presente esta circunstancia, debe la H. Cámara apresurarse a dictar la ley que convenga al lleno de este objeto.

El Gobierno, HH. Representantes, está instruido de cuanto contiene este informe, y es con su autorización que lo pone el Ministro que suscribe a vuestra consideración, saludando respetuosamente a la H. Cámara de Representantes.—ENRIQUE MARTÍNEZ.

Montevideo, 29 de abril de 1842.—Es copia del original.
—San Vicente.

Esta nota no figura publicada en el libro de actas de la Cámara de Representantes de la época a que nos referimos, tal vez porque no recayó resolución alguna a su respecto, a pesar de haberse dispuesto que pasase a la Comisión Militar, pero el general Martínez la insertó en los diarios de Montevideo, acompañándola de unas líneas suplicatorias, fechadas el 11 de noviembre del mismo año.

No obstante sus informes, por moción del diputado Herrera,

formulada el 30 de abril, en cuya sesión se dió cuenta de ellos, se resolvió citar al Ministro de Hacienda a fin de que manifestase cuáles eran las necesidades que en esos momentos tenía la República, comparadas sus entradas con su gastos; y si resultaba déficit, cuáles eran los proyectos, arbitrios y recursos que en su concepto podrían satisfacer esas exigencias, para ser sometidos a su sanción.

El 9 de mayo siguiente, asistió dicho Secretario de Estado a la sesión de esa fecha, y el diputado mocionante dijo que el mensaje del P. E. del 14 de abril expresaba las exigencias del Erario, pero que no comparaba las entradas con las salidas, ignorándose, en consecuencia, el verdadero déficit; agregó que era indispensable se ilustrase a la Cámara sobre este particular, porque sin las explicaciones del caso, ella no podría adoptar resolución alguna, y que se le hiciese saber: primero, el déficit entre salida y entradas, y segundo, los medios o recursos que debían adoptarse, por ser éstos los puntos de partida para la Comisión respectiva.

El Ministro de Hacienda, expuso: que si bien en el mensaje del Poder Ejecutivo se detallaban los ingresos y egresos, como los gastos no podían ser fijos en un año ni en un mes, no era posible asignar el déficit, siendo por esa causa igualmente eventuales las unas y las otras. De ahí que se manifestase en el informe que las entradas no bastaban a cubrir las exigencias.

En su sentir, cien mil pesos mensuales no fijos, serían suficientes, haciendo uso de la economía, para atender todos los gastos ordinarios y extraordinarios; y que esto le parecía bastante para que la Comisión se expidiera, máxime cuando en el mensaje a que se había referido el diputado Herrera, prometió personarse y dar cuanto dato fuese necesario, a más de que comparando los gastos del año anterior, podría expedirse aproximadamente para los requeridos en aquellas circunstancias.

El señor Herrera preguntó dónde estaban los recursos. "De los estados, dijo, resulta que doscientos veinticinco mil pesos han sido las entradas mensuales en el próximo pasado año", y añadió: "Extrajudicialmente ha sabido la Comisión que los gastos ordinarios son setenta mil pesos. La diferencia es enorme; y este saldo ha sido invertido en pagos, rentas, coa-

tratos muy sagrados, que en el concepto de la Comisión no debieran ser alterados. En hora buena necesite el Ministerio los doscientos veinticinco mil pesos para los gastos ordinarios y extraordinarios; pero, para cubrirlos ¿hay recursos? De las explicaciones resulta que todos los canales o medios con que se ha de cubrir están obstruídos, y se quería que el Ministerio lo manifestase, porque estos puntos han de ser la base para proporcionar los recursos. La salvación del país incumbe a todas las autoridades. Así es que, si el Ministerio tiene proyectos, que los presente, y si no los tiene, que lo avise para proponerlos la Comisión”.

Ante esas manifestaciones categóricas del interpelante, el Ministro de Hacienda se creyó en el caso de hacer presente que los recursos a que podría apelarse eran de dos clases: la una, cuya iniciativa naciese de los miembros del Parlamento; y la otra, emanada del propio Ministerio: que de los primeros nada podía decir; y en cuanto a los segundos, los expondría en el seno de la Comisión de Hacienda, dando a la vez todas las explicaciones que se le pidiesen. Sin embargo, prometió someter a su consideración un medio que se le había ocurrido, y que sería materia de una exposición escrita. (1)

En la sesión del 12 se dió entrada a dos notas del referido Secretario de Estado, a las que se acompañaba un proyecto de ley sobre el aforo y abono de las mercancías que se introdujesen por el puerto de Montevideo, y otro sobre papel sellado y patente en general. Ambos pasaron a la Comisión de Hacienda, con recomendación de la Presidencia de estudiarlos e informar a la mayor brevedad, y con prelación a cualquier otro asunto, para proporcionar recursos al Poder Ejecutivo, según consta en el acta correspondiente.

Dicha Comisión dictaminó sobre el primero de ellos en la sesión del 17, siendo abocada su discusión al siguiente día. Al ser considerado, el representante don Daniel Vidal se expresó en los siguientes términos: “El proyecto del Ejecutivo que con ligeras correcciones presenta a la consideración de la Honorable Cámara la Comisión de Hacienda, aconsejando la adopción, es, sin duda, uno de los recursos que puede facilitar

(1) Acta número 36 de la Cámara de Representantes.

los auxilios que tan premiosamente reclaman la libertad e independencia nacional; pero si Vuestra Honorabilidad aprobase aquél aisladamente, sin remover los obstáculos que deben obstruir y debilitar sus resultados, quedaría burlada en sus mismas esperanzas, y el Ejecutivo no podría jamás contar con los recursos necesarios para atender y hacer frente a las premiosas exigencias de la gran crisis en que por desgracia nos vemos envueltos.

“Para salvar de ella, necesario es dejar al P. E. en posesión libre de todas las rentas del Estado: esta proposición está comprobada por el relato franco que el mismo Ministerio de Hacienda hizo en esta Cámara al reclamar un auxilio de 100,000 pesos mensuales cuando los peligros eran aún más remotos, indicando sin ningún disimulo su insuficiencia. He dicho, señores, que sin remover los obstáculos y dejar expeditas las rentas del Estado, no se facilitan los recursos que necesita y reclama el Gobierno para poner a cubierto la independencia nacional, porque es demasiado luminoso el convencimiento que todos tenemos, que una parte principal del aumento de rentas, que momentáneamente podrá producir la adopción del proyecto presentado, refluirá en beneficio de los que, dominados de una codicia, si no criminal, sin límites al menos, es de tal especie que contra ella ha mucho tiempo está pronunciada la opinión pública: quedando sólo, en consecuencia, a la disposición del Ejecutivo una cantidad del todo insuficiente para llenar las premiosas necesidades del Estado y la H. Cámara en el descubierto de no haberle facilitado los auxilios que con tanta exigencia le ha demandado. Prefiero de intento no ocuparme de las deducciones a que el mismo proyecto subordina el aumento de las rentas qué propone, porque ellas no pueden escapar a la penetración de los señores Representantes, pues es una máxima establecida que no es, ni prudente, ni política la variación de los años establecidos por la ley, desde que resultan de ella incalculables perjuicios a una parte principal del comercio que formaliza sus especulaciones sobre la estabilidad de aquéllas. Es, pues, imperiosamente necesario que, para que se reporten todas las ventajas que puede facilitar el proyecto, se acuerde simultáneamente la suspensión de los empeños con que se hallan gravadas las rentas públicas por el Gobierno y codicia

sin límites de media docena de usureros, que, expiando los momentos de apuro, han arrebatado aquéllas al Ejecutivo, asegurándose ilimitadas ganancias y obteniendo premios tan inmoderados que han sublevado antes de ahora la indignación pública. Queden, pues, pendientes éstos durante la terminación de la guerra, y páguese el interés corriente de plaza por los capitales que aún se les adeudan. Cuando desaparezca, disminuirán también las necesidades públicas, y entonces podrá continuarse el cumplimiento de aquéllas. Por esta medida, el Gobierno reasumirá todas sus rentas, y podrá no sólo tener recursos para salvar al Estado, sino también para dar el cumplimiento debido a las leyes especiales establecidas para garantizar el crédito nacional, que es uno de sus primeros recursos, y a otras dirigidas a objetos no menos importantes, cuando unas y otras han estado en desuso y suspenso por el largo período de dos y medio años; y cuando los interesados han sufrido con resignación las consecuencias, ¿podrá alguno extrañar que queden ahora en suspenso unos pocos contratos, si no leoninos, usurarios al menos? Ciertamente que no; y no trepido avanzar que esta medida recibirá el sello de la sanción que con aplauso universal le dará la opinión pública. Pido, pues, en mérito de las razones aducidas, se suspenda la discusión del proyecto que nos ocupa, y que se recomiende con preferencia a la Comisión de Hacienda presente, con preferencia a cualquier otro, uno que deje expeditas las rentas generales del Estado, como lo reclaman imperiosamente sus vitales exigencias, para lo que hago moción en debida forma”.

El señor Herrera se opuso a dicha moción, a pesar de haber sido apoyada por otros representantes. Dijo que la sanción del proyecto no obstaba a ella, pues la Comisión aconsejaría los arbitrios a que debiera recurrirse para llenar el objeto perseguido. “Según los datos que se han podido tomar,—agregó,—existen en el depósito más de dos millones de pesos: producirán aproximadamente de 400 a 500 mil pesos. Si de éstos han de salir para llenar los compromisos de los contratistas, no creo que la adopción se oponga. Por otra parte, nuestro sistema de rentas es sumamente vicioso. No hay uno que no vea ese desorden en la administración de Aduana. El objeto de la ley es remover esos males y moralizar; porque la desmoralización de los empleados trae la general. La razón que se

indica de que los que hoy saquen sus efectos de los depósitos sean de mejor condición que los que han sacado antes, no es, en mi concepto, de gran peso, porque tan sólo extraen lo que han menester. A más, es preciso reformar ese depósito, y por algo se ha de empezar. El 8 o/o no iguala la ventaja de percibir las dos terceras partes de los derechos para hacer frente a las exigencias públicas, por lo que me opongo a la moción, sin perjuicio de presentar un proyecto que dé por resultado el objeto de la moción hecha”.

Arguyó el señor Vidal que para facilitar la marcha del Gobierno era preciso que se le diesen recursos, y que éstos no se obtendrían sino removiendo los obstáculos que tienen las rentas generales, a lo que replicó el señor Herrera que un proyecto de ley de la naturaleza del que se trataba no debía improvisarse, porque él lastimaría intereses particulares y generales, estando el P. E. privado de los unos y de los otros mientras se presente aquél, y que el de la Comisión de Hacienda moralizaba y regularizaba, dando fuerza moral y cívica a dicho poder.

Observó el señor Otero que la ley a sancionarse revestía mayor trascendencia que lo que parecía a simple vista, y que, por lo tanto, no debía resolverse sin una seria meditación, para lo cual era preciso tomarse tiempo; que el 8 por ciento no obligaba a que se sacasen los efectos ni estimulaba a retirarlos; y que el uno por ciento, también propuesto, importaba una anomalía, no siendo difícil, por esta causa, que el Gobierno se equivocase en las entradas. En virtud de esos fundamentos, juzgó prudente que se postergase la consideración de ese proyecto por espacio de dos o tres días, y así se resolvió. (1)

El señor Herrera significó en la sesión siguiente haber cambiado ideas con personas respetables, tendientes a introducir en ese proyecto modificaciones de importancia, y que había meditado lo bastante, para proponer, como así lo hizo, que pasase de nuevo a estudio de la Comisión de Hacienda. Su moción fué votada afirmativamente.

El doctor Estanislao Vega, representante por el departamento de Cerro Largo, contemplando la situación económi-

(1) Acta número 39 de la Cámara de Representantes.

ca del país y las exigencias apremiantes de la guerra, presentó el siguiente Proyecto de Ley:

Artículo 1.º Queda suspendida la ejecución de los contratos del Gobierno, celebrados bajo la responsabilidad directa de las rentas públicas, por el término de seis meses, contados desde la promulgación de esta ley.

Art. 2.º Comuníquese.

Montevideo, mayo 21 de 1842.

Vega.

« Su autor lo fundó, manifestando que la existencia de la República, de la cual depende la de sus compromisos con los particulares, estaba amenazada de muerte; que poseía inmensos medios para salvarse, pero que esos medios estaban embarrizados, y era, por consiguiente, como si no los poseyese; que en la necesidad de emplear todos sus recursos con la más entera libertad, debía suspender el cumplimiento de sus compromisos y traer a sí el uso completo de su renta, enajenada en su mayor parte; que este derecho lo tienen los particulares en los momentos de apuro, y que no veía la razón de por qué no lo tendría también la Nación.

“Por otra parte, agregó, es el medio más natural y menos oneroso de que la República puede echar mano para habilitarse de los recursos extraordinarios de que necesita. Los acreedores de las rentas del Gobierno, si son justos, no podrán menos que aprobar esta medida: en primer lugar, porque ellos deben concurrir como el hacendado y el propietario a soportar las cargas de la lucha que se emprende para la salvación común; y en segundo lugar, porque es el único medio con que pueden salvar el éxito de sus mismos contratos”.

En su concepto, cada Administración es frecuentemente un Estado nuevo en el país, que no siempre reconoce los compromisos del anterior, por ser casi siempre rival, en cuyo mérito los acreedores del Gobierno no estaban menos interesados en salvar la Administración que lo que lo estaba ella misma; pero que si la Administración perecía, sucumbirían también sus créditos.

Basándose en estos argumentos, creía que suspender el

cumplimiento de los contratos del Gobierno era propiamente salvarle, desde que la República necesitaba vivir, siendo su vida la condición de existencia de todos sus compromisos.

Concluyó diciendo que ante la necesidad de salvar la República, todo interés personal debía callar, porque su interés es el de todos, y la suspensión de sus pagos, para ser eficaz, debía ser absoluta, puesto que en el instante que se reconociesen limitaciones, lejos de ser ésta una medida salvadora, sería perniciosa para ella y sus acreedores, causa por la cual no debía pagar ni el interés de los capitales adeudados; tanto porque el término de la suspensión proyectada era corto, cuanto porque el pago de intereses haría ilusoria la medida en su mayor parte, desde que muchos de los pagos se reducían absolutamente al de intereses. (1)

Habiendo pasado dicho proyecto a estudio de la Comisión de Hacienda, ésta se expidió en forma contundente, asaz abrumadora.

Era difícilísima, sin duda alguna, la situación del Erario público, como lo evidenciaron los oradores que tomaron parte en los anteriores debates; pero también era preciso contemplar los principios constitucionales y el crédito del país comprometidos en la ley proyectada.

¿Puede un Gobierno desconocer las obligaciones legalmente contraídas por su predecesor? ¿Y una medida de tal naturaleza, sean cuales fueren las razones que se invoquen y los apuros de las finanzas, redundaría, acaso, en beneficio de la Nación?

Estas y otras cuestiones no menos importantes surgían del proyecto del doctor Vega, y ellas fueron concienzudamente abordadas por la Comisión dictaminante. Ese informe, redactado en términos patrióticos y severos, es una lección de moral cívica y administrativa que puede ser provechosa para aquellos espíritus débiles o irreflexivos, que compelidos por la corriente de las innovaciones o de las complacencias, quieren llevarlo todo por delante, ya desconociendo derechos adquiridos, ya legislando con arreglo a prácticas ajenas al ambiente y a las verdaderas conveniencias nacionales.

(1) Actas de la Cámara de Representantes, sesión del 28 de mayo de 1812.

El diputado Vega gozaba de justa fama como jurisconsulto inteligente y era estimado entre sus colegas de la Cámara, pero ninguna de estas particularidades obstó para que la Comisión de Hacienda, en cumplimiento de su deber y con arreglo a sus convicciones, aconsejase el rechazo de su proposición, combatiéndola acremente.

No conocemos un caso igual en nuestros anales parlamentarios, ni aún en aquellos en que las pasiones políticas, hirvientes como la lava de un volcán en erupción, se han sobrepuesto a los dictados de la razón y la justicia. Por eso señalamos ese dictamen a la consideración de los que nos hagan el honor de leernos. Dice así:

II. Cámara de Representantes:

La Comisión de Hacienda ha examinado detenidamente la proposición que se ha hecho de que se declaren suspensos por seis meses todos los contratos que hay pendientes con el Gobierno: conociendo la Comisión todas las consecuencias que podría producir la admisión o repulsa de esta moción, ha querido oír al Ministerio, y los conocimientos que ha tomado allí, le han radicado en el juicio que había formado.

Cree la Comisión que el honorable autor ha partido del dato que, no cumpliendo el Gobierno los contratos por los que se han afectado algunas o las más de las rentas de Aduana, tendría el Gobierno lo suficiente para atender a todos los gastos; y que ha tenido el deseo laudable y la buena intención de facilitar al Gobierno los recursos que necesita para la defensa del país; pero la Comisión siente tener que decir que el dato es erróneo, y que el medio propuesto es funesto y perjudicial al Gobierno, de cuantos pudieran imaginarse; y que en todo caso, sería injusto, impolítico, contrario a los principios que ha propagado y seguido el Gobierno actual, y que en estos momentos es ineficaz.

Por estas consideraciones, la Comisión ha opinado unánimemente proponer a V. H. que, por honor del país y para establecer un antecedente solemne y proporcionar recursos al Gobierno, repela en general y absolutamente semejante proposición.

La Comisión ha dicho que el dato de que supone ha partido

el honorable miembro autor de la moción, de ser suficientes las entradas de Aduana para todos los gastos, era erróneo, y la Comisión se ha convencido de ello con dos sencillas observaciones, cuya fuerza apreciará el buen sentido de los honorables Representantes. La primera consideración ha sido tomada de un documento oficial y clásico que la H. Comisión tiene en sus mesas: el informe dado por el Ministerio de la Guerra en el mes anterior: recuerde la H. Cámara su contenido y diga si los productos de Aduana pueden bastar en el estado presente de cosas.

La segunda consideración es que, aún suponiendo que esas rentas sean suficientes, son graduales y paulatinas, entran en porciones pequeñas; que las necesidades son instantáneas, urgentes y de cantidades considerables: aunque el Gobierno pueda contar con \$ 200,000 al mes, sucede con frecuencia, que, en un momento dado, en los primeros días del mes, por ejemplo, cuando no hay recogidos sino diez, se precisan ciento; que necesita que un particular se los anticipe, y para esto necesita del crédito, necesita de que los particulares confíen en que cumplirá lo que ofrece.

Con este conocimiento y para excusar los enormes intereses que era inevitable pagar en los apuros, había preparado el Gobierno trabajos y proyectos, fundados todos sobre el crédito, sobre la confianza que debe inspirar la fe pública y la lealtad de los Gobiernos: y ese momento precisamente es el que se escoge para destruir el crédito por un golpe de autoridad, y poner al Gobierno en absoluta impotencia de dar un paso para la defensa del país. Declárense suspensos los contratos por seis meses, ¿y habrá un hombre tan necio para creer que el contrato que hoy haga con el Gobierno será más respetado que los hechos anteriormente y que la Cámara será más fiel de aquí a seis meses que lo que es ahora? No hay garantía, no hay seguridad bastante a volver la confianza que destruiría la proposición en proyecto, y véase que no puede hacerse una cosa más funesta y perjudicial al Gobierno en estos momentos que privarle del único resorte que tiene que tocar.

Pero, en cualquier otro caso, sería siempre esencialmente injusta, inmoral, impolítica e indigna por lo mismo de la sanción de una Asamblea que tenga el sentimiento del honor y

del pudor público. Suspender un contrato en cualquier caso por voluntad de una de las partes, es violar una obligación que se ha contraído voluntariamente; y semejante violación, en los particulares como en los Gobiernos, es una injusticia que sólo se creen autorizados a cometerla los particulares y los Gobiernos sin honor; y si tal violación se hace, después que se ha provocado y obtenido el contrato, como un servicio y un favor, la violación entonces tiene el carácter de la más profunda inmoralidad que las sociedades castigan con el descrédito y el desprecio.

Cuando un Gobierno, como un particular, han tenido la desgracia de caer en este estado, se colocan en la situación más impotente y nula. La Comisión no ha podido considerar sin pena que el honorable autor de la moción, entre otras razones en que quiso fundarla, invocase la práctica que dijo habían observado todos los Gobiernos, de desconocer y olvidar lo hecho y pactado por los Gobiernos que les habían precedido. La Comisión deplora tales antecedentes, que sólo servirán para hacer ver al honorable Representante cuán funestos e impolíticos han sido semejantes actos, de los que la opinión ha hecho justicia, imprimiéndoles una reprobación indeleble.

La Comisión no puede dejar de observar que el Gobierno actual se ha abstenido en todas circunstancias, aún las más apuradas, de imitar tan vergonzoso ejemplo, pues que ha reconocido todas las obligaciones que le dejó el Gobierno anterior, y no podría, sin incurrir en la contradicción más absurda, aceptar hoy una disposición que ha reprobado constantemente.

La Comisión al empezar su informe ha asegurado que, aunque se descargasen las rentas de Aduana de las obligaciones a que hoy están afectas, éstas no serían suficientes a los gastos que el Gobierno tiene; y para demostrarlo, la Comisión recomienda a la II. Cámara comparar el contenido del informe del Ministerio de la Guerra con las entradas, para deducir de esta comparación la insuficiencia en las rentas. Siendo esto así, la suspensión de los pagos, que se propone, sería, sobre injusto e impolítico, inútil.

Por todo ello, la Comisión ha propuesto a V. H. la resolución que deja dicho.

Entretanto, la Comisión aprovecha esta oportunidad de sa-

ludar con su acostumbrada consideración a la II. Representación.

Montevideo, mayo 30 de 1842.

*Román Cortés — Pedro A. de la Serna —
Roque Graceras — Juan M. Martínez.*

Al considerarse este asunto en discusión general, el Representante don Daniel Vidal, dijo que la Comisión de Hacienda destruye, en su informe, la base propuesta en la sesión del 18 de mayo por el Presidente de la Cámara y aceptada por ésta, de que dicha Comisión presentase un proyecto que dejara expeditas las rentas públicas; proyecto que, de paso que facilitase al Gobierno los recursos reclamados, no agravase los impuestos, no alterara las leyes, no desconociese los compromisos contraídos, ni infiriera perjuicios a una parte del comercio favoreciendo la otra.

Opinaba, en consecuencia, que la Comisión de Hacienda no debió concretarse a aconsejar que se desechara un proyecto aislado, movido tal vez por el propósito de recordarle el deber que le impuso ese alto Cuerpo.

El señor Vidal finalizó sus observaciones, haciendo presente que al usar de la palabra era su objeto reclamar el cumplimiento de ese compromiso por parte de la Comisión dictaminante, por lo que no entraba a ocuparse del fondo de su dictamen, y que lo que correspondía en su opinión, no era otra cosa sino el rechazo del informe.

El señor Cortés hizo la defensa de la Comisión de Hacienda, significando que al expedirse ésta, partió de los datos por ella obtenidos del Ministerio sobre el estado de los fondos públicos, y que al aconsejar la repulsa del proyecto del doctor Vega, había tenido en vista el honor del Gobierno, por la clase de sus compromisos y la buena opinión que se merece la propia Cámara, así como el orden y la forma en que estaban contraídos esos compromisos.

“¿Se podrá, acaso, dijo, persuadir que los contratantes no hayan exigido garantías que les pusieran a cubierto de cualquier revés? O, si no las hubieren obtenido, que no las hayan transferido o puedan transferir a extranjeros, con quienes se-

rá preciso entrar en polémicas promovidas en estas circunstancias por ellos y sostenidas por sus cónsules?"

Advirtió, por último, que la Comisión informante tuvo en vista que el Gobierno había preparado trabajos y proyectos fundados sobre el crédito y sobre la confianza que deben inspirar la fe pública y la lealtad de los Gobiernos, lo que le afirmaba más en su convicción sobre la necesidad de que el proyecto de que se trata fuese desestimado.

El doctor Vega, que se encontraba presente, guardó el más absoluto silencio, convencido sin duda de su error, que si bien conceptuamos hijo de la buena fe y encaminado a obviar obstáculos, partía de una base equivocada, de resultados contraproducentes en caso de haberse convertido en ley su referida moción.

Las malas prácticas administrativas por él invocadas en su favor, no podían cohonestar en manera alguna la violación de contratos sagrados, contraídos por los Poderes públicos, ni la mutación de los Gobiernos quita a los acreedores del Estado el derecho de exigir el fiel cumplimiento de sus compromisos, puesto que es la Nación y no sus representantes legales la que en realidad los contrae, y ella es inmutable.

Puesto a votación, resultó el rechazo del proyecto de ley de la referencia. (1)

Respondiendo al mismo generoso propósito del doctor Vega, aunque en forma distinta, el Ministro General propuso el siguiente proyecto de ley en la sesión del 4 de junio:

Artículo único. Se autoriza por ahora al P. E. para proporcionarse hasta la suma de *setecientos mil pesos* sobre las rentas de Aduana, estipulando la baja parcial o total de los derechos extraordinarios de importación y exportación.—FRANCISCO ANTONINO VIDAL.

Su autor, que había concurrido expresamente al seno de la Cámara, manifestó acto continuo que en nombre del Gobierno recomendaba el pronto despacho del precedente proyecto, invocando en apoyo de sus palabras la urgencia que había en

(1) Actas de la Cámara de Representantes, sesión del 1.º de junio de 1842.

proveer al Ministerio de fondos, atento a que las rentas de la Nación estaban afectadas a pagos sagrados, a los apuros apremiantes por que se atravesaba y a los medios escasos de que disponía para atender a ellos. Dijo que se creía en el deber de hablar a los señores Diputados con bastante claridad y manifestar el estado del Tesoro; "porque aunque no es muy bueno (textual) manifestarlo a los particulares, sí, lo es a quien pueda poner remedio".

Respondiendo a ese fin, dió lectura del diario de pagos hecho por Tesorería desde el 17 de mayo al 4 de junio, resultando haberse satisfecho en diversas partidas \$ 90,000. También hizo conocer un contrato de vestuarios, celebrado con el señor Frías, por la cantidad de \$ 50,000, y otro de 8,000 capotes, sobre los cuales ya se habían girado letras.

Agregó que era preciso, además, aprestar el equipo de 10,000 hombres, efectuar remesas a los Enviados Plenipotenciarios Ellauri y Magariños y al Presidente en campaña; hacer pagos al general Núñez; costear necesidades de la escuadra y su equipo; y proceder a la compra de 2,000 tercerolas, 2,000 sables, 2,000 lanzas, 4,000 fornituras y 2,000 fusiles; por lo que esperaba se expidiese la Cámara con la celeridad que demandaba el imperio de las circunstancias. (1)

Este proyecto fué destinado a la Comisión de Hacienda, la cual informó dos días después, en los términos que se verá en seguida:

Honorables Representantes:

El proyecto de ley presentado por el P. E., para que se le autorice, por ahora, para proporcionarse recursos hasta la suma de \$ 700,000 sobre las rentas de Aduana, estipulando la baja íntegra o parcial de los derechos extraordinarios de importación y exportación, es una combinación, o más bien dicho, el resumen de diferentes combinaciones en que se ha procurado consultar a la vez la necesidad de cuantiosas y urgentes erogaciones, la disminución de los gravámenes que consumen el producto de las rentas por anticipación, la provisión de

(1) Acta número 48 de la Cámara de Representantes.

medios para atender a las necesidades ulteriores, que no serán ni menos dispensiosas, ni menos exigentes que las actuales, interin dura la guerra, la regularidad en cuanto fuese posible del servicio público, el interés del comercio y la lealtad del Gobierno.

Inútil es decir que no puede arribarse a la conciliación de tan vastos y complicados objetos, removiendo todos los obstáculos, allanando todas las dificultades y realizando todas las esperanzas; pero se puede responder de que el Gobierno ha concebido un plan de Hacienda, que teniendo por base la más religiosa economía, se irá desenvolviendo gradualmente y con dependencia de los sucesos que por su eventualidad harán más o menos felices los resultados de las operaciones meditadas. Es en esta intención que dice *por ahora* el proyecto que se ofrece a la consideración de la H. Cámara: pero por lo pronto, proporciona una anticipación sin premio de 700,000 pesos sobre las mismas rentas, que están destinadas a cubrir las necesidades comunes.

Su mayor parte se empleará en las atenciones urgentes de la guerra y del servicio público, y el resto para negociar la extinción de los compromisos que gravan las rentas de Aduana; de modo que, concluído el período en que esa anticipación se haya convenido, se puede ejecutar sobre las rentas libres una operación que haga más ciertos y regulares los ingresos y más moral la administración de este ramo, el más valioso del Tesoro nacional.

La medida propuesta no puede subordinarse a reglas fijas sobre el modo de su ejecución, porque hay que transigir derechos individuales, y conciliar diferentes géneros de interés.

El Poder Ejecutivo se hace, por tanto, un justo honor pidiendo hasta cierto punto un voto de confianza, pero dentro de los límites que él mismo se ha prescripto.

La suma no excederá de 700,000 pesos, y la acción discrecional no se ejercerá sino sobre el impuesto extraordinario. Estas restricciones son calculadas como garantía del buen uso que se hará de la autorización, y en el interés de la misma operación.

Para poder formar la Comisión de Hacienda estos conceptos, no ha cesado de ocuparse de la materia, así para su encargo peculiar, como con motivo de las diferentes mociones que

se han pasado a su dictamen, después de haberse instruído en sus repetidas conferencias con el Ministro General, de los inconvenientes que presentaban otros arbitrios, y de las ventajas del que se propone adoptar. Si su éxito corresponde a las esperanzas que hacen concebir las insinuaciones benévolas del comercio, y la razonable deferencia de los acreedores del Estado, la Honorable Cámara podrá lisonjearse de que, prestando su cooperación al Ejecutivo, le habrá proporcionado los recursos extraordinarios de que necesita en las circunstancias, no sólo sin nuevos impuestos, sino disminuyendo los existentes a la par de los gravámenes que afectan la más considerable porción de rentas, y preparando las vías de regularizar su administración.

Así la Comisión concluye aconsejando que se adopte sin variación el proyecto, y aprovecha esta nueva ocasión de reiterar a sus honorables colegas sus acostumbrados respetos.

Montevideo, junio 6 de 1842.

*Pedro de la Serna — Juan M. Martínez —
Roque Graceras — Ramón Cortés.*

Puesto en discusión general, observó el Representante por Canelones, don Eugenio Fernández, que creía innecesaria la autorización pedida por el P. E., por cuanto éste se hallaba autorizado, por resolución del 7 de mayo de 1839, para usar de un crédito de \$ 4.000.000.

Su colega por Maldonado, señor Cortés, replicó que si bien era cierto lo afirmado por aquél, las circunstancias habían variado, y que el Gobierno solicitaba se le proporcionasen recursos tan sólo sobre las rentas de Aduana, mientras que la ley invocada lo facultaba para usar un crédito mayor.

El señor Fernández observó entonces que la autorización de que se trata debía entenderse para estipular la baja total o parcial de derechos, pues en cuanto a la cantidad, como acababa de recordarlo, el P. E. se hallaba autorizado más ampliamente que lo que se pretendía por el proyecto en debate.

El diputado por Montevideo, doctor Sagra y Périz, cerró la discusión, haciendo notar que según resultaba de las ideas

expuestas, la oposición no se dirigía al fondo del proyecto, y que él, lejos de atacarlo, lo apoyaba; que dándose por supuesto que en mayo de 1839 hubiera sido autorizado el Gobierno para usar de un crédito de \$ 4.000,000, era laudable sobremanera el homenaje que tributaba a la Cámara pidiéndole lo autorizase para proporcionarse recursos hasta \$ 700,000 sobre las rentas de Aduana; que ésto era una prueba de su delicadeza y que deseaba marchar según la Constitución lo prescribía, siendo, además, una garantía para los que entrasen nuevamente en contratos con el P. E., después que se han promovido en el recinto de la Cámara proyectos para la supresión de los que anteriormente se habían hecho; y por último: que sería aún más ventajoso para los contratantes y un nuevo motivo para esperar que el contrato fuese más benéfico; porque en el cálculo del interés entraba el riesgo del cumplimiento, y porque por el Cuerpo Legislativo se destruía esta duda sancionando el proyecto del señor Vidal.

Después de estas manifestaciones, fué votado en general y particular en los mismos términos que lo había propuesto el P. E. en la sesión 29.^a del 4 de junio. (1)

El Senado cometi6 al doctor Santiago Vázquez el estudio e informe de dicho proyecto, quien dictaminó con fecha 8, aconsejando su adopción tal cual lo había sancionado la otra rama del Cuerpo Legislativo.

“Una sola consideración, decía, ha conducido al Comisionado: la urgente necesidad de fondos combinada con la crisis de los negocios públicos; y esta consideración la ha juzgado omnipotente; por eso, sin descender a un examen minucioso, os aconsejo, señores Senadores, que otorguéis el voto de confianza que el proyecto importa y que ha solicitado el P. E.”

Al ser tratado en discusión particular, el señor Sierra recordó que el anterior Ministro de Hacienda había presentado un proyecto, por el cual se arbitraban \$ 500,000 a los mismos fines perseguidos en el que acababa de informarse, agregando que ese proyecto estaba rezagado en la Cámara de Representantes, y que era de opinión que el miembro informante lo examinase también, y después de parangonar uno y otro, aconsejase cuál de los dos era más asequible y conveniente.

(1) Acta número 50 de la Cámara de Representantes, correspondiente al 7 de junio de 1842.

El comisionado de Hacienda, replicó que su dictamen obedecía a las causas en él expuestas, porque cualquier medida que importase una demora, estaría en contradicción con la baja y con los intereses sagrados de la Patria. "El proyecto, dijo, es un voto de confianza que el Ejecutivo solicita, y os toca, Honorables Senadores, otorgarlo sin descender a otras consideraciones"; y terminó su breve alocución con estas palabras: "insisto por eso en mi dictamen".

Como el señor Sierra persistiera, diciendo que abrigaba la confianza de que el doctor Vázquez podría fácilmente expedirse dentro de 24 horas, término este que en nada podía perjudicar el objeto tenido en vista, el interpelado contestó que si así se resolvía, haría cuanto estuviese en sus alcances para examinar y comparar el proyecto por él informado y el traído a colación; pero que preveía que en último resultado se habría invertido un tiempo precioso, y embarazado el P. E., para parar en el proyecto que se discutía; que, por otra parte, el mencionado por su colega preopinante, produciría o no \$ 300,000 o \$ 400,000, pues su resultado era incierto en cantidad y tiempo, mientras que el segundo era más pingüe, más seguro, de una acción más positiva y poderosa; que si descendiese a detalles, uno y otro presentarían inconvenientes graves, pero menores que los que arrastraba tras sí la situación de esa época, no habiendo más tiempo que para un voto de confianza.

El doctor Vázquez, con su habilidad característica, finalizó su dúplica, exclamando: "Mirabeau, el grande émulo de Necker, propuso, obtuvo lo mismo para éste Ministro, porque la urgencia no permitía examinar sus vastos e importantes proyectos".

Don Gabriel Antonio Pereira, si bien era de parecer que debía facilitarse en todo lo posible la acción del P. E., propuso que se pasara a cuarto intermedio, a fin de que los miembros del Senado, en unión del informante, cotejasen ambos proyectos, máxime cuando el del señor Vidal era vago, nada más que un voto de confianza, que sólo en circunstancias como la que se atravesaba, podía darse.

El señor Sierra reforzó su argumentación, manifestando que el primitivo había sido el fruto de datos precisos y de los conocimientos y práctica necesarios para formarlo por parte

del ciudadano a quien había subrogado en el Ministerio el señor Vidal, y que este último tal vez no había tenido en cuenta esos antecedentes por su reciente ascenso al Ministerio.

El doctor Vázquez replicó que la cuestión suscitada tenía dos aspectos: conocimientos teóricos o facultativos, y conocimientos prácticos; que los primeros debía suponerse que ambos Ministros los poseían igualmente, y que los puntos en que se reconociesen necesitados a buscarlos, lo harían en sus libros o en el consejo de inteligentes; que los segundos, que nacen en este caso del contacto con los comerciantes y con las transacciones, uno y otro los adquirirían por medio de la Colecturía; que el Colector era el que poseía esos antecedentes, y a quien sin duda se habría consultado sobre el particular.

“Yo sé bien, agregó, que descendiendo a ese examen, han de encontrarse inconvenientes en ambos, aunque creo mayores los del primero; pero no me opongo; antes, apoyo que se pase a cuarto intermedio, si se cree obtener mejores ilustraciones”.

Así se hizo, y vueltos a Sala, después de haber oído las explicaciones que le fueron solicitadas al Ministro Vidal en el cuarto intermedio, pidió la palabra el doctor Vázquez y dijo:

“Habéis visto, señores Senadores, y examinado el proyecto primero: ha resultado lo mismo que yo anuncié, y que respecto del que se discute, las explicaciones hechas por el Ministerio han desvanecido los principales obstáculos y objeciones.

“El proyecto no altera la ley, porque la rebaja, o más bien, el premio que se otorga a los prestamistas es sólo para la amortización del empréstito que se verificará en tres o cuatro meses, sin producir, por consecuencia, alteración en los mercados distantes.

“No lastima la responsabilidad de los consignatarios, porque la anticipación es de crédito y no de numeración; y como los vales del empréstito han de girarse a seis meses, el resultado es que lejos de anticipar fondos, habrán pagado los comerciantes a su vencimiento mucho menos cantidad de numerario que la que habrían desembolsado.

“No es ya un voto de confianza, cuyos detalles quedan al arbitrio del Ministerio, porque él ha fijado la rebaja de una manera uniforme y general, y este es el punto de partida pa-

ra denominarlo así; o sólo queda al Ministerio aquella parte de ejecución que no puede abrazar la ley. Por tanto, insisto en mi dictamen''.

No habiendo quien tomara la palabra, se votó el artículo y quedó sancionado, tal cual lo aconsejara el doctor Vázquez. (1)

Estas controversias, aunque templadas, denotadoras de una sinceridad patriótica, las declaraciones categóricas de las Comisiones informantes, la firmeza demostrada por sus miembros y el sometimiento de todos al imperio de la razón, que a nadie lesiona y que siempre dignifica en el terreno de los principios y de la lógica, son dignos de admiración y respeto, demuestran la independencia con que se procedía en aquellos tiempos y la buena fe que guiaba los actos de los padres de la Patria, a pesar de la influencia del ambiente, formado por el choque aún latente de las pasiones políticas.

Se anhelaba apartar del camino cualquier obstáculo maléfico, se quería coadyuvar al mejor éxito de la marcha económica y administrativa del país; unos y otros, dejando de lado disidencias surgidas en la lucha de la víspera, aspiraban al bienestar de la República, seriamente amenazado por la cuchilla de la mazorca, y no hacían cuestión de círculos, ni de afecciones personales, sino obra de varones fuertes, inaccesibles a los sentimientos egoístas, pequeños y repudiables cuando se oponen a la salud pública, a la salvación del crédito y a la estabilidad de la madre común.

Por eso el diputado Vega, ciudadano ilustrado y de fibra, se inclinó mudo ante los anatemas de moral cívica y administrativa lanzados contra su proyecto de ley por la Comisión de Hacienda, no obstante la severidad de los conceptos por ella vertidos. Es que le guiaban miras altruistas y, por lo tanto, no podía tomar como un ataque a la dignidad del autor lo que sólo se dirigía a determinar el rechazo de una idea, sana sin duda, pero inaceptable por los intereses que lesionaría su sanción y lo contraproducente de sus efectos.

El 12 de febrero de 1840, había sancionado la Cámara de Representantes un proyecto de ley acordando distintas re-

(1) Actas de la Cámara de Senadores, del 10 de junio de 1842

compensas a los vencedores de Urquiza en la heroica acción del 29 de diciembre de 1839, sin que la Comisión Militar del Senado diese señales de vida, a pesar de tratarse de un asunto de palpitante interés nacional, encaminado a estimular los esfuerzos del ejército patrio, que ese día se cubrió de gloria, sembrando el pánico y la vergüenza en las filas contrarias, mandadas en jefe por un general extranjero, por más que en ellas figurasen también algunos militares orientales, que con su actitud hacían muy poco honor a su país.

Don Pedro P. de la Sierra, encargado de dictaminar, lo hizo en los siguientes términos, dos años después:

Honorable Cámara de Senadores:

El miembro informante de la Comisión Militar, encargado de dictaminar sobre el Proyecto de Ley que ha remitido la Honorable Cámara de Representantes, relativo al premio que ha de darse a los vencedores en la gloriosa acción de Cagancha, lo encuentra en su esencia digno de la aprobación del Cuerpo Legislativo; pero al mismo tiempo se ha persuadido que el proyecto, tal cual lo sancionó aquella Honorable Cámara, no llena suficientemente el sagrado objeto de retribuir del modo posible la deuda que la Nación ha contraído con sus heroicos defensores.

Por lo mismo, ha creído necesario adicionar aquel proyecto con algunos artículos, cuya simple lectura hará notar su conveniencia a los señores Senadores para complemento de las miras que la Honorable Cámara de Representantes ha tenido en vista.

Dos de los artículos con que la Comisión se ha permitido adicionar dichos proyectos, tienen por objeto hacer una justa distinción entre el premio que debe acordarse al General en Jefe y Generales del Ejército, y el de las demás clases subalternas, distinción que no debe olvidarse en una ley de esta naturaleza, atendiendo a la alta categoría que invisten el primero y los segundos.

En los artículos 8.º al 12 inclusive, se ha propuesto el miembro informante establecer un pueblo en el mismo lugar en que se consiguió aquel triunfo por las armas orientales, cuyos pobladores deban ser los mismos que expusieron sus vidas para salvar la República de una invasión extraña y bárbara a la vez.

Ha creído también justo conceder a aquellos bravos y a sus sucesores el privilegio de fomentar con su industria dicho pueblo, sin ningún gravamen durante el término de veinticinco años.

El miembro informante considera que el premio a que ellos se hicieron acreedores debió ser una pensión vitalicia; pero al mismo tiempo no puede desconocer que el estado de nuestro Erario no permite erogaciones de tal tamaño, ni podría soportarlas en muchos años.

La Nación ha hecho grandes sacrificios para conservar su independencia; muchos más le restan que hacer en la invasión de que hoy se ve amenazada; por consecuencia, sería imprudente pretender recargar las rentas con un peso que no podrían soportar en tiempos tranquilos, y mucho menos en circunstancias tan urgentes como las que nos rodean.

Nada hay, pues, más equitativo que lo que se propone en los expresados artículos, pues que en ellos se consultan, además de la economía, dos objetos esenciales: primero, premiar a los vencedores de Cagancha; segundo, establecer un nuevo pueblo, cuya sola denominación recordará eternamente uno de los más grandes días de la Patria.

También considera dignos de la sanción del Honorable Senado los artículos 13 y 14 del nuevo proyecto.

Todos los departamentos del Estado tuvieron parte en aquella memorable jornada, y es de rigurosa justicia concederles al menos una enseña que no sólo les recuerde las glorias que allí adquirieron, sino que también les sirva de estímulo para correr a la pelea, toda vez que la Patria peligre y sea necesario conservar ileso el nombre de *Bravos Orientales*.

La Comisión cree innecesario extenderse más en este informe, porque está persuadida que no escapan a la penetración de los señores Senadores todas las razones de política y de conveniencia que aconseja la sanción del proyecto tal cual tiene el honor de presentarlo.

Sólo añadiré, por último, que en las circunstancias en que hoy se encuentra la República, es de suma importancia dar este testimonio de que la Patria nunca olvida los esfuerzos que para salvarla han hecho y harán siempre sus heroicos defensores.

Tales son las razones que han impulsado a aconsejar a Vuestra Honorabilidad la adopción del proyecto, sin perjuicio de las correcciones que en el curso de su discusión tengan por conveniente proponer los señores Senadores.

Montevideo, junio 1.º de 1842.

Pedro P. de la Sierra.

He aquí el proyecto sustitutivo a que se refiere el informe precedente:

Artículo 1.º La victoria de Cagancha será celebrada en todos los pueblos de la República con una solemne acción de gracia al Todopoderoso; y su aniversario, será día de fiesta cívica ordinaria como el 18 de Julio.

Art. 2.º Son beneméritos de la Patria, y con este título serán distinguidos por un diploma dado por el P. E., todos los individuos que se hallaron en aquella gloriosa acción, y que con certificados de sus jefes respectivos, visados por el Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, acrediten haberse dignamente comportado en ella.

Art. 3.º Los comprendidos en el artículo precedente que no perteneciesen al Ejército permanente, podrán en todo tiempo usar el uniforme respectivo; y todos traerán al lado izquierdo del pecho, pendiente de cinta roja, una medalla de oro los jefes, de plata los oficiales, y de bronce las clases inferiores, costeadas por el Erario Nacional.

La figura de la medalla será *oval*, de peso de media onza; en su anverso, tendrá en el contorno esta inscripción: *La República Oriental del Uruguay*. En la parte superior, una corona de laurel, y bajo de ella el lema: *Al vencedor de Cagancha*. En el reverso, una orla de palma y roble, y en medio dirá, en letra: *En veinte y nueve de diciembre de mil ochocientos treinta y nueve*.

Esta medalla será acompañada con el diploma de que se habla en el artículo anterior, a cada uno de los agraciados.

Art. 4.º Al Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, se le designa una medalla con los mismos lemas, pero su peso será el de una onza, guarnecido de brillantes, y una

espada con vaina y puño de oro; llevando un gran topacio en la parte superior del puño; en la hoja tendrá escrito en un lado estas palabras: *La Asamblea General de la República Oriental del Uruguay*, y en el otro: *Al vencedor de Cagancha en diciembre de 1839*. Gozará, además, de por vida, el tratamiento de *Defensor Heroico de la Independencia y Constitución de la República*.

Art. 5.º La espada a que se refiere el artículo anterior, será puesta en manos del General en Jefe, por el Presidente de la Asamblea General, que reunida el día que ella acuerde, lo llamará a su seno, y como una demostración de gratitud por parte de la Representación Nacional, se hará la entrega de la espada.

Art. 6.º Los brigadieres y coroneles mayores que se hubiesen encontrado en dicha memorable batalla, llevarán igualmente una medalla del mismo peso que la del General en Jefe, guarnecida de rubíes finos; y una espada de vaina y puño de oro, en cuya hoja se leerá por un lado: *Al vencedor de Cagancha*, y por el otro, *Veinte y nueve de diciembre de 1839*. Estas serán presentadas a dichos generales por el P. E.

Art. 7.º Son igualmente acreedores al premio acordado, todos los jefes y oficiales y tropas pertenecientes al Ejército, que no se hallaron en la expresada batalla, a causa de estar empleados en comisiones de importancia por el General en Jefe, cuya clasificación será del cargo del mismo General en Jefe.

Art. 8.º Se autoriza al P. E. para comprar una legua, o más, si fuese necesario, de terreno, en el punto que se dió la batalla el 29 de diciembre de 1839.

Art. 9.º En el local que se señala en el precedente artículo se establecerá un pueblo con el título de *Cagancha*, y en su plaza principal se levantará una pirámide o una columna, en cuyos frentes se inscribirán en mármol los nombres del General en Jefe y jefes de división del Ejército que tuvieron parte en aquella acción.

Art. 10. El P. E. distribuirá los solares del pueblo entre el General en Jefe y jefes de la división del Ejército, y la parte de chacras entre la tropa, en la forma que sea posible.

Art. 11. El Gobierno costeará el templo que debe establecerse en el pueblo de Cagancha, así como un establecimiento de educación primaria.

Art. 12. Todos los ciudadanos que se establezcan en aquel pueblo, quedan exceptuados por veinticinco años del pago de patentes; así como los carruajes de su vecindario de toda especie de contribución o derecho durante el mismo término de veinticinco años.

Art. 13. Para recuerdo eterno del triunfo obtenido en Cagancha, se costeará por el Erario público un estandarte particular para cada departamento del Estado, en el cual se verá por una parte las *armas de la República* en bordado de realce, y en su contorno, el nombre del pueblo cabeza del departamento; en otra parte, una *corona de laurel* en el centro, y en sus costados, esta inscripción: *Vencimos en Cagancha el veinte y nueve de diciembre de 1839.*

Art. 14. El P. E. designará el color del estandarte de cada uno de los departamentos, el cual deberá conservarse en depósito en el Juzgado Ordinario, de donde sólo saldrá para colocarse en el templo el día de su aniversario, o en el caso que saliendo a campaña toda la Guardia Nacional del Departamento pudiese conducirlo a su frente para cualquiera acción de guerra contra enemigos extraños.

Art. 15. El P. E. reglamentará esta ley en la forma que considere arreglada.

Comuníquese, etc.—*Nierra.*

Al considerarse el artículo 4.º, observó el doctor Vázquez que le parecía más propio poner en lugar de la frase que dice “un gran topacio”, una *pedra preciosa*, siendo aprobado con esa modificación.

Al tratarse del artículo 8.º, el señor Chucarro manifestó que estimaba conveniente se introdujese en él una reforma encaminada a llenar más satisfactoriamente el objeto de la ley, es decir, que en vez de fijarse la cantidad de terreno que debía adquirir el Ejecutivo, se le autorizara para que comprase el que creyera necesario; pero apercibido el Senado de que el artículo 9.º tenía relación con el 8.º, propuso la Presidencia que se pasase a cuarto intermedio a fin de darles una nueva redacción que evitara toda redundancia.

Vueltos a Sala, el doctor Vázquez, encargado de informar *in voce*, expuso que había creído llenar la misión que acababa de encomendársele, proponiendo, en cambio de los discutidos, los artículos siguientes:

Art. 8.º Se autoriza al P. E. para comprar el terreno necesario en el punto en que se dió la batalla el 29 de diciembre de 1839, con el objeto de establecer un pueblo con el título *Cagancha*.

Art. 9.º En la plaza principal de dicho pueblo, se levantará una pirámide o columna, en cuyos frentes se inscribirán en mármol los nombres del General en Jefe y Jefes de División del Ejército que tuvieron parte en aquella acción.

Estas modificaciones fueron unánimemente aceptadas.

Al tratarse el artículo 12, el mismo senador hizo notar que era demasiado el tiempo que en él se les acordaba a los pobladores como excepción del pago de patentes, etc., y que, por lo tanto, proponía se redujese tan sólo a 20 años, contados desde la promulgación de la ley.

Agregó, sin embargo, que esa concesión únicamente debería extenderse a sus primitivos ocupantes.

El referido artículo fué votado con esa variación, pues las palabras del doctor Vázquez no fueron impugnadas por ninguno de sus colegas.

En cuanto a los demás proyectados, la Comisión los retiró, por considerarlos innecesarios, según las propias palabras de su miembro informante.

En consecuencia, el Presidente anunció a la Sala que quedaba sancionada la ley de premios a los vencedores de *Cagancha* (1); pero desgraciadamente, dicha ley no pasó de un proyecto generoso y justiciero, pues las adiciones introducidas por este alto Cuerpo, fueron causa de que pasase nueva aiente a la Cámara de Representantes, y a pesar de haberse dado cuenta de ellas en la sesión del 16 de julio, la Comisión de Legislación no se expidió nunca a su respecto.

El 14 del mismo mes, el doctor Vázquez manifestó que empero la urgencia de esos momentos, se resolvía a hacer una moción que tiempo ha había meditado; pero que alimentando siempre la esperanza de que su objeto sería satisfecho sin que ella tuviese lugar, retardó indefinidamente su presentación. No obstante, iba a formularla, porque en el asunto que la motivaría se hallaban inmediatamente interesados el crédito y el honor del Cuerpo Legislativo.

(1) Cámara de Senadores, sesión del 5 de julio de 1842.

Recordó que hacía varios meses se había sancionado una ley de vital importancia para el país sobre una contribución de \$ 600,000, estableciéndose en ella como medida preliminar el empréstito forzoso de \$ 300,000, repartidos entre los comerciantes y propietarios nacionales; agregó que se contrajo entonces el compromiso solemne de llevar a efecto sobre bases regulares aquella contribución, con la cual había de pagarse el empréstito verificado, subsanándose de ese modo, no sólo el recargo de las dos clases gravadas, sino las desigualdades o defectos a que necesariamente estaba aventurada la cotización; y que el no cumplimiento de aquel compromiso, unido al silencio notable del Cuerpo Diplomático, produciría sin duda una impresión fatal sobre esta clase de obligaciones, afectando el crédito nacional, mucho más si por desgracia ocurriesen nuevos apuros que forzasen a servirse de él. Finalizó sus observaciones el doctor Vázquez, mocionando en el sentido de que se hiciese saber a la Cámara de Representantes que el Senado, en la sesión de que se trata, había tenido presente el compromiso contraído por la ley de 15 de noviembre de 1841, relativamente al empréstito forzoso de \$ 300,000, resolviendo, a la vez, se le comunicase este acuerdo.

El señor Chucarro objetó que si bien esta moción había sido apoyada unánimemente, y podía, por lo tanto, ser tomada en consideración, juzgaba pertinente que ella fuese discutida y resuelta en la sesión próxima, ya porque en ese lapso de tiempo podría meditarase con más calma y madurez a su respecto, ya por lo avanzado de la hora.

Aceptado este temperamento, fué considerada el 15, sancionándose sin discrepancia alguna en ambas discusiones, y el 16 se le dió entrada en la Cámara de Representantes, habiendo pasado a informe de la Comisión de Hacienda.

Podría suponerse que la indicación del senador Vázquez obedecía a un espíritu de hostilidad hacia la otra rama del Parlamento; pero no fué así, sin embargo. Espíritu culto, miraba siempre con altura las cuestiones de Estado, y en el caso ocurrente, su actitud sólo respondía a un sentimiento patriótico, como se desprende de sus propias palabras. Le interesaba el crédito del país y lo consideró comprometido con la demora que venía sufriendo en la Cámara de Repre-

sentantes el asunto que originó su moción y atinadas consideraciones.

Se puede, como entonces, mantener la más perfecta armonía entre ambos altos Cuerpos; pero ello no obsta para que éstos se hagan cordialmente las indicaciones que estimen oportunas, en homenaje al bien público, cuando se trata de la sanción de leyes que afectan el buen nombre y el honor de la Nación.

Ya que el Poder Ejecutivo, por desidia o por escrúpulos, no reclamaba el cumplimiento de la promesa legislativa recordada, era preciso que en el recinto en que ella nació se alzase alguna voz que, como la de Cristo a Lázaro, dijera también: *¡Levántate y anda!*

II

SUMARIO:—La prensa correntina.—Operaciones en San José.—Derrota de la vanguardia de Urquiza por la división del coronel Blanco.—Honores fúnebres en Mercedes a los sacerdotes Villafañe, Cabrera y Frías, sacrificados por Rosas.—Resultado de los movimientos concéntricos de las divisiones correntinas y fuerzas del general López.—Visitas al general Rívera en su quinta del Arroyo Seco.—Apreciaciones del "Britannia".—Pronunciamiento del ejército.—Adhesión del coronel Báez y sus oficiales a las manifestaciones de sus demás compañeros de armas.—En honor del 18 de Julio.—Revista de la guarnición.—Brindis elocuentes y patrióticos cambiados a raíz de ella en el recinto legislativo.—Palabras afectuosas de Mr. Mandeville.—Saludos al general Rívera por los jefes y oficiales de la guarnición.—Nombramiento del coronel Possolo de comandante general de armas.—Nuevo triunfo de la división Blanco.—Los coroneles García y Quintana baten una fuerza enemiga en el arroyo de la China.—Ukase del Gobernador de Catamarca Gregorio Segura, poniendo fuera de la ley a hombres y a mujeres.—Aumento de la fuerza de infantería del ejército de operaciones de la República en Entre Ríos.—Proclama del Gobernador Ferré a sus compatriotas.—Desbande de los federales en Entre Ríos.—Demostraciones que se le hicieron en el Salto Oriental al Gobernador de Santa Fe.—Creación del batallón de infantería de línea número 3.—Asesinatos de prisioneros en Salta y Tucumán.

Y mientras el Cuerpo Legislativo llenaba de la mejor manera los deberes impuestos a su patriotismo por sus electores y el país, las fuerzas coligadas que operaban contra los federales no permanecían inactivas ni daban muestras de cansancio o cobardía, como tampoco el Poder Ejecutivo, que con loable afán desplegaba todo su celo para salir airoso en la contienda empeñada.

La prensa correntina, amiga de la libertad, entonaba loores a los heroicos esfuerzos que se hacían para combatir con éxito al tirano argentino, aplaudía la actitud del Pueblo Oriental, presentándola como un edificante ejemplo, y exhortaba el celo y patriotismo de los conterráneos de Berón de Astrá-

da, el militar valiente y abnegado que sacrificó su vida, regando con sangre, el primero entre sus conciudadanos, el árbol bendito de sus nobles ideales.

“El Nacional Correntino”, que fué el periódico que más se distinguió por la energía de su propaganda y la firmeza de sus convicciones, publicó el siguiente vibrante artículo, que parece una clarinada en el campo de batalla ordenando una carga a la bayoneta:

“¡La Patria está en peligro! Esta voz penetrante dada por el Gobierno del Estado Oriental del Uruguay debe inflamar el corazón de los hombres que aman su libertad y no quieren envolverse en las ruinas y oprobio a que hoy es reducida la infeliz Buenos Aires.

“Ejemplos terribles de desolación y espanto son lecciones bien prácticas para correr a las armas y defender el suelo de la Patria contra las pretensiones del bárbaro Rosas y sus próconsules. Una muerte gloriosa en el campo de batalla, defendiendo sus libertades, es un monumento inextinguible para la historia. Los pueblos que aman sus instituciones, que conocen sus deberes, y no quieren verse uncidos al yugo espantoso que se les prepara, deben irremisiblemente empuñar las armas, sin excepción alguna, y vender caras sus vidas, para no hundirse en el abismo de oprobio que les amenaza.

“Un pronunciamiento decidido importaría una victoria, y el cobarde tirano retrogradaría en sus conquistas, viendo en la masa las poblaciones dispuestas a castigar al ingrato argentino, hipócrita malvado, que escandalosamente y con asombro de la Naturaleza derrama con ironía la sangre inocente de los pueblos indefensos, sumidos en la opresión.

“El Pueblo Oriental, libre e independiente, disfrutando los goces de las leyes sabias, amante a un gobierno paternal, decidido, entusiasta por el hombre de la victoria, su digno Presidente, se presentará terrible a arrojar denodadamente las hordas del salvaje tirano que intente pisar sus playas. Jamás ilustrarán su renombre con más gloria que en la lucha que les anuncia. Van a pelear con caribes, con soldados bárbaros, con esclavos despreciables que no buscan fama, ni honra, sino sangre, robo y exterminio: con esta clase de canalla la victoria es indisputable. Vigilancia con los traidores, unión y obediencia en observar los mandatos de la autoridad, serán

las bases del triunfo, y nuestro ardiente voto los seguirá, por que no sea sacrificada la tierra hospitalaria que recibió generosa a los hijos desgraciados de la República Argentina."

El general Anacleto Medina, destacado en el departamento de San José, organizaba convenientemente sus fuerzas y batía a los enemigos del orden y de la propiedad,



General Justo José de Urquiza

que inquietaban con su aparición y conducta al vecindario pacífico y honesto de aquella rica zona del territorio oriental. A muchos de ellos se les dió caza, y otros sucumbieron en la refriega.

El resto de las divisiones riveristas tampoco se entregaba a la inacción, y las que combatían en Entre Ríos, honraban las armas uruguayas.

El general Aguiar, que había cruzado sin tropiezos el río Gualaguay, notificó al Gobierno que la división del coronel Blanco derrotó por completo a la vanguardia de Urquiza, compuesta de unos 200 hombres, cuya victoria fué hecha pública el 7 de julio en los periódicos de Montevideo.

El cura párroco de Mercedes, doctor Luis José de la Peña, secundando la protesta del Comandante Militar y del Alcalde Ordinario de aquella villa, celebró honras fúnebres a la memoria de cuatro patriotas sacerdotes inmolados por Rosas, habiendo pasado, con ese motivo, la siguiente invitación a los vecinos más caracterizados:

"Señor don...

"El cura de la parroquia ruega a usted se digne acompañarlo a honrar la memoria de los venerables sacerdotes doc-

tores don Gregorio Villafañe, don Francisco Solano Cabrera y don Manuel y don Felipe Frías, sacrificados bárbaramente por el tirano de Buenos Aires; y a pedir a Dios por su eterno descanso en los funerales que han de celebrarse con este piadoso objeto, el viernes 1.º de julio a las 10 de la mañana.”

Rosas, que había ultrajado la religión, haciendo colocar su retrato en los altares, no podía contar con la admiración y simpatías de ninguno de sus representantes que tuviese verdadera fe en el culto de las ideas que predicaba, y, por lo tanto, los sacerdotes que no le eran adictos, caían bajo la fécula de sus insanas miras, y estaban expuestos, como Villafañe, Cabrera y Frías, a sucumbir víctimas de la cuchilla de sus verdugos.

Estos estimables sacerdotes habían sido presos, tildados de unitarios y levantiscos, y su ejecución se verificó el 10 de mayo de 1842 en los *Santos Lugares de Rosas*. Antes de ser fusilados, según la prensa patriota, *fuieron desollados en la corona y manos, a pretexto de degradarlos de su carácter sacerdotal*.

“La Gaceta Mercantil” del 22 de julio de 1843, negó la desolladura, calificándola de “falsa historia”, no obstante la notoriedad de ese hecho salvaje; pero no pudo menos que confesar tales fusilamientos, lo mismo que el de los señores Gregorio Pruneda, Carlos Pruneda, Pedro Avila, Tomás Martínez, Francisco Luque, José María Requena, Manuel Iglesias, Avelino Páez y Faustino Lobo, sacrificados también en ese acto. No obstante, era preciso difamar la memoria de esos mártires de la Libertad, y el órgano rosista agregó que habían sido ajusticiados por “horribles crímenes”, fundamento dado invariablemente por él cada vez que el Gobernador de Buenos Aires ordenaba ese género de venganzas.

Solano Cabrera, oriundo de Córdoba, ejercía el sacerdocio en Salta; Manuel Frías, santafesino, de 61 años de edad, ocupó por espacio de 24 años el vicariato de la Provincia de Santiago del Estero; su hermano Felipe, de 56 años, desempeñaba desde largo tiempo la misión de capellán de las monjas capuchinas y de las huérfanas de Buenos Aires, y Villafañe, septuagenario, pues tenía 75 años, era antiguo cura del Timbó en la Provincia de Tucumán. Al ser apresados, se les en-

grilló, y como si se tratase de bestias, que convenía unir para que no se separasen o saltaran algún cerco, fueron a la vez acollarados.

El 1.º de julio comunicó el general Vicente Ramírez al general Rivera, desde Abalos, el resultado de las operaciones combinadas entre las fuerzas al mando del Gobernador de Santa Fe y las divisiones correntinas, siendo ellas sumamente alentadoras.

“Todas las noticias,—añadía,—que nos han dado del enemigo treinta y nueve pasados que en distintas fechas hemos tenido hasta hoy, son bastante halagüeñas;” y agregaba: “El intruso Oribe no puede absolutamente mover su ejército, por la epidemia de caballos y grave desmoralización de sus tropas: tanto que su numeroso ejército ha quedado reducido a 5,000 hombres.”

El general Rivera, que desde el 4 del mismo se hallaba en su quinta del Arroyo Seco, fué motivo de diversas manifestaciones de aprecio, considerándose, además, su acercamiento a la Capital como un síntoma favorable al desarrollo de los sucesos a cuya cabeza figuraba por el consenso de su país y de los patriotas argentinos a él unidos.

El “*Britannia*” de Montevideo, órgano caracterizado de los intereses de la Gran Bretaña en la República Oriental, relata sus impresiones, con fecha 8, en los siguientes expresivos términos:

“S. E. el señor Presidente llegó a su quinta del Arroyo Seco el lunes pasado, y desde entonces ha estado ocupado en el despacho de negocios con varios miembros del Gobierno, y en recibir visitas de muchos notables residentes en la Capital; entre estos últimos, observamos el jueves, a S. E. el señor J. H. Mandeville.

“La llegada del general Rivera entre nosotros, ha producido satisfacción general, y parece que es la causa del sentimiento que se nota de renaciente confianza en el progreso y seguridad del país, de los peligros a que ha estado expuesto.

“No podemos prescindir de observar que una reacción poderosa ha tenido lugar, de la depresión causada últimamente por el anuncio de una próxima invasión, que aunque contrarrestada por una ardiente demostración de entusiasmo y

por preparativos considerables para una tenaz resistencia, anubló el aspecto del porvenir, y produjo ansiedad en las relaciones sociales. Todo esto está hoy enteramente disipado, y ha sido reemplazado no sólo por un sentimiento de nueva tranquilidad, sino de confianza y eminente esperanza, demostrada en el contento universal, y probada por el menosprecio con que se miran y se habla de las maquinaciones del general Rosas contra la paz de este país.

“No sabemos a qué atribuir todo esto, sino suponiendo que la ausencia del general Rivera del teatro de la guerra, es sobrada señal de que no hay que temer nada de los ejércitos de Buenos Aires, y que la presencia de S. E. en el centro del Gobierno, presenta facilidad para combinar medidas, que con ayuda de su experiencia, da sobradas garantías para la permanente prosperidad de todas las clases”.

La sola presencia, pues, del general en jefe de las fuerzas aliadas, pese a sus enemigos, entonaba el espíritu de los sostenedores de la autonomía y el honor de los pueblos en lucha.

En la sesión celebrada el 13 de julio por la Cámara de Representantes, se dió cuenta de una nota oficial del P. E., a la cual se adjuntaba otra del general Rivera, relativa “al heroico pronunciamiento de los jefes y oficiales del Ejército a favor de la causa pública”. Tales son los términos del acta respectiva.

Esa nota pasó a informe de una Comisión especial, compuesta de los señores Sagra, Cortés, Vidal (don Daniel), Raíz y Graceras, pero durmió en sus carpetas el sueño eterno. A ella se acompañaban los documentos oficiales que figuran en el capítulo de esta obra, intitulado *Antecedentes históricos*.

Poco después se adhirieron a esas manifestaciones el coronel Bernardino Báez y los oficiales del Escuadrón N.º 2 de caballería de línea. Publicamos a continuación el oficio por él pasado al general Rivera y la comunicación con que éste lo elevó a conocimiento del Gobierno, honroso corolario de la actitud patriótica del Ejército Nacional.

Ejército Oriental en operaciones sobre el Entre Ríos.

Cuartel General en el Arroyo Seco, julio 11 de 1842.

El infrascripto, Presidente de la República y General en Jefe del Ejército, tiene el honor de elevar a manos del señor Ministro General el pronunciamiento heroico y patriótico que acaba de hacer el señor coronel don Bernardino Báez, Jefe del Escuadrón número 2 de caballería de línea y demás jefes y oficiales de su dependencia, en favor de la sagrada causa de la República, contra el abominable tirano de Buenos Aires.

Este nuevo y solemne testimonio de patriotismo y lealtad que acaban de dar el distinguido coronel Báez y los demás jefes y oficiales del Cuerpo que tan dignamente manda, aumenta de una manera altamente recomendable el aprecio que se merece del Gobierno y del infrascripto por los grandes servicios que ha prestado a la República.

El señor Ministro se servirá elevarlo al conocimiento del Gobierno.

Dios guarde al señor Ministro muchos años.—FRUCTUOSO RIVERA. — JOSÉ LUIS BUSTAMANTE.

Excmo. señor don Francisco Antonino Vidal, Ministro General de la República.

Escuadrón N.º 2 de Caballería de línea.

Habiendo visto con la mayor satisfacción el Jefe y Oficiales de dicho Cuerpo que se halla en comisión fuera del Ejército, en "El Nacional", número 1071, el pronunciamiento que han hecho los señores Jefes y Oficiales de que se compone, en fecha 22 del mes próximo pasado, y deseosos de ser considerados en él en las mismas condiciones que se manifiesta en todas sus partes, espera de V. E. sean admitidos a este solemne acto.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Montevideo, julio 9 de 1842.—*Bernardino Báez — Miguel Mesas — Adolfo Ramos — Francisco Córdova — Juan Domínguez — Pedro Nolasco.*

Excmo. señor Presidente de la República y General en Jefe del Ejército, don Fructuoso Rivera.

“El Constitucional” de Montevideo, inspirado, como siempre, en un espíritu patriótico y justiciero, consagró en su número 1019, a estos dignificantes pronunciamientos, las entusiastas frases que vamos a reproducir como timbre de honor para aquellos valerosos soldados de la libertad y la democracia.—Oigámosle:

“Este acto, el primero entre nosotros, hace un alto honor al patriotismo y decisión de nuestros guerreros; y ese documento solemne, donde está consignada la expresión ardiente y uniforme de los valientes defensores de la Independencia del Estado, ocupará un lugar distinguido en nuestra historia.

“La última trinchera de la Libertad será el humo y las llamas de hogares encendidos y los cadáveres de nuestras esposas y nuestros hijos”. Tales son las valientes expresiones con que en el último período de ese documento célebre significa el Ejército Oriental, la resolución en que está de perecer hasta el último soldado, antes que doblegar la cerviz a un extranjero brutal y detestable. El país ha de ser primero reducido a escombros y cenizas antes que someterse al yugo oprobioso de un déspota insano que en los delirios de su imaginación, ha provocado el valor y la saña de los orientales, sin tener en cuenta, sin acordarse siquiera de lo que valen los hijos valerosos de esta tierra, cuyas lanzas avezadas están a postrar tiranos y a humillar legiones potentes y soberbias.

“Y no debe dudarse del cumplimiento religioso de tales votos; porque una cadena de hechos gloriosos advirtieron al mundo que los orientales saben cumplir lo que prometen, saben combatir y vencer, saben morir con honor en su puesto, lidiando y defendiendo la gloria del estandarte nacional y el alto rango de una nación libre, soberana y constituida.

“La República, pues, debe contemplarse feliz y orgullosa de contar con defensores tan decididos como valientes; y el Gobierno nacional, apreciar el noble y heroico pronunciamiento de esos soldados constantes y resueltos, para quienes no hay privaciones ni peligros que entibien su entusiasmo ni los haga abandonar el camino brillante que han recorrido sin interrupción por tantos años, recogiendo laureles y ganando timbres inmortales que ilustran el catálogo de sus hazañas y cubren de innarrable gloria a la Patria que libertaron del poder de crueles opresores. ¡Que este ejemplo no sea perdi-

do!—Que Dios proteja a los patriotas que lo dieron, y corone la victoria sus esfuerzos!”

El 12.º aniversario de la jura de la Constitución de la República, solemnizóse con un *Te-Deum*, al que fué invitada la población de Montevideo por el Ministro del Gobierno y el Jefe Político de la Capital.

He aquí los documentos oficiales que precedieron a ese acto:

CIRCULAR

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, julio 15 de 1842.

El 18 de julio, aniversario de la Constitución, el Gobierno de la República tributará gracias al Sér Supremo con un *Te-Deum*, que se cantará en la Iglesia Matriz con asistencia del Gobierno y corporaciones que se reunirán en la Casa de Gobierno a las 11 de la mañana.

El abajo firmado, Secretario de Gobierno, tiene orden de avisarlo al señor Jefe Político para su inteligencia y efectos consiguientes.

Dios guarde a V. S. muchos años.—JUAN A. GELLY.

El Jefe Político y de Policía.

Si glorioso es para los pueblos republicanos celebrar la memoria de sus triunfos sobre las armas de la tiranía y la usurpación, porque recuerdan así, avivan y enorgullecen el valor nacional; tanto más grata y gloriosa es la memoria de que el resultado de aquellos triunfos haya sido afirmar para siempre la Independencia de la Patria y con ella la Libertad Política y Civil, consignada en una *Constitución*, aceptada por las naciones vecinas, proclamada y jurada por todos los orientales. Y la celebridad del día 18 de julio de 1830, en que el pueblo de Montevideo hizo entusiasta aquel juramento, será ahora una ratificación solemne, y a la vez una demostra-

ción para todos los hombres, nacionales y extranjeros, y con especialidad para todos los gobernantes, de la alta estimación que hace la República de todas sus garantías, de todas sus libertades, y de lo resuelta que está a conservarlas y defenderlas con el denuesto que para reconquistarlas ostentó en el campo de batalla. Comprendiendo así el Jefe Político y de Policía, el próximo aniversario de la Jura de la Constitución del Estado, invita a todos los habitantes del Departamento, para que cooperen a su celebración, concurriendo a las diez de la mañana al Templo, en que se cantará Misa y *Te-Deum*, al que asistirán el Supremo Gobierno y demás corporaciones; adornando, como otras veces, las casas con banderas nacionales y amigas los días 17, 18 y 19, e iluminando los frentes en sus noches.—Montevideo, julio 15 de 1842.—*José Antuña*.

La falta de recursos no permitió al Gobierno realizar festejos populares, que son los más propios de esas conmemoraciones, pues los *Te-Deum*, además de importar una preocupación religiosa que no comprende a todas las creencias, sólo se hacen accesibles, en tales casos, a los más encumbrados.

Hoy, felizmente, el progreso de las ideas y el sentimiento patriótico van dejando a un lado esas ceremonias oficiales.

El 16 expidió un decreto el Poder Ejecutivo transformando en guardia nacional activa a la infantería y caballería de extramuros que tenían el carácter de pasivas, destacadas en el Cordón y la Aguada, creándose con la primera dos batallones de milicianos.

Respondió esa medida al hecho de haber aumentado considerablemente la fuerza de infantería de extramuros, organizada en calidad de Milicia Pasiva, según los términos de dicha resolución, y a la circunstancia de que la mayoría de sus componentes correspondía a la Guardia Nacional Activa.

Para jefe de ambos Cuerpos fué designado el distinguido ciudadano don Pedro Pablo Sierra, con el carácter de coronel particular, debiendo proponer al Gobierno para comandantes de esos batallones a personas acreedoras a este empleo, como asimismo, un sargento mayor y los ayudantes que debían formar la plana mayor de aquéllos.

La jefatura de la Guardia Nacional Activa de Caballería del Cordón, también fué confiada al señor Sierra, con iguales atribuciones.

Conforme al artículo 7.º del mencionado decreto, los ciudadanos enrolados en ambas armas y que por la ley debían pertenecer a los cuerpos activos, fueron dados de baja y alistados en los Juzgados de Paz respectivos a fin de prestar los servicios pertinentes.

Subscribían esa disposición don Joaquín Suárez y don Francisco Antonino Vidal.

Consideró el Gobierno conveniente que se celebrase una revista militar, aprovechando la estada del general Rivera en las proximidades de la Capital, ya para cimentar más el prestigio de éste, a la vez que el principio de autoridad, ya para congregarse con ese motivo a su alrededor elementos de valía, propios y extraños. Se encontraba en Montevideo el representante de la Gran Bretaña, quien, como lo hemos dicho antes, fué uno de sus visitantes en el Arroyo Seco, y su presencia, junto a los miembros del P. E., en aquel acto, podía contribuir a robustecer la confianza pública en una intervención eficaz de su país a favor de la paz rioplatense. La idea de dicha revista se hizo carne y realizóse de una manera brillante, como vamos a verlo.

El 20 de julio, a la 1 de la tarde, el Presidente de la República, con su Estado Mayor, partió de la casa del Ministro Vidal y recorrió la línea que formaban las tropas, la que se extendía desde el Mercado hasta 300 metros más allá del citado domicilio, sito en el Cordón.

El general Rivera se detuvo en la Plaza Constitución, con el propósito de dirigirse al local del Cuerpo Legislativo, desde cuyos balcones presenciaria el desfile de las tropas. Lo acompañaban el Vicepresidente de la República, el Ministro General, Mr. Mandeville, los secretarios del despacho, y otras personas notables de la Administración. Allí recibió las entusiastas demostraciones de respeto que le tributó la guarnición que marchaba en columnas de honor.

Las tropas formaron en el orden siguiente, mandadas por los jefes que se indican:

Artillería, capitán Vedia.

Batallón de Cazadores, núm. 2, mayor Río Fresco.

Aguerridos, coronel Guerra.

Escuadrón de Escolta, coronel Camacho.

Escuadrón núm. 2 de caballería, comandante Fraga.

Guardia Nacional de Infantería, coronel Velazco.

Matrícula, coronel Larrobla.

Unión, coronel Sagra.

Legión de Policía, caballería e infantería, coronel Antuña.

Legión Argentina, coronel Albariños.

Cuerpo del Resguardo, capitán Costa.

Guardia Nacional de caballería de Extramuros, comandante Goyena.

Guardia Nacional activa de infantería y caballería de Extramuros, coronel Sierra.

Dichas fuerzas ascendían a más de 5,000 hombres.

“Los cuerpos,—dice una crónica de este acto,—rivalizaban en disciplina, entusiasmo y elegancia, y seríamos injustos en dar a ninguno la preferencia. pues en cada uno de ellos se revelaban circunstancias especiales de alta recomendación”.

En seguida que las tropas desocuparon la Plaza Constitución, el general Rivera, en unión de sus mencionados acompañantes, de varios jefes de la guarnición y de otras personas espectables, se trasladó al Palacio de Gobierno, en cuyo salón principal el Vicepresidente don Joaquín Suárez le expresó, en un lacónico pero elocuente discurso, “la satisfacción que experimentaban los habitantes de la República al tener en su seno al vencedor del Rincón de las Gallinas y de Cagancha: ¡al salvador de la Patria!”

Concluyó su alocución, enareciéndole “que se hiciera eco, ante el Ejército de operaciones, de los votos fraternales de la guarnición de Montevideo.”

El general Rivera, al escuchar esas patrióticas palabras, sintió enardecidas sus fibras de ciudadano y de guerrero, y con vibrante acento, dijo “que se regocijaba por las acertadas medidas del P. E., por su celo en haber puesto a cubierto la Capital de la República de toda tentativa de los enemigos, guarneciéndola con un ejército, creado casi repentinamente y como por encanto”, y declaró “que él era el primero que daría el ejemplo de ciega obediencia al Gobierno Nacional”.

Hechas estas manifestaciones, que fueron acogidas con gran entusiasmo, se dirigió a los jefes y oficiales congregados en el salón, y con frases llenas de unción patriótica, les pidió que se identificasen a este respecto con los sentimientos que acababa de expresar, significándoles al propio tiempo "que sería su mayor satisfacción transmitir al Ejército de operaciones las virtudes cívicas y militares de sus compañeros de armas de la Capital".

Después de estas legítimas expansiones recíprocas, los concurrentes, a invitación suya, pasaron con él a otro salón, a fin de participar de un lunch con que serían obsequiados, y allí se renovaron, con más entusiasmo y grandiosidad aún, aquellas manifestaciones, traducidas en significativos brindis.

El Presidente de la República lo hizo "por el Gobierno que en esos momentos regía los destinos del país y que con sus sabias disposiciones supo guarnecer la Capital con un ejército, cuyo porte y disciplina habían producido en su ánimo las más agradables impresiones". Vertió en él honrosísimos conceptos para los jefes, oficiales y soldados que habían desfilado en su presencia minutos antes.

Al terminar sus palabras, entró el coronel Sagra con los oficiales de la *Unión* y felicitó al general Rivera.

El señor Montes, "brindó por la Constitución, el Gobierno, las Leyes y el primer mandatario de la Nación".

El Ministro Vidal, "por el Presidente de la República, por su valiente Ejército, y por el entusiasmo y civismo de los cuerpos de la guarnición".

El general Rivera, "por el Gobierno, que con sus acertadas combinaciones había conseguido para la República importantes amigos, entre los que se contaba principalmente el Gobierno de la Gran Bretaña".

Acto continuo, el comandante y oficiales del *Matrícula* penetraron a aquel recinto y felicitaron al general Rivera.

El Secretario de Hacienda, señor Herrera y Obes, brindó, a su vez, en frases patrióticas, "con mucha elocuencia y entusiasmo", según el cronista que nos sirve de mentor, haciéndolo "por el ejército, columna del orden; por el orden, base de la Constitución y de las Leyes; y por la libertad y prosperidad de la República".

El Ministro General, "por el Presidente de la República,

que en las circunstancias más críticas de la guerra extranjera y civil, supo hacer respetar la vida, el honor, la fortuna y la libertad de sus compatriotas”.

Dichas estas palabras, el coronel de la *Legión de Policía* y el de la *Legión Argentina*, ambos asistidos de su cuerpo de oficiales, imitando a sus camaradas antes mencionados, se acercaron al general Rivera para hacerle partícipe de sus congratulaciones.

El Ministro Vidal, completando su brindis referenciado, alzó de nuevo la copa “en honor del Gobierno de la Gran Bretaña, amigo de la República”, dijo, y formuló votos “por que S. M. la Reina Victoria gozase de toda suerte de prosperidades domésticas y públicas, haciendo tan dichosa la Inglaterra como la República Oriental deseaba serlo”.

Se pronunciaron también algunos otros brindis, igualmente dignos de recordación, inspirados, como los de la referencia, en sanos propósitos y sentimientos altruistas.

El general Rivera, que ese día se mostró verboso, brindó “por el ilustre cuanto desgraciado pueblo argentino; por que éste respirase al fin libre del espantoso tirano que lo oprimía; por que tuviese Constitución y Leyes, un Gobierno sabio y la “e-licidad que le faltaba; por que S. M. la Reina Victoria le extendiese una mano protectora; por que los Ministros extranjeros residentes en Buenos Aires llamasen la atención de sus respectivas Cortes sobre la miseria y opresión del pueblo argentino, y por que unidos salvarsen a ese pueblo infeliz, centro de civilización y amigo de todos ellos”.

El coronel Albariños, como argentino, se creyó obligado a contestarle, y a nombre de sus compatriotas, ofreció “derramar su última gota de sangre por la libertad e independencia de esta tierra hospitalaria y amiga”.

El coronel Guerra, que habló seguidamente, dijo que brindaba “por que le cupiese la gloria de acompañar al general Rivera con sus *Aguerridos*, y por que este país jamás sea profanado por el extranjero”.

Mr. Mandeville, que había oído todas estas manifestaciones con devota atención, se consideró también en el deber de brindar nuevamente, y expuso que lo hacía “por la prosperidad del Pueblo Oriental, y por que los vínculos que acababan de estrecharlo con la Gran Bretaña fueran cada vez más íntimos y firmes”.

A esta altura de aquellas muestras de alegría y confraternidad, el cuerpo de oficiales de la *Guardia Nacional* resolvió saludar al general Rivera y darle su enhorabuena; pero apartándose de la ritualidad observada por los demás, encomendó a su jefe, que los acompañaba, le dirigiese la palabra, quien llenó ese cometido en una breve y patriótica alocución que exteriorizó fielmente sus anhelos y sentimientos. Manifestó "que él y sus compañeros jamás se apartarían de la senda de la lealtad y el honor".

El señor Herrera y Obes, brindó luego a nombre del cuerpo de *Extramuros*, siguiéndole en la oratoria los señores Quijano y otros jefes de la guarnición, todos ellos en términos patrióticos y de adhesión a la política del Gobierno y del Presidente de la República, en cuyo homenaje se realizaba ese acto.

Don José Luis Bustamante, Secretario del general Rivera, reverenció a la Asamblea General por las resoluciones tomadas el 14 de mayo, que calificó de "grandes medidas", y aplaudió al Poder Ejecutivo "por la firmeza con que supo efectuarlas, conquistándose la admiración de la República".

El señor Vidal coronó aquel desborde de entusiasmo cívico y elocuencia tribunicia, entonando un himno a la concordia, "Brindo, exclamó, por la extinción de los odios civiles y por la fraternidad de los orientales". (1)

Esta nota patriótica impresionó grandemente el espíritu de los circunstantes, que se retiraron de aquel recinto inflamados de entusiasmo, firmes en el propósito de coadyuvar con ahínco al triunfo de la soberanía nacional y de las libertades públicas.

Debemos consignar también, como una prueba del respeto que le merecían al general Rivera el Vicepresidente de la República y su Ministerio, que ese ilustre militar, en su carácter de jefe supremo del Ejército, solicitó del señor Suárez su asentimiento para que las tropas de la guarnición allí reunidas lo saludasen, desfilando frente a él en columna de ho-

(1) Del número 1081 de «El Nacional», hemos tomado los datos de los festejos y manifestaciones que preceden. Debemos hacer constar, sin embargo, que a fin de mantenerlos con la mayor exactitud, en gran parte consignamos los términos de la crónica respectiva, aunque con variantes en su redacción.

nor, antes de penetrar a la sala de la Representación Nacional.

Por otra parte, el acto que dejamos relacionado demuestra que el conquistador de Misiones tenía profundo arraigo en la opinión y en la milicia, que era de una inteligencia claro-vidente,—aunque escasamente cultivada,—de ideales levantados y de sentimientos altruistas.

Al coronel José Augusto Possolo, de tan meritorios antecedentes, por los buenos servicios que tenía prestados al país desde los tiempos en que se luchaba por la Independencia Nacional, le fué conferida por el Gobierno la jefatura de las fuerzas del departamento de Montevideo. Era esta una medida sabia, por haber recaído dicha designación en un militar experimentado y pundonoroso, capaz, por lo tanto, de imprimir una seria organización a las tropas y milicias que debía mandar.

Possolo, siendo capitán, figuró como mayor de Detall en el ejército del general Rivera, que operaba de acuerdo con el Jefe de los Treinta y Tres. En ese carácter, asistió a la junta de guerra que realizóse el 21 de septiembre de 1825 y que tuvo por objeto convenir la forma en que debía obrarse para sorprender en el Rincón a los caballerizos brasileños, y tres días después, tomó parte activa en la batalla librada en ese paraje, entre las fuerzas patriotas y las imperialistas, estas últimas a las órdenes de los coroneles Jardim y Mena Barreto.

El general Rivera, en su parte al Gobernador y Capitán General de la Provincia, elogia su conducta en esa acción que favoreció las armas revolucionarias. “El centro,—dice,—lo componían las milicias del Durazno mandadas por el benemérito coronel don Julián Laguna, que comandaba el valiente capitán don Miguel Sáenz, a quien reforcé para sus operaciones con el capitán en ejercicio de mayor de Detall don José Augusto Possolo, cuyo valor y serenidad merecen toda mi consideración”.

Se encontró también en la batalla de *Sarandí*, librada el 12 de octubre del mismo año y que fué igualmente adversa a los enemigos de nuestra emancipación política. El general La-

valleja tenía el mando supremo del ejército patricio, y los contrarios obedecían al coronel Bentos Manuel. La división de la izquierda, en que figuraba Possolo, operó a las órdenes de Rivera.

No obstante, desde el 9 ya no estaba a cargo del Detall, pues con esa fecha lo reemplazó el coronel Laguna, "no por culpa, defecto o crimen suyo, sino por haber trabajado la envidia y la bajeza cerca del General en Jefe para poner en duda su patriotismo tan esclarecido". (1) Pero Rivera lo hizo su ayudante y le confió distintas comisiones de importancia, hasta que ambos solicitaron su pasaporte el 18 de julio de 1826 en la costa de Maciel, departamento del Durazno, a causa de divergencias con el general Lavalleja, quien permitió con la mayor mansedumbre el fraccionamiento de las mejores tropas orientales y su ingreso en distintos cuerpos argentinos, por orden del general don Martín Rodríguez.

Possolo sirvió posteriormente al país en diversos destinos, haciéndose acreedor a la confianza del Gobierno.

En el artículo 1.º del decreto a que antes nos hemos referido, datado el 20 de julio de 1842, se decía que aumentadas las fuerzas del departamento de Montevideo en un número considerable, se hacía necesario poner a su frente un jefe que les diese dirección y con quien se entendiera directamente la autoridad para librar sus órdenes y evitar que el servicio sufriera atraso alguno.

Además de la Comandancia General de Armas de la Capital y su distrito,—que es el cargo a que aludimos,—de acuerdo con el artículo 2.º, el coronel Possolo (2) retuvo la Comisaría General de Guerra y Marina.

(1) José Brito del Pino: «Diario de la guerra del Brasil», que comprende desde agosto de 1823 hasta enero de 1828.

(2) Como en los diarios, revistas y libros en que se nombra a este distinguido militar se adultera su apellido, para que no aparezcan incurriendo en error, vamos a explicar por qué adoptamos el que queda escrito. La generalidad lo denomina Pozolo, y otros, Pozzolo; pero todos ellos están equivocados. En 1892, se publicó en Buenos Aires un folleto de 26 páginas, intitulado «Genealogía da família Possolo», siendo su autor don Antonio de Portugal de María, Cónsul de Portugal en Montevideo, y en él se consigna que si bien su verdadero apellido era Germach, fué adulterado por sus ascendientes para eludir la acción de la justicia, pues Fayt Germach, que era coronel de un regimiento de húngaros, hirió mortalmente en un duelo a otro militar de igual graduación, hijo de una casa distinguida, vién-

La división Blanco, que se mostró incansable en la vigilancia y persecución del enemigo, obtuvo un nuevo triunfo sobre las fuerzas entrerrianas rosistas, el 21 de julio, en el *Tala*, costa de Gená, departamento de Concepción del Uruguay.

Según el parte pasado por el general Aguiar al Presidente de la República, fechado en este último paraje, una partida de 200 hombres avanzó hasta ese punto, en descubierta o con fines hostiles; pero fué acometida por la gente del expresado jefe, que se encontraba a 15 kilómetros más arriba del Tala y que recibió aviso de sus exploradores.

El enemigo, sintiéndose débil para disputar la victoria, huyó cobardemente, después de una breve resistencia, y fué obligado a cruzar el río Gualaguay a la altura de San Antonio.

También los coroneles García y Quintana batieron y dispersaron en el *arroyo de la China* a igual número de contrarios, siendo éstos perseguidos y lanceados hasta la Lesteada, lugar distante unos 30 kilómetros del citado arroyo hacia Gualaguaychú.

El general Paz había destacado a dichos jefes en ese lugar, para que desalojasen de él al enemigo que persistía en permanecer allí.

El coronel Lavandera, a la sazón en la orilla opuesta del Uruguay, dió cuenta al general Rivera de ese suceso el 22 de julio. No obstante, el general Paz le remitió el parte pasado por el general Aguiar, de que instruye la siguiente nota que lo precede:

Ejército Oriental en operaciones sobre Entre Ríos.

Cuartel General en Melilla, agosto 8 de 1842.

El infrascripto, Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, tiene la satisfacción de adjuntar al señor Ministro General una copia que S. E. el señor general Paz

dese obligado por esa causa a abandonar su país, protegido por doña Mariana de Austria que lo condujo a Portugal en 1708. Reclamado por el Gabinete austriaco, se trasladó a Milán, donde falleció. Sus hijos Nicolás, Carlos, Fayt y Esteban, se establecieron en Génova, y debido a la persecución que aún se hacía a su familia, en lugar del apellido de Germach, doptaron el de Possolo (Pouzuoli), nombre de una ciudad de Italia.

ha dirigido del parte que le ha pasado el general don Félix Eduardo Aguiar, jefe del Estado Mayor General del Ejército, dando cuenta del glorioso suceso que han obtenido las armas de la República sobre las fuerzas que capitanea Urquiza en la Provincia de Entre Ríos.

Este triunfo, en los momentos actuales, es de grande importancia para la causa de la Libertad; y el infrascripto, por ello, felicita al señor Ministro del modo más positivo.

Con la misma fecha el infrascripto ha recibido la plausible noticia de la incorporación al ejército de la República de S. E. el señor Gobernador López, con el ejército de su mando.

Dios guarde al señor Ministro muchos años.—FRUCTUOSO RIVERA.—JOSÉ LUIS BUSTAMANTE.

Excmo. señor Ministro General don Francisco A. Vidal.

El General en Jefe del Estado Mayor General del Ejército Oriental,

Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia, don José María Paz.

Al amanecer el día de ayer y al mover mi campo, se me presentaron por la retaguardia del *Yuquerí Chico*, una fuerza enemiga de 300 hombres, y por mi flanco izquierdo, entre los dos *Yuqueríes*, otra de 200. La primera fué batida, perseguida y deshecha por el señor coronel don Luciano Blanco, hasta el Yerúa, dejando en el campo cuatro muertos, diez y ocho lanzas, algunas tercerolas y caballos, y llevándose porción de heridos. La segunda no esperó sufrir igual contraste, pues así que vió a alguna distancia al señor coronel don Valentín Quintana, que con su escuadrón le salía al frente, se puso en vergonzosa fuga con dirección a las puntas de Lucas, sin haber sido posible darles alcance. Son las ocho de la mañana y no ha ocurrido novedad alguna. Dios guarde a V. E. muchos años.—Campo en el Yuquerí Grande, julio 30 de 1842.—Félix E. Aguiar.—Está conforme.—Félix J. de Martínez.

Estas ventajas obtenidas contra los adversarios y al parecer sin importancia, servían, no obstante, para entonar el espíritu de los vencedores, quienes mantenían así encendido el fuego de la fe y se preparaban a nuevos sucesos. Los adversarios, en cambio, desalojados a viva fuerza de los puntos que creían más estratégicos para sus correrías y operaciones, empezaban a perder toda esperanza de posesionarse definitivamente y de inmediato de esa parte de la Provincia de Entre Ríos.

La conducta del fraile Aldao en Mendoza, tuvo un digno imitador en Catamarca, provincia que se hallaba también bajo la férula de los seides del tirano, pues su Gobernador provisorio, don Gregorio Segura, no se quedó atrás para tomar disposiciones atentatorias; y si su célebre compinche interdictaba bienes y personas, él no respetaba ni al bello sexo, lo más sagrado que debiera haber siempre para el hombre.

En un úkase que hizo circular en bando, declaró fuera de las leyes de la humanidad a todos los que bregaban por la emancipación de la tutela de Rosas, o que eran tenidos por sus enemigos, inclusive las mujeres, debiendo perseguírseles como a reptiles venenosos, pues comprendió entre los unitarios que habían de ser castigados a todos aquellos que de cualquier manera auxiliasen a los revoltosos.

“El Federal” de Córdoba reprodujo ese inicuo documento, no para someterlo al desprestigio público y a la befa mundial de su desalmado e insensato autor, sino como una prueba sin duda de solidaridad. En la época que corremos, bien podría haber quienes atribuyesen a fábula o exagerada crítica de la legislación federal de cuño rosista lo que decimos de esa pieza; pero como no nos gusta formular afirmaciones de tal naturaleza sin la correspondiente prueba, he aquí la confirmación de nuestros asertos:

¡Viva la Confederación Argentina! Mueran los salvajes unitarios! ¡Rosas, independencia o muerte!

Don Gregorio Segura, Gobernador provisorio de la Provincia,

Considerando que es un crimen el mirar a los malvados facinerosos con clemencia, y que lejos de ser conveniente a la

sociedad le es enteramente perjudicial: deseando el Gobierno extirpar de raíz males trascendentales a toda la República Argentina Confederada y que los malvados desorganizadores del orden social, que no hubieran expiado sus crímenes en las lanzas del ejército de la Confederación, no queden impunes en los alevés crímenes que han cometido en esta provincia, saqueando y exterminando la Capital y su campaña, como asimismo sus cómplices y cooperadores, el Gobierno ha acordado el siguiente

DECRETO:

Artículo 1.º *Quedan proscriptos para siempre y fuera de la ley todos los individuos DE UNO Y OTRO SEXO* que se hayan alistado en las filas de las tres tituladas divisiones de bandidos y malvados salvajes inmundos unitarios.

Art. 2.º *Son comprendidos en el artículo anterior, todas las personas DE UNO Y OTRO SEXO* que hubiesen cooperado y prestado su influencia a los perversos asestadores del orden actual

Art. 3.º Será igualmente comprendido en el artículo 1.º todo aquel que asilase, protegiese o escondiese alguno de los dispersos que hubiesen pertenecido a la horda de salteadores criminales de las referidas tituladas divisiones, debiendo necesariamente dar parte en el acto que llegase a su noticia al Juez u Oficial de su departamento.

Art. 4.º Para que no se confundan estos criminales con los vecinos que trafican de un departamento a otro, cualesquiera individuo que pase de un curato a otro distinto, deberá llevar necesariamente pasaportes de los Jueces u Oficiales del lugar, y ser remitido a este Gobierno siempre que no lleve el expresado pasaporte.

Art. 5.º Publíquese por bando en la forma acostumbrada, y en todas las Parroquias y Viceparroquias de la Provincia, léase en las Parroquias y dése al Registro Oficial.—Dado en la Casa de Gobierno a 29 de julio de 1842. Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.—GREGORIO SEGURA.—Es copia.—LUIS ANTONIO OLMOS, Escribano público y Secretario interino de Gobierno.

La "Gaceta", que no desperdiciaba ocasión de trasladar a sus columnas ningún acto de origen federal, por indigno que él fuese, no quiso privar a sus lectores de tan celebrerrima pieza y la insertó muy campante en su número 5,703, correspondiente al 20 de septiembre del propio año.

No había, pues, valla que detuviese en su desenfreno las insanías de personajes tan funestos como el fraile Aldao, convertido en general de la Confederación Argentina, y tan desequilibrados y perversos como el firmante del documento que antecede. Ni las personas ni los bienes de éstas se respetaban. Pero no sería mayormente de extrañarse que se vilipendiasen a los hombres en armas contra Rosas y aún mismo a cuantos fuesen hostiles a su política, aunque las medidas adoptadas contra ellos revistiesen los caracteres de la más estúpida de las exageraciones. Las pasiones exacerbadas y las malas causas dan asidero muchas veces a todo género de desahogos y atentados, máxime si son puestas, como en este caso, al servicio de la tiranía. La mujer, sin embargo, debiera estar siempre exenta de esas odiosidades y persecuciones, ya por respeto a su sexo, ya por ser ella, en todas las ocasiones, la médica del alma contra las borrascas morales en el hogar y en la sociedad, ora porque con su mano piadosa y su corazón henchido de sentimientos nobles, cicatriza las heridas físicas, sin enrolarse en sectas ni banderías, velando al lado del lecho del enfermo, víctima de las epidemias, de las contiendas armadas o de dolencias inherentes a la naturaleza humana.

¡Bendigamos eternamente a la mujer, recordando a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestras hijas, a nuestras hermanas y a cuantas almas generosas, sus gemelas, derramen sobre la Humanidad los efluvios divinales de su espíritu, pero jamás arrojemus sobre ella el lodo del insulto, que lesiona y deprime, ni aherrojemos su ser porque piense libremente!

Felizmente, los tiempos han cambiado y la escuela del vencido en Caseros ya no tiene prosélitos.

El Gobierno Oriental, vivamente interesado en el éxito de la campaña que se llevaba a cabo en Entre Ríos, elevó al Cuerpo Legislativo un Mensaje, recabando su autorización para remontar el ejército de línea a 1,000 hombres más.

De ese documento, que transcribimos más abajo, se dió cuenta a la Asamblea General en su sesión del 29 de julio.

Montevideo, julio 22 de 1842.

En la necesidad de aumentar a la mayor brevedad la fuerza de infantería del Ejército de operaciones de la República en el Entre Ríos, el Gobierno ha tomado la resolución y medida que se encuentra en el decreto que en copia legalizada tiene el honor el Poder Ejecutivo de poner en manos del señor Presidente de la Honorable Asamblea General.

La brevedad con que era necesario obrar, pues que el tiempo urge, ha obligado al Gobierno a tomar la medida, sin esperar la autorización de las Honorables Cámaras, y espera que atendiendo esta circunstancia, se servirán prestarle la correspondiente aprobación.

El Poder Ejecutivo saluda al señor Presidente de la H. Asamblea General, con su distinguida consideración y aprecio.—JOAQUÍN SUÁREZ.—FRANCISCO ANTONINO VIDAL.

Señor Presidente de la Honorable Asamblea General.

Montevideo, julio 21 de 1842.

Siendo necesario a la defensa de la República aumentar la fuerza de línea del Ejército de operaciones en la Provincia del Entre Ríos, a la mayor brevedad, con un número suficiente de Infantería, y con el propósito que esta operación produzca en beneficio a los que sean destinados a prestar este servicio, el Gobierno, oído el Consejo de Estado, y con calida d de dar inmediatamente cuenta a las Honorables Cámaras, acuerda y

DECRETA:

Artículo 1.º Se llama al servicio del Ejército de línea, un número de 1.000 hombres.

Art. 2.º Dentro del número expresado, el Gobierno tomará

el que por ahora necesite, de entre los libertos, colonos y esclavos, del Departamento de la Capital, de edad de 15 a 40 años.

Art. 3.º El número de libertos, colonos y esclavos, que hayan de destinarse al servicio en el Ejército, será sorteado de entre todos los de igual clase que existen en el Departamento de la Capital.

Art. 4.º Un decreto especial reglará el modo, lugar y día de hacerse el sorteo.

Art. 5.º Los amos de los esclavos y los patronos de los libertos o colonos designados por la suerte al servicio de las armas, serán compensados los primeros con la suma de \$ 300 por cada esclavo, y los segundos, en proporción al tiempo de servicio que aún deban prestarles los libertos o colonos.

Art. 6.º Los 300 pesos que deben pagarse por la emancipación de cada esclavo, y la cantidad que haya de pagarse por cada liberto o colono, serán acreditados por boletos transferibles y pagaderos al portador, que expedirá la Colecturía, con el interés de 1 1/2 o/o mensual.

Art. 7.º Estos boletos se recibirán en la Aduana en pago de derechos, desde enero de 1843, y por la cuarta parte de los derechos que adeude el que los tenga.

Art. 8.º El amo o patrón que desde la formación del último padrón hubiese tenido alteración en el número de sus libertos, colonos o esclavos, por muerte de alguno de ellos, venta, manumisión o cualquier otro motivo, está obligado a prevenirlo en la Policía, en los días que medien entre la publicación del presente decreto hasta el día del sorteo, en el concepto que pasado este término no se admitirá advertencia ninguna.

Art. 9.º Los esclavos a quienes tocase en suerte servir en el Ejército, recibirán inmediatamente de ser admitidos por la Comisión respectiva, su carta de libertad, y sólo servirán en el Ejército por cuatro años.

Art. 10. Por el mismo tiempo servirán los libertos y colonos a quienes hubiese cabido la suerte.

Art. 11. Publíquese y comuníquese a quienes corresponda.
—JOAQUÍN SUÁREZ.—FRANCISCO ANTONINO VIDAL.

Está conforme, *Juan Andrés Gelly*.

Ambos documentos pasaron a informe de una Comisión, la que quedó constituida por los senadores Chucarro y Barreiro y los representantes Solsona, Araucho y Martínez; pero no consta en el respectivo libro de actas que la Asamblea volviera a ocuparse de este asunto. No lo hizo, sin duda, porque el P. E.,—como lo expresa en su Mensaje y Decreto,—ya había adoptado las medidas indicadas, en atención a lo angustioso de las circunstancias y después de haber oído al Consejo de Estado.

El general Ferré, tesorero en su afán de desalojar de sus posiciones al enemigo y de impedir su dominio en Corrientes, dirigió una entusiasta proclama a sus conciudadanos de aquella Provincia, que decía así:

Corrientes, 24 de julio de 1842.

Compatriotas: es llegado el tiempo de preparar y poner en acción todos los elementos para salvar esta tierra clásica de la libertad, si fuese necesario, y espero conseguiremos tan noble y sagrado deber, desde que vuestros votos son unísonos con los míos. Grandes son las esperanzas que me animan a presagiaros, pues veo con satisfacción resonar entre vosotros el eco encantador de Patria, Libertad, Constitución, tanto tiempo suspirado. A este fin habéis sacrificado hasta vuestras afecciones, y formando una masa compacta, supisteis conservar unidos el don precioso de hombres libres.

Correntinos: nada resta sino un pequeño esfuerzo más. Obediencia a los jefes, y hacer efectivas sus disposiciones, son las bases que prometen el buen suceso, y la Patria se salvará.

Ningún mandón se atreverá a profanarla, porque en ella encontrará su tumba. ¡A las armas, correntinos! ¡A las armas, compatriotas todos, a las armas!—PEDRO FERRÉ.

Eran tan eficaces las operaciones de las fuerzas aliadas, principalmente de los jefes orientales que coadyuvaban a la acción del general Paz, que en los primeros días de agosto

empezó a pronunciarse el desconcierto y el desbande en las filas enemigas de la Provincia de Entre Ríos. Las fuerzas que merodeaban por diversos puntos cercanos a las unitarias, abandonaron sus posiciones en completo desorden y vadearon el Gualaguay, para buscar un asilo más seguro del otro lado y librarse de las lanzas y sables de los libres que ya se habían hecho sentir repetidas veces sobre sus espaldas.

El general López continuaba en el Salto dando acomodo a las familias santafesinas que siguieron su ejército, siendo allí objeto de regocijos y manifestaciones generales de agrado. Al tenerse conocimiento de su arribo a ese pueblo oriental, las campanas fueron echadas a vuelo, anunciando con sus prolongados repiques que algo anormal ocurría. También las bandadas de música atronaron los espacios con sus entusiastas acordes.

El anuncio, pues, de hallarse en tierra uruguaya el Gobernador de Santa Fe, rebelde contra Rosas, despertó de su habitual atonía a los patriotas moradores de aquella entonces modesta población. Es que el amor a la libertad y el odio a los tiranos son innatos en las almas que no han nacido para vivir entregadas a la abyección y el servilismo.

El Gobierno de Montevideo, a pesar de todo, no descuidaba la defensa nacional, y el 10 de agosto resolvió la creación de un nuevo cuerpo de línea con el número 3. Dicho batallón fué formado por los hombres de color emancipados y por todas aquellas personas destinadas por los jueces al servicio militar, habiéndole sido confiada su jefatura al coronel don Juan Organ.

Este distinguido jefe tenía a su cargo el batallón *Aguerridos*, cuyo mando había dejado poco antes el coronel Guerra.

¿Se quiere un testimonio más del espíritu bandólico que dominaba a los sostenedores del Gobernador de Buenos Aires? Los consejos de Oribe al cabecilla Abrahán eran el fruto de un sistema dominante, más que la obra de su sola inspiración. Los hechos numerosísimos que enrojecen las páginas de la historia en los tiempos que recordamos, hablan con una lógica aplastadora, y dicen a la posteridad que el americanismo de Rosas y los pretendidos derechos a la Presidencia Oribe-

tal de su lugarteniente eran la máscara con que ambos siniestros personajes cubrían los dictados de sus diabólicas conciencias.

Las escenas horripilantes desarrolladas en abril, que ahogaron en sangre muchas gargantas de hombres libres, sembrando el pánico en todos los hogares en cuyo seno latían corazones bien puestos, dieron la nota más alta de la barbarie, sellando la frente de sus autores e instigadores con el estigma de los réprobos, acompañado de la maldición de las madres, de las esposas, de las hijas y de cuantos odiaban el crimen y la violación de los sagrados principios de la misericordia y la clemencia.

En Salta y Tucumán, como en Mendoza, como en Catamarca, oprimidas por los secuaces de la *Mazorca* de Buenos Aires, no se sabía lo que era humanidad, y la cuchilla de los centenares de verdugos vulgares, hacía rodar las cabezas de los sindicados como opositores. En cuanto a los prisioneros, raros eran los que lograban escapar del degüello. Los siguientes partes de Manuel A. Saravia y de Hipólito Tello, dignos gemelos de la carta de Oribe, relativa a la muerte del general Martínez, su compatriota y amigo íntimo en la juventud, enterarán al lector de cómo las gastaban en las dos primeras de las citadas localidades:

Salta, agosto 9 de 1842, etc., etc.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires.

Tiene el infrascripto el honor de incluir original la declaración que ha prestado el salvaje titulado coronel Florentino Santos, antes de sufrir la pena de muerte a que fué condenado juntamente con los demás salvajes, cómplices de sus horrendos atentados; sus nombres y clases se registran en la lista adjunta.

Entre los 25 salvajes unitarios muertos en el campo de batalla, se encuentran los titulados coroneles Nicolás Torres, comandante Biungas y dos correntinos, famosos todos por sus grandes y enormes delitos. El Cielo, que visiblemente protege a la Confederación, dispuso que viniesen estos miserables perjuros a recibir el condigno castigo, en desagravio de la justicia.

Dios guarde a V. E. muchos años.—MANUEL ANTONIO SARAVIA.—FERNANDO ARIAS.

Saravia, que era Gobernador Delegado de la Provincia de Salta, había hecho saber cinco días antes la captura del infortunado jefe unitario a que se refiere, en unión de 16 compañeros, tomados en las alturas de la Sierra, anunciando a la vez que tanto éstos como 19 más “*pagarían con la vida su elevosía, etc.*”

En la “Gaceta” del 20 de septiembre, número 5,703, aparece la siguiente nómina “de los salvajes que cayeron prisioneros en *Rumiguasi*, y sufrieron por castigo la pena ordinaria de muerte, cuya lista está conformada por Arias con fecha 9: Coronel Florencio Santos—Comandante Juan Vicente Torres—Capitán Pedro Pablo Paz—Ciudadano Benjamín Omil. Se hace constar también en ella, aunque omitiendo sus nombres, que corrieron igual suerte tres sargentos y diez soldados.

El Gobernador de la Provincia de Rioja.

Rioja, agosto 18 de 1842.

Al Coronel y Comandante General don Lucas Llanos.

Han sido *capturados y decapitados* en esta Capital los salvajes unitarios Domingo Antonio Villafañe, Francisco Doria, Timoteo González y Venito Vila, estos dos últimos, naturales de Buenos Aires.

Dios guarde a usted muchos años.—HIPÓLITO TELLO.

En otras Provincias, como lo veremos en su oportunidad, sus autoridades adoptaban idénticos bárbaros procedimientos.

RESONANCIAS DEL CAMINO

SUMARIO:—Sobre el combate en el puerto del Paraná.—Parte farsaico del comandante en jefe de la escuadrilla, sargento mayor Seguí.—Comentarios a que se presta.—Oribé y Rosas se regocijan por ese hecho que en nada honró sus armas.—Comunicación del coronel Ramos relativa al suceso del Cerrito.—Una victoria a lo Pirro.—El tirano y su lugarteniente felicitan por ella a los jefes, oficiales y tropa de las divisiones en las Conchas.—El verdadero criterio histórico.—El lenguaje oficial y de su prensa.—Lo que decía "El Federal Entrerriano".—Contradicción y falsedad de sus asertos.

No era posible que los jefes contrarios que tuvieron que medirse con Garibaldi durante su pasaje por el Paraná, dejaran de dar rienda suelta a sus acostumbrados elogios mutuos y que omitieran las diatribas en boga para calificar al enemigo. Su silencio habría sido extemporáneo. Por eso enriquecieron la literatura oficial de la época con partes y comentarios farsaicos y agresivos. Había que complacer a Rosas, hablándole en el lenguaje de la *restauración* y decir todo lo malo posible de los que tenían el valor de combatirlo, sea-do el blanco principal de sus ataques el general Rivera, aunque no se tratase de un suceso de armas en el cual él interviniese personalmente.

El sargento mayor Seguí, que era el jefe de la escuadrilla llamada a defender las aguas de aquel río, pretendiendo mistificar a la opinión pública, le pasó la siguiente inflada comunicación al pseudó Presidente Oriental, quien la tomó como la expresión genuina de la verdad, no obstante constarle todo lo contrario:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!

El sargento mayor, Comandante en Jefe de la escuadrilla del Paraná contra los salvajes unitarios.

Goleta *La Argentina*, fondeada en el puerto de la Bajada del Paraná, julio 19 de 1842.—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. señor Presidente del Estado Oriental del Uruguay, General en Jefe interino del Ejército unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, brigadier don Manuel Oribe.

Excmo. señor:

El sargento mayor, Comandante en Jefe de la escuadrilla del Paraná contra los salvajes unitarios, que suscribe, tiene el honor de dirigirse al Excmo. señor Presidente del Estado Oriental del Uruguay, General en Jefe del Ejército unido de operaciones de Vanguardia de la Confederación Argentina, participándole que, a las diez y media de este día se puso a la vela con viento al Norte, de la boca del Tiradero, la escuadra del salvaje incendiario pardejón Rivera, en donde había fondeado en la tarde del día antes, después de un pequeño combate.

Dirigió su ruta por el canal grande de este Paraná, hasta ponerse a tiro de cañón con la escuadrilla de mi mando, en cuyo momento empezó el combate con un fuego violento por ambas partes que duró hasta las doce y media del mismo día, siguiendo la expresada escuadra salvaje aguas arriba con dirección a Corrientes con el mismo viento.

La escuadra enemiga, Excmo. señor, se componía de una corbeta con veinte piezas de artillería, calibre de a diez y ocho, un bergantín con diez, y una goleta con cinco, los dos últimos de varios calibres; mientras que la del mando del que firma, muy inferior en poder y armas, arrojaron con sólo el denuesto de los bravos que la servían, arrojaron ignominia y vergüenza al frente del gran pueblo del Paraná a los mise-

rables esclavos del usurpador del Estado Oriental, pardejón Rivera.

Por nuestra parte no hemos sufrido pérdida de ninguna naturaleza a pesar del fuego sostenido que nos hacían, y supone el infrascripto que el enemigo haya tenido mucha según las buenas punterías de nuestros artilleros, pues existe en nuestro poder una ballenera que llevaban los salvajes en los pescantes del bergantín, destrozada por una bala arrojada de nuestros buques.

Recomiendo a V. E. el valor con que se han portado todos los oficiales, tropa y marinería en tan desigual combate.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*Juan Francisco Seguí.*

¿Cómo quería el Comandante en Jefe de la escuadrilla del Paraná que los expedicionarios orientales se detuviesen en el puerto de la Bajada para sostener contra sus buques y las baterías costaneras un combate de vida o muerte, si otra era su misión y debían seguir siempre adelante, abatiendo únicamente las resistencias que se les opusieran en el camino? El hecho de haber pasado con felicidad, contestando vigorosamente el fuego que se les hacía con todo encarnizamiento, importa un espléndido triunfo para Garibaldi y los suyos.

¿Quería, acaso, que se detuviese hasta agotar sus últimos recursos para darse el placer de vencerle en toda regla y tomar la plaza?

¿No comprendía que entraba en su conveniencia y en la de los aliados del país que representaba llegar cuanto antes a Corrientes, para que los beneméritos hijos de aquel pueblo heroico pudieran disponer de los elementos bélicos de que eran portadores?

Si Garibaldi hubiese sido un atolondrado, amigo de las aventuras, sin medir sus consecuencias, tal vez hubiera procedido en la forma pretendida por Seguí; pero a su valor temerario, unía un espíritu reflexivo, y en aquellos momentos encarnaba los sentimientos y las aspiraciones de dos pueblos hermanos, que mancomunaban sus esfuerzos para abatir la arrogancia del déspota argentino.

Por otra parte, yendo en su seguimiento una escuadra mucho más poderosa que la que él comandaba, no era posible que en vez de acelerar su marcha la acortase. No había tiempo

que perder, y bien lo sabía el referido jefe rosista que Garibaldi supo aprovecharlo convenientemente.

Además, como el mismo Seguí lo confiesa, la escuadrilla oriental sostuvo con la de su mando un fuego violento que duró alrededor de dos horas, viéndose obligado Garibaldi a mantenerlo en su pasaje por un canal que hacía embarazosa toda defensa. La vergüenza e ignominia a que se refiere, lejos de recaer sobre el héroe y los suyos, que lograron continuar su marcha, recayeron, en todo caso, en la escuadrilla del Paraná y en su comandante en jefe, desde que a pesar de las ventajas de su posición no supieron éstos detener su avance, ni apoderarse de los buques contrarios, o cuando menos inutilizarlos, desde que les convenía su paralización y ruina.

Por eso le regocijaba tanto al jefe federal la existencia en su poder de una ballenera desprendida del bergantín *Pereira*, presa sin importancia, por cuyo salvataje no valía la pena empeñar una nueva acción.

El general Oribe, que tenía el alma emponzoñada por la actitud del capitán Arana Urioste y que miraba con profundo desagrado la prosecución de los expedicionarios, sabía bien que Seguí no podía entonar himnos de victoria; pero como a éste, a él también le convenía hacerle creer a Rosas que los sucesos del Paraná se desarrollaban bajo los mejores auspicios.

Esto explica que no tenga escrúpulos para encomiar el valor, el heroísmo y el denuedo de quienes acababan de poner de relieve su impotencia, por no decir su cobardía, para guardar la entrada por el canal grande del Paraná, no obstante haberse puesto a tiro de cañón con la escuadrilla rosista. La siguiente comunicación suya, fechada en su cuartel general del Paraná, hace digno *pendant* con la que dejamos comentada:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!

El General en Jefe interino del Ejército Unido en operaciones de Vanguardia de la Confederación Argentina.

Cuartel general, Paraná, julio 19 de 1842.—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores y General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier don Juan Manuel de Rosas.

El adjunto parte, impondrá a V. E. del combate que por más de dos horas, ha sostenido gloriosamente nuestra escuadrilla, al frente de este pueblo, contra los buques piratas del salvaje asqueroso incendiario pardejón Rivera, en el que el comandante de la expresada escuadrilla sargento mayor don Juan Francisco Seguí, sus oficiales y tropa, se han comportado, a presencia del que firma, con el valor, denuesto y heroísmo de verdaderos federales, y que los hace dignos de la consideración de V. E. muchos años.

Dios guarde a V. E.—*Manuel Oribe.*

Rosas creyó, o fingió creer que se trataba de un hecho glorioso para su causa, y contestó en los siguientes términos:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!

El Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las R. E., General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina.

Buenos Aires, septiembre 13 de 1842.—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Exemo. señor General en Jefe del Ejército Unido de operaciones de Vanguardia de la Confederación Argentina contra los salvajes unitarios, Brigadier don Manuel Oribe, Presidente del Estado Oriental del Uruguay.

Con grata satisfacción se ha impuesto el infrascripto de la apreciable nota de V. E. fecha 19 de julio último, y parte adjunto, referentes al combate que por más de dos horas sostuvo gloriosamente la escuadrilla de la Confederación al frente de ese pueblo, contra los buques piratas del salvaje asqueroso incendiario pardejón Rivera.

Complácese íntimamente el infrascripto que el jefe, oficiales y tropa de la expresada escuadrilla, hayan sostenido notablemente el honor de las armas de la Confederación, comportándose con el valor que caracteriza a los verdaderos federales, dando así una nueva prueba de que nuestros valientes marinos son dignos compañeros de armas de los esforzados guerreros que bajo el digno mando de V. E. han abatido tantas veces la orgullosa cerviz de los salvajes unitarios.

Dios guarde a V. E. muchos años.—JUAN M. DE ROSAS.

El regocijo de Rosas no podía ser muy intenso, porque el sargento mayor Seguí no hizo otra cosa que una defensa vulgar, sin resultado positivo alguno.

¿Qué mérito existía en su resistencia al pasaje de Garibaldi, cuando no pudo oponerle con sus buques una barrera infranqueable?

En el lugar del comandante en jefe de la escuadrilla del Paraná hubiera hecho otro tanto, no ya un marino de sus condiciones, sino también cualquier grumete que se viese en la imperiosa necesidad, por falta de superiores, de asumir el mando accidental de alguna nave de guerra.

No menos irrisorio es el parte elevado a Oribe por el coronel Pedro Ramos, jefe accidental de las divisiones en las Couchas, pues por un lado se hace constar en él que el combate librado contra la escuadrilla nacional se sostuvo con "vigor extraordinario por ambas partes", y por otro se califica de cobarde la actitud de ésta, como si el valor consistiese en dejarse fusilar impunemente por el enemigo, acercándose a él con la mansedumbre de un rebaño de ovejas, para caer en manos de los que han de sacrificarle.

Garibaldi procedió como debía hacerlo, combatiendo en retirada, sin decaimiento de ánimo, y avanzando imperturbablemente, para arribar cuanto antes, si fuese posible, al punto de su destino.

¿Logró esta vez el coronel Ramos impedirle el paso, a pesar de pisar en terreno firme, desde donde le era dable operar sin los tropiezos de sus adversarios, que se veían obligados a soportar sus fuegos desventajosamente? Su comunicación al General en Jefe interino del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, dice todo lo contrario.

¿De qué se vanagloria entonces y por qué manifiesta que “la conocida cobardía de los salvajes inmundos unitarios los obligó a retirarse”?

Por otra parte, ¿cuál era la empresa que el Gobierno Oriental había confiado a los expedicionarios? ¿Tomar, acaso, por asalto todas las posiciones resistas que encontrasen por el camino? Si así hubiese sido, le sobraría razón; pero ya se sabe que fué otra muy distinta y más sensata.

El referido parte reza así:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!

El coronel encargado accidentalmente de las Divisiones en las Conchas.

Punta del Cerrito, julio 27 de 1842.—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia, y 13 de la Confederación Argentina.

Da cuenta de lo ocurrido al pasar por este punto la Escuadra de los salvajes unitarios en los días 26 y 27.

Al Excmo. señor General en Jefe del Ejército, Brigadier don Manuel Oribe, Presidente del Estado Oriental.

Excmo. señor:

A las seis y media de la mañana del día de ayer, se hizo a la vela la escuadra de los salvajes unitarios con dirección al

canal que pasa por este punto. A las diez dieron fondo fuera de tiro; levando anclas a las once emprendieron su marcha, y a las doce y cuarto estuvieron en línea al frente de nuestras baterías que rompieron el fuego sobre la goleta que ocupaba la vanguardia, siendo éste contestado por toda la escuadra, haciéndose éste por ambas partes con un vigor extraordinario.

Como a los nueve tiros dirigidos a la goleta se retiró de la línea para atender el mucho daño que sufrió, quedando varada en la orilla opuesta por espacio de hora y media sin tirar un tiro y protegida por el resto de sus buques que sufrieron entonces un bien dirigido fuego, causándoles bastante pérdida.

La conocida cobardía de los salvajes inmundos unitarios los obligó a retirarse, lo que les fué posible para librarse de los fuegos siempre bien dirigidos de los valientes soldados de la Confederación Argentina, en cuya disposición sólo los miserables rompieron un graneado fuego con sus piezas de a 13 y 24, que por la distancia en que fondearon no fué contestado, hasta que al hacer un movimiento, los buques salvajes se pusieron a tiro y nuestras baterías continuaron sus fuegos.

La pérdida de los salvajes asquerosos unitarios, la considero, Exemo. señor, de alguna consideración por lo observado durante el combate, y por haberlos sentido toda la noche trabajando a golpe de hacha y martillos, que indicaba trabajo de calafatería.

Por nuestra parte, sólo sentimos la pérdida de un soldado muerto por una metralla, el cual pertenecía al escuadrón del 6 de la División del Sud, y en nuestra artillería los dos rayos de un armón baleados y una solera rota por defecto de la madera.

Las compañías de infantería que fueron destinadas a este punto a las órdenes del sargento mayor don José Antonio Martínez, con el objeto de incomodar con sus fuegos el paso de los buques salvajes unitarios, han sentido no haber tenido la gloria que ellos esperaban de hacer sus tiros o llenar su objeto por la mucha distancia que los separaba de los enemigos la anchura del canal, huyendo éstos vergonzosamente una vez que tuvieron objeto nuestros tiros de fusil.

El sargento mayor don Florencio Villanueva con cien tiradores de la División del Sud sigue por la costa tiroteando la escuadra de los salvajes unitarios.

Los jefes, oficiales y tropa de toda esta división han llenado cumplidamente con sus deberes en la parte que a cada uno le ha tocado.

Es de mi deber, Excmo. señor, recomendar a V. E. el valor y aptitudes del Capitán Comandante de las baterías don Rafael Burgeoys, y los artilleros de su mando que a porfía han cumplido su deber.

Dios guarde a V. E. muchos años. Excmo. señor.—*Pedro Ramos.*

¿Cómo se entiende que si a los nueve tiros disparados por las fuerzas del coronel Ramos sobre la *Constitución*, se retiró ésta de la línea con serias averías, y si el resto de los buques patriotas sufrió pérdidas de consideración, no se les dió caza ni se trabó su marcha?

¿En qué estribó, pues, el valor de las divisiones que tenían a su cargo la defensa del Cerrito, y dónde está la prueba de la cobardía de los unitarios?

El general Oribe, sin embargo, dirigió a Rosas el siguiente oficio:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!

El General en Jefe interino del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina.

Cuartel General en el Paraná, julio 28 de 1842—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores y General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier don Juan Manuel de Rosas.

Elevo a manos de V. E. el adjunto parte de la gloriosa jornada del 26 del corriente, en que los bravos soldados de la

Confederación Argentina han dado a los infames salvajes unitarios, de los buques piratas del salvaje asqueroso, incendiario, pardejón Rivera, una nueva muestra del poder de aquélla, que por todas partes los persigue y acosa, así como el encono justo e inextinguible odio que abrigan los pechos de los federales contra los asquerosos enemigos de la Causa Santa de la Federación.

Dios guarde a V. E. muchos años.—*Manuel Oribe.*

La “gloriosa jornada del 26”, como la califica el ex mandatarío uruguayo, no fué más feliz que la del 19 en el puerto de la Bajada del Paraná, pues tampoco tuvo la virtud de detener en su marcha triunfal a los cruzados de la Libertad, a pesar del “bien dirigido fuego” de que nos habla el coronel Ramos, de sus órdenes al sargento mayor Martínez y de la tenaz hostilidad costanera hecha por los tiradores de la División del Sud.

“Huyeron éstos vergonzosamente”,—se dice, aludiendo a los expedicionarios,—“una vez que tuvieron objeto nuestros tiros de fusil”. Huye el que sintiéndose débil para empeñar o proseguir un combate prevé su derrota y un desastre; pero no aquel que como Garibaldi llevaba por principal objeto arribar sin dilaciones a Corrientes con los auxilios de que era portador, y hubiera falseado sus instrucciones y cometido un desatino deteniéndose en cada caso, más de lo imprescindible para su propia defensa, tendiente a salvar obstáculos.

La verdad histórica,—como lo ha dicho el doctor Gregorio Funes,—no permite disimulos, ni las intenciones desnudas de hechos, y hechos sin comprobación, no pertenecen al campo de la historia.

Por eso, compartiendo nosotros estas ideas del distinguido autor de “Ensayo histórico”, no podemos aceptar las absolutas sentadas en los precedentes documentos, por más que en ellos se pretenda desfigurar la realidad de los hechos con juicios en forma de apotegmas.

El análisis de tales instrumentos, se impone, por lo tanto, para evitar que se extravíe con su lectura o comentarios interesados y capciosos el criterio aún embrionario de los hombres jóvenes, recién iniciados en los dominios del pensamiento, lo

mismo que el de aquellos que por sus predilecciones o falta de tiempo no tengan a su alcance mayores elementos le-contralor y de juicio.

De ahí, pues, que creamos a veces pertinente aplicar el escalpelo de la crítica a los que emanan de fuentes impuras o sospechosas, lo que no obsta al lector versado en la materia para que espigue en el ancho campo de la filosofía de la historia.

He aquí ahora la respuesta de Rosas:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!

El Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores, General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina.

Buenos Aires, septiembre 10 de 1842.—Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. señor General en Jefe interino del Ejército Unido de operaciones de Vanguardia de la Confederación Argentina contra los Salvajes Unitarios, Brigadier don Manuel Oribe, Presidente del Estado Oriental del Uruguay.

Ha sido grato al infrascripto instruirse por la nota de V. E. fecha 28 de julio y parte adjunto, del feliz suceso de armas del 26 del mismo, y del ardiente denuedo con que los bravos de la Confederación que V. E. dignamente manda, infundieron pavor a los asquerosos salvajes unitarios de los buques piratas del inmundo pardejón Rivera.

Dios guarde a V. E. muchos años.—JUAN M. DE ROSAS.

Si los hechos no hablasen con más elocuencia que las palabras, para presentar en toda su desnudez la podredumbre moral y política de la causa de Rosas, bastarían los términos de sus comunicaciones y las de sus adláteres para que todo hombre culto la juzgase con propiedad. Desde su encabeza-

miento hasta su conclusión, como se ha visto, contienen, invariablemente, este lenguaje: "*asquerosos salvajes unitarios e inundo pardejón Rivera*", no obstante lo cual no le faltaban defensores en la milicia y el periodismo, empleando también todos ellos, en sus partes, sueltos y editoriales, el estilo de aquella escuela literaria, que bien podría denominarse de la *Mazorca*.

Don Félix Frías, refiriéndose a la cultura intelectual del periodismo de ambos bandos, decía lo siguiente, desde Santiago de Chile, en julio de 1847, en un patriótico opúsculo dedicado por él al doctor Juan Bautista Alberdi: "El tirano ha podido vencernos en las batallas, pero no nos ha vencido, ni nos vencerá, en el campo de la prensa. Algunos trabajos literarios de sus enemigos han sido encomiados por la "*Revista de Ambos Mundos*" y el "*Times*", la primera revista de la Francia y el primer diario de Inglaterra; pero no tengo noticia de igual honor concedido a las producciones de la "*Gaceta Mercantil*". Nuestra superioridad en la prensa, es decir, en el teatro de la discusión, acredita ciertamente la pureza de nuestros principios y nuestras miras". (1)

"El Federal Entrerriano", que aparecía en el Paraná como órgano oficial, no podía menos que seguir la corriente, para no contrariar a Oribe, que a diario le daba instrucciones desde su cuartel general. De ahí que al noticiar el pasaje de Garibaldi por las aguas de aquel puerto estampara en sus columnas frases como esta: "La superioridad en el calibre y en el número de artillería por parte de los piratas salvajes, equilibrada por su natural cobardía, ninguna ventaja obtuvo sobre nuestra pequeña escuadra, que sostuvo dignísimamente las glorias del Pabellón Nacional, y a la vista de este pueblo mostró la diferencia que hay entre los soldados argentinos y los mercenarios aventureros sumisos al oro del pardejón inundo y salvaje Rivera". Olvidaba, sin embargo, el autor de este libelo, al apocar el valor de los expedicionarios y enaltecer a sus amigos, que en líneas anteriores consignaba que los buques de los patriotas eran solamente tres, y "que luego que estuvieron navegando en el canal, y a tiro de una batería de

(1) «La gloria del tirano Juan Manuel Rosas», página VII.

tierra y de los buques de la escuadrilla sutil, ambas rompieron el fuego sobre los enemigos, que lo contestaron con vigor, sosteniéndose el cañoneo por espacio de dos horas''.

Si Garibaldi luchó contra la escuadrilla del sargento mayor Seguí y a la vez contra una batería de tierra, sosteniéndose sin ceder su puesto durante tanto tiempo, mal puede tildarse su actitud como efecto de la cobardía.—Es un absurdo y una deslealtad juzgar tan pobremente la conducta de esos valientes.

¡Cobardía! Grosero insulto con que se pretende empequeñecer una acción gloriosa para dar visos de verdad a una burda mentira. Nó! Garibaldi no demostró en época ni instante alguno ser un espíritu apocado, y sólo son cobardes los que retroceden sin causa justificada, esquivando un encuentro con sus adversarios; pero nunca jamás aquellos que como él se abren paso por entre ellos, librando un reñidísimo combate y avanzando siempre, conforme a su consigna y en medio a la desesperación y la rabia de los impotentes para detenerlos. Por eso hemos afirmado que su pasaje por el río Paraná fué indudablemente triunfal.

Podría decirse del HÉROE DE AMBOS MUNDOS lo que Seguíer de Napoleón, al regresar éste a su palacio de Saint-Cloud, a raíz del tratado de paz con Rusia y Prusia, celebrado como consecuencia de su segunda campaña en Polonia: "Garibaldi está fuera de los límites de la historia humana: pertenece a los tiempos heroicos; está por encima de la admiración, no hay más que el amor digno de elevarse a él."

Su actuación en Río Grande y la empresa temeraria que venimos historiando, eran un feliz presagio de su futuro glorioso, y sólo podían desconocerse entonces sus relevantes méritos por supina ignorancia, o bajo la presión de las ciegas pasiones que ahogan los dictados de la conciencia y contaminan el cerebro con el virus de la parcialidad: como al presente, después del transcurso de tantas décadas y a pesar de sus hechos posteriores, más salientes y celebrados que éstos, la crítica mordaz y la injusticia a su respecto no se conciben sino obedeciendo a un espíritu de secta, por sus avanzadas ideas liberales, o a sentimientos partidarios, hijos del atavismo

ÍNDICE DEL TOMO I

	Páginas
Dedicatoria.	5
Proemio.	7

Antecedentes del héroe

SUMARIO:—Su vocación por la marina.—Estudios que cursó.—Sus primeros viajes.—Su venida a América.—La República de Río Grande.—Importantes servicios por él prestados a la causa de la Libertad.—Anita y Menotti.—Su preocupación por el porvenir de ambos.—Una tregua a su acción guerrera.—Alberdi y la revolución republicana.—El 15 de noviembre de 1889.	18
--	----

En la metrópoli uruguaya

SUMARIO:—Pasos preliminares de su actuación.—Su venida a Montevideo.—Estada en el puerto de Maldonado.—Peripecias que le ocurrieron.—Plática agradable con una poetisa criolla en una humilde vivienda próxima a la ribera.—Garibaldi poeta.—Una muestra de su afición a las musas.—Combate en el Océano con dos lanchas de Oribe.—Garibaldi resulta herido en el cuello.—Triunfo de la sumaca "Luisa".—El parte oficial.—Las bajas.—El héroe, casi moribundo, consultado por sus compañeros, fija su vista en la carta hidrográfica e indica la ruta a seguir.—Narración del suceso por Joaquín Suárez.—Auxilios prestados por un buque fondeado en Martín García.—Arribo a Gualaguay.—Apoyo que le prestó el capitán Lucas Tartabull.—Casa en que se alojó Garibaldi.—Carta a Cúneo.—Extracción de la bala.—Fuga desastrosa.—Martirios inquisitoriales a que fué sometido Garibaldi

por el comandante Millán.—Conducta nobilísima de la señora Alemán.—Su libertad.—Visita incógnita a nuestra metrópoli.—Regreso a Río Grande.—Convertido en tropero.—Nuevamente en la Capital uruguaya, donde se domicilia.—Comisionista y profesor de matemáticas.—Algunos de sus discípulos.—El Gobierno se propone confiarle el mando de la escuadrilla nacional.—Correspondencia mantenida con Mazzini.—Sociedad patriótica secreta.—Promesa hecha a Garibaldi por su compatriota Esteban Antonini. 25

La escuadrilla nacional

SUMARIO:—Elementos con que se contaba.—Los coroneles Coe y Fourmantin contra el almirante Brown.—Rosas reduce a su servicio a varios oficiales retirados, mediante fuertes anticipos de sueldos devengados.—La goleta "Unión" hecha buena presa en la rada exterior de Buenos Aires.—Noticias biográficas de los citados jefes de los buques nacionales.—Combates finales de las escuadras oriental y argentina.—Acción heroica del comandante Bernardo Dupuy.—Venta de buques por el Ministro Vidal.—Garibaldi no se desalienta por eso.—Generoso desprendimiento del general Rivera en pro de la marina y del ejército.—Servicios prestados en todas las épocas por los buques nacionales.—Visita de Garibaldi a la capitana de Coe en compañía del ex oficial de la marina sarda don Salvador Rombys.—Impresiones de este último sobre su organización y disciplina.—Juicio que le merecía el héroe como organizador.—Una anécdota interesante.—Servicios prestados por Dupuy a la Independencia y al país.—Su autobiografía.—Conclusión. 56

La escuadra de Buenos Aires

SUMARIO:—Arribo a Montevideo de los buques de Rosas.—Inactividad de los mismos.—Visita a bordo de su nave capitana por una comisión del comercio de dicha plaza.—Brown pone a precio su escuadra para pasarse al Gobierno Oriental.—Pruebas de este aserto.—Digna actitud del Poder Ejecutivo.—Una defensa sospechosa.—Regreso a Buenos Aires de las naves argentinas.—Visita de Manuelita Rosas a la "9 de Julio".—Comentarios que provoca.—Otras informaciones. 107

Antecedentes históricos

I

SUMARIO:—Salida de Rivera a campaña.—Distribución de las fuerzas a su mando.—Los generales Echagüe y Urquiza.—Sorpresa de este último a los caballerizos del general Medina.—Reorganización de la escuadra nacional.—Ofrecimiento de su mando a Garibaldi.—Resistencia opuesta por éste para su aceptación.—Influencias que vencieron esa negativa.—Sus primeras disposiciones.—Otras medidas del Gobierno.—Convención de alianza ofensiva y defensiva celebrada contra Rosas, entre los Gobiernos de Santa Fe y Corrientes.—Apresamiento por el teniente 1.º Jorge Cardasi de la 2.ª escuadra sutil de Rosas en el Uruguay.—Batalla de Caaguazú.—Derrota de Echagüe por el general Paz.—Su celebración en Montevideo y Corrientes.—Aprobación por la Junta de Representantes de Santa Fe del tratado con Corrientes.—Pasaje de Rivera al Entre Ríos.—Retirada de Urquiza hacia Gualaguay.—Ocupación del Paraná por el general Ramírez.—Nombramiento del comandante Pedro Pablo Seguí de Gobernador Provisorio.—Alianza ofensiva y defensiva entre el Estado Oriental y los Gobiernos de las Provincias de Entre Ríos y Santa Fe.—Términos de la Convención ajustada en Galarza.—Triunfo de la vanguardia de Oribe.—Carta de éste al general Aldao dándole la noticia del combate y haciéndole saber que al general Juan Apóstol Martínez, prisionero, le hizo cortar la cabeza.—El Gobierno de Montevideo declara a la República en Asamblea.—Instrucciones sanguinarias al mayor Abrahán.—El fraile Aldao interdicta a los unitarios y sus bienes.—Acción benéfica de las fuerzas orientales en Entre Ríos.—El Gobernador Seguí perece degollado por orden de Oribe.—Entrevista de Madariaga con Rivera en Paysandú, enviado por Ferré.—Desconcierto de las montoneras rosistas.—Actitud patriótica del pueblo de Paysandú.—Un acta memorable.—Elogios tributados por "El Nacional" a sus promotores y firmantes.—Adhesión de las autoridades y vecinos del Rincón de las Gallinas, Román Grande y otras circunscripciones del mismo departamento.

II

SUMARIO:—Comunicaciones de Ferré a Rivera, relativas al tratado de Galarza y a la conducta del doctor Derqui.—Intrigas de este último.—Recelos infundados del general Paz y ataques injustos a Rivera.—Triunfo obtenido por el coronel Luna sobre el indio Abrahán en las puntas de Lucas.—Salvajismo de Crispín Velázquez.—Parte de Dionisio Ovelar al Gobernador Ferré sobre otros hechos de armas.—Emisión de billetes en Corrientes para facilitar el cambio mercantil.—Parte del comandante de Goya sobre el estado del ejército enemigo en Santa Fe.—Proclamas del coronel Estivao y del Alcalde Riobo a los habitantes del departamento de Soriano.—Concentración en San Salvador de las milicias de aquel departamento y de la Colonia.—Vigilancia en las costas de los ríos Uruguay y Plata e internación de las caballerías.—Juicio honroso para su comandante militar.—Las fuerzas del general Paz.—Visita de éste a Paysandú.—Manifestaciones de los más caracterizados jefes y oficiales en favor del Gobierno y del general Rivera.—Documento que exterioriza sus levantados sentimientos.—Premios acordados por la Legislatura de Corrientes a los defensores de dicha provincia.—Proclama de Ferré y decreto de enrolamiento.

174

Con rumbo a Corrientes

SUMARIO:—Estado de la escuadrilla nacional.—Jefes de que echó mano Garibaldi.—Objeto de la expedición.—Necesidad de una idea superior que diera cohesión y unidad a los elementos adversos a Rosas.—Lo que opinaba Alberdi a este respecto.—¿Pretendía el Gobierno, como alguien lo supusiera, desembarazarse del esforzado nizano?—Hechos que desvanecen tan errónea suposición.—Composición de las fuerzas coligadas.—El valor del soldado correntino.—Los rosistas insinúan la idea de sobornar al héroe, pero no se atreven a hacerlo.—La flotilla en viaje.—Su pasaje por Martín García.—Crítica injusta del historiador Saldías.—Cómo juzga Lerroux a Garibaldi.—Encalladura de la nave capitana.—La escuadra enemiga la cree presa segura.—Parte pasado a Brown por el Capitán del Puerto y comandante accidental de la isla.—Percau-

ce sufrido por la "Belgrano".—Desesperación y mal humor del almirante.—Garibaldi y los suyos en salvo.—Los expedicionarios continúan su marcha. . . .

Páginas

206

En el río Paraná

SUMARIO:—Niebla salvadora.—Remontando el río.—Resistencia de los prácticos.—Cómo supo vencerla Garibaldi.—Pasaje de los expedicionarios por el Chaná, la boca del Baradero y el banco de San Pedro.—Comunicación del Encargado de Negocios de Corrientes cerca del Gobierno Oriental.—Parte pasado al Ministro Vidal.—San Nicolás de los Arroyos.—Combates parciales en la Vuelta de Obligado y Punta de Piedras.—En la Bajada del Paraná.—Audaz travesía.—Rasgo heroico de Oribe.—Una frase del comandante del "Pereira".—Comunicación al general Ferré.—En las Conchas.—Provisión de carne fresca.—Combate en el Cerrito.—Presas tomadas allí, a pesar de la posición ventajosa de la batería enemiga.—Muerte de los bravos oficiales italianos Díaz y Vallergera.—En Hernandarias.—Nuevas presas.—Castigo aplicado en San José de Feliciano al primer cirujano de la escuadra por no haber atendido debidamente a un enfermo.—Concurso prestado por el Gobernador de Corrientes.—Comunicaciones de Ferré, Garibaldi, Aguiar, López, Ramírez y Ocampo, sobre varias acciones de armas adversas al enemigo.—Encuentro de las escuadrillas aliadas en Caballú-Cuatí.—Nota de Ferré al General en Jefe del Ejército de Reserva.—Nuevo parte de Garibaldi.—El lanchón "Caá-Guazú".—Respuesta afectuosa del mencionado Gobernador. . . .

239

La escuadra de Brown

SUMARIO:—El "Belgrano" a flote.—Brown desorientado.—Nueva encalladura de la nave capitana.—Avance hasta la punta de Amarillos.—Tiempo perdido.—Auxilio mandado desde Buenos Aires.—Creencia de que las naves orientales estuviesen a cargo de Coe.—Palabras del almirante al saber la verdad.—Remontando el Paraná.—El comandante Thorne es encargado de guardar las aguas del Plata.—Motín proyectado a bordo para pasarse al enemigo.—Buques y jefes con que contaba Brown.—Pasaje por Conchillas y el Cerrito.—Informes suministrados por el ayudante Leandro Gómez.—Recomendación a lo Torquemada hecha por Oribe. . . .

272

Acción convergente

I

SUMARIO:—Nota informativa pasada a la Cámara de Representantes por el Ministro de Guerra, general Martínez, sobre el estado del ejército y marina y sus necesidades.—Recursos indispensables para atender la administración pública y la defensa nacional.—Suspensión de los contratos financieros.—Proyecto del Representante doctor Vega.—Informe desfavorable de la Comisión de Hacienda.—Rechazo de aquél.—Empréstito de \$ 700,000 propuesto por el Ministro Vidal.—Fundamentos del mismo.—Dictámenes y sanción del Cuerpo Legislativo.—Observaciones interesantes hechas en ambas Cámaras.—Premios y concesiones a los vencedores de Cagancha. — Impuesto forzoso de \$ 300,000.—Recomendación del Senado a la Cámara de Representantes sobre el particular.

281

II

SUMARIO:—La prensa correntina.—Operaciones en San José.—Derrota de la vanguardia de Urquiza por la división del coronel Blanco.—Honoros fúnebres en Mercedes a los sacerdotes Villafañe, Cabrera y Frías, sacrificados por Rosas.—Resultado de los movimientos concéntricos de las divisiones correntinas y fuerzas del general López.—Visitas al general Rivera en su quinta del Arroyo Seco.—Apreciaciones del "Britannia".—Pronunciamiento del ejército.—Adhesión del coronel Báez y sus oficiales a las manifestaciones de sus demás compañeros de armas.—En honor del 18 de Julio.—Revista de la guarnición.—Brindis elocuentes y patrióticos cambiados a raíz de ella en el recinto legislativo.—Palabras afectuosas de Mr. Mandeville.—Saludos al general Rivera por los jefes y oficiales de la guarnición.—Nombramiento del coronel Possolo de comandante general de armas.—Nuevo triunfo de la división Blanco.—Los coroneles García y Quintana baten una fuerza enemiga en el arroyo de la China.—Ukase del Gobernador de Catamarca, Gregorio Segura, poniendo fuera de la ley a hombres y a mujeres.—Aumento de la fuerza de infantería del ejército de ope-

raciones de la República en Entre Ríos.—Proclama del Gobernador Ferré a sus compatriotas.—Desbande de los federales en Entre Ríos.—Demostraciones que se le hicieron en el Salto Oriental al Gobernador de Santa Fe.—Creación del batallón de infantería de línea número 3.—Asesinatos de prisioneros en Salta y Tucumán.	312
---	-----

Resonancias del camino

SUMARIO:—Sobre el combate en el puerto del Paraná.—Parte farsaico del comandante en jefe de la escuadrilla, sargento mayor Seguí.—Comentarios a que se presta.—Oribe y Rosas se regocijan por ese hecho, que en nada honró sus armas.—Comunicación del coronel Ramos, relativa al suceso del Cerrito.—Una victoria a lo Pirro.—El tirano y su lugarteniente felicitan por ella a los jefes, oficiales y tropa de las divisiones en las Conchas.—El verdadero criterio histórico.—El lenguaje oficial y de su prensa.—Lo que decía “El Federal Entrerriano”.—Contradicción y falsedad de sus asertos.	340
--	-----

ÍNDICE DE GRABADOS

Garibaldi, tomado del natural en Montevideo.	15
Bergatín oriental “Montevideano”.	33
Escuadras de Coe y Brown.—Vista del combate del 24 de mayo de 1841, tomada desde la azotea del Hospital de Caridad a las 9 y 30 de la mañana.	41
Situación de las mismas a la 1 y 30 de la tarde.	48
General Guillermo Brown.	56
Comodoro Juan H. Coe.	61
Escuadras de Coe y Brown. Vista del combate del 24 de mayo de 1841, tomada a la puesta del Sol.	71
Coronel mayor Bernardo Dupuy.	94
Vista del bergantín-goleta “Montevideano”, frente a Montevideo, el 25 de mayo de 1841, combatiendo contra cuatro buques de Brown.	113
El “Montevideano”, fondeado en la ensenada de don Juan José Seco, el 25 de mayo de 1841, después de burlar la acción de la escuadra argentina.	125

	<u>Páginas</u>
General José María Paz.	135
" Juan Pablo López.	143
" Pascual Echagüe.	148
" José Félix Aldao (Fraile).	161
Doctor Santiago Derqui.	175
General Pedro Ferré.	199
" Juan Manuel de Rosas.	215
" Justo José de Urquiza.	314

Obras del mismo Autor

- Lucila*, romance literario (año 1885).
Una historia como muchas, novela de costumbres (1890).
Laura y Clotilde, novela de costumbres (1891).
Misceláneas, dos tomos (1891).
La literatura nacional y el doctor Sienra Carranza (1892).
Colón y América (1895).
Ni retrógrados ni tartufos (1895).
Garibaldi, boceto histórico (1895).
Paysandú y sus progresos (1896).
Río Negro y sus progresos, dos tomos (1898).
Labor Legislativa, discursos parlamentarios, dos tomos (1900-1901).
Cuestión constitucional.— La naturalización (1901).
El Divorcio, conferencia, proyecto y fundamentos del mismo (1902).
El General Fructuoso Rivera y la Independencia Nacional (1905).
Impuesto de consumo á los vinos, discursos parlamentarios (1905).
Los extranjeros en la Guerra Grande (1904).
Una cuestión histórica.— La Isla de Martín García.
— *Uruguay y no argentina* (1907).
Liberalismo práctico.— Ser o no ser (1910).

89099948580



B89099948580A





b89099948580a